

BIBLIOTECA
EL SOLEGIO DE MEXICO

CUADERNOS

P 15-24

REVISTA BIMESTRAL

31

JULIO - AGOSTO 1958

DIONISIO RIDRUEJO • M. SANCHEZ-MAZAS

PRESENTE Y FUTURO DE ESPAÑA

RAYMOND ARON

271
Responsabilidad social del filósofo

ALFONSO REYES

O.D.
La antesala de Grecia

H 22043
IGNAZIO SILONE

Thomas Mann y la política

K. A. JELENSKI

Entrevista con un escritor polaco

JUAN ANTONIO SOLARI

LA NUEVA SITUACION ARGENTINA

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

23, rue de la Pépinière, PARIS (VIII^e)

CONSEJO DE HONOR :

Germán ARCINIEGAS, Eduardo BARRIOS, Américo CASTRO,

Emilio FRUGONI, Rómulo GALLEGOS, Jorge MAÑACH,

Luis Alberto SANCHEZ y Erico VERISSIMO.

Dirección-Redacción : Julián GORKIN e Ignacio IGLESIAS

Fundada bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la revista bimestral *Cuadernos* se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Nuestra revista cuenta con la colaboración de escritores de todas las tendencias democráticas. Nuestros colaboradores hablan siempre en su nombre y bajo su exclusiva responsabilidad ; la revista sólo se hace responsable de los editoriales, documentos y notas sin firma.

SUMARIO

España 1958	« CUADERNOS »	2
Perspectivas del futuro político	DIONISIO RIDRUEJO	3
Las bases teóricas del « Opus Dei »	X. X. X.	15
La Falange : mitos y realidades	« J. CASTELLANO »	24
Las fuerzas de la libertad	MIGUEL SANCHEZ-MAZAS	31
Tres poemas españoles	JOSE ANGEL VALENTE	40
La familia hispánica : Federación e inmigración	SALVADOR DE MADARIAGA	43
Entrevista con Marek Hlasko	K. A. JELENSKI	49
Thomas Mann y la política	IGNAZIO SILONE	54
La responsabilidad social del filósofo	RAYMOND ARON	60
La antesala de Grecia	ALFONSO REYES	67

Crónicas

La nueva situación argentina	JUAN ANTONIO SOLARI	73
La complejidad del problema argelino	GERMAINE TILLION	77
Tira y afloja en China comunista	THEODORE HSI-EN-CHEN	83
La República Árabe Unida o el fin del complejo de inferioridad	LOUIS MERCIER	89

Bellas Artes

Las artes plásticas en Norteamérica	LUIS QUINTANILLA	94
---	------------------------	----

Los libros. Notas culturales. Colaboradores.

ESPAÑA 1958

DESDE HACE unos tres años —justamente desde la caída del dictador Perón—, el mundo hispanoamericano ha entrado en una nueva fase de recuperación democrática : Argentina, Perú, Colombia y Venezuela, principalmente, lograron desprenderse de los regímenes de fuerza y arbitrariedad que oprimían a sus respectivos pueblos. Otros países de Hispanoamérica luchan aún con el inquebrantable propósito de recuperar las libertades perdidas.

¿Y España? Los más importantes órganos de la prensa internacional han vuelto últimamente a hacerse eco de la profunda crisis que mina el actual régimen español. Usados hasta el máximo todos los expedientes posibles —y hasta los imposibles— para hacer sobrevivir un régimen caduco, condenado el mismo día de su implantación por la fuerza de las armas, España se halla hoy con su vida colectiva estancada, en verdadera situación marginal y sin perspectivas claras. La inminencia de una crisis definitiva domina todos los ánimos, tanto en adversarios como en partidarios del régimen. ¿Cómo los dignitarios de éste han podido cerrar tercamente los ojos a la realidad y caer en la aberración de creer que podían frenar eternamente el proceso histórico que España ha de seguir al compás de los demás pueblos civilizados?

Lo cierto es que actualmente los teóricos o seudoteóricos del franquismo, que hasta muy pocos años proclamaban urbi et orbi a España sin problema, son los que ahora parecen inquietarse más del problema de España. Y se afanan por hallar una solución de recambio que les permita, con artilugios nuevos, mantener el actual estado de cosas. Cuadernos, revista atenta siempre a los problemas fundamentales de la libertad, quiere ofrecer a sus lectores un panorama del presente y del futuro inmediato de España, examinando por plumas jóvenes que han vivido intensamente la experiencia del franquismo. Dionisio Ridruejo traza un panorama de las fuerzas sociales del país y estudia las posibilidades de una restauración monárquica ; dos escritores obligados a guardar el anonimato —X. X. X. y « J. Castellano »— exponen las bases teóricas del Opus Dei y los mitos y realidades de la Falange ; por último, Miguel Sánchez-Mazas analiza las fuerzas en lucha por la libertad española. Se trata de cuatro estudios que forman un conjunto coherente, perspicaz y a la par objetivo.

Ni que decir tiene que los autores de esos cuatro artículos, al igual que nuestros colaboradores en general, expresan sus respectivos puntos de vista con toda libertad y bajo su entera responsabilidad. Cuadernos, que no es una revista de partido o de facción, se limita a ofrecerles con toda simpatía sus páginas, si bien no puede dejar de hacer votos porque España se una pronto y definitivamente al concierto de los países del mundo hispánico que ya han recuperado su libertad.

Perspectivas del futuro político

POR DIONISIO RIDRUEJO

LA RESTAURACIÓN de la Monarquía en España es un hecho probable. De las cuatro conjeturas que cabe formular sobre el modo de producirse el fin de la dictadura imperante, sólo una sería presumiblemente contraria a aquella previsión: la de un movimiento insurreccional popular y libre. Pero esto es casi inimaginable a partir de los datos actuales de la vida española. En orden decreciente de probabilidades la dictadura habrá de terminar: A) Por una acción prudente y concorde de elementos extraños y opuestos a ella capaces de provocar la desintegración de sus actuales apoyos sociales o institucionales y de obtener la complicidad o al menos la tolerancia de algunos de ellos. B) Por la retirada espontánea de esos apoyos y la recomendación coactiva de los más enérgicos y responsables —Ejército, Iglesia— para que se consuma una transmisión de poderes. C) Por la muerte o resignación voluntaria del dictador. Cualquiera de estos caminos —con excepción, si acaso, de una final y exasperada reacción vengativa del dictador, que no es dado esperar de su carácter— conducen, por el momento, a la restauración monárquica y más concretamente a la restauración de la dinastía borbónica en la figura de Don Juan III, actualmente Conde de Barcelona.

En una de las llamadas leyes fundamentales del Estado, sometida al país en un plebiscito de urgencia hacia 1949 —y en la que arrancaba, de paso, la sanción legal a su condición de primer magistrado vitali-

cio— el dictador ha previsto su sucesión formal mediante la automática exaltación al trono del príncipe a quien en el momento de su muerte o incapacitación se reconoce el mejor derecho hereditario. El Consejo del Reino —constituido desde entonces— deberá discernir ese mejor derecho o constituir una Regencia. El actual pretendiente ha luchado, a través de sus partidarios « colaboracionistas », por eliminar ese elemento de incertidumbre mediante la proclamación *desde ahora* de su derecho indiscutible. También, claro es, ha luchado por anticipar la hora de la restauración con la retirada voluntaria del dictador. Pero el dictador, que no piensa acceder a este último deseo « dado lo vitalicio de su magistratura », no ha accedido tampoco al primero por considerar, sin duda, que entre el uno y el otro podría no haber mucha distancia. Por otra parte —y salvo esta última consideración— los temores del pretendiente son infundados. Llegado el caso, podría darse por muy satisfecho el Consejo del Reino si dispusiera de las fuerzas necesarias para hacer a toda prisa la transmisión de poderes. La posibilidad de *inventar* un Rey en discordia o un Regente de ocasión quedaría muy por encima de sus alcances. Según la presunción oficial y legal, España es ya un Reino sin Rey, perfectamente constituido y sólo pendiente del trámite sucesorio para verificarse como Monarquía efectiva. Esto por lo que se refiere a la tercera hipótesis.

Respecto a la segunda, los datos que cual-

quier español común tiene hoy sobre la mentalidad y las posibles previsiones de las fuerzas asociadas a la dictadura, y especialmente de las dos enunciadas como más poderosas y enérgicas a efectos de intervención política, permiten establecer sin grandes riesgos de error que su « pronunciamiento », si tal cosa llegase, se limitaría a exigir lo que ya pretendieron los amigos « bien situados » del Conde de Barcelona : esto es, una trasmisión de poderes en la forma prevista por la misma « Ley de sucesión » o ley fundamental a que nos hemos referido.

La cosa es menos simple y segura si, como me parece discreto imaginar, el instrumento que llegara a emplearse fuera el correspondiente a nuestra hipótesis primera : la acción coordinada de la oposición actuando como trasmisora de gran tacto entre la emergencia no definitivamente explícita y poderosa de la opinión popular y la resistencia no irreductible de algunas de las fuerzas sociales sobre las que la propia dictadura se asienta. Tácita o secreta en el interior de España, manifiesta e incluso demasiado manifiesta fuera de ella, a través de incontables publicaciones de las que la España interior apenas recibe algunos raros ejemplares, la polémica sobre la aceptabilidad de una solución monárquica está en curso. Ella, sin embargo, no modificará la realidad de ciertas condiciones : La ansiedad creciente, la cada vez mayor conciencia de provisionalidad, la oscura sensación de desasistencia o soledad en el poder, el no infundado temor de mayores males, están trabajando sobre muchas conciencias comprometidas y avivando en ellas, junta y solidariamente, el sentido de la responsabilidad y el instinto de conservación. Hemos dicho que tales conciencias comprometidas —las fuerzas que ellas componen— han de ceder, activa o premisivamente, para que un cambio de situación sea actuable. Para que su cesión fuera incondicional sería preciso que la crisis interna del sistema fuera mucho más acabada y consistiera en una conciencia de indefensión o derrota y no como la hemos descrito, y haría falta, incluso, que traspasando las condiciones de la crisis moral, alcanzase el extremo de un deshacimiento físico del cual no hay demasiados barruntos. La acción por lo tanto se-

rá —si llega el caso— condicional y previosora. Se tratará justamente de eso : de una previsión negociada como una condición. Más : como una condición que equivalga a una garantía. ¿Quién dará esa garantía? ¿Las fuerzas presumibles, pero no actualizadas o en todo caso residuales, crípticas, no « tenidas en la mano » de unos cuantos partidos populares? La dictadura cree haber establecido en su torno un desierto político en el que acampan, ya insulares y rotas, algunas guerrillas del antiguo y sin duda vigoroso « Movimiento nacional » unificado por la guerra. Fuera de eso, todo lo demás es tácito, presunto, germinal, informe : un pueblo licenciado de sus tareas civiles en el que fermentan recuerdos de ideales y pasiones, de agravios y esperanzas, y también rescoldos de desilusiones más recientes, y en el que otras esperanzas, ideales y deseos van desarrollándose. Pero nadie es aún, con propiedad, el *nombre* o la *bandera* de ese pueblo. No : las garantías no pueden estar en otra cosa que en admitir un limitado « por de pronto » : Que, por de pronto, el cambio no esté muy alejado de las perspectivas ordinarias. Y ya hemos visto que las perspectivas ordinarias conducían a la Monarquía. ¿Será necesario decir porqué las Fuerzas Armadas, la Iglesia, los grandes intereses económicos y, por extensión, una gran parte de la burguesía española, así como la gran masa de los comprometidos ocasionales con la dictadura, consideran a la Monarquía como « el mínimo grado de continuidad exigible » cuando no la *causa* dilecta y propia? Pónganse al revés todos los argumentos de reserva que la izquierda popular pueda tener frente a la Monarquía y encontraremos todos los que la España comprometida tiene a su favor. Ya veremos luego que no faltarán en ésta excepciones vivaces. Pero no serán las decisivas.

Ahora y por lo pronto nos estamos limitando a establecer las probabilidades de restauración monárquica en España según las tres más posibles hipótesis de liquidación de la dictadura. La cuarta sería, cuando menos, dilatoria. No hay duda de que —es la ley de desgaste y compensación que rige el curso de los procesos políticos— a mayor desintegración y desánimo de la situación coactiva corresponderá un propor-

cional crecimiento de la vitalidad y del atrevimiento en la población civil mediaticada. Pero salvo una posible « chispa del cielo » que los españoles somos dados a esperar para librarnos de trabajos, se trataría de un proceso lento. Una genuina previsión política —que lo es siempre del porvenir en una situación dada y bien conocida— no puede contar con tales factores, ni emplazarse tan indefinidamente. De la polémica de que antes hablábamos podría muy bien resultar un acortamiento del ámbito de integraciones que pueden constituir el conjunto de elementos extraños y opuestos a la dictadura a quienes correspondería poner en juego la hipótesis correspondiente, pero no hará imposible la coordinación de muchos de ellos. Ni tampoco que el hecho se produzca en las condiciones exigidas por la circunstancia. Dicha polémica, en fin, no invalida la conjetura formulada : se limitará a comprometer gravemente su valor de cosa durable o definitiva.

Volvamos, pues, a nuestro principio : la restauración de la Monarquía es probable en España. El paso de la dictadura —provisional pese a su duración— a un régimen de convivencia social y política, estabilizado en su propia constitución y no por la virtud ortopédica de una fuerza sobrepuesta y extraña, y cualesquiera que sean las líneas maestras de ese régimen, se cumplirá previsiblemente a través de la Monarquía y concretamente de la restauración de la misma en la persona de Don Juan de Borbón o de su casa dinástica. Esta afirmación conjetural —y como tal susceptible de ser desmentida por los hechos— no merecería un análisis si, a priori, debiéramos considerar la Monarquía como un mero expediente de paso. Es decir, si no fuera posible imaginar —siempre en el terreno conjetural— que la Monarquía sea también la forma del régimen subsiguiente al largo interregno dictatorial y al trámite de su liquidación.

Está claro que, por lo menos en una de las hipótesis que sobre el fin de la dictadura hemos formulado, la Monarquía no aparece postulada como « otro régimen » ni como el paso forzoso a otra situación, sino pura y simplemente como el remate o coronación consolidada de un régimen que se da por constituido. Es la hipótesis de la

Monarquía como prórroga del régimen de Franco. Tal peculiaridad podría darse también en la segunda de nuestras hipótesis, aunque con menos rigor, puesto que la decisión de « acelerar el trámite » por parte de las fuerzas colaboracionistas implicaría ya de por sí un propósito de renovación. Y el riesgo sería infinitamente más improbable si la operación debiera consumarse por iniciativa y previsión de elementos opuestos a la dictadura, a los que necesariamente habrá de suponer un cierto proyecto político sin el cual no se entendería su condición actual de discrepantes.

Pero más bien cabe preguntarse, incluso en vistas a la primera y más angosta hipótesis, si la prórroga del régimen franquista es simplemente posible. En otros términos : ¿Existe hoy en España algo parecido a un régimen político constituido y consistente más allá de la dictadura personal y del fortuito consorcio de intereses que le presta su apoyo? Me parece que la negatividad de la respuesta se impone sin pasar a un análisis detallado. Todo el sistema constitucional del régimen —incluidas sus fuerzas formalmente políticas— es nominal e indemostrable. El arbitrio personal lo señorea todo y si, por ventura, se atiende al cumplimiento de las propias leyes, ello sucede sin forzosidad alguna, ya que el mecanismo de rectificación de esas leyes es sumamente simple, incondicional y como si dijéramos « manual » y dado que nadie puede exigir responsabilidades si las leyes se incumplen « por soberano impulso ». El régimen es tan moral como quiera serlo y tan inmoral como le plazca : tan fijo y tan variable : tan reglado y tan discrecional : tan consuetudinario y tan inventor y así sucesivamente. Si el motor voluntario que lo es todo —con harta negligencia práctica por otra parte— se apaga un día, ninguna otra cosa tendrá virtud de funcionamiento. Ninguna institución es autónoma ni, en el fondo, real. Ni las Cortes, ni el Consejo del Reino, ni el Partido único, ni los Sindicatos. Todos —incluso los que fueron otra cosa— son ya esquemas vacíos envueltos en nóminas burocráticas. Quedan solamente los *intereses* asociados, en cuanto valen como fuerzas y en cuanto orgánicamente lo son. La pregunta, pues, debe hacerse de otro modo. No se trata de la prórroga de un

régimen que no existe, pero sí de la de una situación creada. En otros términos : ¿Pueden los intereses asociados sostener y mediatizar la Corona como sostienen y de algún modo mediatizan la dictadura? La respuesta negativa no es aquí tan indudable. En cierto modo la respuesta va a depender de la Corona misma, es decir de la voluntad del Rey. En cierto modo —en mayor modo— va a depender de lo que la Corona tenga a mano para contrapesar los intereses asociados, las fuerzas de sostén y mediatización sin cuya provisional tolerancia —hemos dicho— no habrá opción para hacerse preguntas. En cierto modo dependerá de la intensidad con que esos contrapesos sean capaces de convertirse en exigencias. Y de la cuerda decisión con que sepan mantenerse como exigencias sin decidirse a aparecer como amenazas ni, menos aún, como enemistades.

Sirvámonos de la imaginación : El Rey es repuesto en su trono. Lo ha repuesto el automatismo sucesorio. O —un poco mejor— la decisión de las fuerzas de apoyo de la misma dictadura. O —mejor aún— la acción combinada de una opinión pública emergente, de un conjunto político dotado de designios renovadores y de las fuerzas consabidas en un movimiento de responsabilidad. Damos por supuesto que, en su mayoría, la opinión pública se espabila, toma conciencia de su oportunidad y exige de algún modo la radicalización del cambio. Damos también por supuesto que las fuerzas permisivas —y ahora moderadoras— exigen ciertos límites a esa radicalización. La responsabilidad va a caer por entero en los políticos coordinados directores del cambio o que —sin serlo— pueden hacerse coordinadamente presentes en la nueva circunstancia. Las preguntas hipotéticas habrán de ser varias : ¿Los políticos son lo suficientemente representativos para dirigir e interpretar la opinión popular? ¿Presta la Corona audiencia y confianza a esos políticos? ¿Se avienen las fuerzas permisivas a negociar un compromiso satisfactorio con las exigencias de la opinión? La contestación a cada una de las preguntas da un repertorio de soluciones de diverso sentido y diversa fecundidad. Los casos más extremos estarían representados por la disgregación de los políticos y

la entrega de muchos o de algunos de ellos a un maximalismo de urgencia en nombre de una opinión espoleada contra las fuerzas permisivas y contra la Corona misma ; o bien por el endurecimiento de las fuerzas mediatizadoras o por el enclaustramiento de la Corona en el círculo de sus partidarios más extremistas, autoritarios y herméticos. Cualquiera de estos hechos provocaría o exacerbaría el contrario. El resultado sería, para empezar, una dictadura coronada, violenta, absolutista. Luego un dramático forcejeo de desenlace imprevisible. Por el contrario, el caso más razonable estaría representado por el mayor autodomnio, el mayor realismo y la mayor buena fe por parte de todos : políticos capaces de dominar la opinión, mantener un régimen de tregua y eludir los temas de mayor corrosividad : fuerzas condicionantes dispuestas a no exigir otras condiciones que las del orden y los buenos modos : Corona decidida a legitimar su restauración por el asentimiento popular y a mantenerse como símbolo y árbitro sobre poderes correctamente fundados, limitados y responsables.

En resumen : la problemática vigencia de la Monarquía en España va a quedar condicionada a esta pareja de actitudes : Por parte de los conjeturables dirigentes de la opinión pública —y de la opinión misma— la aceptación de la Monarquía como hecho y la decisión de no intentar arrollar el hecho constituido sin antes poner a prueba —con la consiguiente contrapartida de lealtad— sus capacidades de liberación, esto es, sus posibilidades democráticas, porque damos por descontada la imposibilidad de rehacer y poner en ejercicio pacífico la conciencia civil de los españoles, en una condición distinta de la democrática. Y por parte de la Corona —y de sus fuerzas de apoyo— el reconocimiento de que sólo la liberación democrática de la nación puede legitimar su cometido histórico, lo que significa la admisión por parte de la Monarquía de que entre la democracia y la dictadura no quedan fórmulas intermedias, ni siquiera la suya propia tomada como régimen sustantivo.

Llevado a este punto en el análisis de la que considero lealmente como verdadera situación del problema que nos ocupa, veo llamarse a escándalo a los monárquicos

más empedernidos y a los republicanos más tercos de España. ¿Pero es que vamos a aceptar —dirán los primeros— que la vigencia de la Monarquía dependa exactamente del abandono y traición por su parte de todas nuestras especulaciones doctrinales? ¿Pero es —dirán los segundos— que solamente la Monarquía puede dar acceso en España al establecimiento de los métodos políticos para cuya implantación hubimos de derribarla?

Ni yo ni nadie en el mundo podrá impedir que tales preguntas tengan una considerable carga lógica. Como tampoco puede impedir que, contra toda lógica, funcione en la política un implacable *ep pur si muove*, una irreductible fuerza de realidad que hace que las cosas sean en cada momento lo que pueden ser.

* * *

Hasta ahora nos hemos movido conjeturalmente en la zona de las que pudiéramos llamar *condiciones de necesidad*, y sólo pasajeramente hemos echado una ojeada a lo que pudiéramos denominar *predisposiciones libres* de la opinión pública. La dificultad para explorar estas últimas estará en la nebulosidad y atonía en que esa opinión parece sumida y en la forzosa inexpressividad a que —aun en el caso de existir con mayor viveza— estaría condenada en las circunstancias presentes. También aquí será menester producirse por conjeturas y tanteos, dando por supuesto que las opiniones menos tácitas o más asquibles al explorador no serán las más generalizadas o, cuando menos, las más ricas en potencialidad para generalizarse. De todos modos y para cualquiera que no sea del todo ignorante en materia de psicología colectiva, estará claro que todo intento de definición de una opinión pública —incluso en el caso de su más libre explicitud— está sometida a la condición de la provisionalidad, porque dicha opinión es por naturaleza opinión alterable y sus cauces de necesidad sólo se establecen con alguna fijeza considerando circunstancias como la clase social, la confesión religiosa, la implicación en acciones pasadas y otras parecidas.

De nuestro análisis anterior hemos deducido que la restauración de la Monarquía

en España es probable como hecho, pero nada nos obliga a pensar que este hecho se funde en la gran difusión del ideal monárquico y menos aún en su aceptación general. Ahora podríamos atrevernos, incluso, a negar que tal generalización exista. Es probable que no pueda hablarse en España de una opinión monárquica de mediano volumen. Mi experiencia me inclina a pensar que el tema de la forma de gobierno importa poco a los españoles —salvo en sectores muy reducidos— y que sus intereses se polarizan hacia temas que pudiéramos llamar « de contenido » o « de fondo », y más hacia los que se refieren a la estructura social que a los que se refieren al régimen político. Lo cual permite imaginar una predisposición al « tanto monta » respecto a la formalización institucional del régimen futuro, con tal de que éste ofrezca a las diversas postulaciones político-sociales amplia oportunidad para hacerse explícitas y para luchar por sus intereses e ideales.

Deduciremos de lo anterior que la opinión pública española pudiera resultar tanto más favorable a la Monarquía cuanto más *descargada* ideológicamente apareciese ésta. No sería, por otra parte, la primera vez que tal cosa sucede : la tregua suficiente de que gozó la Monarquía restaurada o Monarquía de Sagunto —la de 1875— estuvo determinada por su alto grado de neutralización ; por su reducción a ser mera *institución histórica* y no *proyecto ideológico, autoridad* y no *poder*.

Sería imaginario y peligroso pensar que la Historia se repite. Pero es difícil negarse a la sugestión de algunas semejanzas. Anotemos, por ejemplo, estos caracteres comparables :

La Monarquía de Sagunto llega a España por vía de intervención militar cuando en el propio Ejército parecía dominar un « cansancio de intervenir », después de haberlo hecho en abundancia desde la guerra de la Independencia como sustituto de una vida civil deficiente, engendrándose entre esta deficiencia y aquella intervención una especie de círculo vicioso. En la ocasión de 1875, sin embargo, se operaba un designio de *trasferencia de la responsabilidad* y un deseo de *retirada a los cuarteles*, aun cuando esta retirada —como se vió más tarde—

no significase renuncia absoluta, pues, aparte otras interferencias, la intervención del Ejército había de imponerse aún dos veces más como instancia resolutoria : en 1923 y en 1936, quedando para hoy, según todas las probabilidades, su última intervención.

Aquella Monarquía venía a liquidar la guerra civil —todavía pendiente en su tercera apertura— y a recoger el deseo de paz y de distendido cansancio de medio siglo de turbulencias. Por la virtud de aquel cansancio, quedaron inhabilitadas temporalmente, o convertidas a la paz, las fuerzas más radicalizadas del país, dejando paso a otras mucho más convencionales y sosegadas que, en buena parte, absorberían el personal político de aquéllas, empezando por el propio Cánovas, antiguo radical.

Por último, aquella Monarquía se beneficiaba del « espíritu del tiempo », en una situación europea de tregua que inevitablemente tenía que influir en el ánimo de los españoles. Tal situación reposaba sobre el auge del positivismo, el cual —dejando ahora su valoración intelectual— proyectaba sobre la política un benéfico clima distendedor por su renuncia a la fundamentación en principios de certeza para todas las faenas humanas, así como por su confianza en la capacidad del mundo histórico para navegar por sus órbitas, más o menos necesarias, sin especial auxilio de la voluntad contendiente de los hombres. Fué la hora del liberalismo doctrinario, insuficiente sin duda y preñado de sorpresas como lo sería también el artilugio convenido o « fantasmagórico » (la calificación es de Ortega y Gasset) del canovismo español, pero posibilitador de algunos años fecundos para el progreso humano, superficialmente felices y entrañadamente germinativos.

¿Acaso algunas circunstancias actuales, con el consiguiente esfuerzo de traducción, no coinciden con aquellas? El brote de cansancio en la vida militar por la soportación —aunque también disfrute— de las responsabilidades que corresponden a la esfera civil : la fatiga por la excesiva tensión ideológica y por su cruenta proyección activa en el pasado inmediato : la concurrencia de un clima de distensión o desradicalización ideológica, ya que no en el mundo,

sí, al menos, en el seno de las democracias occidentales necesitadas de « resultados » más que de « principios » —no olvidemos los avances del movimiento neopositivista en el plano intelectual—, me parece que son hechos de una cierta evidencia. Hasta qué punto pueden ser decisivos, es ya otra cosa. Lo que me parece —en todo caso— es que son condiciones que pueden convertirse en favorables para un proyecto distendiente como puede serlo el monárquico y que, desde luego, obligarán a que ese proyecto no se formalice utópicamente contra corriente : es decir a que ese proyecto se funde en el triple objetivo de la pacificación, la neutralización ideológica y la concordancia con la corriente universal que hoy es democrática.

Volviendo a nuestro tema : La opinión española no es actualmente monárquica, pero tampoco es otra cosa de un modo definitivo. Para quien tenga oído atento, esa opinión aparece como en expectativa y se carga de estas tres notas condicionales : 1° La apetencia de paz y convivencia —y negativamente el miedo a reincidir en el clima áspero y contendiente de la ya lejana víspera. 2° La exigencia de resultados prácticos, de soluciones concretas para los asfixiantes problemas cotidianos de la vida nacional, muchos de ellos seculares. 3° El ansia de liberación del clima de violencia y confinamiento y la apertura nivelatoria hacia el « mundo exterior » del que, por reacción a la sistemática propaganda condenatoria que presenta a los españoles como privilegiados o exentos, éstos empiezan a tener una imagen magnificada e idealizante.

Estas notas de la opinión tácita —adivinada y disponible— no coinciden, sin embargo, con las expresiones de la opinión explícita y comprometida. Esta última opinión vive en terrible servidumbre a las posiciones de la guerra civil. Por término medio representa actitudes de hace veinte años, sobre las cuales trabaja de un modo imperfecto aunque implacable la circunstancia histórica nueva, el nuevo modo de conciencia dominante en el siglo y el instinto u olfato histórico del pueblo. Oficialmente se viene manteniendo en primer plano la imagen de la tensión internacional (el conflicto soviético-occidental) como un arma

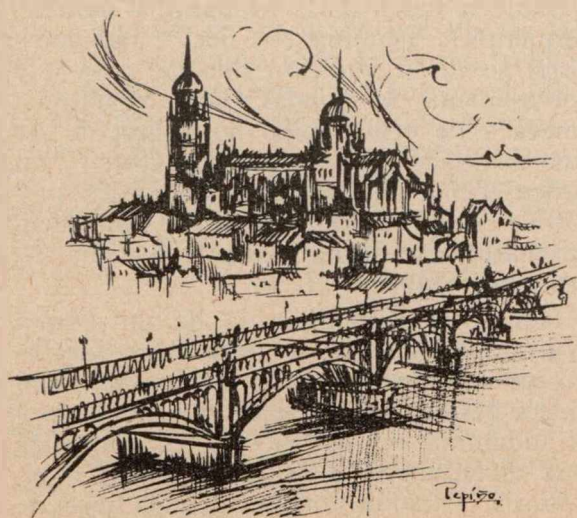
o « contramina » con la que la España oficial se esfuerza en mitigar y detener los efectos de aquel trabajo. Con ello se mantiene también —al menos públicamente— abierto el pasado conflicto español, como si fuera moralmente insuperable y polarizada en sus términos la opinión nacional, lo que equivale a consolidar las opiniones anacrónicas. Y como quiera que las otras y nuevas opiniones no pueden explicitarse, resulta que aquéllas, las anacrónicas, pasan por ser las exclusivas aunque muy en la superficie, ocultando la opinión más profunda y general que antes hemos intentado definir.

Aplicada al problema monárquico la situación es grave, puesto que reduce al silencio a los monárquicos que yo llamaría auténticos, en cuanto mantienen su adhesión a la Monarquía por lo que imaginan que vale como institución acogedora, como hecho, como autoridad convocante, mientras otorga —especialmente de dos o tres años a esta parte— plena libertad de manifestación a los que podríamos llamar monárquicos artificiosos, o sea a los que toman la Monarquía como una ideología excluyente de todas las otras, sin cuyo marchamo la Monarquía no será más recomendable que la República. En rigor, esta única expresión de la opinión monárquica —la única oficialmente autorizada— significa la detención del pensamiento y del proyecto monárquico en el punto y en el modo en que quedaron formulados en las vísperas del 18 de julio de 1936, pero con algunas servidumbres de añadidura, pues

el precio de su libertad y de su monopolio expresivo deben pagarlo en moneda corriente de colaboración con la dictadura y —lo que es más grave— de aceptación de la herencia completa de la obra y la significación de ésta. La tesis impuesta y aceptada que puede uno encontrar cada día en las revistas *Reino* y *Círculo* —recientemente autorizadas— o en los editoriales de los diarios *ABC* o *Informaciones* —a los que también recientemente se ha autorizado a manifestarse como órganos monárquicos— es siempre ésta: la Monarquía es el remate lógico y el instrumento de perpetuación del Movimiento nacional —suele decirse también el « espíritu del 18 de julio »— y representará el perfeccionamiento institucional del « nuevo régimen » creado por Franco y cuya sustantiva validez no puede discutirse.

Ya hemos visto anteriormente que tal régimen no existe sino en forma de dictadura personal asistida por instituciones ficticias y por intereses reales. Por ello los pensadores monárquicos en circulación vienen obligados a admitir una de estas dos cosas: o bien su monarquía no es más que la prórroga dictatorial o bien es el proyecto de un « Nuevo régimen monárquico » sin precedentes inmediatos. A esto alude sin duda el concepto de « instauración » opuesto al de « restauración », que dichos pensadores utilizan de un modo constante.

En el fondo, esto era lo que los monárquicos reagrupados intelectualmente en la revista *Acción Española* y políticamente en los partidos dirigidos por los Sres. Goicoechea y Calvo Sotelo, decían comúnmente hacia el año 1936 y habían empezado a decir desde el año 1931. En efecto, durante aquellos años entre los monárquicos políticamente activos —una minoría en la Nación— se había impuesto la denuncia a la Monarquía liberal, a la Monarquía de Sargento y de Alfonso XIII, como fórmula inauténtica. Nació con ello un nuevo *tradicionalismo alfonsino*, versión actualizada o ilustrada del carlismo insumiso y residual. Con no menos profundidad que el pensamiento progresista, el tradicional había realizado la revisión crítica del pasado histórico español y deducido de ella consecuencias irresignadas revisionistas y, en su caso, especialmente utópicas.



Haría falta un largo ensayo —que no cabe entreverar en los límites forzosamente reducidos de este en que estamos— para dar cuenta detallada de lo que ambas críticas, la tradicional y la progresista, han significado exactamente. Admitase, sin alegación de pruebas, esta única conclusión : tal crítica ha diferido mucho de la que, de algún modo, se vieron forzados a verificar casi todos los pensadores políticos de Europa —y en cierto modo los mismos pueblos— después del « siglo de Voltaire », es decir después de que la conciencia de « ser haciendo historia » se impuso a los espíritus y la historia misma empezó a ser comprendida como un proceso más o menos orgánico del vivir humano hacia unas metas más o menos determinables. Los españoles que emprendieron esa crítica y cobraron esa conciencia a su tiempo, se encontraron en situación muy diferente de la mayor parte de los europeos. Anotemos sólo las características de esa situación : 1º La conciencia de una desarmonía o desproporción entre su historia social —de pueblo— y su historia política —de Estado— idéntica esta última a la historia de su Monarquía ; 2º La conciencia actual de « haber venido a menos », interpretada por unos como consecuencia de una derrota y por otros como término de una decadencia, pero reconocida por todos como menoscabo, insuficiencia o incapacitación para ser comunalmente pueblo « al día », socialmente vigoroso, técnica y culturalmente apto, económicamente suficiente, política y militarmente respetable ; 3º La conciencia, comparativamente desazonada, de haber participado en un proyecto y en una acción de poder no sólo magna sino desmesurada. Porque, en efecto, cuando la Monarquía española llegó a ser española —una en toda España— era ya mucho más que española, era una Monarquía universal de inmensa vastedad, en cuyo servicio la España nacional estricta —las naciones peninsulares asociadas— hubo de derramarse y desvivirse sin poder encontrar luego —cuando la Monarquía retrocedió a los « límites naturales » de su pueblo-nodriza— capacidades ni energías para evitar el declive hasta la situación de pobreza, desarme y subalternidad que se hicieron descarnadamente patentes después de 1813, es decir

después de haber sido — pese al inorgánico heroísmo de las guerrillas — campo de batalla de una lucha ajena por el poder y la riqueza.

Estas tres notas —cuyo desarrollo, repito, exigiría un largo ensayo— añadieron a la contemplación crítica del propio pasado, que otros pueblos europeos cumplieron como un acto de recapitulación para reanudar la marcha, una gran carga pasional, apologética o recriminatoria, nostálgica o aversiva. Esta carga daría a las posiciones ideológicas, formalmente correspondientes a las corrientes universales en uso, un carácter particularmente extremista y utópico (« heredo-histórico », diría un desdenguado e inteligente político español) en el cual se acreditarían como típicos el *espíritu de fuga* hacia el pasado o hacia el futuro, y el absolutismo finalista : un modo de sentir la historia como empeño de conquista hacia un estado definitivo e invariable —esperando en el futuro o perdido en el pasado—, sin resignarse a aceptarla como proceso abierto, perfectivo, a veces recurrente, pero siempre provisional, de una situación hacia otras situaciones sucesivas logradas por la perseverancia y no expugnadas violentamente ni dispensadas por un milagro.

Perdónese me esta digresión, pero ahora se me entenderá si digo que de esa revisión del pasado —y en este caso también del pasado más inmediato— el pensamiento monárquico dedujo la necesidad de romper con la tradición monárquica histórica para replantear radicalmente el problema y salir en busca de la Monarquía esencial, arquetípica, genuina (es decir tradicionalista, no de la tradición sino del pasado y forzosamente inventada). Esta Monarquía nueva y de otro tiempo no habría de ser una institución política sino un *Orden* : un orden social, naturalmente ; el orden propio de cuando la Monarquía fué consecuencia natural o forma obligada en una estructura completa.

Semejante pretensión, la de un *Orden Nuevo* (creo que a los monárquicos idealistas de aquellas horas no se les ocultaba) exigía para su organización o « fraguado » el andamiaje de una dictadura y aún más una dictadura-régimen, conformante o totalitaria. Paradójicamente los paladinos de la contrarrevolución —cuyo lema era la co-

nocida frase de De Maistre— debían admitir en la práctica que, desde el punto de vista instrumental y táctico, una contrarrevolución no podía ser « lo contrario de una revolución », sino, precisamente, « una revolución al contrario ». Todo sueño de conformación o replanteamiento radical y urgente del orden social exige violencia y autoridad absoluta para su implantación, ya se produzca en vistas a un esquema inventado, científicamente deducido de las leyes históricas o inspirado por una evocación del pasado. No otra cosa significa el método revolucionario en el cual la dictadura es pasaje obligado (1).

La necesaria dictadura salieron a buscarla los monárquicos tradicionalistas —carlismo aparte— en su conato de golpe de Estado de 10 de agosto de 1931. No la encontraron aunque el sentimiento general monárquico era todavía extenso, porque su específico proyecto autoritario no era todavía popular. Cuando por segunda vez solicitaron la ocasión —en 1936, pues el « Movimiento » en su germinación conspiratoria fué obra fundamentalmente suya— tampoco lograron su empeño, pues se les cruzó un proyecto más actual —en aquellas horas— y más fácilmente comunicable : el del falangismo, barateado, por ausencia de sus inventores, como fascismo mostrenco. Y a ambos los pasó por delante, en definitiva, la simple y monda dictadura de un general afortunado y astuto.

Bien : esta forma de monarquismo que necesitaría de la dictadura como instrumento y que trata ahora de usar la que hay, a cambio de ser usado por ella, es la que sigue ocupando toda la escena, reforzado desde hace unos años por los políticos manifiestos de la asociación religiosa « Opus Dei », que han replanteado aquellas tesis dentro y fuera del Régimen en que ocupan puestos de alta responsabilidad. ¿Habrà que decir que si su proyecto no sirvió en el 31 más que para radicalizar las

fuerzas de la naciente democracia republicana y en el 36 más que para abrir las puertas a una dictadura personal, serviría ahora —en hora universal adversa y situación cansada— para algo? En rigor esas fuerzas monárquicas no son fuerzas. Nunca pasaron de ser minoría y hoy siguen siéndolo con especial restricción. Bastarían para liquidar la Monarquía española en unos meses si se hicieran cargo de ella, pero no bastan para acelerar su llegada. Antes al contrario, su acción deja libres las manos al dictador para señalar los plazos, mientras que, en otro aspecto, suscita reacciones peligrosamente negativas en la opinión expectante y disponible que —como hemos dicho— comprende a la mayoría del país.

Insistiré en el hecho de que —forzadas al silencio y a la acción críptica— las genuinas fuerzas monárquicas, es decir la inmensa mayoría de los hombres que conservan una fidelidad simple e incondicional a la institución, se alejan a gran velocidad del clima ideológico mantenido por el restricto y bien acomodado grupo de los « instauradores ». Se alejan, quiero decir, del clima ideológico del 18 de julio. Se instalan, cada vez más convencidamente, en la tesis del hecho institucional simple, útil como autoridad pacificante, ideológicamente « descargado » y abierto, concebido como un ámbito —que las ideologías libres deberían habitar— y no como un régimen dogmáticamente suficiente.

Lo que aún resulta problemático es la posibilidad de que las fuerzas desplazadas por la guerra o « del otro bando », las fuerzas republicanas cuya sustancialidad no está por modo necesario en la adhesión a una forma —demócratas, socialistas, sindicalistas—, adquieran confianza en la habitabilidad del ámbito institucional que se les ofrece.

Encarnaron estos sectores la « otra » radicalización del 18 de julio (en este caso hablaríamos más bien del 7 de octubre de 1934, del 17 de febrero de 1936 y del 20 de julio del mismo año). Todos ellos son herederos de un juicio histórico y de un proyecto de futuro, equivalentes y opuestos a los que dejamos analizados anteriormente. En algunos casos con mayor flexibili-

(1) ¿Pretendían nuestros monárquicos « instauracionistas », siguen pretendiendo de verdad, un « Orden » o se limitaban a buscar un aparato de seguridad conservadora? Tiendo a creer esto último, pero aquí estamos simplemente analizando posiciones doctrinales explícitas y no procesando las intenciones.

dad, en otros con parecido extremismo, aunque siempre con mayores apoyos en la realidad social y con mayor puntualidad histórica.

A efectos de su caracterización como « el otro extremo » del péndulo político de la España contemporánea, recordaremos que el sindicalismo de inspiración libertaria —y de fuerte caracterización ibérica— vivió en su mayor proporción lejos y en contra de toda acción política legal o constitucional, postulando un democratismo directo, absoluto, revolucionario y frecuentemente terrorista y que el Partido Socialista, por la voz de su fracción dominante, vivió desde 1934 en « fuga hacia el futuro » —como los tradicionalistas en fuga hacia el pasado—, declarando su adhesión al maximalismo revolucionario y su proyecto de conquista irrevocable del poder para la dictadura del proletariado. Actitud, dicho sea de paso, sin la cual el Partido Comunista español no hubiera sido lo que fué una vez iniciada la contienda.

Me parece cosa patente que en esos medios ya se ha cobrado la experiencia e identificado el absurdo. Porque hoy suena a cosa absurda o alucinada aquel enfrentamiento de unos republicanos transitivos y que no lo eran de *aquella República* que tenían, con unos monárquicos revisores que no eran partidarios de *aquella Monarquía* que acababan de tener, y con otros mediomonárquicos o cuasirrepublicanos —tal fué la actitud de la mayoría de los católicos populares lastrados también de tradicionalismo— que querían y no querían la convivencia en que participaban.

Cogidos entre dos fuegos los republicanos puros, dicho sea la verdad, fueron los únicos españoles que trabajaron —aun sin dejar de tropezar en problemas inútiles— por una convivencia libre y correcta en los años críticos en que comenzó a formarse y quedó destruída la democracia española : destruída por la mayor parte de sus inquilinos tanto como por la tropa de sus asediados.

¿Cuál es hoy la posición de aquellas fuerzas —excluídas o enviadas a las catacumbas, pero dueñas potenciales de masas muy importantes — respecto al problema que hoy nos ocupa? Como en el caso de los

monárquicos « instauradores », no se trata de posiciones tácitas que sea menester adivinar, porque existen fuera de España docenas de publicaciones en que se manifiestan con toda explicitud. Esas opiniones son, por lo general, doctrinalmente adversas a la Monarquía y en la mayor parte de los casos adversas a ella incluso como « hecho posibilitador », si bien aquí comienzan a señalarse excepciones positivas. Un extremado *purismo* democrático inspira las opiniones más comunes y también un espíritu de continuidad, persistencia y hasta entercamiento respecto a la pasada posición beligerante. Sin embargo, hay que hacer algunas precisiones : esa solidaridad con el propio pasado no es — salvo en el caso sumamente explicable de los republicanos puros— tan cierta como suele declararse. Las rectificaciones expresas no son abundantes, pero *resultan* lógicamente a través de las posiciones nuevas o del abandono de « líneas » que jugaron como sustantivas y hoy se confiesan como ocasionales. Así, por ejemplo, la « fuga hacia el futuro » de socialistas y sindicalistas —salvo algún reducido baluarte « puro » del anarquismo— ha cesado, y las posiciones maximalistas, urgentes, revolucionarias y por necesidad dictatoriales, se han abandonado. El mismo formalismo constitucional monárquico, no es ya rechazado de modo absoluto sino condicional : a resultas de lo que la « voluntad nacional » decida.

Hemos visto en la primera parte de este trabajo que esas reservas o condiciones no son muy realistas. Pero cabe preguntarse si, llegado el caso, quedarían las fuerzas antedichas, y por propia voluntad, fuera de un sistema democrático habilitado por la Monarquía, por el solo hecho de que tal cosa acaeciese por métodos democráticamente impuros. ¿Adoptarían los partidos populares una posición equivalente a la de los carlistas y republicanos históricos frente a la Monarquía de Sagunto? ¿Les seguirían sus « clientes naturales » en tan romántica actitud inhibida y dilatoria? ¿O bien se lanzarían esos partidos a una tentativa revolucionaria antimonárquica con todos sus riesgos y dolores, sin la estricta necesidad de hacerlo para vivir y hasta para gobernar? No es fácil contestar a estas preguntas. Cabe, sin embargo, imaginar que la desra-

dicalización indudable de esas fuerzas debe imponer su lógica hasta las últimas consecuencias, salvo que la misma resistencia de la dictadura o la insuficiente amplitud de la conjeturada Monarquía, impongan el « salto a atrás ».

Entre los hombres —innumerables— de tradición y opinión afín a las fuerzas de que nos ocupamos, el problema de la « pureza » no tiene gran sentido. Ellos, bajo la presión de la adversidad, conocen muy bien los términos de la opción más probable : ayudar con su aceptación a la Monarquía para que ésta autentifique su fundamentación en la democracia y seguir la experiencia hasta el límite —si hay límite o resistencia—, o más allá si tal resistencia no aparece. O bien forzar a la Monarquía, con la hostilidad, a que se cierre dictatorialmente o achique su ámbito en una convención de fuerzas simuladas, con la subsiguiente prórroga de las condiciones actuales.

Pero volvamos a los « datos positivos », como es la detención de la fuga hacia el futuro de los demócratas sociales y sindicalistas españoles y su seguro acomodamiento al ritmo procesual de la transformación democrática. Ello vale tanto como decir que la democracia es viable en España ya que, por el otro lado, las asistencias populares que tuvo la dictadura —porque las tuvo la guerra civil fué guerra civil propiamente dicha— están disueltas por la decepción (es el caso del falangismo) o convertidas por la experiencia (es el caso de las fuerzas católicas y monárquicas), quedando sólo en el terreno polémico pequeños artificios residuales y grupos temerosos de la venganza, cuya longevidad política no es nada probable si la generosidad y la concordia prevalecen (2).

Esta viabilidad de la democracia corresponderá —como correspondió su anterior fracaso— a las circunstancias del mundo a que ya hemos aludido. Mientras la democracia se ha rehabilitado como posibilidad procesual, después de sufrir su gran crisis de crédito como estación de término de la historia, la revolución es la que hace crisis en las conciencias, por razones que ya contempló Ortega y Gasset y porque los hechos demuestran que su significación liber-

tadora, de aspiración humana perfectiva, se ha trocado necesariamente en significación conformadora y ordenancista al servicio de una idea de poder.

Pero esta posibilidad democrática determinada por el nuevo signo de las fuerzas políticas conjeturables en una y otra latitud y por la presión del clima común de Occidente, necesita, para ser algo más que posibilidad, una ocasión real. Aquí incide el problema del « purismo » democrático y republicano que hemos considerado. Ya hemos dicho lo bastante para deducir que —hoy por hoy y mientras no sea evidente la reducción forzosa al único y tardío recurso de la rebelión popular— ese purismo aparece como el contrapunto más que como la oposición al monarquismo instaurador o « prorroguista » alentado por la dictadura. Vale como un eco. Si los unos sueñan : « No hay más solución que la persistencia », los otros resueñan : « No hay más solución que el retorno ». Aunque hay que añadir que ese « retorno » se postula acompañado de una buena voluntad de superación que falta en el campo contrario.

* * *

Es la hora de resumir. La probabilidad de la restauración monárquica no está fundada en la opinión explícita del país, pero cabe adivinar que una gran parte de éste —a la expectativa— reconoce en esa restauración tres ventajas insustituibles : 1º La Monarquía es el único instrumento capaz

(2) He eludido en este trabajo cualquier precisión sobre el número y volumen de las probables fuerzas políticas del futuro democrático español, viejas o nuevas, por quedar fuera de nuestro propósito. Tampoco me he referido a la posible extensión del movimiento comunista en España, que pudiera verse favorecido por las siguientes circunstancias : el prestigio que como poder alcanza el mundo soviético ; la extremosidad de la miseria social en ciertos sectores del trabajo español ; la difusión de una mentalidad taumatúrgica o de tutela que es propia de toda dictadura y la misma desradicalización de la izquierda democrática. Este problema, sin embargo, no afectaría a la viabilidad de la democracia española más que en el caso de convertirse tal movimiento en fuerza mayoritaria, cosa que reputo quimérica.

de imponer la democratización política, porque sólo a ella —en cuanto significa un freno o garantía— le será permitido hacerlo sin sangre ; 2° Sólo ella puede cumplir el latente deseo militar de *vuelta a los cuarteles en seguridad* que adivinan las sensibilidades más alertadas ; sólo ella tranquiliza a la Iglesia y da alguna confianza al dinero ; sólo ella disipa el temor de la multitud implicada por actos de participación en la guerra y la dictadura ; es decir, sólo ella asegura a la compleja estructura de las asistencias que la dictadura ha tenido a lo largo de veinte años ; 3° Aparte probabilidades de establecimiento, la democracia española en crudo, sin árbitro sobrepardista, tendría que soportar una dura prueba por la forzosa concurrencia en su seno de los « motivos » y contrastes de la guerra civil. La definición revisionista o instauradora, que fué común a los « monárquicos de la guerra », dejó exenta de responsabilidad o implicación en ella a la dinastía en cuanto tal. La generosa oferta de mediación lanzada por ésta en 1946 —en una hora turbia que acechaba la reanudación de las hostilidades— confirmó esa neutralidad y la autoridad pacificante que de ella se desprende.

Cierto es que tales consideraciones sólo le dan a la Monarquía una ventaja momentánea : los predispuestos contra la Monarquía no son sólo los puros y justificadísimos republicanos. Hay también las otras fuerzas, a las que sustancialmente no interesa el problema institucional, pero cuya tradición republicana es abonada por el recelo y que de ningún modo podrían ser fuerzas renunciatorias o marginales, desinteresadas puritanamente del problema del poder. Hay, por añadidura, los antiguos y jóvenes falangistas a los que la transmutación mágica del « Estado totalitario » en

« Reino tradicional » ha dejado en agraviada dispersión. Y aún quedan por contar los carlistas irreductibles, de los cuales sólo una parte de volumen indeterminable ha prestado adhesión a la rama dinástica alfonsina, y los instauracionistas que no quisieran hablar de ningún modo de monarquía liberal y pacificadora. ¿Qué representan frente a todos ellos los pocos o muchos monárquicos auténticos de que hemos hablado? Una vez más hemos de decirlo : Como fuerza popular actualizada, casi nada ; como árbitros de una ocasión, casi todo. Si antes fué la lógica, será ahora la « consecuencia » ideológica la que sufra. Pero deberá sufrir. En todo caso sólo cuando se produzca el contacto posesivo —recíprocamente posesivo— de los centros de opinión política con sus clientelas potenciales con la vasta opinión popular, quedarán definidas las posiciones y resuelto el problema.

No ha sido mi intención formular una profecía, sino analizar por tanteos los datos de una situación. Es indudable para mí que la Monarquía tiene probabilidades grandes de ser un hecho a no muy largo plazo. Es menos seguro que pueda afianzarse como hecho duradero. Tendrá dos maneras de intentarlo, pero a mi juicio una sola ha de conseguirlo : Aceptar el riesgo, renunciando a los métodos fáciles, pero inconsistentes, de la seguridad excesiva a corto plazo, y arbitrar la amplia ocasión para que el contacto posesorio de que antes he hablado se produzca de un modo verdadero y libre. La gratitud de un pueblo —y más aún de un pueblo cohibido y cansado— puede valer en ocasiones más que su fe y que cualquier imperativo de la lógica doctrinal.

DIONISIO RIDRUEJO

(Publicado con autorización de la revista alemana Dokumenten.)

¡ Santa María
esperanza nuestra
asiento de la
sabiduría,
Ruega por
Nosotros !

371

O.D.

#

Las bases teóricas del "Opus Dei"

POR X. X. X.

← culero
¿ Por qué no lo firmas ?

DE CONTRADICCIÓN EN CONTRADICCIÓN, de fracaso en fracaso, el régimen franquista desemboca hoy en una crisis de disolución, cuya fisonomía no puede ocultarse al pueblo por más tiempo. Los plazos se han cumplido. En la perplejidad y urgencia de la crisis —que el régimen viene arrastrando con acelerada gravedad desde el primer trimestre de 1956—, el general dudó un momento: ¿Falange?, ¿monárquicos?, ¿qué monárquicos? Falange es, desde hace tiempo, un barquichuelo desmantelado; y el general comprende que en esa embarcación no iba a navegar muy lejos. La otra alternativa es la carta monárquica. Pero monárquico, en España, es un término multívoco. Monárquicos liberales —los más—, monárquicos tradicionales. La mentalidad del dictador, la inspiración de su régimen político totalitario, el carácter reaccionario de los grupos que gozan de mayor audiencia en el Gobierno, todo le lleva a echar mano de ese equipo de monárquicos de ultraderecha que gravitan en la órbita humana del *Opus Dei* o en sus aledaños, como el más apto para proseguir el juego de la restauración monárquica. Nada hace pensar que el deseo de Franco sea restaurar a corto plazo; todo parece indicar que su nueva táctica es calmar y aplacar con gestos restauradores que, en definitiva, no tienen efectos prácticos. El general desea prolongar hasta el límite de lo posible —probablemente hasta el límite de su propia existencia física— su dictadura. Entonces, lla-

ma a su lado a monárquicos que hagan su juego, impacientes por ejercer el mando; monárquicos que propugnan una monarquía absoluta saturada de esencias reaccionarias. Estos monárquicos tradicionales ofrecen al dictador el utillaje doctrinal de la futura instauración de la monarquía tradicional, especie de adorno regio de los grupos en el Poder, cuidadosos de sus solas prerrogativas.

Esta incidencia final del llamado por las gentes « grupo Opus » en la política franquista no es casualidad. El régimen nunca ha contado con la menor posibilidad de liberalización y abertura sin un cambio fundamental de estructuras políticas y el consiguiente desalojo de Franco del poder. Cualquiera de los ingredientes de una política liberalizadora —mayor libertad de prensa, cierto grado de representación popular auténtica, libertad sindical, etc.— subvertiría a cortísimo plazo todo el sistema y obligaría a replantear en su verdadero sentido los problemas políticos en que se debate el país. La presunta evolución del régimen era imposible sin la negación de su esencia totalitaria. Su antiliberalismo y antidemocratismo radicales —único adhesivo del complejo de intereses de los grupos reaccionarios— encierran al régimen en un callejón sin salida: la única sería la devolución al país del ejercicio de sus responsabilidades políticas, secuestradas desde hace veinte años. En ese horizonte, Franco juega la carta de los monárquicos tradicionales, cuya esencia es franquista,

pero con los rigores del que se cree en posesión de un sistema ideológico completo. El « grupo Opus » persigue la instauración de una monarquía dictatorial —de una dictadura coronada— que formalice una rigurosa política totalitaria de reacción. Tal es la significación concreta de su pensamiento contrarrevolucionario. La sedicente monarquía tradicional sería superadora de los podridos esquemas constitucionalistas nacidos en el temprano siglo XIX : es decir, algo muy diverso del modelo inglés, con afinidades con las monarquías continentales del *ancien régime*, pero —según sus confusas expresiones— mucho más clásica y arquetípica que éstas, pues sus orígenes doctrinales estarían históricamente situados en las Cortes de los reinos hispánicos del Medioevo, cuando España aún no era España sino Castilla, Aragón, Cataluña, etc. Delirante utopía, como veremos enseguida. Utopía en doble sentido : porque ese arquetipo no ha existido nunca tal como lo piensan, ni es posible encontrar esa presunta filiación histórica patria ; y porque es inaplicable al contexto social de nuestro tiempo en cualquier país de Occidente.

La base teórica

Veamos con algún detenimiento el qué y el cómo de tanto dislate. Parécenos que el fondo que sostiene el fragilísimo edificio teórico del « grupo Opus » en su vertiente política, el sustrato último de la utopía, es justamente la incapacidad temperamental que caracteriza a estos hombres de comprender y vivir el sentido del tiempo, de la sucesión temporal como médula del acontecer histórico, de la inestabilidad temporal como modo de existir de las realidades humanas y, por ahí, su incapacidad para captar lo original de cada momento de ese acontecer, el valor creador del instante, la concatenación de esos instantes en un proceso irreversible.

En sus declaraciones públicas y privadas esos hombres manifiestan una insensibilidad para el dato quizás más configurador de nuestro tiempo : la velocidad del tiempo histórico y la interacción social de los diversos esquemas que se combinan en ese acelerado dinamismo. Para ellos, el estudio

de la historia tiene solamente un valor pragmático, en cuanto que es un proceso repetible, un movimiento curvo en el que no se produce nada radicalmente nuevo sino la externa modalidad de su aparición. La historia *magistra vitae*, la historia para aprender a comportarse. El pasado nos enseña a conducirnos, y su aplicación experiencial a la política nos permitirá recomenzar procesos pretéritos evitando errores que nos han arrojado a la crisis presente. Los datos de la circunstancia pueden ser diferentes, pero el drama humano y su protagonista son siempre los mismos, y existe una política natural válida para todo tiempo, porque el tiempo es lo adjetivo, receptáculo : una política perenne, porque la problemática del Poder está enraizada en disposiciones naturales constantes del ser humano, del que manda y del que obedece. Los hechos históricos se repiten significativamente, aunque las situaciones y los individuos sean otros. Para esta mirada no existe progreso, ni siquiera, a la verdad, transformación progresiva, pues al instante se le ha hurtado la dimensión original y creadora : esta vida es siempre igual. Tal posición es la antítesis del historicismo como forma extrema de la vivencia del tiempo.

A esta menguada intelección y arcaica vivencia del acontecer suele ir curiosamente asociada, en estos monárquicos tradicionales, una visión catastrofista de la historia. Para ellos, el vivir histórico no fluye apretadamente de la tupida trama de los mil hilos que tejen las realidades humanas en procesos de conexiones múltiples e inextricables, en condicionamientos recíprocos de individuos y estructuras sociales que acotan rígidamente el campo de lo posible, de lo realizable en determinado momento. El acontecer histórico no es visto según la perspectiva de una continuidad fundamental en cuya virtud bajo las revoluciones laten las evoluciones ; una continuidad que utiliza las revoluciones como instancias de aceleración y de condensación de factores evolutivos llegados a un punto suficiente de madurez. Para esas gentes, las llamadas crisis históricas, revoluciones históricas, son cataclismos que irrumpen sin que nos apercebamos, coyunturas catastróficas que imprimen un brusco viraje al rumbo del acon-

tecer, coyunturas evitables que el sujeto humano padece por no haber sabido controlar sus bajas inclinaciones. Se inicia, entonces, una nueva trayectoria en la que el hombre puede corregir sus yerros o hundirse aún más en un caos vergonzante. En esta visión se lleva al máximo una interpretación de la criatura humana como ente libérrimo, se llega a un semipelagianismo histórico. Desde este ángulo, hay un interés en estudiar prolijamente las incidencias y acaecimientos —despojados del hado y de la novedad— de ese rondar pretérito del que somos más que herederos, testigos. Si la historia muestra al hombre sus yerros, también permite dibujar, espigando en sus aciertos, una política que difiera hasta el límite de lo posible la irrupción de esa especie de catástrofe final, la apocalíptica. Esta es la manera superficial con que los monárquicos tradicionales que nos ocupan interpretan y sazonan ciertos ingredientes, legítimos, de la visión cristiana de la historia.

Incongruencia y contradicciones

Sobre este trasfondo de insensibilidad para las exigencias de la historia, se alza una interpretación simplista de la historia política de España y una doctrina política incongruente y contradictoria.

Porque la contradicción surge a cada momento de la pluma y de la palabra de estos monárquicos tradicionales, incluso en los de mayor empaque teórico. Los escritos de Rafael Calvo Serer, máximo inspirador del grupo, abundan en expresiones de puro verbalismo : « revolución restauradora », « contrarrevolución restauradora », « restauración integral », en que se delata ya la falta de un mínimo rigor intelectual. La utopía les lleva constantemente a evadirse de la trama de datos reales y a hablar confusamente de la « tercera posición ». Con una cierta ilustración, el libro de Calvo *Teoría de la Restauración* está saturado de las esencias de esa breve fenomenología que hemos bosquejado relativa a la manera de sentir la historia del burgués reaccionario y, especialmente, de esta especie de monárquicos tradicionales. Todo el libro de Cal-

vo gravita sobre un « esquema curvo de la eterna e ideal historia », como gusta el autor de repetir con cita de Peter Wust : el esquema revolución-reacción-restauración, como fórmula matemática del acontecer histórico.

La filiación intelectual que aducen estos hombres, muy especialmente Calvo, es un amasijo de pensadores heterogéneos, falsamente interpretados las más de las veces. Se baraja a Kirk con Eucken, a Rüstow con Burke, a Hayek, Belloc y Chesterton con Lippman, Roepke, Dawson y Acton. Se desnaturaliza el pensamiento clásico del conservadurismo de progenie liberal, si bien antidemocrática (Burke), al enraizarlo en corrientes contrarrevolucionarias de carácter tradicional y medievalista, escindiéndolo de la tradición humanista occidental en la que debe situársele. El pensamiento conservador se asocia, sin el menor escrúpulo científico, con los Bonald, De Maistre, Donoso, y también con los Spann, Spengler, Maurras. Este amasijo sólo es explicable sobre la base de un mal entendimiento de la dispar significación de esas líneas de pensamiento.

De otra parte, la pretensión de enraizar su pensamiento en la tradición histórica española es completamente vana. El tradicionalismo español decimonónico ha sido insensible a nuestra tradición medieval : en cuanto a nuestro pensamiento clásico de los Siglos de Oro, no captó su verdadero significado democrático e ignoró, prácticamente, la filosofía política de la línea suareciana. La reivindicación de la sabiduría política del Medievo español fué obra de los doceañistas : los Martínez Marina, Toreno, Argüelles, etc., cuya sensibilidad histórica era infinitamente superior a la de los católicos tradicionalistas, presos en dilemas rígidos y falseadores. Esta línea liberal de estudios históricos tiene brillante continuación en el grupo de colectivistas, desde Flórez Estrada hasta Costa, y en la escuela de Menéndez Pelayo, Bonilla San Martín, Ureña, Asín, Menéndez Pidal, hasta llegar a Américo Castro y Sánchez Albornoz. El descubrimiento de Castilla, de los castillos, del paisaje castellano, es obra de la intelectualidad progresista y liberal, de los hombres del 98.

Estas escasas referencias bastan para des-acreditar las pretensiones del tradicionalismo de haber reivindicado la historia patria y captado la esencia nacional. Por el contrario —¡qué paradoja!—, el pensamiento del « grupo Opus » está profundamente influido por las corrientes reaccionarias decimonónicas de la primera mitad del siglo

« Supongamos un gobierno... que reconoce a la Iglesia, concede a sus pontífices una categoría oficial, hace obligatoria la enseñanza religiosa en las escuelas, paga un sueldo al clero y ayuda a la Iglesia a emprender aquellas obras que estima necesarias. Todo esto constituye los valores religiosos inmediatos... Pero este gobierno puede ser, en otros aspectos que llamaremos lejanamente religiosos, violento e injusto. Puede ser que descuide el bien del pueblo, que sea cruel con sus adversarios, que humille las libertades más legítimas. Los católicos se inclinarán, llevados por su fervor, a juzgar todo esto secundario, confiados en que si se desarrolla sin obstáculos la vida cristiana, esos pequeños defectos se resolverán por sí mismos... En suma, los católicos razonan como los comunistas cuando se les arguyen las crueldades e injusticias de la Rusia soviética... Cuando un régimen político sostiene la Iglesia, entiendo recibir el pago de su actitud, y exige que a su vez la Iglesia lo sostenga. Entre otras cosas, sostenerlo estriba en defenderlo y en justificar todas sus iniciativas ; las ventajas que concede a la Iglesia son, pues, un toma y daca... Así, la Iglesia arrastra consigo una clientela impura que especula con la religión para conseguir fines temporales, y la situación es inextricable porque entre esas dos formas de clericalismo (la que radica en subordinar lo temporal a lo espiritual y la que trata de colocar lo espiritual al servicio de lo temporal) existen formas intermedias que se mezclan entre ellas con dosis variables de modo infinito. »

(CANONIGO JACQUES LEGLERC : *Le cléricalisme existe-t-il ?*, 1950.)

pasado, específicamente por la línea doctrinal del tradicionalismo francés y español —condenado por la Iglesia, lo mismo que la obra de Maurras— y por ciertos segmentos —los más reaccionarios— del romanticismo político germano. Se trata, por consiguiente, de una tradición reciente, foránea, muy poco española. Donoso es, en nuestra patria, un fenómeno excepcional y muestra un talante de escasas resonancias hispánicas.

Los monárquicos tradicionales manifiestan, por lo general, una ignorancia increíble de la historia de España, que les conduce a otorgar estatuto de esencia a lo que son solamente excrescencias de nuestro acontecer histórico. Una crítica seria de los escritos de nuestros tradicionalistas decimonónicos y de los escritores del « grupo Opus » llegaría a resultados de escándalo. El carácter oportunista de este grupo queda de manifiesto, repetimos, al considerar la incoherente mixtura de inspiradores doctrinales. Los pensadores conservadores mencionados anteriormente aparecen en compañía de los Vázquez de Mella, los Pradera, los Maeztu ; y éstos, del brazo de los existencialistas cristianos como Häcker Wust, Guardini.

El temperamento liberal del conservadurismo occidental —Montesquieu, Burke— no puede ofrecer dudas a un observador serio de las ideas. El antimodievalismo y el poco apego a la escolástica son caracteres dominantes del existencialismo cristiano de hoy y de la moderna teología de la historia. El « grupo Opus » resulta burlado en sus propósitos, a pesar del especial cuidado que pone en ofrecer al lector el pensamiento más reaccionario dentro de la vasta topografía intelectual del pensamiento católico de nuestro tiempo. Parecen ignorar sistemáticamente la obra de los católicos progresistas, cuya producción intelectual es del más alto valor y ha conquistado el respeto y la admiración incluso de los medios más alejados de nuestra fe católica. La mayor parte de los lectores españoles lo han comprendido, agotando rápidamente la primera edición, en versión española, del importante libro del dominico Yves Congar, *Vraie et fausse réforme dans l'Eglise* (cuya segunda edición ya vió la luz), y acogiendo con calor las versiones españolas de

libros como el breve y enjundioso *Penser chrétiennement notre temps*, del canónigo Jacques Leclerc, el muy importante de Heinrich Rommen —eminente intérprete de Suárez—, titulado en la versión española *El Estado en el pensamiento católico*.

El carácter multiforme y reaccionario del « grupo Opus » resulta patente al repasar el catálogo de publicaciones de la Biblioteca del Pensamiento Actual, dirigida por Calvo Serer. En la política cultural del régimen franquista este grupo tuvo, desde sus primeros tiempos, una honda influencia, exteriorizada en la revista general del Consejo de Investigaciones Científicas —antigua Junta para Ampliación de Estudios—, denominada *Arbor*, dirigida y monopolizada durante mucho tiempo por Calvo y sus correligionarios, y que sigue gravitando en la órbita menos liberal de nuestros medios culturales. En el lado opuesto a *Arbor*, la Revista de *Estudios Políticos* ha seguido, de la mano de su antiguo director Javier Conde —de filiación extremista y último mentor intelectual del caudillismo falangista—, una línea mucho más actual, de resonancias neomarxistas y nacional-socialistas, pero con nivel científico innegablemente muy superior al equipo de *Arbor*. Ultimamente, en el año 1956, se publicó una nueva revista mensual, *Punta Europa*, dirigida y financiada por los grupos monárquicos tradicionales de intereses, e inspirada en la doctrina del « grupo Opus ». Las exageraciones a que ha llegado esta revista en la polémica intelectual mejoran cualquier *record* pasado. La polémica del P. Pacios —un Fonseca con peores modales literarios— con Aranguren da la medida del espíritu sectario de estas gentes.

Reaccionarismo político

El aristocratismo, en política y en economía, de la doctrina del « grupo Opus » es reflejo de su tinte reaccionario y de su enemiga a cualquier modalidad del igualitarismo. El mito de la minoría, de prosapia fascista, se tiñe de un mesianismo *sui generis* y de un internacionalismo con añoranzas de Santa Alianza. La unión internacional de las minorías, escribe Calvo,

« ha de ser el primer esfuerzo de los hombres empeñados en evitar que la Revolución destruya a la Humanidad » (*Teoría de la Restauración*, Madrid, 1950). El *Manifeste des Inégaux*, del ciudadano Fabrice Dupont (París, 1948), señala el camino de esa « Internacional de la Restauración ».

La sabiduría de estos tranquilizadores de conciencias, bien acomodados e instalados en la vida, cobra acentos de gran sinceridad en frases como estas : « Es contrario... —escribe Calvo— a la esencia humana y a la sociedad, el anteponer cualquier derecho al deber del hombre de conformarse con su propia condición vital ». A un temperamento e idiosincrasia reaccionarios, se une en ellos una radical incompreensión de la condición y estructura de nuestra sociedad, en su estadio de las técnicas industriales y de la automación. El núcleo de su política se cifra en la « superación, por la Restauración integral, de la antítesis revolución-reacción, que lleva, en la lucha por el poder, hasta el absolutismo democrático, verdadero totalitarismo » ; y en la « superación de la masificación, mediante el establecimiento de una más justa jerarquía social ». El simplismo de estas afirmaciones es sobrecogedor : parece como si la masificación de nuestra sociedad fuese una cabezonería lamentable de nuestra época. Parecen ignorar totalmente la obra de análisis de la psicología social y de la sociología industrial de hoy.

La panacea para tanta superación vendría dada por una monarquía personalista y absoluta, como último e imponente remate de una sociedad estamental cuyo funcionamiento estaría garantizado por un sistema de pseudo-representación corporativa. En su *argot*, una democracia orgánica... sin sufragio universal y sin gabinete responsable ante las cámaras. Los partidos políticos estarían proscritos, en cuanto formaciones aberrantes de la vida política. Como se ve, estos hombres, en el delirio de la utopía, quieren resucitar la sociedad del *ancien régime*, con sus estamentos y sus cuerpos naturales, pero sin las fuerzas immanentes que iban trabajando en su seno para su radical transformación.

Lo que hemos dicho de su visión discontinua, repetible y catastrófica de la histo-

ria está elocuentemente ejemplificado en su interpretación de la Revolución francesa. Ignoran que el perecimiento de la sociedad del antiguo régimen no puede fecharse arbitrariamente en 1789, pues esta fecha no representa más que la culminación ruidosa de un largo proceso de desintegración del orden prerrenacentista y, a la vez, de un proceso de configuración de las estructuras de la sociedad burguesa que alcanzó su vértice en el siglo XIX. No ven la Revolución como remate del trabajo sordo y prolongado de las fuerzas de transformación que alberga la historia, sino como acontecimiento inesperado que nos llueve del cielo para purgar nuestras culpas.

La utopía es notoria en el orden teórico. En el orden práctico, la realización del sistema conduciría a la dictadura regia y a un régimen de monopolio del poder económico-político, en favor de los grupos minoritarios de la alta burguesía encaramada en la cúspide de la decantada « jerarquía social » : las viejas y nuevas aristocracias enriquecidas, los grupos financieros de presión gobernando : las jerarquías eclesiásticas, bien seleccionadas a través del patronato regio, refrendando el nuevo orden. El catolicismo de Estado se reforzaría por las atribuciones políticas de consejo, otorgadas a los obispos, siguiendo, corregido y aumentado, el modelo franquista.

La libertad de conciencia quedaría constreñida a los estrechos límites de lo privado, y una organización drástica de la censura impondría una doble restricción de la libertad de expresión y de crítica : la derivada de la salvaguardia del dogma católico en cuanto religión de Estado y consustancial al orden monárquico-tradicional, y la exigida por la defensa de los principios doctrinales de la Restauración y de su específica concepción del mundo. La política restauradora sólo es posible sobre « una gran unidad de pensamiento y la perfecta comunidad de vocabulario », dice Calvo transcribiendo a Maurras. Planeación ideológica totalitaria llevada al límite, apoyada en la fuerza coactiva. Cultura y coerción aparecen elocuentemente asociadas en este texto : « De esta forma deslindada la cuestión, una política restauradora requiere una política cultural y una concentra-

ción extraordinaria del poder, porque cualquier sistema de ideas —revolucionarias o restauradoras— necesita de la política para configurar a la sociedad ». Y prosigue : « Estalla aquí el interrogante : ¿ha servido alguna política el sistema de ideas de la Restauración? La vieja cuestión de la colaboración entre el político y el filósofo —el intelectual, diríamos hoy— adquiere una agudizada actualidad. El político revolucionario, el político marxista, son en el presente ejemplos vivos de esta concepción instrumental de la política y de esta fidelidad a un sistema de ideas, que tiene actualmente una ejemplarización en Stalin, teórico del materialismo dialéctico. » Consecuencia : « El político, al mismo tiempo que rehace la conciencia nacional, ha de lograr la unidad, mediante una reforma intelectual y moral, planeada y dirigida por una minoría, para dar forma a la comunidad aprovechando los medios de la publicística. » Para que los medios publicitarios cumplan su función, « la censura tiene que ser empleada como medio de facilitar la obra creadora, y por ello ha de adquirir un sentido jurídico preciso y no puede ser arbitraria ni reducirse a mera restricción » : o sea : no sólo censura, sino que impone ideas e incluso un vocabulario. No sé de ningún teórico que haya llegado más lejos en esta *Stimmung* de la violencia.

La apología de la fuerza, su fe en la violencia como valor político, queda reflejada en este texto : « El triunfo guerrero —escribe Calvo refiriéndose a 1939— ha hecho posible, de una parte, la eliminación de principios destructores ; de otra, la creación de un ambiente cultural aislado de la atmósfera europea desintegradora, lo que ha permitido el desarrollo del pensamiento tradicional. Y añade, con nostalgia de otros tiempos : « Pero hoy, cuando se pueden infiltrar otra vez las doctrinas destructoras a través de las concesiones a que obliga el diálogo, debemos tener conciencia clara de esta situación nuestra, y aplicar a la lucha intelectual el heroísmo de que hemos sido capaces con las armas. »

La doctrina económica

La doctrina económica que propugnan estos grupos de monárquicos tradicionales

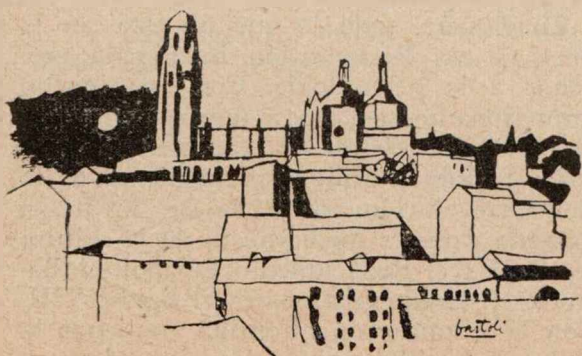
es de una vaguedad considerable y está en flagrante contradicción con su doctrina política y con sus interpretaciones históricas. En este sector queda bien patente su incompreensión, y hasta ignorancia, de los datos socio-económicos de nuestra sociedad. Estos teóricos que hablan de corporaciones, de estructura jerárquica de la sociedad, de gobierno personal y absoluto del monarca ; que son antiliberales en el campo de las ideas y de las soluciones políticas, que son antidemócratas y desprecian las sociedades « discutidoras », estos teóricos propugnan un sistema liberal de la organización económica, un régimen competitivo capitalista sin trabas, la estructuración de las relaciones socio-económicas a través del libre juego del mercado. Aparte del anacronismo de estas recetas de *laissez-faire*, parecen no haberse enterado de que un liberalismo económico produce, en virtud de una conexión sociológica insalvable, unas clases ideológicamente liberales y temperamentalmente « discutidoras », como ellos dicen despectivamente. El sabor intensamente decimonónico de esta doctrina pseudotradicional se delata en este tratamiento inconsistente, antiguo y apresurado de los problemas económicos. En su Biblioteca del Pensamiento Actual, nos ofrecen a Eucken y a Perpiñá como doctrina económica a la altura de los tiempos. Los análisis de Walter Eucken, todos los economistas saben que resultan ya superados por el análisis económico posterior ; en cuanto a Perpiñá, se mueve en esquemas liberales de la economía anticuados, que le llevan a rechazar la planificación.

Estos monárquicos tradicionales, promotores de una planificación ideológica extre-

ma, servida por un aparato de censura a la medida de su intolerancia, se entregan a fórmulas económicas del más desusado *laissez faire*, que conducirían, en un país como España, al incremento de la desigualdad económica entre las clases —hoy ya muy agudizada— y al aún mayor robustecimiento de las presiones monopolísticas y de la concentración de capital en manos de los grupos privilegiados, con la consiguiente pauperización de las clases asalariadas y el mayor quebranto de las clases medias inferiores, al borde del agotamiento. Con estas doctrinas se defiende, con el mayor descaro, el conjunto de intereses de los grupos financieros y de la alta burocracia enriquecida al amparo de la política franquista.

La incongruencia salta una vez más al enterarnos de que estos hombres se proponen realizar una revolución desde arriba, no sólo ideológica, sino también socio-económica. Escribe Calvo : « Esta revolución restauradora, que viene de arriba a abajo y no de abajo a arriba, es un fenómeno social enteramente nuevo, al cual, siguiendo a Hans Freyer, podemos llamar revolución de la derecha. La palabra revolución está así empleada accidentalmente, subordinada a la restauración en la que se halla el fin al que instrumentalmente sirve el ímpetu revolucionario. » ¿Qué sentido tiene hablar de « revolución desde arriba » ? Porque la imprecisión de la expresión no da, sin embargo, lugar a dudas : arriba está la burguesía acomodada, los grupos de poder beneficiados por la dictadura franquista. Ahora bien, de la clase poseyente, la burguesía de derechas, jamás se ha sabido de su voluntario desposeimiento, en ningún tiempo ni meridiano. La revolución desde arriba sólo puede consistir en un verbalismo ingenuo o en el engaño deliberado y de mala fe.

La despreocupación por los problemas económicos y la falta de verdadera conciencia social es patente en los hombres del « grupo Opus » y sus clientelas monárquicas. Como saben que no pueden descuidar ese flanco, sus escritos y discursos están bien aderezados de protestas en pro de la justicia social. A su monarquía la subtitulan « social y representativa ». ¿Social,



dónde está su programa y su espíritu? ¿Representativa, a qué mayorías representan?... Todos los verbalismos se esfuman cuando se los trata personalmente : entonces se revelan como hombres devorados por la sed de mando, intolerantes e insensibles a los problemas sociales, sin la menor idea de los problemas estructurales del país, los cuales son de infraestructura y jamás serán resueltos en el plano de la pugna ideológica, única que parece interesarles a estos hombres, y que sólo conduce a la guerra fratricida.

El talante fascista

El talante fascista de estos grupos se manifiesta, por ejemplo, en su apego a los esquemas irracionales. En el vértigo del simplismo, hacen del español un animal raro, marginal al proceso occidental de racionalización. « El español —escribe Calvo— es el hombre menos racionalizado, tanto considerado antropológicamente como si lo estudiamos a través de la historia del espíritu y de la civilización. Faltan en España los ideólogos, los extremistas doctrinarios : España no tiene comprensión para un orden exclusivamente racional. » España, naturalmente, son ellos. Su vocación oscurantista y su antropología pesimista apenas están disimuladas en dicho texto. De ahí que no toleren las líneas de pensamiento católico que no repudien *a radice* al mundo moderno, post-renacentista. De ahí su negación global de todo lo que la humanidad ha producido en los cuatro últimos siglos y su negativa a espigar en los numerosos valores descubiertos por el hombre moderno para integrarlos en una visión cristiana de la historia en constante enriquecimiento.

La ligera afirmación de que en nuestro país no han existido ni ideólogos ni extremistas doctrinarios es algo más que una falta de probidad científica : es el olvido deliberado de lo que ofrece nuestro mundo cotidiano. ¿Olvida el señor Calvo la existencia de nuestros pensadores liberales, esos que tanta irritación le causan a lo largo de sus escritos : los liberales viejos, los que acuñaron la palabra *liberalismo*, y los nuevos, a los que tanta tinta y tanto denuedo emplea en combatir? ¿Olvida que España

ha tenido sus anarquistas teóricos y prácticos, sus epígonos de Bakunin y de Kropotkin? ¿Olvida que nuestro inventario de doctrinarios, ideólogos y arbitristas es interminable? ¿Y los ilustrados y los afrancesados?

Intolerancia absoluta

Hay dos puntos en que el pensamiento de los monárquicos tradicionales manifiesta a placer su intolerancia : el tema de las dos Españas y el de los católicos progresistas.

Lo que les interesa de la historia de España es la pugna ortodoxia-heterodoxia. Esta disyunción es el máximo criterio de pertinencia política, ahí está la clave de toda nuestra historia. Todo lo que ofrece la historia española es contabilizable por partida doble, en el que el Debe y el Haber reza Ortodoxia y Heterodoxia. Profundizar en este aspecto alargaría innecesariamente estas páginas. Citemos sólo un texto expresivo de este deslinde riguroso de bien y mal, bien sin mezcla de mal, y mal sin mezcla de bien : « Hundido semejante Instituto —escribe Calvo refiriéndose al Instituto-Escuela— en los escombros de una Ciudad Universitaria, con la desesperada violencia de quienes vieron en la guerra el último medio de reconstruir la vida española del espíritu, la interpretación nacional de Menéndez Pelayo se reinstala con la victoria, en su propia Facultad. Bajo el signo de la nueva vigencia de esta interpretación, se comienza a hacer filosofía tradicional, partiendo de la posición cero, pues la asepsia anterior respecto del pensamiento cristiano no había dejado nada, lo cual explica los balbuceos, debilidades y deficiencias de los primeros años.

En España, todo lo que no está en la línea de esa Restauración imaginada propende a la heterodoxia. Con un cinismo impresionante se llega a tergiversar períodos completos de nuestra historia. « En España, la Restauración o pensamiento de la Contrarrevolución tuvo a su favor el llamado carácter medievalista de la cultura española : el Renacimiento español, el Barroco, el sentido cristiano en el siglo XVIII. Con la restauración alfonsina comienza la lucha de las ideas revolucionarias y las res-

tauradoras, que entre nosotros se expresan como pensamiento tradicional en Menéndez Pelayo, Vázquez de Mella y últimamente en Acción Española, en el movimiento intelectual y político impulsado por Eugenio Vegas. » Detalle significativo : el Menéndez Pelayo que maneja Calvo reiteradamente es sólo el de la polémica con los krausistas. Su polémica igualmente significativa —o quizás más— con el P. Fonseca y los medievalistas, es cuidadosamente silenciada. Menéndez Pelayo era temperamental e ideológicamente lo más opuesto a la mentalidad del « Opus Dei ».

Pero la verdadera *bête noire* para estos monárquicos tradicionales es el católico de espíritu amplio, abierto a su tiempo, progresista, lo que llaman « católico de izquierda ». Este es el personaje más incómodo, el más peligroso para ellos. Resulta incómodo porque quiebra el monopolio interesado de un credo religioso común, porque destruye con su testimonio y con su fe los esquemas falseadores y los fáciles dilemas del monárquico tradicional. La inquietud es evidente cuando al hablar de la « boba admiración por lo revolucionario » del católico de espíritu liberal, escribe : « Su gran preocupación es estar a toda costa a la altura del tiempo, lo cual lleva a las mayores aberraciones : catolicismo liberal, socialistas católicos, demócratas cristianos, católicos rojos, católicos progresistas, católicos comunistas. » En esa mezcolanza la prosa inquisitorial de Calvo alcanza su punto culminante.

Pero estos hombres ocultan a toda costa la existencia de amplios y vigorosos sectores de católicos de espíritu liberal, que con su actitud son hoy los únicos garantes de un catolicismo que, desgraciadamente, no ha estado, en muchas ocasiones, a la altura de las circunstancias durante estos últimos veinte años de predominio incontestado.

Volviendo al punto de partida de este artículo, insistamos en el superfranquismo del « Opus Dei », cuyo ideal político es un sistema totalitario coronado, con todos los atributos de la fuerza. Su novedad es la sustitución del partido único por una minoría de gente privilegiada ocupada en preservar por todos los medios sus intereses de grupo, con absoluta exclusión del pueblo, al que ni siquiera teóricamente sería imputada la soberanía.

No hay, pues, la menor casualidad en el acceso del « grupo Opus » y de sus clientelas al Poder, en virtud de la parcela de su confianza que Franco les ha entregado. En el conjunto de los actos contradictorios y oportunistas del general-dictador, esta limitada entrega de confianza es el más congruente con el contenido político del franquismo. Es el franquismo a la enésima potencia. Cuando el régimen hace agua por todos los costados, cuando la oposición liberal es creciente y exige una liberalización de las estructuras del poder y una abertura del sistema, éste se cierra aún más, alcanza un nuevo paroxismo de dureza e intransigencia y acude al estrato más reaccionario.

Una consideración final. Los grupos más inteligentes y políticamente honestos que apoyan la restauración monárquica saben cuál es el mayor enemigo de la monarquía : la colaboración con Franco para instaurar, cuando llegue a estar incapacitado para el ejercicio del Poder, una monarquía reaccionaria, tradicional y absoluta como la diseñada por los teóricos de que acabamos de ocuparnos. Esos grupos saben que en estos momentos se juega, quizás para siempre, el destino de la monarquía española, y que la solución del tradicionalismo es la tumba definitiva de la institución regia.

X. X. X.

La Falange : mitos y realidades

POR « J. CASTELLANO »

HACE DIECISIETE AÑOS, en una escuela de provincias, el profesor de Historia de España nos contaba a los chicos que tres terribles lacras podían sobrevenir a la historia de un pueblo. Esas tres eran la democracia, el pacifismo y el internacionalismo. En la escuela, que era de pago, aprendí naturalmente otras muchas cosas, la tabla de multiplicar, el himno « Cara al sol » y la hipocresía escolapia entre ellas, pero algunas se me han olvidado y otras no interesan para lo que quiero decir a continuación. El hecho es que de chico aprendí a odiar la democracia y que diez años más tarde, en otra escuela ni de curas ni de pago, sino de milicianos uniformados de azul, profundicé en tales principios de forma que si yo hubiera seguido rectamente las enseñanzas de mis queridos maestros hubiera hecho una buena carrera.

Peró un día mandé al diablo a mis antiguos maestros.

De golpe, la mitología falangista que me había seducido, me aparecía como una miserable farsa. La realidad, lo que de veras ocurría en el país tenía unos tintes tan fuertes y tan dramáticos que los vivos colores con que el Dictador había revestido la mentira en la que yo me encontraba sumergido, palidecían al contacto con la vida cotidiana de una manera alarmante. Tanto para los que habían organizado la inmensa mascarada como para aquellos que a su servicio estábamos con nuestro ingenuo entusiasmo de adolescentes. De ahí que nuestra ruptura con la ideología ofi-

cial nos provocara una reacción que fué violenta, total y amarga.

Esta ruptura es la que nos han reprochado gentes que no se cansan de repetir que su línea de conducta fué siempre la misma, que a ellos no les podrán reprochar nunca que « mudaron de chaqueta ». En general, les conozco muy bien : son los tipos ilustres, antañones y bienpensantes, clientes de los casinos provincianos, abonados a *ABC* desde 1900, « de derechas de toda la vida ». La actuación rectilínea de esos personajes coincide con el mantenimiento también rectilíneo de su renta y de sus intereses económicos. Esas gentes, entre los cuales se cuenta don José María Pemán (1), que ahora quiere hacerse pasar por comprensivo, tolerante y demócrata, se echaron las manos a la cabeza cuando empezaron a darse cuenta de que las generaciones ajenas y posteriores a la guerra civil se estaban « desviando » y adoptaban actitudes más o menos subversivas. Ahora ya saben el Sr. Pemán y todos los demás que no cuentan con los que nacimos, más o menos, entre los años 25 y 36.

(1) Pemán es autor de un célebre *Breviario de Historia de España* para uso de los escolares de Primera Enseñanza, en donde desarrolla sus ideas providencialistas y la conocida división entre españoles buenos (monárquicos, tradicionalistas, escolásticos y « nacionales ») y españoles de la anti-España (constitucionalistas, republicanos, enciclopedistas, progresistas y « rojos »). De este libro y de esta visión Pemán no ha renegado nunca explícitamente.

Durante años, como en el platónico mito, habíamos permanecido atados de pies y manos al fondo de la caverna. En la penumbra veíamos aplastarse contra el suelo sombras fantásticas producidas por los objetos reales que se movían en el exterior brillando con todo su esplendor a la luz del sol y de la verdad. La imposibilidad de romper las cadenas que nos tenían sujetos nos hizo caer en el error de tomar por verdaderos objetos las sombras de las cosas. Y cuando por fin pudimos asomarnos al exterior de la caverna, al verdadero escenario del mundo, sufrimos un « shock » y tardamos cierto tiempo en acostumbraarnos a la luz nueva. Esa crisis produjo en algunos un vacío intelectual y psicológico.

En el lugar que antes habían ocupado la mitología fascista, los sueños fantásticos de una « España Imperial » venían ahora a establecerse la filosofía de la crisis, de la desesperación, la literatura del absurdo, las ideas de la postguerra europea (Camus, Sartre, Malraux, Moravia han hecho su entrada en España, colectivamente, con varios años de retraso) en el mejor de los casos. En otros el vacío era ocupado por vagas y metafísicas disquisiciones sobre el « Ser de España » (es la labor de Laín Entralgo), acompañadas de nostálgicas apelaciones a la generación del 98 y a la llamada decadencia española y a la crítica de Ortega, o bien se fué a parar a la desesperación unamunesca y al universo kafkiano. Bastantes han superado esa etapa de crisis y se nota ahora un vasto movimiento de búsqueda y sobre todo de afirmación de nuevas ideas, nuevas posiciones.

No hace muchos años un doctrinario de la Falange se preguntaba en qué había ido a parar el sacrificio de un millón de muertos en la guerra civil. Y se hacía la pregunta en latín, *Ubi est mors victoria tua?*, porque la lengua de los romanos les daba la sensación a los teóricos falangistas de que eternizaba sus consignas. Pues bien, ahora tiene respuesta cumplida : la victoria de los muertos no es tal : es el fracaso ideológico del fascismo en España. Su fracaso es nuestra victoria. La victoria nuestra es la rebelión.

Desde 1945 hasta 1957, la prensa falangista se ha ocupado en mostrar que el fascismo internacional no había perdido enteramente la batalla. Cuando, en 1948, se publicó en Milán un libro del mariscal Graziano —*Ho difeso la patria*—, el periódico *Atajo*, de las juventudes falangistas, escribía a este propósito : « No todo ha de ser Kaputt, diarios de Ciano o pornografía en torno a la pobre Claretta... También en Italia hay personas con dignidad... Una de éstas ha sido toda su vida el mariscal Rodolfo Graziani... El hecho de que el libro haya podido ser publicado demuestra que Italia no está tan íntegramente en manos de los traidores como solemos creer. » No sorprenden tales juicios porque en 1948 se podían leer cada día en la prensa española. Y no sólo en 1948. Todavía en 1953 un periódico del régimen dirigía entusiastas elogios a la marcha sobre Roma, a la marcha sobre Munich y grandes ditirambos a su significación histórica ; ésto ocurría en los mismos instantes en que se estaba concertando un pacto con Estados Unidos (2). Y más para acá ; cuando el gobierno federal alemán aprobó la entrada en el ejército de la N.A.T.O. de antiguos oficiales S.S., el diario *Arriba*, órgano oficial de Falange, se apresuraba a mostrar su alegría con comentarios alusivos a las gestas de las S.S. En 1956, la nostalgia aún hacía escribir al redactor de un periódico (3) que intentó pasar por ser el « portavoz de los estudiantes », un gran reportaje acerca de la figura de Hitler ; en una fotografía aparecía Hitler firmando autógrafos a miembros de sus juventudes ; a la derecha, en otra foto, un grupo de jóvenes alemanes de la República de Adenauer, vistiendo el uniforme de la agrupación « Scout ». Bajo las dos fotografías, este pie : « Juventudes de postguerra, cuya bandera y reglamento son semejantes a los jóvenes nazis ».

También en 1956, en febrero exactamente, Madrid conoce por unos días la resurrección del terrorismo fascista. Una manifestación estudiantil en la Universidad Central hace reaccionar a Falange violentamente. Pandillas de falangistas recorren las calles con aire desafiante : por los hilos

(2) *Juventud*, n.º 496. Madrid, 1953.

(3) *La Hora*, n.º 1. Madrid, 1956.

telefónicos llegan amenazadoras llamadas a los domicilios de varias personas : la prensa falangista intenta crear una atmósfera de pánico. Pequeños grupos de falangistas inician una represión de jóvenes intelectuales con intención de « ganar la calle ». En la noche del 9 al 10 de febrero, pistoleros de la « Guardia de Franco » (fuerzas de choque de Falange), reunidos en el « Colegio Mayor José Antonio », de la Ciudad Universitaria de Madrid, reparten entre algunos de los asistentes porras y armas de fuego de corto calibre y preparan una « San Bartolomé » de intelectuales, para sembrar el desconcierto en la capital de España y deshacerse, con el conocido sistema del « paseo » en la madrugada, de algunas personalidades consideradas como « liberales » y « progresistas ». Esa intentona de provocar una represión terrorista, mostró la supervivencia en Falange de antiguos elementos de la « Vieja Guardia », excombatientes de la *División Azul*, que luchó con los nazis y partidarios de los bestiales métodos de represión que los europeos conocieron bajo el imperio de Hitler. La nostalgia del fascismo que de vez en cuando dejan escapar en forma de retórica los periódicos franquistas, materializóse en aquellos días de febrero de 1956, en forma tan brutal y descarnada, que yo sospecho que el pueblo madrileño llegó a agradecer la presencia del Ejército en el gobierno por vez primera desde la terminación de la guerra.

El cambio ministerial que tuvo lugar en febrero de 1957 dió al traste definitivamente con la presencia de Falange, que fué sustituida por el *Opus*. Varias disposiciones ministeriales posteriores han ido eliminando a antiguos militantes falangistas de los puestos de propaganda, y Franco los ha colocado en puestos oscuros y anodinos, neutralizando sus últimas posibilidades de acción. El SEU, llamado Sindicato de los estudiantes españoles, que en 1956 aún poseía en su Jefatura Nacional a un falangista (Miguel Angel García, que participó activamente en la intentona de represión de febrero), está ahora controlado por un Jefe Nacional que *no* es falangista, Aparicio Bernal, y que pertenece asimismo al *Opus*. La misión de Aparicio Bernal es la de escuchar más atentamente las insinuaciones

de Rubio, ministro de Educación Nacional, que las de Solís, el secretario general del « Movimiento » antiguamente llamado Falange. Aparicio Bernal no engaña a nadie ; los pocos falangistas que aún quedan en el SEU saben que su Jefe Nacional no lo es, y que ha sido impuesto por « la superioridad » justamente para ahogar la posibilidad de acción de falangistas.

Otra medida, ordenada por Franco, en esta última fase liquidatoria de la Falange, fué, en el verano de 1957, el cierre definitivo de la « Academia Nacional de Mandos José Antonio », que venía funcionando en Madrid desde 1940. La Academia albergaba, en régimen de internado, alrededor de doscientos jóvenes que eran instruídos durante tres años en la doctrina y estilo falangistas y proporcionaba instructores de « Formación política » con destino a la enseñanza de esa asignatura en escuelas y Universidades. Algunos de ellos habían escalado varios cargos importantes y se hallan ahora reciamente incrustados en la burocracia del régimen.

En estos momentos de descomposición política, el partido ha perdido toda virtualidad y su futuro está cerrado : en la desorientación, renacen las viejas querellas entre partidarios de Ramiro Ledesma y partidarios de Primo de Rivera, entre « jonistas » y « falangistas » propiamente dichos, entre los amigos de Hedilla y otros minúsculos grupos. Los más jóvenes invocan nuevas ideas que ya no guardan puntos de contacto con las que prevalecieron en la « Vieja Guardia » de anteguerra. En 1958 la historia de la Falange española cierra su último capítulo. No es una historia edificante. Pero es una experiencia para tener en cuenta. La sola vía abierta a lo porvenir que le queda es aquella que marca el ocaso de una acción y de unas ideas : la vía estéril de la nostalgia. De la nostalgia y de la retórica, en fin de cuentas, poco peligrosa.

De Marinetti a Franco

¿Cuáles fueron las consignas, las palabras cargadas de mágicas resonancias, los mitos fantásticos que la Falange propuso al pueblo español, especialmente a los jóvenes, para hacerle vivir en la esperanza de un

Nuevo Orden? En pocas palabras, el plan propuesto era : una minoría elegida por sí misma se apoderaría del poder político, si fuera preciso con la violencia, instauraría un Estado totalitario al servicio de una idea superior y buena en sí misma : la revolución nacional-sindicalista.

El nuevo Estado se organizaría de arriba abajo, en un orden no representativo, no democrático, sino jerárquico. Para impedir la subversión marxista y superar el orden liberal, educaría a la juventud en un nuevo « estilo » de vida : poético, alegre, deportivo, viril, militar y religioso. Una disciplina de guerra cuidaría del cumplimiento de las consignas emanadas del Mando. En el mismo nombre que los fundadores dieron al partido, « Falange », se encuentran, de forma larvada, algunas de esas ideas : Falange es una voz procedente del griego y su primer significado parece que fué el de porra o cachava ; en una segunda acepción, más amplia, significa *violencia* (4). Giménez Caballero da esta etimología : « Es una palabra feliz y certera. Y que me obsesionó largamente desde 1927. Pues *fálanx* en antiguo griego significaba « estaca », « basto », « clava ». Símbolo que exalté en mi libro « *Hércules, jugando a los dados* » (1928), cuyo as de bastos o bastón de mando, lo interpreté como emblema de toda dictadura, de todo rey natural —incitando al general Primo de Rivera a usarlo. De modo que « falangista » viene a significar « el que da leña y estacazos ». El combatiente del manganelle, de la porra (5).

Hay una línea ideológica que, pasando por el fascismo italiano, va del futurismo al falangismo. Los mitos de la violencia, lo deportivo, lo joven, la audacia, el peligro, lo varonil, lo heroico, inventados por Marinetti y el grupo futurista de los años veinte, reaparecen en los precursores del fascismo español : primero en sus escritos, luego concretados. La posición « poética » está abonada por la condición de escritores que se da en los primeros falangistas : Ernesto Giménez Caballero, Rafael

Sánchez Mazas, Eugenio Montes, Agustín de Foxá, Dionisio Ridruejo, Juan Aparicio, Mourlane Michelena, Alfaro y otros de segunda línea. Un antiguo militante, Juan Bravo, cuenta que, entre los más benévolo admiradores del fundador José Antonio Primo de Rivera se decía : « Es un ensayista, un literato, pero no un jefe político » (6). La peculiar posición estética de esos hombres vocados a las letras, encuentra varios puntos de explicación en la obra de Marinetti *Futurismo e fascismo* (1924), exaltación pseudorrevolucionaria de una nueva lírica, una nueva política y otro estilo de vida. La subversión vitalista y antitradicional de Marinetti influye poderosamente en el repertorio de símbolos que aparecen, por una parte, en el ideario mussolinista y, por otra, en las fórmulas que exporta a España Giménez Caballero hacia 1928.

Pertenecen a la generación llamada por algunos críticos « generación de los nietos del 98 », que empiezan a escribir en la década del 20 al 30, los años de la literatura y el arte vanguardistas. La burguesía española no se ha enterado de lo que ha ocurrido en Europa entre el 14 y el 18, pero asiste al nacimiento de una prolifera generación de escritores y a la incorporación de los « ismos » vanguardistas a la literatura del momento. Los escritores son ahora « originarios —escribe Torrente Ballester— casi en su totalidad de la burguesía » (7). Es justamente la burguesía castellana la que proporciona los escritores falangistas, con excepción de Eugenio Montes, que es gallego y de Rafael Sánchez Mazas, que es vasco.

Juventud, poesía, virilidad

Tomando por modelo las organizaciones nazis, por iniciativa de Falange, se creó en España el departamento Educación y Descanso, destinado al recreo de los obreros, y la sección de Cultura y Arte, para todos los jóvenes españoles comprendidos en la edad de 7 a 21 años.

(4) *Mandos* (Revista oficial del F. de J.), n.º 37, enero de 1945.

(5) Ernesto Giménez Caballero : *Genio de España*. Ediciones Jerarquía, Zaragoza, 1938.

(6) Juan Bravo : *José Antonio*. Ediciones Españolas, Madrid, 1939.

(7) Gonzalo Torrente Ballester : *Panorama de la literatura española contemporánea*. Madrid 1956.

La institución Educación y Descanso se inspiraba en un principio establecido por el « Fuero del Trabajo » (marzo de 1938), que reza : « Se crearán las instituciones necesarias para que en las horas libres y en los recreos de los trabajadores, tengan éstos acceso al disfrute de todos los bienes de la cultura, la alegría, la milicia, la salud y el deporte. (Art. 6, cap. II). Cultura y Arte, sección del Frente de Juventudes, se ocupaba de formar, por medio del teatro, cine y radio, una mentalidad nacionalista que exaltaba los « valores hispánicos », el « casticismo », las « reivindicaciones en Africa, América y en el Pacífico », preludiva la toma violenta de Gibraltar por las milicias falangistas y una política de propaganda imperialista en los países americanos de habla castellana, que en realidad se ha llevado a cabo en Madrid a través del Instituto de Cultura Hispánica y en América merced a los Institutos diseminados por varios países.

Si a lo « poético » se quería llegar con la propaganda que inundaba de retórica decadente las publicaciones del régimen, se pretendió llegar a la « alegría nacional » estableciéndola por decreto. A esa alegría de tipo deportivo y juvenil debían contribuir los grandes estadios deportivos, los inmensos campos de fútbol con capacidad para millares de espectadores : es el justo escenario donde la teatralidad y el monumentalismo, tan caros a las ideologías totalitarias, hallan un espacio adecuado. Donde los millares de banderas, guiones, uniformes y los hombres alineados en cuadros compactos sobre la arena, enardecen la primitiva sentimentalidad de los campesinos llegados de provincias con el viaje pagado y que inundan las gradas, mientras un aire militar atraviesa el espacio, los símbolos colosales del partido brillando en la tribuna desde donde el Jefe habla.

El mito de lo « joven », en estrecha relación con lo « deportivo », fué ya puesto en circulación por el futurismo, mientras que lo « poético » es genuino del fascismo español : no aparece en el nazismo y, aparte D'Annunzio, tiene escasa relevancia en el italiano. Incontables veces han repetido los teóricos del partido que Falange era un movimiento de jóvenes y, a este respecto, se han escrito frases significativas : « En

el juego de modelos —afirmaba un periódico titulado *Juventud* (8)— que rige la vida de un pueblo, las edades cuentan poco y ahí están Don Juan de Austria o el Cid, Cortés o José Antonio, listos para la juventud eterna, adalides del futuro y campeones del presente. ¿Quién ve a José Antonio de cincuenta años, con el pelo blanco y quizá las espaldas cargadas y acaso con gafas? No hace falta verlo así, y ya puede Franco cumplir años por la gracia de Dios sin que los que vengan le vean sino a caballo en Africa o sentado, vigoroso y joven, ante un telémetro del Ebro. » Esto no se escribió cuando la guerra. Esto se publicó en España en 1953. Lo « deportivo » y lo « joven » van de la mano con lo « viril ». Las ideas de fuerza, de poder absoluto, autoritario, enérgico y la sensación de estar perteneciendo al clan dominante cuya supremacía se considera indiscutible implican, en los fascismos, una actitud sexual que exalta al varón y denigra a la mujer. Cuando Giménez Caballero regresa a España, en 1930, entusiasmado con lo que ha visto del fascismo en Italia, escribe en *Revista de Occidente* : « Yo creo que no puede hablarse de una época romántica en un pueblo hasta considerar el signo sexual que va a imperar. Si el signo es viril : lejos está lo romántico. La virilidad no consiente el gemido, la desolación ni el tiquismiquis. »

Para las jornadas de esa pseudorrevolución nacionalista que los precursores de Falange quieren provocar en España, requiérese un espíritu decidido, militar, joven, poético, y, finalmente, viril. Este « Nuevo Orden » que saldría como consecuencia de la revolución fascista, entroncaría con las esencias castizas, casticistas, de Castilla y de España. La virilidad falangista encontraría justamente en la entraña de un cierto casticismo una sólida base de continuidad : en la figura del « chulo » hispánico.

Tradicionalismo y racismo

Es una revolución peculiar la de Falange, porque el « Nuevo Orden » fascista que ha de sustituir al antiguo régimen democrático-liberal, busca sus raíces en la continuidad histórica : pero no en la inmedia-

(8) N^o 495. Madrid 1953.

ta anterior, sino, románticamente, en el fondo de la Edad Media : el yugo de Fernando de Aragón, las flechas de Isabel, la misión africana que empieza en Cisneros, la expansión al norte africano preconizada por Isabel de Castilla, y, como apoteosis final, busca la justicia social de la nueva legislación laboral en el alto sentido humano que informó nuestra legislación del Imperio, mientras que se remontan aún más lejos para encontrar una base doctrinal, la justificación histórica definitiva de la dictadura de Franco, nada menos que en el Cid : « Rodrigo Diaz de Vivar, el Cid de mi Falange, es el hombre que hoy os traemos, camaradas... adivinábamos que la voz eterna nos decía : « Cuando un pueblo se proyecta en la Historia es porque posee un tipo humano que sirve un alto ideal de vida. A cada época está asignado un ejecutor, un hombre que encarna en vida todo ese ideal » (9). Al ejecutor, al jefe, es a quien pasan los derechos y la voluntad del pueblo previamente arrebatados a la comunidad por el Partido, esa minoría de videntes, de profetas auto-elegidos.

Esa minoría de visionarios extraños, será ferozmente nacionalista y exaltará a Castilla frente al resto de nacionalidades españolas : habiendo establecido al pueblo castellano como modelo, habrá de hacerse la unidad —premisas incansablemente repetidas— peninsular « imitando a Castilla » que, según los doctrinarios más calificados, posee una misión especial en el mundo. La minoría selecta de los falangistas, es selecta en el ámbito geográfico y es selecta y superior frente a las clases sociales y demás grupos sociales : finalmente es también racista. « Azaña y Borrow —escribe Aparicio— han preferido una tribu roñosa de gitanos y de catalanes a la aventura sagrada de Castilla » (10).

Todo se explica con una cierta visión de la historia del país, una imagen standardizada para uso de escolares —como la célebre *Historia de España* de Penán—, de universitarios y de todos los centros de educación. Uno de los libros que estuvo más

tiempo en circulación fué el del Sr. Pérez Bustamante, « texto oficial » en varias Universidades españolas y en muchos institutos de Segunda Enseñanza, en el que se « demuestra » que la Reforma protestante fué debida al mal carácter de Lutero y a su inextinguible apetito sexual, que le hizo romper con la Iglesia para poder vivir con la conciencia en paz. Los disparates se suceden a lo largo de cuatrocientas páginas. El libro se cierra con una especie de apoteosis hegeliana, en la suprema síntesis realizada por el Caudillo que regresa victorioso de la Cruzada cerrando el ciclo de la Historia después de haber eliminado a todos los malos gracias a « la ayuda constante de la Providencia ». La Providencia lo hace todo ; la expansión africana que insinuaba Isabel la Católica en su testamento, « es un deber histórico señalado por la Providencia ». Se comprende que intervenga directamente la Providencia, porque la « misión » de España es « santa » ; así, por ejemplo : « Nuestros tercios rubricaron sobre los suelos de Europa con su sangre y sus picas, la bella, heroica y santa misión confiada desde que el mundo era mundo y éste estaba sentenciado a ir colgado de los pies de la piel de toro (11).

Así, pues, se coloca a España, a su « misión » histórica, a Falange y a su destino fuera de la temporalidad histórica para evitar la erosión producida por el paso del tiempo. De ahí que las esencias nacionales se conserven si se mantiene una cierta « moral nacional », y se vigila que nada de lo que es castizo se pierda, nada de lo que es puramente español, desde una cierta forma de administración hasta el juego de la pelota : « *No nos importa* —se escribió en 1948— que se juegue al « base-ball », pero sí que se descuide la pelota. Nada tenemos que objetar al bridge, al poker, etc., salvo que se abandonen los juegos españoles... una moral nacional nos obliga (12).

Por el imperio hacia Dios

La secularización de las formas y conceptos religiosos ha sido transportada por

(9) López Cornes : Arenga pronunciada en Burgos, en 1950.

(10) Juan Aparicio : JONS, Ed. Nacional, Madrid, 1943.

(11) López Cornes : Discurso citado.

(12) Un periódico de provincia, órgano de Falange.

la Falange hasta límites verdaderamente insospechables. Se ha utilizado la simbología y los motivos cristianos, e incluso la esperanza final en Cristo, para sostener una creencia política necesariamente temporal como toda ideología. La Falange « eterna », en el escaso espacio de una generación ha iniciado y cerrado su ciclo.

Hay dos virtudes teologales, Fe y Esperanza, que han venido siendo empleadas en la historia de la Falange con más constancia que algunas reivindicaciones políticas; ha ocurrido que han desaparecido ciertos objetivos en los cuales se debía tener fe y esperanza, y sin embargo, no por ello ha dejado de repetirse que la fe y la esperanza —ya nadie podría concretar en qué cosa— seguían siendo virtudes fundamentales para un falangista que, si no tenía un programa de actuación concreto era porque la ideología falangista consistía en « un dogma, una doctrina política con visión de eternidad » (13). Por eso la guerra civil no fué una matanza gigantesca, sino « reconquista de valores espirituales », y ese algo confuso e inexplicable que es lo eterno justificaría todavía otra Cruzada. Se acaba de repetir en 1958 : « Somos un país con sentimiento de lo eterno... y emprenderíamos cualquier reconquista contra quienes lo negaran... » (14).

Por otra parte, en la confusión que se establece entre las instancias religiosas y las políticas, hay momentos en que es difícil distinguir en algunos textos si se nos está hablando de la subversión política en orden a la conquista del poder o de la transformación personal del cristiano en búsqueda de la gracia. Así cuando leemos : « En su misterio (el misterio de Cristo, según el contexto) y en el de María, mediadora de

todas las gracias, están cifradas toda la estética, toda la poesía que nos son posibles, toda nuestra revolución, incesantemente innovadora : aquella del último canto del Paraíso, el más ascendente de toda la Divina Comedia y el que tiene al final hasta el respiro más acelerado, sofocado por el aire lírico, encendido y enrarecido ya de estrellas (15). Esa « nuestra revolución » que figura en el texto citado, ¿es cristiana o fascista? Por necesidades de la política franquista se ha procurado conjugar uno y otra en un difícil equilibrio y al final buena parte de católicos españoles han terminado por creer que la Falange era, efectivamente, un movimiento católico, a pesar de que una parte de la Jerarquía eclesiástica —y no ciertamente la más sabia— intentara hacerles ver que todo ese nuevo espiritualismo cristiano-fascista no era más que un nuevo paganismo (16).

Colocada la Falange en el candelero y su propia dogmática desacreditada entre los últimos militantes del partido, ¿a dónde irá Franco a buscar su « justificación histórica », esa mínima justificación de tipo « espiritualista » que la Dictadura necesita exhibir, no para engañar a nadie, sino para seguir perviviendo algunos años más con algún (no importa cual sea) disfraz de tipo más o menos ideológico? ¿Alguna máscara es imprescindible (¿El culto de la disciplina anónima?, ¿el culto a « la unidad » que da lugar a los « sputnik » y a los grandes resultados deportivos? La defensa de los árabes, que parecía aceptable hace un año, no lo es ahora : entonces queda el viejo recurso de « la defensa de los valores occidentales y cristianos » que hace llorar de pena a aquellas personas que dejaron de indignarse por esas cosas...)

Franco ya sabe que no salvará la cara ante los españoles. También sabe que no se puede, sin embargo, mostrar en público la verdadera cara del régimen : su corrupción apesta como la de un muerto.

« J. CASTELLANO »

(13) *Mandos*, op. cit.

(14) Fraga Iribarne : *La Vanguardia*, Barcelona, 12 de enero de 1958.

(15) Rafael Sánchez Mazas : *Escorial*, n.º 24, pág. 24, Madrid 1942.

(16) Pastorales del Cardenal Segura.

Las fuerzas de la libertad

POR MIGUEL SANCHEZ-MAZAS

ENTRE EL OTOÑO PASADO y esta primavera, el balance de la lucha entre las fuerzas de la libertad y la Dictadura que tiene sujeto y oprimido al pueblo de España ha sido favorable a nuestros objetivos democráticos. En el espíritu de los españoles de las más diversas condiciones e ideologías se ha llegado a imponer y generalizar la conciencia de un inminente cambio de régimen, de personas y de procedimientos de gobierno. Esta difusa conciencia peninsular ha trascendido al exterior y multitud de observadores extranjeros, desde el británico *Daily Mail* hasta el francés *L'Express*, pasando por la prensa escandinava y suiza, la registran con claridad. Los mismos periódicos norteamericanos se han hecho ya profundamente reticentes al hablar de Franco, como el *New York Times* cuando, en su editorial del 18 de marzo, dice, lleno de desdén : « Habremos de continuar, es cierto, negociando con este dictador, por la razón de que tenemos algunos asuntos en común, entre ellos la defensa del Occidente frente a Moscú. Pero que nadie pretenda hacernos imaginar que este hombre tiene ninguna contribución que aportar a una civilización occidental libre y creadora. »

El Gobierno español vive hoy horas de intensa inquietud, se siente cercado y amenazado por multitud de peligros que no acierta a definir del todo : huelga decir que, como Franco y sus amigos saben perfectamente —aunque su propaganda diga lo contrario—, no es el mayor de ellos, ni

el más grave y próximo para el franquismo, el peligro comunista. Por el contrario, Iglesia y Ejército, un día instrumentos dóciles y manejables para el tirano, son hoy más temibles incógnitas que llenan sus últimas noches de pesadillas y de malos sueños, turbando hasta la paz familiar del triste Macbeth español.

Los más importantes hombres del régimen tienen ya preparada su retirada estratégica, no sólo del poder y sus ventajas, sino incluso del territorio español : muchos Bancos y banqueros del mundo saben bastante de estos preparativos turísticos de los que amasaron fortunas en su gestión de gobierno. Entre tanto, todos ellos viven enteramente a la defensiva, realizando cualquier movimiento siempre en función de la conocida hostilidad y asco popular. La mayor parte de su atención y de sus energías se emplea en combatir nacional e internacionalmente —mediante la prensa, la diplomacia, las circulares reservadas a los gobernadores y jefes locales, los actos de propaganda, los premios a españoles y extranjeros que publican trabajos o declaraciones favorables, los viajes al exterior, las becas políticas— a una oposición organizada, cuya existencia y movimientos se han visto obligados a reconocer : en imaginar argumentos, posturas y actos que pongan al régimen en mejor luz ante la opinión mundial ; y en discutir, sofocar o desviar las crecientes exigencias populares de libertad, de garantías ciudadanas, de transición inmediata a un Estado de derecho, asenta-

do en la voluntad popular y apto, por ello, para la gran transformación económica, social, jurídica y moral que el país necesita.

Está claro que este clima gubernativo de inquietud e histeria, este vivir en función de los enemigos, reales o imaginarios, acompañado de la disgregación progresiva de las fuerzas que apoyaron al régimen y de las reticencias de los más expertos augures forasteros, son presagios inconfundibles del cercano fin. Con ello sentimos una íntima y profunda alegría quienes deseamos para todos los españoles la libertad indispensable a la dignidad humana y la satisfacción de unas necesidades vitales primarias, como preliminares a todo ulterior progreso nacional. Porque, al menos, el problema de esa libertad esencial y de esas necesidades vitales, largamente olvidado, ocultado y eludido por ser incómodo a los poderosos y caciques, viejos y nuevos, del país, está sobre el tapete, y ya ni este moribundo régimen ni el que le suceda podrán negar su existencia.

Sin embargo, no tenemos derecho a entregarnos ni un solo momento a una plena satisfacción por el cambio inevitable, porque éste, tan deseado por millones de españoles, no es más que un paso necesario, pero en sí negativo, hacia su bienestar y justicia. Ese bienestar y esa justicia hay que levantarlos en la libertad y esta tarea es difícil. Todos los españoles viven hoy momentos de inquietud ante la incógnita de un futuro al que muchos enemigos acechan. Nuevos peligros surgen constantemente para el país, resultado en parte de la injusticia secular básica y de la ignorancia milenaria de gran parte de nuestro pueblo, y en parte de los vicios, deformaciones y corrupciones que el régimen ha regalado a España. La formación política es aún escasa. Las necesidades sofocadas pretenden romper todas de una vez, y es justo y natural que lo intenten, después de una generación entera de doloroso parénesis. La libertad puede verse de nuevo amenazada. Las fuerzas democráticas deben seguir alerta, estrechar su unidad, estudiar con sinceridad los problemas del país y no dejarse sorprender por ningún eventual « hecho consumado », ni pactar por debilidad con ningún grupo que no respete la libertad humana básica y el interés so-

cial, fundado en una buena distribución de los bienes y las rentas.

Esta actitud de vigilancia y estas necesarias precauciones no nos impiden, con todo, a los demócratas españoles, comprobar que el balance de estos seis meses últimos es positivo para las fuerzas de la libertad, como demuestra el examen de los resultados obtenidos en ese período tanto en el interior como en el exterior. Vamos a enumerar brevemente esos resultados, tanto positivos como negativos :

En el interior

Resultados positivos

1. Entre los trabajadores de las principales regiones industriales se ha desarrollado profundamente la conciencia de la posibilidad y de la necesidad de una lucha organizada —y pacífica— por sus reivindicaciones económicas y contra los abusos e injusticias del régimen. Ha progresado rápidamente en esas regiones la revitalización de las fuerzas sindicales tradicionales —Unión General de Trabajadores y Confederación Nacional del Trabajo— y la formación de grupos de trabajadores cristianos, cuyo centro de reclutamiento están siendo las Hermandades Obreras de Acción Católica. La alianza práctica de C.N.T., U.G.T. y estos trabajadores cristianos es ya un hecho palpable en las citadas regiones y tiende a serlo en toda España. La organización sindical oficial ve derrumbarse su estructura, dimitir en masa a los enlaces sindicales, después de haber contribuido, al servicio de las sindicales clandestinas y realmente representativas, a las recientes huelgas de Asturias, Cataluña, País Vasco y Valencia. Todo este movimiento desborda y envuelve ampliamente los reducidos intentos comunistas, como lo prueba el hecho de que la mayor parte de los detenidos en las pasadas huelgas fueran obreros de la C.N.T., U.G.T. y H.O.A.C. —que dió varios dirigentes a la causa— pertenecientes a las empresas E.N.A.S.A., Maquinista, S.E.A.T., Hispano Olivetti, etc. El encarcelamiento en E.N.A.S.A. del conocido directivo católico Emilio Comas Franquesa no deja lugar a dudas sobre la amplitud alcanzada por el movimiento sindical clandestino y sobre las alianzas existentes.

2. Al mismo tiempo, la ofensiva de unas nuevas fuerzas democráticas de derecha y centro se perfila claramente. El valiente discurso pronunciado en la Facultad de Derecho de Madrid por el catedrático y ex-ministro de la República Manuel Giménez Fernández, y la paralela reorganización de diferentes núcleos demócratas-cristianos en torno a objetivos estrictamente democráticos y europeos y a personalidades nada sospechosas de colaboracionismo con Franco, lo prueban. Estas personalidades mantienen, como primera preocupación, el diálogo constructivo con la izquierda española, en especial con el socialismo. Su movimiento decidido ha arrastrado a la misma postura, desgajándolas de toda esperanza de trato con el régimen moribundo, a la mayor parte de las fuerzas monárquicas liberales. El manifiesto lanzado conjuntamente, hace poco, por numerosos grupos monárquicos, reunidos bajo el rótulo « Unión Española », representa, con su tímida pero efectiva y explícita defensa de los derechos de asociación, libre opinión, sindicación y huelga, un primer paso realista hacia ese diálogo con la izquierda, para la formación conjunta de una plataforma democrática nacional.

3. El radicalismo antidemocrático del « Opus Dei » y la organización misma, en cuanto equipo político, se van ablandando y disgregando, quebrados por la presión de la opinión pública nacional y extranjera y la hostilidad popular. Las disensiones entre sus miembros, las fuertes discrepancias ideológicas registradas por el propio Calvo Serer en reciente carta abierta a *Le Monde* (4 de mayo), las protestas violentas de anti-franquismo de este señor en el extranjero son más que un síntoma. El equipo denuncia demasiado pronto su doble juego en la fase final y cae en la disgregación ideológica y táctica más completa.

4. Existe la plena seguridad nacional e internacional de que la sucesión al franquismo ya no podrá decidirla Franco, ni en cuanto a la persona —que para el dictador debió ser Juan Carlos de Borbón—, ni en cuanto a las condiciones políticas de la misma : la jura de los principios del « Movimiento Nacional ». Aún hace pocos meses, los periódicos de todo el mundo se

dejaban llevar por el optimismo franquista y calificaban a Don Juan Carlos de « próximo Rey de España » y a Don Juan de « su padre ». Hoy no. Hoy se les llama, modestamente, a éste el « Pretendiente al Trono de España » y a aquél « su hijo mayor ». Véase por ejemplo, el *New York Times* del día de la visita de Don Juan Carlos a Washington (8 de mayo).

5. Se ha extendido paralelamente entre los grupos políticos españoles y en multitud de sectores nacionales la tesis formulada en el Pacto de París del pasado febrero por una alianza de fuerzas democráticas de que la forma de Gobierno deberá ser decidida mediante una consulta de la voluntad popular, y no impuesta, ni ratificada *a posteriori* de su instauración. Las adhesiones individuales y colectivas al Pacto de París no han dejado de multiplicarse a lo largo de todo este período.

6. Todos los grupos activos del mundo universitario e intelectual convergen hacia la unidad democrática (sin los comunistas), representada actualmente por la « Unión Democrática de Estudiantes », y hacia la unificación de objetivos económicos, sociales y políticos con los sindicatos clandestinos y las fuerzas obreras. En el órgano de la citada organización, *Unión*, puede comprobarse el creciente interés por las reivindicaciones obreras y la creciente vinculación de los temas universitarios y profesionales con los obreros y sindicales.

7. El Partido Comunista español ha fracasado en sus intentos por « dirigir la oposición » y en sus esfuerzos por arrastrar a las fuerzas democráticas a una alianza con clave comunista. El fracaso de la « jornada de reconciliación nacional » en aquellos sectores en que la C.N.T., la U.G.T. y los cristianos han decidido no participar, lo prueba. Paradójicamente, la más perfecta inmovilidad y normalidad se ha registrado precisamente en aquellas regiones en que treinta días antes la decisión de los trabajadores democráticos había provocado importantes huelgas : Asturias, Barcelona, País Vasco, Valencia. Este resultado prueba tanto la fuerza de la alianza U.G.T.-C.N.T.-cristianos, como la debilidad de los comunistas, sobre todo en las citadas regiones.

Resultados negativos

También hay que registrar, naturalmente, algunos resultados negativos en nuestro balance interior. Entre ellos : el intento de algunos católicos que colaboraron estrechamente con el régimen, de constituir —al lado del sector ortodoxo e independiente de demócratas cristianos, leales a la democracia y abiertos al diálogo y a la colaboración con todos los partidos y grupos democráticos— otra « pseudo democracia cristiana », a caballo entre el régimen y la oposición, destinada a recoger y a salvar, sin condiciones precisas, a multitud de católicos no ciertamente purificados de una mentalidad y conducta antidemocrática, antisocial y aun franquista. Esta maniobra, en la que temerariamente se ilusiona el Obispo Herrera, y a la cual están unidos los hermanos Artajo, va encontrando ya, sin embargo, a medida que se descubre su doble filo, peligroso para la libertad futura de los españoles, la desaprobación de muchos cristianos que son, a la vez, demócratas rectos y sinceros.

Otro resultado negativo de estos meses es la conducta vacilante y recelosa de ciertos grupos monárquicos que rodean y aconsejan al Pretendiente y que, declarándose antifranquistas a ultranza, pretenden instaurar de nuevo la dinastía borbónica eludiendo la consulta popular, calculando ciertamente muy mal la fuerza de arrastre que, hoy por hoy, puede tener en España la Monarquía. Pretendiendo traer al rey *a priori*, sin darse cuenta de que la liquidación del régimen franquista supone el retorno de la soberanía al pueblo y el recobro puro y simple de la democracia, estos malos consejeros pueden estar haciendo imposible, por las reacciones que su actitud ya provoca, la presentación de la misma Monarquía a la consulta popular para la futura forma de gobierno, para una eventual instauración *a posteriori*. Aunque ningún partido ni grupo democrático va a oponerse a que también los monárquicos constituyan sus partidos, defiendan libremente sus ideas y compitan democráticamente para hacerlas triunfar dentro de la ley, incluida naturalmente la idea institucional y dinástica, se opondrán radicalmente y no

aceptarán nunca la instauración de una monarquía llegada « por el atajo ».

Finalmente, un tercer resultado negativo de estos meses es la intervención descarada del comunismo, con sus consignas ultrapi-renáicas gigantescamente amplificadas por los altavoces y resonadores franquistas, interfiriendo en el litigio claro y diáfano que opone Franco a las fuerzas de la libertad o, si se quiere, dictadura a democracia. Si la actividad de los voceros del stalinismo se hubiera limitado, ante la liquidación próxima de la dictadura, al elogio de su propia mercancía, a la exposición de las « ventajas » y « delicias » de su sistema de esclavitud —que en tantos puntos coincide con el que hoy sufrimos—, nada tendríamos que replicar, ni nada, en el fondo, temeríamos. Porque, por demócratas, admitimos la libre polémica sobre los sistemas políticos, y nuestra confianza en la superioridad de los sistemas con libertad nos permite esperar en el triunfo de éstos en España por el camino de la ley y sin imposiciones. Pero lo que no podemos admitir es que el comunismo ultrapi-renáico, aprovechando sus mayores medios radiofónicos, económicos y propagandísticos, y la situación precaria de las fuerzas democráticas españolas, sujetas por el franquismo y hasta hoy abandonadas del mundo democrático, se erija en representante de todas las fuerzas de oposición antifranquista. Esta intervención precipitada y excesiva en nuestros asuntos, este gigantesco abuso de confianza, este pretender erigirse en paladines de la libertad quienes acaban de presentarnos la vergüenza de la represión húngara, será contraproducente, pues abre ya los ojos de las juventudes y de los trabajadores españoles. A la larga, las fuerzas de la libertad no podrán sino felicitarse de haber encarado « el problema stalinista » ya desde los días de la lucha antifranquista. Hoy por hoy, sin embargo, este problema se presenta confuso ante los ojos de muchos, y hay que considerar el descaro comunista como un daño a nuestra causa.

En el exterior

Resultados positivos

1. El régimen de Franco, en su estructura jurídica, social y política, en sus mé-

todos represivos y policíacos, en su prohibición de la libertad sindical y de huelga y en su censura, ha sido duramente condenado por declaraciones explícitas, lanzadas al mundo en los últimos meses por los siguientes organismos internacionales :

a) La Oficina Internacional del Trabajo, cuyo Comité de libertad sindical, reunido en Ginebra del 29 de octubre al 1º de noviembre pasado, decidió « llamar la atención del Gobierno español sobre la contradicción fundamental que existe entre la legislación vigente en España y los principios de libertad sindical que consagra la Constitución de la O.I.T. ».

b) La Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres, que agrupa a setenta millones de trabajadores libres de todo el mundo, la cual el 17 de marzo lanzó un manifiesto sobre la situación represiva en España, y pidió a todas las fuerzas democráticas del mundo que apoyen la formación de un Gobierno provisional en España, « representativo de todas las fuerzas democráticas y antitotalitarias, que garantice al pueblo español el ejercicio de sus libertades fundamentales y que prepare en el menor tiempo posible el camino para la celebración de elecciones libres ».

c) Otros organismos de carácter diverso, como la Confederación de Sindicatos Cristianos, la Internacional Socialista, la Federación Internacional de Mineros, han condenado el régimen.

d) Puede también añadirse el fracaso rotundo del S.E.U. (Sindicato Español Universitario) ante los organismos internacionales estudiantiles, y su impresentabilidad en la Conferencia Internacional de Estudiantes, cuyos países miembros y directivos se inclinan ya por la admisión de nuestra « Unión Democrática de Estudiantes ».

2. Todo intento por presentar la solicitud de ingreso de la España de Franco en la N.A.T.O. se ha concluído por el fracaso, ante la oposición de países miembros, cuya dignidad no les permite sentarse en la misma mesa, para « defender la libertad », con el opresor de las libertades fundamentales en nuestro país.

3. Tanto el Vaticano como los Estados Unidos han comenzado en este período el estudio de las « soluciones de recambio político » en España y han hecho interesan-

tes consultas en el campo de la oposición democrática acerca de sus eventuales consecuencias.

Resultados negativos

Pueden considerarse resultados negativos en el exterior, en este período, la alianza de ciertos sectores de la derecha francesa con el franquismo, basada en los comunes intereses colonialistas en Africa, el apoyo económico de última hora de los Estados Unidos que, al coincidir con las huelgas y la agudización del malestar social, da argumentos al antiamericanismo y al comunismo —por tratarse de ayudas destinadas a engrasar el aparato estatal y su corrupción e ineptitud administrativa, las fabricaciones militares y las especulaciones del capitalismo oficial y privado, y no a elevar el nivel de vida popular ; y, finalmente, las vacilaciones, astucias y oscilaciones del Vaticano entre las dos tendencias de política católica que, como alternativas, se ofrecen en España : la estrictamente democrática y la « colaboracionista », que ya hemos definido.

Las injusticias sociales se agravan

El amplio panorama de injusticias sociales y económicas que, desde hace un año, hemos venido exponiendo en distintos trabajos e informes (1), se agrava aún más, día tras día, en todos los aspectos, pese a las graves advertencias que, en forma de huelgas y protestas colectivas, la población ha dirigido al Estado y al capitalismo español. Parece confirmarse con ello la vieja tesis de que, pasando de cierto punto de corrupción y desorden ético, las cosas no tienen arreglo por vía evolutiva, sino que necesita cambiarse la raíz, el sistema, los

(1) Además de mi precedente artículo en *Cuadernos*, « La actual crisis española y las nuevas generaciones » (nº 26), puede verse *Renta nacional y renta salarial en la España de hoy*, editado por la F.I.O.M. (Ginebra, diciembre 1957), « El interés social en la España de hoy », en *El Socialista* (5-IX-57) y « El estado de miseria y opresión del pueblo español », publicado en México, con el pseudónimo de « Juan Bravo » (Boletín de la Unión de Intelectuales Españoles).

hombres y los equipos, todo a la vez. Parece repetirse en la España de 1958 esa peculiar psicosis de « liquidación » que incita a los beneficiarios injustos de una situación a explotarla y exprimirla a fondo a última hora, antes de hacer las maletas definitivamente.

Sean cuales fueren las causas psicológicas —que nos interesan hasta cierto punto—, los resultados están a la vista de todos : un afán de especulación desatado, el crecimiento elefantiásico de los « intermediarios », « concesionarios » y « gestores », un desorden fiscal tremebundo y la evasión privada y oficial de capitales han producido en los últimos meses la más espectacular subida de precios de artículos de primera necesidad que ha registrado Europa en este período, al paso que los salarios siguen congelados en la última subida de noviembre de 1956, ampliamente desbordada en este año y medio de verdadera locura. La baja del poder adquisitivo de millones de españoles es una realidad que resulta ya tan imposible de ocultar, como el incremento paralelo de los beneficios de las grandes empresas o el fatal desplazarse del peso principal de los impuestos hacia las masas consumidoras, desgravando a los poderosos.

Estudios directos realizados por el Banco de Bilbao (2) utilizando el método estadístico del muestreo, aplicado a millones de casos en toda España, llegan a ofrecer una imagen bastante fiel de la capacidad adquisitiva de los trabajadores españoles, ya que los salarios medios resultantes, en todo el territorio nacional, para distintas categorías de obreros —incluyendo todos los subsidios y gratificaciones, como explícitamente se advierte en el trabajo— son del tenor siguiente : conjunto de los trabajadores agrícolas, 817 pesetas mensuales ; obreros de la construcción y obras públicas, 1.881 ; pesca, 1.526 ; industrias de la alimentación, 1.575 ; transportes y comunicaciones, 1.964 ; cuero y calzados, 1.826 ; industria textil y confección, 1.858 ; profesores de enseñanza privada, 1.573, etc.

El estudio de los « salarios medios provinciales » ofrece también amplio margen

(2) *Renta nacional y su distribución provincial*, Madrid, 1957.

a la reflexión. En este apartado nos encontramos con que en la actualidad —pues el estudio abarca la última subida, por referirse a los últimos meses de 1956—, en ninguna provincia española la remuneración media de los asalariados llega a 30.000 pesetas anuales, o sea a 2.500 mensuales.

Si consideramos en conjunto la desventurada Península, nos encontramos con que : el 30 % de todos los asalariados no alcanza a 62 ptas. diarias de salario ; el 53 % del total de trabajadores cobra menos de 76 ptas. diarias ; el 86 % no llega a 90 ptas. al día ; y, finalmente, el 95 % de los españoles que viven de un salario —la casi totalidad— recibe por todos conceptos menos de 104 pesetas al día, en 1958.

Frente a esto, ¿dónde están los precios? Para hacerse una rápida idea de la relación precios-salarios, baste coger un día de mercado en Barcelona, y los precios oficialmente fijados para la fruta por la famosa Comisaría General de Abastecimientos y Transportes : Naranjas, 9 ptas. kilo ; tomates, 9,25 ptas. kilo ; limones, 10,50 ptas. kilo ; manzanas, 14 ptas. kilo ; peras, 16 ptas. kilo (*La Vanguardia*, 23 marzo 1958). Pero si se quieren unos índices comparativos más científicos, tomemos los del Instituto Nacional de Estadística, que nos dice que, tomando como base julio de 1936, los precios han subido, en media, 11,43 veces. Algunos productos tienen, sin embargo, con relación a julio de 1936, un precio muy superior : la lana ha subido —según el mismo Instituto— 26,71 veces ; los carbones, 20,16 veces ; el algodón, 18,02 veces ; la madera, 13,95 veces ; la naranja, 16,56 veces ; el arroz, 13,69 veces ; la ternera, 13,33 veces ; la carne de cerdo, 13,13 veces. ¿Cuánto han subido los salarios? Un oficial de 1ª de la industria sidero-metalúrgica, que antes de la guerra tenía fijado su salario en 15 ptas. diarias, lo ha visto elevarse hasta 47,50 (oficial) en noviembre de 1956 (última subida), es decir muy poco más de tres veces (« Boletín Minero e Industrial », Bilbao, agosto-septiembre de 1957).

Pero lo que hay que tener en cuenta, ante todo, es, como no nos cansaremos de repetir, que esta baja tremenda del poder adquisitivo popular se produce simultánea-

mente al incremento de las ganancias de las grandes empresas, cuyos beneficios netos representan un porcentaje cada vez más importante de la renta total del país. Los beneficios *netos* declarados de la Banca, por ejemplo, se elevaron de 895 millones en 1951 a 1.702 millones en 1955 ; sólo los seis grandes Bancos reconocen una elevación de 643 millones a 1.103 en ese período (I. C. Garrigós : « La Banca española en el quinquenio 1951-55 », *Moneda y Crédito*, Madrid, septiembre 1956). En cuanto a la distribución del producto de las empresas, es cada día más desfavorable a los trabajadores y más favorable a los dividendos y a las reservas, mientras que los impuestos, en algunos casos, también disminuyen. Entre 1954 y 1955, según el mismo Banco de Bilbao, en las industrias metalúr-

gicas, la proporción dedicada a remuneración del personal bajó del 64 % al 59 %, mientras que la destinada a dividendos y reservas pasaba del 26 % al 31 %. En electricidad, agua y gas, en el mismo período, las remuneraciones descendían del 34 % al 26 %, mientras que los dividendos y reservas pasaban del 51 % al 56 %.

En cuanto a la política general de impuestos se refiere, si alguien aún duda que su tendencia consiste en disminuir la proporción que corresponde a los grandes rentistas y en aumentar la que deben satisfacer los españoles en concepto de usos y consumos o utilidades, que afectan a la gran mayoría, vean la evolución de los principales impuestos, en millones de pesetas de 1942 (es decir, reducidos todos los años a una base común) :

Año	Territorial	Industrial	Renta	Benef. extr.	Utilidades	Usos y consumos
1942	843	496	90	397	1.279	1.679
1946	541	293	107	89	1.208	1.459
1955	650	286	91	—	2.074	2.465

Al escándalo habitual representado por este cuadro, se añade hoy, en 1958, por si aún fuera poco lo que pagan proporcionalmente los españoles pobres y medios, la medida hipócrita del Gobierno, a fines de marzo pasado, por la que se gravan aún más algunos productos de consumo ordinario, disfrazándolos de « objetos de lujo ». La enumeración de los que se consideran en la España de 1958, a efectos fiscales, productos de lujo, hará reír a toda Europa, y haría reír también a nuestro desgraciado pueblo, si no tuviera demasiados motivos para el llanto. Voy a dar una lista parcial de estos « lujos » así gravados : maletas, baúles, bolígrafos, quesos, termómetros, objetos de loza, cubiertos ordinarios, aparatos domésticos, lapiceros estilográficos, fichas de dominó, alfombras corrientes, juguetes corrientes... Si ésto es el lujo, he aquí el cuadro de la horrenda miseria española. Si ésto no es el lujo, he aquí la prueba de la hipocresía e injusticia social que reina en España, donde el Estado, para remediar a su caos económico, encarece fabulosamente estos productos, sin atreverse a tocar las grandes rentas y los beneficios extraordinarios... Queda contes-

tado el cínico editorial de *La Vanguardia* del 29 de marzo (« Como cabeza de turco ») que, en plena huelga de los trabajadores industriales, se preguntaba cómo una « ley social » (la del impuesto de lujo) había podido provocar tanta indignación entre los económicamente débiles. El extranjero ya puede comprender...

La situación de las profesiones

Las profesiones de mayor importancia social —profesores, maestros, médicos, abogados, periodistas— se encuentran en España en un momento crítico. Todo un conjunto de factores —económicos, políticos, administrativos— convergen para hacer insostenible la situación de una gran parte de los que ya ejercen y de los estudiantes que a ellas aspiran, que ven ante sí una auténtica barrera de caciquismo, *numerus clausus*, dificultades económicas y selecciones políticas.

En los pueblos, los maestros y los médicos rurales (o de « asistencia pública domiciliaria ») luchan en parecidas condiciones

—un poco mejor los médicos— en un marasmo económico y de abandono oficial indescriptible. Los primeros, cuyos sueldos anuales se escalonan entre 1.814 pesetas al mes (sueldo medio nacional), 1.416,65 pesetas al mes (categoría octava) y 1.310 pesetas al mes (última categoría), no encuentran apenas otras posibilidades para incrementar sus ingresos, pues la miseria local impide pagar una cantidad decente por la « hora de repaso », las « clases particulares » y la « enseñanza de adultos » en los meses de invierno, en que algunos labradores acuden... Muchos de ellos se ven obligados, en la desesperación, a *vender* ilegalmente su plaza, pagando algo de su sueldo al inspector para que les deje abandonar el pueblo y dejando el puesto a un indígena instruído y más miserable aún, sin título. En cuanto a los médicos, pasa algo parecido, pues entre el sueldo del Estado y la « iguala » médica no pueden ni casarse.

La opresión inquisitorial sobre las profesiones intelectuales, por su parte, no ha dejado de crecer. Los escándalos en la atribución de cátedras siguen multiplicándose, y aquí es, como todo el mundo sabe, el « Opus Dei » quien manda. Cuando un candidato a una cátedra ha logrado superar las « depuraciones » político-religiosas y las denuncias de desafecto, incrédulo o liberal, con que el « Opus » tiene sujeta la vida intelectual de España, cuando ha salido indemne del peligro de la cárcel, el exilio, el destierro o la prohibición oficial de presentarse, entonces encuentra frente a sí un Tribunal de oposiciones, cuya mayoría la forman miembros del « Opus Dei » y sólo saldrá catedrático si su ideología y conducta intelectual es agradable a esa organización y si no tiene enfrente a otro candidato que guste más a la misma. Para citar un solo caso de hace unas semanas, citaré el de las oposiciones a cátedras de Filosofía de la Naturaleza, a la que se presentaba un profesor amigo mío, autor de numerosos trabajos, dedicado desde hace quince años a la materia, católico pero desafecto al « Opus Dei », y otro señor, intelectualmente muy inferior —como se probó en las oposiciones— y menos preparado, pero amigo del « Opus ». En la votación, que era pública, lo mismo que los ejercicios, los cuatro miembros del Tri-

bunal que eran del « Opus » (entre ellos Calvo Serer) votaron a este segundo candidato, Saumella, ante el escándalo indescriptible del público que, habiendo visto la superioridad aplastante del otro, Carlos París, protestó indignado. Entonces, uno de los miembros del Tribunal, Víctor García Hoz, del « Opus » y « teresiano », no conforme con la agresión moral a la justicia que acababan de realizar, pasó a la agresión física, atacando a otro profesor amigo de París, José Luis Rubio, que protestaba. Pues bien, este otro amigo mío, Rubio, está a punto de perder la vista y quedarse ciego por los puñetazos del catedrático de Pedagogía y miembro de la « santa Congregación ». Calvo Serer anunció que la protesta se dirigía en realidad contra el Jefe del Estado y el régimen y se llamó a la policía. Un amigo mío perdió así la cátedra que, desde hace quince años prepara con éxito, otro puede perder la vista, otros asistentes serán denunciados y acabarán en la cárcel. ¿No es verdad, querido Carlos, que tal como están las cosas, era yo quien tenía razón, y he elegido el único camino posible? ¿No es verdad que *primero* hay que restaurar la libertad y las garantías en España, y *después* hacer oposiciones a cátedras?

Falsificación y humillación de la Patria

También hay que restaurar otra cosa, de la que los hombres de Franco y del régimen hablan mucho, cuando lo cierto es que la están pisoteando todos los días, y en todos los aspectos posibles : la dignidad colectiva, la dignidad de nuestra sociedad, la dignidad pública. No se tiene derecho a hablar de honor nacional y de cosas por el estilo cuando a través del Pirineo tienen que escapar a la vecina Francia, cada año, millares de trabajadores harapientos y fu-



gitivos que, individualmente, sin protección alguna de sus representantes en el exterior, tienen que mendigar las migajas de la hospitalidad y de la caridad francesa, agradeciendo a la Seguridad Social gala el subsidio familiar que en nuestro solar es pura palabrería. Uno de los más sonados estadísticos del régimen, Pedro Bustinza Ugarte ha publicado hace unos meses en la revista órgano de la « Unión Internacional de los Organismos Familiares » que se llama *Familles dans le monde* (diciembre 1957) un documentado estudio en que se demuestra la radical insuficiencia del llamado « subsidio familiar » español, aún en el caso de que el salario base del hombre fuera suficiente y de que el subsidio se aplicara siempre : cosas que están muy lejos de ocurrir. El artículo se titula : « Nivel de vida de la familia obrera en España. — Degradación del nivel de vida en función de la dimensión de la familia ». El Estado católico y social no queda ciertamente muy bien parado, cuando se sabe que, si el salario del obrero fuera suficiente, su nivel de vida, con los subsidios del régimen, se reduce al 45 % si tiene tres hijos.

La dignidad de la nación ha querido ponerse también, de un modo absurdo pero tradicional en estos regímenes, en su Ejército. Pero, ¿sabéis la sucesión de vergüenzas a que las torpezas de Franco ha llevado a nuestro Ejército en Africa en estos dos años? Leed en *Le Monde* el reportaje titulado « Bilan d'une campagne franco-espagnole », de Georges Chaffard. Os lo resumiré en cuatro fases : *Primera fase*. El Ejército y el Gobierno español alientan y apoyan por todos los medios el levantamiento árabe contra Francia ; hacen propaganda al Ejército de Liberación al que califican de heroico y a Francia de decadente y corrompida, y colonialista ; entre nan a ese Ejército en Nador ; le dejan pasar por el Sahara, donde se refugia, después de haber tendido emboscadas a los franceses. *Segunda fase*. Los del Ejército de Liberación, apoyándose en violencias innecesarias de nuestro Ejército, nos atacan a nosotros ; perdemos el Sahara salvo tres plazas (Villa Cisneros, El Ayoun y Villa Bens) e Ifni, salvo Sidi Ifni ; la mayor parte de los soldados y oficiales españoles mueren heridos con armas españolas, ven-

didadas por Franco y militares corrompidos al Ejército de Liberación, por odio a Francia o por lucro (recuérdese el proceso de Barcelona). *Tercera fase*. Pedimos ayuda a Francia, la antigua enemiga, y ésta, en interés propio, nos reconquista Río de Oro ; la única torpeza de la operación la cometemos nosotros que dejamos pasar al Ejército de Liberación hacia el Sur ; aduhamos a Francia en toda la prensa, condecoramos a Burgound, y llamamos bandidos a los antiguos héroes. *Cuarta fase*. Envalentonados con la victoria ajena, queremos arrasar las poblaciones civiles del sur de Marruecos, y Francia nos lo impide. Toda la historia no es más que una cadena de humillaciones sucesivas.

El martillo convertido en tenaza

Las fuerzas de la libertad, aliadas desde el socialismo y la C.N.T. hasta los católicos y monárquicos liberales, están denunciando ante el mundo el sistema de opresión, miseria y envilecimiento que, bajo su costosa propaganda, representa Franco. Atacado por este frente democrático, pese a enormes dificultades, el sistema empieza a cuartearse y a ceder. Pero he aquí que el tirano, a punto de ser vencido por el descubrimiento general de su injusticia y sus torpezas, encuentra un poderoso aliado. He aquí que el general ve, a la espalda de la democracia que va a dar cuenta de él, un enemigo de su enemigo principal —dada la situación geográfica e internacional—, un enemigo de la libertad que él odia : el stalinismo. Y Franco utiliza a este enemigo. No ya sólo propagandísticamente, sino físicamente. No se contenta, como antes, con esgrimir su idea, su fantasma, esgrime su cuerpo mismo. Deja prosperar con cuidado las fuerzas comunistas, allí donde las democráticas pueden darle un disgusto por su unidad y fortaleza. Tras el golpe de efecto, sin base real, en Madrid, Franco deja, por ejemplo, en Barcelona, íntegro el aparato central, como instrumento a usar propagandística y físicamente, cuando sea preciso. El doble chantaje funciona. El antiguo martillo dictatorial es ahora una tenaza. Pero las fuerzas de la libertad romperán esa tenaza.

MIGUEL SANCHEZ-MAZAS

JOSÉ ANGEL VALENTE

TRES POEMAS ESPAÑOLES

La Plaza

A J. L. Aranguren

*La piedra está
firme y anónima.
Sostienen los pilares
con gravedad la sombra acogedora.*

*Aquí alguien habló
tal vez a hombres unidos
en la misma esperanza.*

*Tal vez entonces
tuvo en verdad la vida
cauce común y fué la patria
un nombre más extenso
de la amistad o del amor.*

*Aquí
latía un solo corazón unánime.*

*Porqué fué éste
lugar de comunales
sueños, repartidas faenas,
palabras pronunciadas
con idéntica fe.*

*Tal vez sólo por eso
la piedra aún se levanta
donde, piadosamente,
en el aire extinguido,
mi mano toca ahora
la soledad.*

La mentira

*Caminan por los campos, arreando sus bestias
cargadas de cadáveres, hacia el atardecer.*

*Pero no allí,
sino en el centro de la ciudad
están (aunque su reino sea
más odioso en el alma) : son
los mercaderes del engaño.
Levantán en la plaza
sus tenderetes y sus palabras, pues son hábiles
en el comercio de la irrealidad.
Proceden del sueño y también
lo engendran a su vez.
Mezclaos entre la multitud y veréis
hasta qué punto sus palabras son vanas,
pues no les pertenece ni un solo corazón.
Si alguien levanta su voz en la asamblea,
tal vez un hombre honrado,
para enarbolar la verdad,
ellos extienden sus manos engañosas
hasta teñir el cielo de un sangriento color.
Porque tienen el viejo poder de la mentira
que desciende en la noche,
cubre los campos,
se mezcla a las semillas,
contamina los frutos de toda corrupción.*

*Mentira es nuestro pan, el que mordimos
con ira y con dolor.
Bajamos a la caída de los sueños
como una bandada de pájaros sedientos de verdad.
Pero ninguna hora había sonado
que fuese nuestra. Entonces comprendimos
que al igual que la tierra huérfana de cultivo,
debíamos dar fruto en soledad.*

*Pero ahora acercaos : ved
cómo la noche cae. Se oye
un largo toque de silencio y redobla
el hisopo sobre el tambor.
La plaza está desierta (parece descansar
la ciudad en un sueño más hondo que la muerte).
Sólo quedan palabras como globos hinchados,
ebrios de nada. Van
flotando lentamente sobre la carroña del día
y su implacable putrefacción.*

Sobre el lugar del canto

*La mentira y sus vástagos. El odio
espeso y su constelación de sombra.*

*La cólera terrible de la tierra
que no alimenta la raíz del aire
y se acuesta en la tierra boca abajo.*

La palabra que nace sin destino.

La sangre que no siembra más que sangre.

El pan desposeído de la casa del hombre.

La opaca caridad del rico sórdido.

La simonía de la inteligencia.

El miedo y sus profetas.

*Un fruto triste se desgarró y cede
más débil que su propia podredumbre.*

*Esta es la hora, éste es el tiempo
— hijo soy de esta historia —,
éste el lugar que un día
fue solar prodigioso de una casa más grande.*

JOSE ANGEL VALENTE

La familia hispánica

Federación e inmigración

POR SALVADOR DE MADARIAGA

MUCHAS VECES SE HA DICHO que Hispanoamérica es la reserva del mundo, pero no siempre con la misma acepción ni intención. Para no pocos de los que lo han dicho, la reserva no está en la civilización, cultura, humanidad de los seres que viven en el continente hispánico, sino en el cobre, el estaño, el petróleo, las gemas y los bosques. Y aun para muchos de los que no olvidan a los hombres, la misma palabra « reserva » apenas si indica otra cosa que algo situado en el porvenir, modo cortés y ameno de decir que no hay sino poco o nada en el presente.

Lo que será y dará de sí la América hispana en el porvenir es secreto por increado. Sólo, sí, sabemos, que en gran parte dependerá de lo que las naciones americanas hagan y piensen. Por eso, y sólo por eso, tiene alguna utilidad el que sobre ello se escriba y hable. No está en nosotros legislar sobre lo que será Hispanoamérica. Será lo que en su ser lleva que sea. Pero podemos, cada uno en su esfera, influir sobre sus pensamientos, y a través de ellos, sobre su ser futuro, ya que (hasta cierto punto al menos) tal es el mañana como el hoy lo piensa.

Si los países de la familia hispana se echan al surco y se resignan a ser parásitos de una civilización que en último término no sería la suya, ¿qué duda cabe que terminarán absorbidos como elementos de-

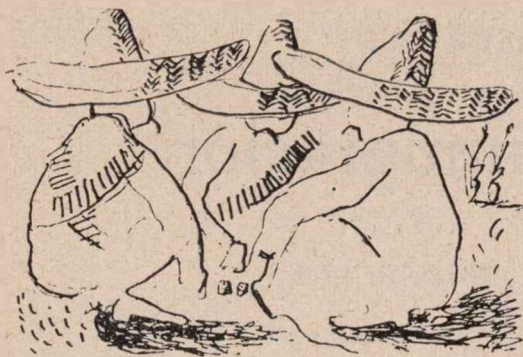
mográficos de segundo orden en una América anglica, dilatada desde el Estrecho de Behring al Cabo de Hornos? Recuerdo una vez haber recibido en mi casa de Oxford a un profesor uruguayo que, entre otros infortunios supuestos o reales del suramericano incluía el de hablar « una lengua inútil ». Este es el espíritu derrotista y precolonial que conviene rebatir. ¿Qué hacen los hispanos de ambos lados del mar para que su lengua, ya ilustre en las letras, lo sea también en las ciencias y en las técnicas?

Para la familia hispana, pues, hay dos caminos : el derrotismo o la lucha. El primero lleva a solicitar y favorecer la absorción por los Estados Unidos. Es el camino que toman todos los dictadores, aun aquellos que comienzan cantando con más brío el himno nacional. Héroe nacional al alzarse, terminan lacayos de Washington (y de Nueva York, que es peor todavía) al querer sostenerse. Así ocurrió con Perón y con Pérez Jiménez ; así ocurre con Franco, Trujillo y Somoza II. Por este camino, la familia hispana no tiene más porvenir que el de servir a la América anglica, y cuando digo servir pienso no en el servidor sino en el sirviente y aun en el siervo.

El otro camino abierto a la familia hispana es el de luchar por perseverar en su ser. Este ser, como su nombre mismo indica, comporta dos esencias : perseverar en ser familia : y perseverar en ser hispana. Constan ya las razones por las cuales se

echa de ver que para seguir siendo hispana tiene que seguir siendo familia ; y para seguir siendo familia tiene que seguir siendo hispana.

¿Que no quieren las naciones hispano-americanas unirse en familia? De su des-



tino se trata. Allá ellas. Pero entonces que se adentren por este camino de la dispersión con los ojos abiertos, sabiendo que a donde lleva es a los cuartos de servicio de la casa del amo norteamericano. ¿Que quieren perseverar en su ser? Entonces se imponen dos políticas : la federación y la inmigración española.

* * *

No nos hagamos ilusiones en cuanto a las dificultades que se oponen a la federación. Las hay de todas clases y aspectos. La geografía ha acumulado vallas y fosos, y ha dilatado distancias ; la historia ha enredado las peripecias, soliviantado las pasiones y encarnado los prejuicios de cada grupo en grandes figuras rivales ; la economía ha situado a las naciones hermanas en puestos concurrentes del mercado mundial, y la excesiva tendencia de las tres clases cultas a sustentarse de los presupuestos nacionales levanta resistencias personales a todo sistema que limitase cargos bien remunerados. Pero todos estos obstáculos juntos son tortas y pan pintado al lado del que opone no ya a la federación sino a cualquier política perseverada la carencia de continuidad en la organización política y de consistencia en la opinión de los Estados que había que federar.

Tocamos aquí al mal de raíz : la carencia o al menos pobreza de *ser* que aflige a

las naciones hispanas. Son todas —aun España, la de más ser entre ellas, como es natural— naciones de tejido laxo y somero, más como cañamazo que como paño ; no sólo en cuanto al espacio, sino en cuanto al tiempo también. Sociedades de poca consistencia, mal pueden llegar a empeñarse en una etapa histórica positiva y concreta, que exija de ellas una acción consistente y pertinaz.

Bueno es observar de pasada que, cuando se ha escogido un buen rumbo, todas las consecuencias convergen. Por haber puesto la proa hacia la unión de las naciones hispanas de América, nos encontramos ahora buscando cómo vigorizar la vida política de todas y cada una de ellas. Ahora bien, esta flojedad de la contextura social y política de las naciones hispanas de América procede de dos causas : una es su escasa densidad demográfica, y otra es la peculiar psicología del carácter español.

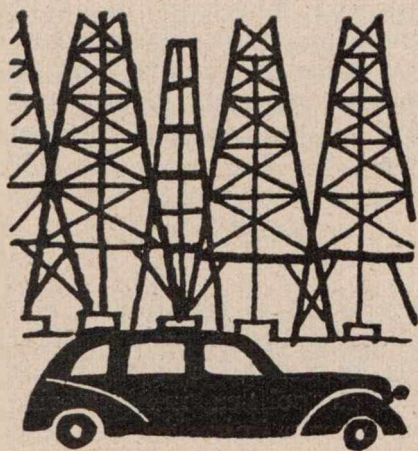
En cuanto a la primera de estas dos causas, a la vista está. Las naciones de Hispanoamérica son o bien plataformas someras de burguesía blanca sobre un fondo indio, o bien un cañamazo de civilización europea estirado y aun a trozos roto para cubrir sin tapar espacios demasiado vastos. Entre las grandes urbes centrales y los pueblos o chacras perdidos en el campo o la montaña, no existe apenas vida colectiva, tejido social, nudo o institución que establezca la continuidad orgánica necesaria al funcionamiento sano del conjunto. Es inútil que las naciones hispánicas intenten poner coto a sus males políticos con medidas meramente políticas o constitucionales ; hay que atacar el fondo sociológico del problema, cuya esencia es la densidad de población.

Hay que crear repúblicas y estados municipales y provinciales en las zonas hoy desiertas o semidesiertas ; y descentralizar el poder y la administración para que la vida política no se concentre toda en esas inmensas cabezas para cuerpos desmedrados que son hoy Buenos Aires y México, Lima y La Habana, Caracas y Santiago.

Tendremos, pues, que abogar ya por una política de inmigración para acrecentar el ser de las naciones hispanas. Pero ¿qué ha-

cer con el segundo factor, la peculiar psicología del carácter hispano? ¿Concluiríamos que, aunque convenga la inmigración, hay que evitar la española? Es evidente que no, puesto que la necesidad de perseverar en su ser hispano es una de nuestras conclusiones fundamentales para la América hispana. Y así es, en efecto. Porque esa laxitud del ser que hemos señalado como característica de las sociedades españolas sólo se refiere a los valores conscientes sociales, a la política y a la cultura burguesas : mientras que, por el contrario, en todo lo subconsciente y creador, es lo hispano maravillosamente pertinaz y duradero. De modo que nos encontramos frente a otra de esas convergencias naturales de nuestro tema : con el aumento de la densidad demográfica se irán corrigiendo por mera presión las tendencias anárquicas del español. (Así se observa en España, donde el malestar actual se debe a que el incremento de población ha causado una irrupción de realismo político en la atmósfera irreal de la monarquía sagastina.)

Quizá conviniera examinar la federación hispanoamericana como una operación compleja en dos etapas : una para agrupar naciones en subfederaciones y otra para federar estos grupos ya federados. A título



de mero ensayo, se podría considerar una subfederación Argentina-Uruguay-Paraguay-Chile ; otra del Perú con la Gran Colombia ; otra de México con la América Central y las Antillas ; llegando luego a la federación total en donde estos grupos en-

trarian con el Brasil. Puro anteproyecto. Quizá fuera más expeditivo y sencillo ir directamente a la federación global. Todo esto es opinable.

Pero sería bueno comenzar el trabajo ya. Hay mucho camino que andar y mucha resistencia que vencer. Ya debiera existir hace tiempo una comisión seria de estudios federativos hispanoamericanos. Es de esperar que la idea tome cuerpo pronto, desde luego fuera de los ambientes ya preorientados como O.N.U., la Organización de Naciones Americanas, antes Unión Panamericana, o la Unión Iberoamericana.

* * *

Abordemos ahora más directamente el tema de la inmigración española, que la misma coherencia de nuestro tema de conjunto nos obligó a tocar con motivo de la federación. Ya hemos visto que esta política es elemento esencial en esa « perseverancia en su ser » que es indispensable para la unión futura de la que a su vez depende la vida futura de todas las naciones hispanas. Acabamos de ver que una mayor densidad de población es condición ineludible de estabilidad política. Es, pues, condición ineludible para el progreso material y moral, para el aumento y perseverancia del ser de las naciones hispanas acudir con ánimo y aun con urgencia a la inmigración española. ¿Por qué española? Por un montón de causas, algunas, por ya apuntadas, no para repetidas aquí. Pero hay que añadir ahora esta otra : que la emigración española es la que más fácil y rápidamente se asimila.

Por paradójico que parezca, esta rapidez de asimilación contribuye a la vez a la unidad y a la variedad de las naciones hispanas. En efecto, el español se convierte casi en seguida en mejicano, chileno, argentino, uruguayo ; y al mismo tiempo, consolida lo que todos tienen de común, que es lo español.

Todo esto es tan evidente que parece no tener por qué toparse con obstáculo alguno. Pero la naturaleza humana es como es, y han surgido toda suerte de objeciones contra la evidencia. Ya se han apuntado algunas. Otras habrá que apuntar más adelan-

te, al comentar las imitaciones de los Estados Unidos. Aquí me limitaré a dos, procedentes ambas del mesticismo que aflige a ciertos sectores de opinión mejicana. Uno brota de la opinión que sostiene que Méjico no puede aceptar emigración alguna porque los braceros se van a los Estados Unidos donde ganan más jornal y allá se quedan. Se dice que se han dado pasaportes de « residentes » en los Estados Unidos a 946.606 mejicanos. No se dice si en un año, en diez o en cien. Se dice que, aunque la inmigración fuera beneficiosa a largo plazo, no se puede hacer porque faltan víveres. Pero la emigración a los Estados Unidos no es argumento contra la inmigración española, sino a favor de esta inmigración. Lo mismo ocurre con lo de las *espaldas mojadas*. Síntomas todos de insuficiente vigor en la vida económica del país que exporta braceros. Lo que Méjico necesita es españoles emprendedores que eleven la tensión creadora de la iniciativa privada y den trabajo al obrero.

La experiencia del éxodo de los españoles republicanos debió haber convencido al mejicano más reacio de las ventajas de la emigración española que son dos : empuje creador económico-social ; y asimilación rápida. Y en mi opinión, así ocurre. Es seguro que la opinión espontánea y general de los mejicanos coincide. Si se manifiestan opiniones contrarias, ello se debe al mesticismo apasionado que no quiere dejarse convencer.

A tal grado de cerrazón se ha llegado en esta materia que en un artículo de *Excelsior* se hacen « revelaciones » que el articulista, con harta razón, halla « sorprendentes ». He aquí esta declaración :

« Se han hecho múltiples estudios en los « que se demuestra esto que parece absurdo : que no obstante que la mayoría de « la población mexicana está formada por « mestizos de sangre española e india, se « funden » mejor a la familia mexicana « los italianos, en primer lugar ; y los alemanes, en segundo. Italianos y alemanes « nacidos en México se sienten mexicanos, « aman al país, demuestran su amor por « su patria (México). El español, orgullosamente sigue sintiéndose español y sus « hijos heredan ese orgullo. »

Esto Inés ello se alaba. Como si no hubiéramos visto todos y oído cómo los hijos de los republicanos españoles se sienten ya mexicanos, y a veces hasta los mismos emigrados. Y como si no supiéramos que hay en Chile y en el Brasil ciudades enteras de alemanes con su prensa y su escuela y hasta su *Deutschland über alles*. Y como si la declaración de marras no llevara ya en sí su propia firma psicológica al final, en esa frasecita sobre el orgullo español, brote irrepresible del resentimiento mestizo.

Estas cosas son demasiado graves para que nadie intente satisfacer con ellas sus pasiones. Nótese que la declaración que he comentado se le dió al periodista « en sectores no oficiales y aun en algunos oficiales », que ya es raro para una sola declaración ; es decir que, para airear tamaños absurdos no hay quien dé la cara ni la firma. Pero se trata del porvenir de Méjico y aun de toda América y parece que habría que pasar a la madurez y no quedarse en la mera adolescencia.

Sin por eso caer en la senilidad o en algo peor. Porque a mí se me aseguró en Lima que en tiempos de la dictadura del general Odría entraron nada menos que 18.000 chinos en aquel país. He dicho diez y ocho mil chinos. Y que las autoridades hicieron la vista gorda. Convendría que se dieran pruebas fehacientes de que no hubo tal inmigración china. No se trata aquí de excluir a nadie de ninguna parte. Se trata de dilucidar qué clase de país quiere ser el Perú y qué camino toma para ser lo que quiere ser.

* * *

Perseverar en su ser implica no imitar. Pero Hispanoamérica padece manía imitativa de los Estados Unidos. Ya he apuntado que su política inmigratoria es en gran parte mera imitación. Así se echa de ver en varios de sus aspectos. El primero es que está, como diría un electricista, fuera de fase. Las medidas adoptadas por los Estados Unidos para restringir su inmigración se explican porque llegan ya cuando la nación ha alcanzado una cifra de población considerable, gracias a la cual se ha colocado a la cabeza de las potencias indu-

triales. Las medidas adoptadas por las naciones hispanoamericanas carecen de tal explicación. Estas naciones se hallan en una fase de su desarrollo análoga a la de los Estados Unidos hace tres o cuatro generaciones. Por lo tanto sus medidas de restricción inmigratoria son extemporáneas. Nada aconseja tomarlas. Sólo se adoptan por imitación.

Tan es esto así que hasta en ciertos detalles se ha querido imitar a los Estados Unidos sin ton ni son ; por ejemplo, se han dado casos —sé de dos— en que una nación hispanoamericana ha adoptado el trámite tan inútil como vejatorio de tomar las huellas digitales de las personas que piden visado, sin más que porque así lo hacían los norteamericanos ; y ahora que éstos, al fin, se han apeado del burro y ya no piden huellas, los otros dos países no saben qué hacer ; si apearse del burro, imitando hasta al fin, o seguir montados solos para hacer creer que no imitan.

Pero ¿por qué exigir visado? Ya se está aboliendo en Europa y casi no queda. No es seguro que fuera necesario en tiempo alguno en las Américas, pero lo que es ahora, ¿para qué sirve sino para estorbar? Y cuenta que las naciones hispanoamericanas no se iban a contentar con un sello en el pasaporte ; sino que piden fotografías, hacen llenar formularios (que, imitando siempre, llaman *formas*), fomentando así un papeleo inacabable y confuso, en el que a todas supera Méjico, donde el viajero al llegar se topa con una barrera de máquinas de escribir y venga a llenar « formas » verdes y amarillas con sus copias y más copias, y sellos, y un ajetreo tal que no hay administración que lo digiera. Absurdo despilfarro de los impuestos en sueldos y material, sin provecho alguno para el país y por mero prurito de imitación, porque así con un monstruo electrónico se podrían devorar útilmente tan enormes masas de papel.

Otro tanto cabe decir de la ley argentina que obliga al viajero de paso, aunque no esté más que cortos días, a pasar por las oficinas del Estado para pagar impuesto sobre los ingresos de su trabajo en el país de origen y residencia ; ley vejatoria e injusta que hace más absurda todavía la mul-

tiplicación de los trámites, porque, al menos en los Estados Unidos (donde sólo se cobra sobre la ganancia hecha en el país durante la estancia) todo se hace ante un solo funcionario y de una vez, mientras que en Buenos Aires hay que ir de la ceca a la meca lo menos tres veces y depender de que esté o no esté el funcionario que tiene el monopolio de la firma.

Ya es hora de que las naciones hispanas cesen de vivir de prestado, adoptando formas y costumbres de la gran república nacionalista del Norte. A ellas no les van ni les convienen estos modos cerrados de una nación rica y ya hecha ; sino por el contrario una actitud acogedora y liberal. Que al fin y al cabo, si la inmigración ha de ser española en sus grandes líneas, también ha de abrirse a los demás europeos, sobre todo a los del norte, como correctivo a las tendencias españolas y en particular para desarrollar la afición a la técnica.

Pero el mal radica más hondo que la mera imitación, y la desastrosa falta de concordancia a la que arrastra entre lo que se hace y lo que se debiera hacer. El mal consiste en una actitud derivada y no prístina, reflejada y no irradiada, ante la vida. En vez de ser, parecer. Actitud superpuesta, que, por raro que parezca, va con frecuencia unida a un nacionalismo quisquilloso. La psicología resuelve la paradoja. Como en el fondo a lo que se aspira es a parecer más que a ser, preocupa más la opinión causada en otros, y de aquí la quisquillosidad del nacionalismo. Ay del que no estima al país del nacionalista por encima de los demás, sobre todo de los demás países de la familia ; sobre él caerán los ácidos de la malevolencia.

Se impone, pues, una reorientación de la actitud. En vez de obstinarse, contra natura, en adoptar formas e instituciones extrañas, derivadas, traducidas, con la vana esperanza de poder alternar con lo que se hace « por ahí fuera », las naciones hispanas debieran aspirar a perseverar en su ser ; esforzarse en estudiar su propia vida colectiva y en ir creando sus instituciones en armonía con sus costumbres y necesidades, por medio de una sociología objetiva. Esta sería la vida más expedita y positiva para arrancar de cuajo la manía imitativa que

hoy aflige a Hispanoamérica y la distrae del estudio de su propio hogar.

* * *

Sería presumir de sabio y de profeta intentar siquiera un esbozo de lo que el estudio objetivo de la realidad hispanoamericana daría de sí. Estos apuntes se limitan a sugerir avenidas posibles.

Convendría quizá estudiar inmigraciones orgánicas. Hasta ahora, con muy contadas excepciones, se ha abusado de la inmigración al túntún. Habría que estudiar de antemano el lugar que se poblaría, su potencial económico y su clima ; y traer el grupo de familias que ya en España viviera en un ambiente económico igual. Gente de viñas para viñas, gente de olivos para olivos, gente de naranjos para naranjos. De este modo se evitaría el traer españoles nada más que para aumentar la densidad de población de los conventillos de Buenos Aires o los suburbios de México y Lima.

Pero se conseguiría algo más. Se irían fomentando instituciones municipales locales de cuyo auge y vigor dependen la estabilidad política y la fuerza del ser de la nación entera. Sin raíces en el campo, la democracia liberal hispánica no logrará jamás vida lozana. Es menester dar a los municipios rurales y a sus federaciones provinciales la máxima libertad política y administrativa, para que las turbulentas capitales no expongan la vida pública del país entero a sus caprichos y aventuras cerceñando de un golpe la única cabeza de la autoridad. Pero esta reforma, tan necesaria, de la vida pública hispanoamericana no podrá llevarse a cabo sino al paso que dicten los progresos demográficos del campo.

Así garantizada, por el arraigo en el campo de la libertad política, podrá tomar

vida propia, nacional y genuina esa federalización que hoy en los países americanos no pasa de ser imitación de papel de la federación norteamericana. ¿Cuántas naciones iberoamericanas se llaman « Estados Unidos »? ¿Cuántas lo son? Para entrar con pie firme en un terreno accidentado y movido por la controversia, me preguntaré si habrá algún día en el mundo hispano algún dirigente o partido con bastante valor cívico para rechazar la, para mí, más funesta de todas nuestras imitaciones : el sufragio universal directo. Es cosa muy de pensar cuánto ganarían todos nuestros países, —y aun Francia e Italia también— si renunciando una vez para siempre a esa superstición política organizaran sus asambleas en forma realmente federal, es decir, eligiendo por sufragio universal al municipio, pero por sufragios colegiados las demás asambleas ; la provincial elegida por los municipios ; la nacional por los parlamentos provinciales.

De este modo quedaría organizada la familia hispana del Nuevo Mundo (España pertenece a Europa) en forma de círculos concéntricos de federaciones, que irían desde el municipio hasta la Federación General, en sistema que podría aspirar con el tiempo a equilibrar el orden con la libertad ; con lo cual lograría en el mundo una consideración que hoy, por desgracia, está muy lejos de disfrutar.

Yo apelo aquí a los numerosos amigos que en el servicio diplomático de Hispanoamérica he frecuentado. ¿Duda alguno de que el respeto que entonces rodearía al Embajador de la Federación Hispanoamericana sería muy superior a la suma de los veintitantos respetos de que hoy gozan los jefes de misión de Hispanoamérica en las capitales del mundo?

SALVADOR DE MADARIAGA

Entrevista con Marek Hlasko

P O R K. A. J E L E N S K I

EN LA PRIMERA página del semanario parisiense *L'Express* (17 abril 1958) aparece la cara triste de un muchacho rubio : la del polaco Marek Hlasko, el escritor joven más célebre de la Europa del Este.

Trybuna Ludu, órgano del Comité Central del Partido Comunista polaco, acababa de atacarlo violentamente, acusándole de « negar el sentido humanista del socialismo y la posibilidad de su realización, minar la fe del hombre en sí mismo, en sus aptitudes, su fuerza y sus valores morales ». En fin, de ser « un imitador de Orwell, el clásico y maestro de la calumnia anticomunista contemporánea ». Hace un año, el nombre de Hlasko estaba asociado corrientemente a la « revolución » polaca de octubre de 1956. Era el redactor literario de *Po Prostu*, el semanario de los jóvenes comunistas liberales, que tanto habían contribuido a la victoria de Gomulka. En el curso de un año, *Po Prostu* fué liquidado por el Partido, fué prohibida por la censura la publicación de dos libros de Hlasko y sus películas deformadas por un corte tendencioso. En París acaba de publicar Hlasko, en las ediciones de la revista liberal de exilados *Kultura*, sus dos libros prohibidos, *Les Cimetières* y *Le Suivant au Paradis*.

La entrevisté que Hlasko concedió a *L'Express* impresiona por su sinceridad total, por su libertad. Lo que dice muestra la ruina de buen número de esperanzas que los jóvenes polacos ponían en su « Prima-

vera en Octubre ». Hay que hacer notar que este valor, esta pasión por la verdad, esta devoción a la libertad no hubieran podido manifestarse en Polonia hace dos años y que, aún hoy, Polonia es el único país del Este donde es concebible el siguiente diálogo :

L'Express : « Los periódicos rusos y polacos acaban de publicar críticas violentas contra su libro *Les Cimetières* que ha aparecido recientemente en París en lengua polaca. Ahora bien, usted está considerado en Polonia como uno de los principales representantes de la « Nueva Ola » polaca. Estos ataques nos interesan por que prueban que hay un conflicto. ¿Quisiéramos saber cuáles son, a su parecer, las raíces de este conflicto? »

Hlasko : « Es absolutamente normal que en los países totalitarios los políticos y los escritores sean antípodas los unos de los otros. »

L'Express : « ¿Cuál es su definición del país totalitario? »

Hlasko : « Para mí es la realización de una ideología sin ningún escrúpulo de método. »

L'Express : « ¿Es que considera usted esto una situación sin salida? ¿O ve usted una manera de resolverla? »

Hlasko : « La táctica es una cosa muy buena en política, pero no conduce absolutamente a nada en literatura. »

L'Express : « ¿Prevé usted su vuelta a Polonia? »

Hlasko : « Sí, sin ninguna duda y sin ningún cuidado por las consecuencias que esto pueda acarrearne. »

L'Express : « ¿Ha sido usted comunista? »

Hlasko : « No hay comunismo. »

L'Express : « ¿Ha pertenecido usted al partido comunista? »

Hlasko : « No. »

Este exordio extraña visiblemente al periodista francés. *Hlasko* lo advierte de modo intuitivo.

« Lo que siento más profundamente —dice— y lo siento de manera más particular en esta sala, es la dramática imposibilidad de transmitir mi propia experiencia. »

« Para mí los intelectuales que encuentro aquí son intelectuales que reaccionan ante lo que pasa en el mundo exclusivamente desde el punto de vista de su actitud moral, pero no tienen esta terrible experiencia de cada día. Por eso tengo la impresión de estar en la imposibilidad completa de decirles algo. Si les dijera que el sueño más fuerte del obrero es el de emborracharse para, durante dos horas, olvidar, olvidar completamente, no me creerían ; y, sin embargo, es un hecho. La desgracia de un hombre que vive en un país totalitario es el sentimiento, que no le abandona, de lo grotesco y ridículo de sí mismo..., la reducción de los sueños..., la reducción de los deseos..., una atrofia moral... la imposibilidad de reaccionar ante las porquerías que se ven a cada paso y cada día... »

Y el diálogo continúa :

L'Express : « ¿Siente usted en Francia la impresión de que hay aquí otro tipo moral de hombre que en Polonia? »

Hlasko : « Estoy profundamente convencido de ello. »

L'Express : « ¿Cuáles son las grandes diferencias que advierte usted? »

Hlasko : « Yo creo que aquí las gentes son capaces, por lo menos un poco, de sacar de la vida un elemento de alegría. Esto puede pareceros muy ingenuo, pero yo lo creo así. »

L'Express : « ¿Cree usted, no obstante,

que el totalitarismo se ha liberalizado desde 1956? »

Hlasko : « Sin duda alguna : sí. »

L'Express : « ¿En qué aspectos? ¿Político o literario? »

Hlasko : « Son cosas que no se pueden dividir. En el uno y en el otro. »

Y continúa :

L'Express : « Quisiéramos hacer a usted todavía otra pregunta sobre Polonia : anteriormente nos ha dicho usted que el régimen se había, sin embargo, liberalizado en Polonia. En la medida que esta liberalización es una mejora, ¿no considera usted que tiene un papel que cumplir para facilitarla? »

Hlasko : « Cuando el XX Congreso ha descubierto cosas que nos eran desconocidas y que eran también desconocidas del Occidente, hemos tenido algunas semanas de revelación. Pero la literatura necesita varios años para digerir estas cosas. »

L'Express : « ¿Sueña usted con un cambio de la condición humana en Polonia y en qué sentido desea usted ese cambio? »

Hlasko : « Prefiero no responder : no me atrevería a hacerlo franca y seriamente. Quisiera sólo decir una cosa, y es que yo desearía equivocarme sobre todas las cosas malas que he dicho. Preferiría ser embustero. »

L'Express : « Cuando le preguntamos cuál es el reverso de su desesperación —porque la desesperación es, forzosamente, el reverso de algo— usted nos dice que no puede responder : ¿esto no es una posición sostenible! »

Hlasko : « Tengo veinticinco años ; he comenzado a trabajar a los trece ; he vivido en el curso de estos veinticinco años en un mundo perfectamente anormal. ¿Qué puedo yo soñar después de esto? »

L'Express : « Puesto que considera usted que éste es un mundo anormal, debe formarse una idea de un mundo normal. Esta idea es la que quisiéramos verle concretar. »

Hlasko : « Yo no sé lo que es un mundo normal..., pero quisiera vivir en un mundo en el que un gesto de amistad no se transforme en un gesto de autodestrucción. »



MAREK HLASKO
(Dibujo de Pepiño)

L'Express : « ¿Cree usted que la democracia de tipo occidental es preferible al sistema político totalitario? »

Hlasko : « Estoy en el extranjero y hace poco tiempo que estoy para poder responder seriamente a una pregunta como esa. La moralidad del hombre se mide por la distancia entre la realidad y el sueño..., pero lo que hace al hombre es tomar a su cargo el combate para hacer realidad ese sueño. »

En mayo de 1956 aparecía un librito que debía trastornar a Polonia : *Le Premier Pas dans les Nuages*, de Marek Hlasko, que tenía entonces veintitrés años. Desde la edad de trece años el autor había sido sucesivamente mozo de restaurante, peón de albañil, policía en una brigada de lucha contra los « bandidos », leñador, chófer de camión, obrero en un transporte fluvial de carbón, chófer de taxi. ¡Curiosa venganza del espíritu del « realismo socialista » sobre su letra muerta! En el mecanismo sta-

liniano, escritores mimados, paradójicamente ajenos a toda verdad humana, eran de vez en cuando delegados en las fábricas, en las minas, en las cooperativas agrícolas... Nunca la palabra « ficción » había tenido tanto sentido : es de la ficción viva, mantenida por los activistas, los burócratas, los propagandistas, única superficie visible y articulada del mundo obrero, de donde estos escritores extraían, según recetas pre-existentes, los elementos de su propia ficción literaria.

Reprimida, negada, perseguida la verdad de la existencia humana, reaparecía en los relatos de Marek Hlasko, con una crudeza que recuerda a veces la Celine del *Voyage au bout de la nuit*.

La literatura staliniana estaba condenada a cantar una revolución ficticia, según esquemas idealistas : « héroes positivos », jóvenes obreros y directores de fábrica apasionados del progreso, fraternalmente unidos en la lucha contra el sabotaje reaccionario. No podía afrontar la realidad de los trastornos sociales sobrevenidos en Polonia. Era, sin embargo, la época de una transformación brusca de la sociedad polaca que, de agrícola, se convierte en industrial, con un proletariado nuevo en el que una juventud campesina se mezcla a una nueva generación de origen burgués o pequeño burgués, desarraigada por la ocupación nazi, más que separada de su medio por una revolución ficticia. El poeta Adam Wazyk reveló en 1956, en su célebre « Poème pour Adultes », la vida de estos muchachos y de estas muchachas « alimentados por el vacío de las grandes palabras, viviendo al día a pesar de los predicadores laicos. »

Esto es todavía una interpretación exterior : es preciso esperar a Hlasko para entrar verdaderamente en la experiencia vivida : él ha prestado su voz a los jóvenes obreros, a los « chuligani » (esos muchachos que están en el límite del proletariado y del « milieu »), a los grupos de la juventud militante, estudiantil o intelectual, que se codean con los unos y con los otros.

Encontramos en estos relatos dos temas ya entrevistados en otra parte. Los « regímenes » políticos, por diferentes que aparezcan, ¿cubren afinidades psíquicas más profundas? O, más bien, la generación de

Hlasko encuentra por todas partes la misma dificultad : ¿dónde y cómo encontrar una obligación social aceptable? El héroe de Marek Hlasko corresponde a una imagen personificada por Marlon Brando o James Dean —el muchacho « duro », cínico, pero siempre « angélico », rebelde contra la sociedad, pues todo le parece igualmente detestable, obseso como está por una nostalgia de lo absoluto. La única solución sería el amor, pero el amor también resulta imposible. En una de las novelas más punzantes de Hlasko, un muchacho y una muchacha atraviesan calles interminables, sin encontrar nunca un lugar donde poder estar solos.

Después de un realismo ficticio, la revuelta toma también el tono de un romanticismo pegado a la realidad. No es extraño que Hlasko haya sido acusado de « nihilismo » a la vez por los « nostálgicos » y por los eternos « buenos pensadores », que quisieran restablecer en Polonia un « orden » más tradicional. Su obra individualista y poética, pero que se mantiene en un tono de exigencia exasperada de la verdad, corresponde también, en el plan psíquico, a la « revolución de octubre », a la libertad de los jóvenes periodistas de *Po Prostu*, a la serie de « films negros » polacos que la censura ha prohibido ahora.

El talento de Hlasko se ha impuesto con tal evidencia que en 1958 le fué concedido el premio literario polaco más importante. Esto ha sido suficiente para levantar contra él la reacción polaca en bloque. La Sra. Soffa Kossak, escritora católica, autora del « roman-fleuve » sobre las Cruzadas, quiso retirarse del jurado. Otros protestaron contra la « inmoralidad » de Hlasko desde un punto de vista... « socialista ». Algunas voces de los mejores escritores polacos en una discusión reciente, reproducida por *Nova Kultura* (23 marzo 1958), dan idea del papel de Hlasko en la Polonia de hoy :

Jan Kott : « Hasta ahora se han recompensado libros, sobre todo porque sus autores no tenían talento. He aquí el porqué de la indignación de los enemigos de Hlasko. Dar un premio a un talento ¿esto les parece escandaloso! ¿Cómo se puede coronar el talento? ¿Todos los días se demues-

tra que el talento no es necesario para escribir libros! »

Pawel Hertz : « Las protestas suscitadas por el premio dado a Hlasko me inquietan. Veo en ello una vuelta a un sistema de tabús y de anatemas. »

Anna Kowalska : « ¿Verdaderamente el el talento es una cosa tan peligrosa? El *Premier Pas dans les Nuages* ha sido acogido con entusiasmo y con rabia. Esto depende del lector... Hubiera, sin embargo, preferido que un jurado pudiese « descubrir » un talento. No es el jurado quien descubrió a Hlasko. »

Las repercusiones de los relatos de Hlasko van más allá de los límites de Polonia. La *Literatournaia Gazeta*, principal revista literaria soviética, le ha atacado en términos violentos. He aquí los resultados de este ataque, según el corresponsal polaco de *Glos Szczecinski* (21 febrero 1958) :

« En los círculos de la juventud soviética que se interesan por la literatura, he oído siempre las mismas preguntas : ¿Quién es Marek Hlasko? — ¿Le ha visto usted? — ¿Qué aspecto tiene? — ¿Qué es lo que escribe ahora? La popularidad de Hlasko en esos círculos proviene de una crítica implacable de su libro, aparecida en una revista literaria soviética ; pero el crítico soviético ha cometido un grave error : el de dar un resumen fiel del *Huitième Jour de la Semaine*. »

★

He querido hacer a mi amigo Marek Hlasko, para los lectores de *Cuadernos*, algunas preguntas que no le había hecho *L'Express* y que me parecen necesarias para comprender a la vez su amor a la verdad y su rebelión.

— « ¿Cuándo comenzaste a escribir? »

— « Yo era entonces chófer de camión en una gran empresa de transporte. Un día, el director me llamó : — « Tú serás corresponsal obrero » —me dijo.— Ya sabes lo que esto era entonces. Una red de corresponsales locales escribían para los periódicos memorias sobre la vida de sus fábricas y talleres. Había que hablar de rea-

lizaciones y también de dificultades, de molestias, de obstáculos. Una especie de fingida autocrítica de la empresa. Algo entre la válvula de seguridad y la delación. Esto pasaba hacia mucho tiempo, pero yo no quería mezclarle en ello. — « Si no quieres, me dijo el director, te quito tu James y te pongo sobre un Gaz. » Yo conducía entonces uno de esos camiones americanos GMC que nosotros llamábamos « James ». Un gran camión de cuatro toneladas. Los « Gaz » eran viejos camiones ; yo consentí en ser corresponsal. Era el principio de mi nuevo trabajo. »

— « Ya antes del ataque de *Trybuna Ludu* se te acusaba de « cinismo » y de « inmoralidad ». ¿De dónde venían esos ataques? »

— « De los eternos hipócritas, naturalmente. Acabo de leer que han quemado mis libros en una pequeña ciudad de provincias, polaca. Allí no era la acción de la censura oficial, sino de un « Frente de Renovación Moral », fundado por « Pax », el grupo católico que colaboraba con los stalinistas. Estas gentes no soportan la verdad, no soportan que se pueda decir la verdad. El optimismo, el moralismo, la mentira staliniana les eran más soportables que la verdad. Es esto lo que ellos llaman « cinismo » —querer afrontar la verdad.— Yo detesto el cinismo — creo que no es más que una forma chirriante del oportunismo. El cinismo me parece ridículo, pero creo en la rebelión. Creo en la rebelión como el único y exclusivo punto de partida para hacer frente a la vida y a la sociedad. La rebelión puede no ser « justa », como la sociedad que da lugar a la rebelión no es « justa ». Pero la rebelión es una forma de amor a la vida, de odio a la opresión, al terror y a la injusticia, que son las formas inherentes de toda ideología totalitaria. »

— « *Trybuna Ludu* te acusa de haber sido influenciado por Orwell en *Les Cimetières*. ¿Qué piensas tú de esto? »

— « No podría más que sentirme orgulloso de ello. No porque yo considere a Orwell como mi maestro, sino porque es el creador de la visión de un mundo del que

yo quiero defenderme. Esto no tiene nada que ver con ese « comercio de armas anti-comunistas » de que me acusa *Trybuna Ludu*. »

— « *Trybuna Ludu* emplea también otro argumento. Da una versión vulgar de tu visión de Varsovia y escribe que tú calumnias « no sólo el sistema, sino la nación. »

— « No soy yo quien ha inventado a Varsovia, que fué durante años una ciudad sin sonrisa. No soy yo quien ha inventado a Varsovia, en donde todo el mundo temblaba de miedo. No soy yo quien ha inventado a Varsovia, en donde una botella de vodka era el único bien de los miserables. Varsovia, en donde una muchacha costaba más barata que una botella de vodka. Es Varsovia la que me ha inventado a mí. No puedo olvidar que viví los primeros años de mi juventud solitario como un lobo, no queriendo a nadie y no siendo querido de nadie, en un desierto en donde cada gesto amical podía ser un gesto de autodestrucción. De los veinticinco años de mi vida viví cinco en el infierno de la ocupación nazi, y después largos años en una época que se puede llamar ahora « época de las faltas y las deformaciones stalinianas ». Si se ha vivido en semejante época, la única arma de que puede disponer el hombre es la memoria. La acción de *Les Cimetières* —el crítico de *Trybuna Ludu* lo olvida demasiado fácilmente— está situada en 1952. Si yo puse tanta ira al escribirla es para contribuir a que esta época no pueda repetirse. »

— « ¿Por eso has decidido hacer publicar *Les Cimetières* en París? »

— « No he cometido ningún acto desleal hacia la literatura polaca. *Les Cimetières* y *Le Suivant au Paradis* estaban ya compuestos en la casa « Edition de Estado », de Polonia. La censura no los dejaba salir a luz. Esperé un año. Pero prefiero afrontar todas las consecuencias exteriores de esta publicación en el extranjero que las consecuencias interiores que hubiera tenido para mí el silencio. »

K. A. JELENSKI

Thomas Mann y la política

POR IGNAZIO SILONE

MUCHO SE HA ESCRITO en estos últimos tiempos sobre el pensamiento político de Thomas Mann. No obstante, que yo sepa, tales comentarios han sido obra de literatos y escritores que trataron el tema con elegancia, pero de un modo tan sólo aproximado a la realidad. Mi personal impresión es que todos han sido víctimas de un error, del mismo error, que resulta esencialmente de una confusión entre la afirmación de los valores espirituales y morales y el conocimiento de las formas políticas de que se trata. Y es evidente que es ésta una distinción capital cuando se quiere juzgar un pensamiento político. Por desgracia, en los estudios a que aludimos, sería en vano buscar ese término de comparación que es una noción moderna y clara de la realidad social contemporánea y, por consiguiente, ese análisis que permitiría eventualmente desprender con nitidez de los escritos del gran artista alemán sus ideas sobre las cuestiones sociales actuales y sobre el Estado y verificar su validez. Mientras este inventario no se intente, no se podrá saber hasta qué punto Thomas Mann ayudó efectivamente a sus contemporáneos a tener conciencia de los problemas de su tiempo y a proceder en consecuencia, lo cual es, precisamente —y no es superfluo recordarlo—, el objeto de todo pensamiento político.

Teniendo en cuenta todo esto, releamos los escritos históricos y políticos de 1914 a 1920, de los que nunca renegó el autor. Dejando a un lado las exageraciones de la

tesis antidemocrática, ¿nos ayudan a comprender las verdaderas causas de la primera guerra mundial? Y sus escritos siguientes, ¿nos ilustran, por poco que sea, acerca de las debilidades reales de la república de Weimar y acerca de las causas de la protesta de vastas capas populares alemanas contra el « sistema » de los partidos? Examinemos desde el mismo punto de vista sus discursos y ensayos de sus últimos años. Ciertamente nos conmueven y fortalecen nuestra fe en los valores humanos; pero ¿encontramos en ellos una explicación aceptable del moderno totalitarismo, de la segunda guerra mundial y de la guerra fría que hubo de sucederle?

Es muy posible —lo sé por experiencia— que el solo hecho de formular tales preguntas con respecto a la obra de Thomas Mann, se considere como una especie de profanación por los que sienten hacia él una admiración sin límites ni matices. Sin embargo, son preguntas naturales e inevitables desde el momento en que se desea determinar si es conveniente considerarlo como un pensador político o bien si sus textos políticos deben ser juzgados de otra manera. Ni que decir tiene que esta averiguación, este examen no pone en tela de juicio de ninguna manera la alta calidad literaria de sus escritos, ni su repercusión inmediata en los sentimientos de los lectores. Pero, en sí misma, la eficacia emocional no es siempre un indicio de la originalidad del pensamiento. En Italia hemos tenido a Gabriele D'Annunzio, que en 1915,

con sus arengas de un nacionalismo descabellado, contribuyó poderosamente a arrastrar a la guerra a un país reacio, y que en 1920 llegó hasta a conquistar por varios meses el gobierno de la ciudad de Fiume, para la cual proclamó, a la manera de Rienzi, una constitución extravagante, especie de mosaico de piezas arqueológicas de origen harto dispar. Pero, justo es reconocerlo, nadie en el mundo tuvo jamás a D'Annunzio por un pensador político.

En definitiva, ante cualquier texto de carácter político que, con razón o sin ella, ha ejercido sobre los espíritus alguna influencia, se plantea el problema de saber si explica una situación determinada o si, sencillamente, forma parte de ella y por ese mismo hecho deber ser explicado a su vez. Mis reservas, además, no conciernen tan sólo a los apologistas de Thomas Mann, sino igualmente a sus detractores, que le atacaron por sus actitudes contradictorias, dudando de su moralidad, de su seriedad, de su consecuencia, sin tratar de comprender sus concepciones o pseudoconcepciones históricas y políticas. Mas, desde el punto de vista moral es inatacable, puesto que supera, con mucha ventaja, a todos los literatos de su país, no sólo por el vigor y la calidad de su inspiración artística, sino también por la integridad de su vida. Y es evidente, a mi parecer, que las incertidumbres y las vacilaciones políticas que se le reprochan, no dependen del dominio moral, sino del intelectual. ¿Fue coherente Thomas Mann? ¿Con respecto a qué teorías o a qué principios? Es probable que el carácter moralizador de las críticas de sus adversarios revele precisamente en ellos, como en él, la existencia de nociones vagas sobre la naturaleza de la lucha política de nuestra época.

Buena parte de la obra histórica y política de Thomas Mann está dedicada a la exégesis del germanismo (del *Deutschtum*) o, dicho de otro modo, a la exaltación de lo que a él le parecía constituir la esencia de la tradición alemana, y a la afirmación de la plena validez de su substancia espiritual frente a los peligros de corrupción que la amenazan desde el interior y desde el exterior. Bien pensado, se puede afirmar que no se separa nunca de este punto de vista fundamental, que permanece siendo

el mismo desde su juventud, cuando identificaba el bien con el conservatismo y el mal con la democracia, pese a su conversión política, que más tarde debía llevarle venturosamente a derribar la escala de los valores. Era esa una postura de espíritu literaria y libresca, enteramente vuelta hacia el pasado, que desdeñaba, como si nunca hubiesen existido, el grueso de las fuerzas y de los problemas nuevos de donde iban a brotar, en Alemania como en otras partes, crisis y cambios jamás vistos hasta entonces. Por consiguiente, si las analogías históricas sobre las cuales Thomas Mann se complacía en construir sus ensayos acerca de los acontecimientos de su época pueden parecer seductoras desde el punto de vista literario, son en cambio irreales.

No es un hecho casual que el primero e importante ensayo político —escrito en diciembre de 1914 y publicado el año siguiente al mismo tiempo que *Gedanken im Kriege* (*Pensamientos de guerra*)— fuese dedicado a *Friedrich und die grosse Koalition* (*Federico y la Gran coalición*). Con Federico II y la experiencia bélica de su tiempo, quiso el autor esbozar un paralelo, todavía más, una anticipación o una suerte de prelude de la lucha a muerte que en 1914 había de sostener la Alemania de Guillermo II contra la Entente. (Con suma frialdad justificaba entonces Thomas Mann hasta la misma invasión de la neutral Bélgica por los alemanes. «Una agresión puede llevarse a cabo por necesidad, y en ese caso ya no es una agresión, sino una necesidad»—llegó a escribir. Pero dejemos aparte esas aberraciones y atengámonos a sus ideas.) Para él, aquella guerra tenía un carácter eminentemente espiritual: significaba el asalto de las ideas democráticas occidentales contra el espíritu de orden germánico. ¿No era esa, precisamente, la tesis idealista y antialemana de los heraldos de la Entente? He aquí hasta qué punto estuvo Thomas Mann en la ignorancia de los sentimientos de su tiempo por la frecuentación asidua de los grandes del pasado. Creía servir a su país presentándolo como un muro defensivo contra el espíritu de libertad. Puesto que se trataba de una guerra ideológica, era natural que existiese un frente interior. Por lo tanto, atrajó la atención sobre éste y no vaciló en cali-

ficar la tendencia de ciertos grupitos de alemanes hacia una democratización, de « la Alemania de la capitulación ante el enemigo ». El ideal democrático era anti-alemán tanto desde el punto de vista filosófico como práctico. Ejercitábase su ironía con viva amargura contra los « Zivilisationsliterat » (escribidores, exégetas de la civilización) de los que su hermano Enrique le parecía el más típico representante. Al « moralischen Verkischung der Welt und des Lebens » (campanudismo moralizador del mundo y de la vida), oponía su propio desasimiento estético. Hasta entonces se complacía en identificar democracia y política, simplemente. En su opinión esta última lo convertía todo en « roh, poebelhaft und stupid » (tosco, vulgar y estúpido), rebajaba los supremos valores de la vida, privaba al Estado de su dignidad metafísica y le reducía a una especie de instituto encargado de velar por la dicha y el bienestar de los ciudadanos...

Este caprichoso punto de vista se lo habían inspirado sus grandes maestros del siglo precedente. Gracias a la magia de sus prodigiosos dones de estilista, conseguía seducir a los estudiantes, que aceptaban todo eso como la cosa más natural del mundo, a pesar de que en aquel mismo año 1914, por causas que Thomas Mann desconocía o que había desdeñado como fútiles a su juicio, la crítica social e institucional que iba a trastornar al mundo alcanzaba su paroxismo. Como más tarde expresó Benedetto Croce, otro conservador liberal, pero cuya sensibilidad era muy diferente en lo que afecta a la realidad histórica, la guerra de 1914 era la guerra del materialismo histórico, o, dicho de otro modo, una guerra cuya explicación más admisible, aun para los no marxistas, era precisamente la que se inspiraba en las tesis de Marx.

Desde el punto de vista intelectual, creo yo que lo grave no era tanto el que Thomas Mann fuese un rabioso nacionalista, sino que no se diese absolutamente cuenta de la naturaleza y del alcance de la crisis que iba a producirse, de suerte que, hasta más tarde, cuando hubo cambiado de opinión sobre la democracia, siguió a pesar de todo conservando esta postura de espíritu que era en él peculiar. Por otra

parte, él mismo tenía plena conciencia de la profunda continuidad, de la coherencia de su espíritu, no obstante la conversión democrática, y es ésta su única justificación legítima por el hecho de que, aún en sus últimos años no renegó de ninguna manera de sus primeros escritos, ni de los *Pensamientos de guerra*, ni del ensayo sobre Federico, y todavía menos de las *Consideraciones de un apolítico*. Esta unidad, que el mismo autor reconoce lealmente, impone a los críticos la aplicación de un criterio único para juzgarle, lo mismo por lo que se refiere a sus escritos de la primera guerra mundial que por lo que toca a los de la segunda. Claro está que para no romper esta unidad, ese criterio no debe ser de naturaleza política, sino literaria y psicológica.

Después de la derrota alemana de 1918, Thomas Mann aceptó honradamente la república democrática como un hecho consumado. La única actitud aceptable y patriótica con respecto a la nueva situación —él mismo lo ha escrito— le pareció el *amor fati*. Desfiando, pues, las iras y los insultos de sus antiguos amigos nacionalistas, esforzóse por reconciliar al mismo pueblo con su destino. Cabe afirmar que su apoyo al nuevo régimen representó sin duda su papel : más arduo es definir los caracteres de su nuevo punto de vista político. Y es bastante significativo que el autor de quien, según propia confesión, se siente deudor de su conversión no sea Tocqueville, por ejemplo, sino Whitman. En una carta abierta afirma que ha descubierto, con la ayuda del poeta americano, la identidad entre humanidad y democracia, y no vacila en acoplar el nombre de Weimar al del vehementemente poeta de Manhattan, agregándole los de los románticos Novalis y Friedrich von Herdenberg. Por esta comunión espiritual su sentido de la universalidad humana se enriqueció, hasta me atrevo a decir se desembarazó de su rigidez anterior : pero acaso no puede decirse otro tanto de su sentido de la realidad política. En una palabra, ¿qué idea se había formado de la democracia? De nada serviría acumular las citas de sus discursos y ensayos de la época. Algunos de ellos siguen siendo auténticas obras maestras de elocuencia, pero sus pasajes más originales son, como siempre,

las analogías históricas un poco forzadas y los análisis psicológicos, mientras que las fórmulas más particularmente políticas no se elevan nunca por encima del lugar común. El pasaje más frecuentemente citado por los analizadores, para definir su concepción política, es el que escribió con un sentido retrospectivo, en 1939, cuando, por consiguiente, su pensamiento debía haber alcanzado el punto culminante de su evolución :

« Mi actitud personal con respecto a la « democracia resulta de un punto de vista « que me fué menester adquirir, porque « antes no me era familiar por razón de « mi ascendencia y de mi educación de « burgués alemán. En efecto, se trataba para mí de admitir que el dominio político y social debe ser reconocido como una « forma de la vida humana, como un aspecto del problema humano y que el « espíritu debe tener en cuenta, porque si « se descuida el dominio político y social, « todo el conjunto presenta una laguna peligrosa y está comprometido y amenazado. » (*Cultura y política*, 1939).

No es necesario ser muy ducho para darse cuenta de que el pasaje que acabamos de citar no implica necesariamente un ideal democrático, puesto que por sus generalizaciones casi « antropológicas » abarca toda especie de vida colectiva. Y Thomas Mann había obedecido sin reserva a su impulso desde la época en que escribía las *Consideraciones de un apolítico*. A mayor abundamiento, en esta acepción elemental, la idea está ya aceptada cuando menos desde hace siglos en la historia del pensamiento humano, y si desde Aristóteles y desde Maquiavelo se discute siempre sobre ella, no es ya para afirmar su existencia (ello sería como si se quisiese reinventar la tracción animal), sino para sostener una tesis más bien que otra en lo que atañe a las relaciones de lo político y de lo social, con la religión, la moral o la economía. No era, por cierto, en términos tan convencionales de categorías filosóficas como las terribles dificultades de la república de Weimar podían encontrar, no diré yo solución (pues nadie podía exigir esto de un artista), pero al menos un principio de explicación. Todavía es más difícil saber lo que Thomas Mann quería decir exactamente cuando se declaró socia-

lista. Por extraño que ello parezca, es un hecho que en la patria de Carlos Marx, más que en lugar alguno, la palabra socialismo jamás ha tenido un sentido muy claro. Ya Federico Guillermo I fué calificado de « antepasado del socialismo alemán » por algunas de sus medidas contra los *junkers*. La palabra no se olvidó, y sirvió luego para asentar la leyenda del « socialismo prusiano ». Después de la derrota militar de 1918, la inflación experimentada por la palabra socialismo sólo puede compararse a la del marco. Igual que este último, valía menos que el papel sobre el cual estaba impresa. El mismo Spengler escribió en 1919 *Preussentum und Sozialismus (Prusianismo y Socialismo)*. Y no hablemos ya de Hitler.

Desde el punto de vista humano, Thomas Mann era un gigante en comparación con estos últimos. Por eso cuando se quiere explicar sus límites en el análisis de la sociedad contemporánea, no se le podría tener como sospechoso de sectarismo o de tibieza en lo que atañe a la cultura. En su *Achtung, Europa* se ve claramente que ha leído a Marx y sobre todo a Ortega ; pero no se encuentran allí más que simples ecos, y nada que se haya inscrito de modo duradero en su visión de la realidad. En efecto, cuando era el más digno y el más grande de los contrincantes del nacional-socialismo en el aspecto de la cultura y de la tradición, la explicación que él dió de esto resulta simplista. Ciertamente, el hitlerismo, todavía más que el fascismo italiano, era violencia y mentira. ¿Pero era eso todo verdaderamente? La tarea de los demócratas se hubiera facilitado en ese caso de manera inesperada, y su victoria militar habría bastado para eliminar todo peligro totalitario de las perspectivas de nuestro tiempo. Mientras que si se considera el totalitarismo en su realidad (como cierta manera de concebir la sociedad y el Estado, como cierta forma de obrar ante la crisis de las estructuras del mundo contemporáneo), su amenaza queda suspendida como una espada de Damócles sobre la humanidad y podrá revestir, sin ser por eso más agradable, los colores más diversos, incluso el color democrático.

Es cierto que se encuentra en el *Doktor Faustus* un análisis de las dificultades de

integración de Alemania en el concierto de las naciones democráticas más matizado que en los discursos que Thomas Mann transmitía durante la guerra, todos los meses, desde California a la B.B.C. ; pero ese análisis no es más convincente. La relación fundamental entre el germanismo y el mundo se define allí de una manera abstracta y mística : la música vendría a ser su medio más expresivo. En la vida alemana, según tal análisis, el elemento especulativo prevalece sobre el social y el político ; los alemanes encarnan la contrarrevolución romántica, la revuelta de la música contra la literatura y la de la mística contra el rigor de la razón. ¿Qué importancia hay que dar a este racismo estético? Si tuviese fundamento, el problema político alemán sería insoluble por toda la eternidad, y no se podría comprender que los núcleos de población alemana que, por cualquier motivo que sea, viven fuera de su medio histórico original, por ejemplo en los países escandinavos, en Suiza o en América, estén constituídos por ciudadanos como los demás. Quizás el diagnóstico del *Doktor Faustus* no tiene otro valor que el autobiográfico, y puesto que se trata de una obra netamente literaria, es esa una interpretación verosímil.

Pero el *experimentum crucis* (la experiencia decisiva) que debió de resonar en la conciencia política de Thomas Mann durante los últimos años de su vida, debió de ser la de sus relaciones con el mundo comunista del otro lado del telón de acero. Que él no fué comunista de ninguna manera ¿quién podría dudarlo? A menudo se cita una de sus protestas más categóricas contra una injusta sospecha a este respecto :

« Toda mi obra y toda mi actividad, todos mis libros y mis escritos son la prueba de que siempre me he esforzado en aportar algo a la gran herencia cultural del Occidente, a fin de que un poco más de satisfacción y de saber y una gran alegría se difundan entre todos nuestros contemporáneos. Nadie que haya leído, aunque no sea más que uno solo de mis libros podrá dudar de que el terror, el empleo de la violencia, la mentira y la injusticia son para mí una abominación.» (*Die Neue Zeitung*, 30-12-1952.)

Podría, pues, suponerse, que sus frecuentes vacilaciones y sus flaquezas con respecto al régimen comunista no ponen de ningún modo en cuestión los principios y pertenecen a la esfera de los juicios particulares relativos a problemas circunstanciales, para resolver los cuales harto sabemos que no era suficientemente idóneo. Ahora bien, en otras ocasiones, estableciendo una distinción absurda con relación al régimen político, entre la naturaleza real y la práctica del comunismo, o refiriéndose al tratamiento favorable reservado por los regímenes comunistas a los escritores y a los artistas, prodigó espontáneamente declaraciones que agravaron los equívocos que se proponía precisamente disipar.

De ahí vienen las mayores contrariedades que hubo de sufrir durante los últimos años de su vida. En la euforia producida por los honores fastuosos con que le acogieron en la Alemania del Este, su sensibilidad se hizo más aguda ante lo que consideraba como incompreensión por parte de la prensa occidental. Y en las réplicas pasó con frecuencia de los prudentes límites, como cuando, en la polémica que sostuvo con el periodista sueco Paul Olberg, hizo la afirmación siguiente :

« ...En la zona oriental nunca he recibido cartas con insultos o leído un artículo estúpido e injurioso, como me ha sucedido en la zona occidental... ¿Debo dar gracias a la amenaza de Buchenwald, o más bien a una educación popular más profunda que la de Occidente, que se preocupa de respetar una existencia espiritual como la mía? El Estado popular totalitario tiene aspectos que estremecen: pero lleva consigo la ventaja de que la tontería y la impertinencia deben al fin callarse. » (27 de agosto de 1949.)

Notorio es que en ocasiones los comunistas inventaron de cabo a rabo los mensajes de Thomas Mann, como, por ejemplo, cuando el telegrama al Comité mundial de partidarios de la paz reunido en Varsovia, que Mann afirmó no haber escrito en su vida. Pero en otros casos es verdad que sus palabras fueron más allá de la simple cortesía, como en el mensaje dirigido a la Unión de los escritores húngaros, con ocasión de la edición magiar del *Doktor Faustus*, en el cual expresaba « su admiración

por el impulso cultural en la vida de las democracias populares y por la libertad sin límites de que disfrutaba la creación artística bajo los regímenes de las democracias populares ». (*Stuttgarter Nachrichten*, 9 de febrero de 1949.)

En otra declaración a la *Tägliche Rundschau* de Berlín Este, no temió rebajarse hasta utilizar una distinción cara a los propagandistas de las dictaduras. « Tengo la impresión —decía— de que en la República democrática alemana reina el mayor respeto hacia todo lo que depende del espíritu, en la medida en que éste no expresa un punto de vista hostil. » (2 de noviembre de 1952.)

Es evidente que declaraciones tan cándidas e inhábiles han sido explotadas ampliamente por los comunistas y han acarreado no escasas polémicas. En el diario del *Doktor Faustus* anotaba Thomas Mann a este propósito : « Los ataques, la perfidia y la estupidez me abruman como el más duro de los trabajos. »

Pero a despecho de la amargura continua e inevitable que de todo ello brotaba, no podía sustraerse al papel de profeta nacional, que había escogido y que las gentes estaban lejos de reconocerle unánimemente. Con independencia de otras razones menores y diferentes, es probable que le empujaba a participar en la vida pública una necesidad más profunda : la de evadirse, al menos por algún tiempo, de su inclinación natural hacia los elementos de inestabilidad y de perturbación de la vida humana, hacia las fuerzas que él consideraba peligrosas para el equilibrio del espíritu : el erotismo, la música, la enfermedad y la muerte. Contra las tentaciones de la decadencia había hecho una « *Apelación a la razón...* ». Hay, sin embargo, momentos en la vida colectiva en que tal justificación del arte es inaceptable, en que el artista no puede proseguir su meditación, porque las ideas sobre la necesidad de la vida reprimen la inspiración artística, y el temor a las crisis que amenazan a la sociedad la perturban hasta el punto de que el sentimiento profundo, que tiene algo del juego y de la pasión de lo que es eternamente humano y que se llama arte, está afectado por las necesidades de la vida fácil y de la pe-

reza, y resulta imposible traducirlo en actos. » (1930.)

Pero su designio no debía realizarse plenamente. A despecho de la impresión de seguridad, de fuerza y hasta de audacia que emana de algunos de sus discursos en virtud de su estilo, permanece siempre siendo un hombre complicado, interiormente dividido y lleno de contrastes. En el ensayo *Der Künstler und die Gesellschaft* (*El artista y la sociedad*) (1952), ha confesado que consideraba su actitud pasada como contaminada de duda por todo lo que implicaba de optimismo y de confianza en la democracia, en el humanitarismo y en la humanidad. La actividad febril al servicio de la democracia y del progreso le parecía vana de la parte de un artista formado en la escuela pesimista de Schopenhauer, tal como era él. (Un grito de desesperación más amargo se le escapó en el prefacio del libro que escribió a la memoria de su hijo Klaus, que se había suicidado : « Sería el colmo que se pudiese hablar de ingratitud cuando se piensa en la vida como en un regalo que tiene dos caras y que está al mismo tiempo manchado de culpabilidad, como lo está de hecho la vida misma. »)

Pero es precisamente ese contraste interior, permanente y doloroso, lo que ilumina con una luz patética los esfuerzos que se impuso para el cumplimiento de lo que estimaba como su deber cívico, y eso le acerca a nosotros y hace que le amemos.

Las consideraciones que nos incitan a recabar de los críticos que no desestimen a Thomas Mann como pensador político, no le conciernen a él únicamente. Desde que las costumbres nacionales han cedido el paso a la civilización de masas y que las características de la tradición, si es que sobreviven, no son ya fuerzas decisivas, el papel del poeta, tal como lo conoció el siglo XIX, no se admite ya en los países avanzados. En esos países, el sentido de las relaciones entre política y literatura ha cambiado, pues. Y allí donde no es posible distinguir las fuerzas presentes ni lo que se juega en el combate, no le queda ya al escritor, en el mejor de los casos, otro papel que el de « compañero de camino ».

IGNAZIO SILONE

La responsabilidad social del filósofo

POR RAYMOND ARON

EL PROBLEMA ante el cual se encuentra hoy el filósofo de Europa en el siglo XX ha sido planteado, con una claridad insuperable, por los pensadores griegos en el siglo V antes de nuestra era.

I

En Grecia, las ciudades, que servían de marco a la vida política, tenían una vaga conciencia de pertenecer a una civilización común, pero estaban organizadas con sujeción a regímenes diversos, lo mismo que eran diversas también las ideologías que invocaban los grupos opuestos los unos a los otros en el interior de Atenas. Esos grupos, que no nos atrevemos a llamar clases, pues dejamos a un lado los esclavos y metecos y únicamente tenemos en cuenta a los ciudadanos, eran desiguales en riqueza. Miraban de puertas afuera y buscaban un modelo, adecuado a sus preferencias, en las prácticas de una ciudad con frecuencia enemiga de la suya propia. Las querellas intestinas se mezclaban de manera inextricable a las luchas entre ciudades, y los conflictos de intereses se amplificaban y transfiguraban a causa de las incompatibilidades ideológicas.

¿Dónde se situaba el filósofo en semejante coyuntura histórica? Desde luego era uno de los interlocutores del diálogo que constituía por sí mismo la vida de la ciudad

y la vida del espíritu. ¿No es indispensable que el piloto de un navío conozca las leyes de la navegación? ¿No es menester que el carpintero sepa cortar la madera y que el médico sepa curar nuestras enfermedades corporales? ¿Confiaríamos el enfermo o el navío a un hombre ignorante, los entregaríamos a manos inexpertas?... Pues el piloto de la ciudad debe ser tan experto como el del barco. Pero, ¿cuál es la ciencia que el jefe del Estado debe dominar?

Esta ciencia —responde el filósofo— es la del bien y del mal. Los técnicos nos enseñan a lograr los fines inmediatos. Existe una ciencia militar, pero ¿para qué debe servir la victoria? Existe una ciencia económica, pero ¿cuál debe ser el fin de las riquezas? El filósofo está por encima del saber en que se basan las técnicas, no porque él no necesite de la ciencia, sino porque su ciencia, la ciencia del filósofo es final, incondicional. Como que es la ciencia de las ciencias, la que revela la significación de las ciencias instrumentales, la que señala el fin último de la existencia.

Mas..., ¿existe esta ciencia de las ciencias? Si la filosofía no es la ciencia de las ciencias, cae de golpe por debajo de las ciencias instrumentales y queda relegada a una mera ocupación de sofistas que indiferentemente justifican esta o la otra tesis. El filósofo se considera a sí mismo como el extremo opuesto al sofista (o, como diríamos ahora, al ideólogo), pero el público distin-

que mal entre el filósofo y el sofista. Más aún : el que se juzga filósofo puede ser considerado por uno de sus colegas como sofista. ¿Quién va a zanjar el debate? ¿Quién dirimirá estas pretensiones rivales? Si estamos todos implicados en el diálogo, no hay interlocutor que esté por encima del debate, y sólo un interlocutor que esté por encima puede ser el árbitro.

Sofistas y filósofos advierten igualmente que « lo que es verdad del lado de acá de los Pirineos, es mentira del lado de allá ». Observan la diversidad de las constituciones y de las costumbres. Unos y otros deben tener en cuenta eso que llamamos sociología, el estudio objetivo y la explicación de las instituciones. La *Política* de Aristóteles es, en parte, un estudio comparado de los regímenes de las ciudades, de sus méritos y de sus deméritos, de su nacimiento y de su muerte. Pero el sociólogo renuncia a la filosofía si no ve nada más allá de la observación y de la explicación científica.

¿Y cómo distinguir las ventajas y los inconvenientes de un régimen si se ignora lo que es bueno? ¿Y quién dirá lo que es bueno en sí mismo si no el filósofo? Desde luego, este último, muy lejos de justificar cualquier campo ideológico y de consagrar la relatividad de los valores, es el único capaz de captar lo verdadero y lo bueno, substraídos de la relatividad histórica. Si le confunden con el sofista, es porque su primer paso es común con aquél : tampoco él acepta las leyes de la ciudad como algo absoluto. Juzga relativas las leyes de su propia ciudad, porque ésta es una entre otras, pero aspira a determinar las leyes de la ciudad mejor para todos. Corre, sin embargo, el filósofo un doble peligro : ¿puede determinar el bien universalmente válido para todos los hombres, puede determinar el mejor régimen? Aun suponiendo que lo consiguiese, ¿puede pasar de la noción de la existencia buena en sí misma o del mejor régimen a un juicio sobre lo preferible *hic et nunc*? ¿Cuando el filósofo se entremete en las querellas de la ciudad, no se condena acaso a traicionar su condición y a conducirse como un sofista?

Las polémicas en torno a la persona y a la conducta de Sócrates y de Platón —polémicas del siglo V antes de Jesucristo co-

mo del siglo XX después de su venida— nos muestran ese doble peligro. ¿Qué son las *ideas* a las cuales asiente el filósofo y que le dan el criterio de la verdad? ¿El régimen expuesto en *La República*, el mejor régimen, no es, en resumidas cuentas, la transfiguración de las nostalgias reaccionarias, el sueño dorado de las familias patriicias? Régimen totalitario, dice extremando su comentario el crítico del siglo XX. La pretensión del filósofo de poseer la verdad absoluta, el secreto del mejor régimen, y de confiar a esos *sabios* varones una autoridad incondicional es la raíz misma de la tiranía totalitaria.

Sea el que fuere el sentido de las tentativas de Platón para realizar esas ideas, haya o no haya abogado Aristóteles sutilmente en favor de la monarquía macedonia, el hecho es que una vez empeñado en las luchas de su siglo, el filósofo griego no se distingue siempre bien del sofista. Por el hecho de haber elegido *un* partido a fin de cumplir un programa de reformas, perdió la certidumbre serena de las ideas y se ha sumido en la belicosa incertidumbre de la acción.

II

El diálogo del técnico, del sofista y del filósofo se prolonga en nuestro tiempo, aunque aparentemente el técnico y el sofista tengan ahora una ventaja irresistible y el filósofo parezca aplastado por sus rivales.

¿Cómo se ha de intervenir en los negocios de la ciudad si se desconocen las consecuencias probables de las diferentes políticas entre las cuales vacilan gobernados y gobernantes? ¿Habrá de preferirse la propiedad privada o bien la propiedad pública de los instrumentos de producción? Pero, ¿qué significa la preferencia en semejantes circunstancias? La moral implica, todo lo más, que la propiedad de las fábricas se considere de aquí en adelante como una función social. Mas, ¿esta función social se cumple mejor si la propiedad, en el sentido jurídico de la palabra, se difunde entre centenas de millar de accionistas, o si se concentra en el Estado? La pregunta no es filosófica : es sociológica o política. La ciencia le da una respuesta probable en la que

debe inspirarse el hombre de Estado. Expresamente hemos querido poner un ejemplo « marginal », porque la pregunta abarca múltiples resonancias ideológicas. Cuánto más fácil sería la demostración si hubiésemos elegido una de las innumerables cuestiones que cotidianamente se plantean a los gobernantes, relativas a los tipos de interés, a la expansión o a la reducción de la demanda global, al tanto por ciento de las inversiones, etc. ¿Se dirá que el filósofo es ajeno a estos cuidados? Pero si es indiferente al incremento económico, es indiferente, al propio tiempo, a los medios indispensables para cumplir las tareas cuya urgencia él mismo proclama. ¿Cómo podrá la sociedad superar las clases, si las fuerzas de producción no están suficientemente desarrolladas? O el filósofo desconoce totalmente la economía —y en ese caso se limita a fijar unos fines, aun sin saber si son accesibles— o, imitando a Marx, estudia la economía, pero ¿sabe él mismo entonces cuándo se expresa como técnico y cuándo se expresa como filósofo?

También el sofista recibe de la ciencia etnográfica o histórica y de la experiencia actual un poderoso refuerzo. ¿Dónde encontraremos la común medida entre la existencia de las sociedades arcaicas y la de las sociedades civilizadas? En cierto sentido, aquéllas no son más imperfectas que estas otras. El individuo está integrado en ellas por completo y nadie podría afirmar cuál es más feliz, si el boschiman o el yanqui. La superioridad de las sociedades modernas es inmediatamente evidente si se aplica como criterio el valor que la civilización industrial coloca en primera línea : el saber, la explotación de los recursos naturales, el desarrollo de las fuerzas productivas. El hombre del siglo XX —el hombre que en nuestro siglo es responsable de Buchenwald, de la bomba atómica de Hiroshima, de los aspectos negativos del culto de la personalidad—, este hombre no es ni más sabio ni más virtuoso que los estrategas de Atenas y de Esparta, cuyo furor prolongó la guerra del Peloponeso hasta el agotamiento de todos los beligerantes, o que los emperadores de Roma, de Bizancio o de Moscú.

Pero aun dejando a un lado esta diversidad que nos ofrecen los siglos, que cada uno de nosotros rememore su propia vida.

La mayor parte de los países de Europa conocieron regímenes diferentes en el curso de este siglo. Alemania del kaiser Guillermo, Alemania de Weimar, Alemania de Hitler, Alemania de Pankow, Alemania de Bonn... ¿A cuál de ellas va a ajustarse la Alemania de buena voluntad? En 1932, comunistas e hitlerianos denunciaban con la misma violencia la República de Weimar. De 1941 a 1945, comunistas y demócratas denunciaban con la misma violencia el Tercer Reich. Los comunistas denuncian la República liberal de Bonn con una violencia que les pagan en la misma moneda los demócratas con la denuncia de la República popular de Pankow. En cada ocasión se encontraron hombres para justificar lo estatuido o la revuelta, y entre esos hombres estaban algunos profesores de filosofía. ¿En dónde se hallaba, pues, el auténtico filósofo en el transcurso de estas experiencias trágicas? ¿Indiferente al tumulto del foro, conservaba su mirada fija sobre las ideas? ¿Condenaba todos los regímenes con vigor variable o con el mismo vigor? ¿Había elegido de una vez para siempre un campo, el de la democracia occidental, porque tolera la herejía, o el del comunismo, porque pretende encarnar lo porvenir?

¿En qué difiere nuestro diálogo del de los griegos? Ante todo, creo yo, en que ha adquirido, con la noción de la historia, una dimensión suplementaria. Nosotros no estamos constreñidos a la vacilación entre el relativismo histórico y las ideas eternas. Se nos ofrece una solución suplementaria : la diversidad histórica será superada no en el universo suprasensible de las ideas, sino en la sociedad del porvenir. Por crueles que sean los conflictos, serán los instrumentos de la reconciliación, las etapas de un camino cuya meta será una sociedad sin clases.

El filósofo y el ideólogo reanudarán el diálogo platónico ; pero el primero no invocará ya las ideas, sino la totalidad histórica o lo porvenir, y el segundo, prisionero de una sociedad particular o resignado a la anarquía de los valores, desconocerá las leyes del devenir o la verdad de lo porvenir.

Si no hubiese entre ambos términos anti-téticos ni intermediario ni compromiso, la situación del filósofo sería desesperada, por

decirlo así. Debería, o bien mantener el fanatismo o bien arruinar las creencias. En uno y otro caso atentaría al bien de la ciudad o de la comunidad de ciudades. El ciudadano que no cree ya en los valores de su ciudad y el que les es adicto con una pasión exclusiva son igualmente temibles.

III

La alternativa del relativismo histórico o las Ideas eternas no está superada de una vez para siempre, pero va superándose un día tras otro por el esfuerzo de la reflexión filosófica. Las costumbres son diferentes, y el desprecio hacia las costumbres de los demás es un signo de incultura filosófica tanto como histórica. No resulta de ello que las persecuciones de las minorías raciales, religiosas o políticas puedan justificarse como una expresión de la diversidad institucional. Tales persecuciones son la violación de una regla formal —respeto a los demás— que puede considerarse eternamente vigente, aunque varíen las formas de su aplicación. Este análisis, burdo con relación a las dificultades del problema, trata solamente de sugerir las proposiciones o distinciones que la filosofía tiene la tarea de elaborar. Hay costumbres que son legítimamente diversas, que no habría razón en reducir a la alternativa de lo verdadero o lo falso, ni hasta de colocarlas en un orden jerárquico. Son expresiones de un genio creador e inventivo que no puede cristalizarse en un modelo único.

Con gran frecuencia, las conductas sociales ponen en tela de juicio los imperativos morales. Pero éstos no son universalmente válidos sino a condición de ser formalizados. Que existe entre los hombres un principio universal de reciprocidad o de igualdad es una verdad a la vez eterna y poco instructiva. El sentido que dan los siglos y las civilizaciones a ese principio varía. Tomado en su acepción rigurosa, ese principio condenaría a todas las sociedades que fueron jerárquicas e inigualitarias. Tomado en una acepción demasiado vaga, no condenaría a nada ni a nadie. En cada época ha sido tomado en un determinado sentido que no acarrecaba ni aprobación ni desaprobación global de la realidad.

No están de acuerdo los filósofos ni sobre el sentido que revisten los principios en una época dada, ni sobre el sentido eterno que se les puede dar. Pero la discusión entre los filósofos en torno a la parte de lo histórico y la de lo universal no es ni absurda ni vana. Enseña a no acogerse a las tesis sumarias. Las ciencias de la naturaleza no están afectadas de un relativismo histórico ni son eternas : son la historia de un descubrimiento, la acumulación de verdades de una precisión creciente, cuya validez, poco más o menos, está definitivamente lograda. El descubrimiento de los valores o de la moralidad no es semejante al de la verdad científica. Falta el acuerdo con la experiencia, la verificación. Pero la historia del pensamiento, la misma historia de la realidad política permiten, mediante la discriminación de reglas formales y de diversidades institucionales, elaborar una comunidad de los valores.

La reflexión crítica sobre la historia tiene la misma función : revela el carácter ilusorio de la alternativa de lo particular y lo total. El pensamiento del historicismo arriesga lanzar al filósofo al campo de los sofistas : si la filosofía misma es, en tanto que tal filosofía, inseparable de un tiempo, de una clase, de una ciudad, el adquirir conciencia de esta historicidad no puede dejar de derrocar las creencias cándidas. ¿Por qué habría de permanecer fiel el filósofo a los valores de la democracia parlamentaria, si esta última no es otra cosa que el instrumento de la dominación burguesa? Lo mismo ocurriría en lo que concierne a los valores del socialismo, si este último fuese, a su vez, el « camouflage » de la dominación de otra clase. El pensamiento historicista no evita el relativismo integral sino alcanzando el fin de la historia y la verdad total. Se salta de la desvaloración de la democracia burguesa a la valoración absoluta de la democracia socialista, porque ésta se halla al término de la aventura y representa el objetivo de la humanidad misma. En el marco de esta filosofía historicista nos hallamos circunscritos a la siguiente alternativa : o bien desvalorar el régimen que se había bautizado de régimen final, y entonces caemos en la generalización del relativismo, o bien afirmar el valor absoluto de un régimen, y entonces nos entrega-

mos a la exaltación de un fanatismo. La crítica, correctamente interpretada, muestra el error de esta falsa disyuntiva.

La mayor parte de los regímenes de nuestro siglo (excluyendo al régimen hitleriano, por supuesto) aceptan los mismos valores u objetivos : desarrollo de las fuerzas productivas con el fin de garantizar a todos los hombres las condiciones de una existencia honrada, recusación de las desigualdades de nacimiento, consagración de la igualdad jurídica y moral de los ciudadanos. Desenvolvimiento económico y ciudadanía universal caracterizan igualmente a los regímenes llamados de democracia popular y a los llamados de democracia occidental.

Ninguno de ambos regímenes es íntegramente fiel a sus propios principios. Ninguno de ellos ha eliminado la desigualdad de las rentas o provechos, ninguno ha prescindido de una jerarquía de las funciones y de los prestigios, ninguno ha suprimido las diferencias entre los grupos sociales. En desquite, ninguno parece incapaz de proseguir su acrecimiento, ninguno parece paralizado por contradicciones internas. Las democracias burguesas han alcanzado la fase del *Welfare State* ; las democracias populares andan a la greña con las supervivencias del culto de la personalidad. Los imperios coloniales, creados por los pueblos de Europa en el curso del siglo pasado, acaban de desagregarse o de transformarse en federaciones. Las democracias populares se esfuerzan para traducir en realidades los principios de la independencia nacional y de la igualdad de los Estados.

¿Por qué uno de esos regímenes habría de envanecerse de ser un régimen final, absoluto? Las profecías del siglo último suponían que las economías fundadas en la propiedad privada serían incapaces de progresar a partir de cierto punto, y también que serían incapaces de distribuir, a todos, los beneficios logrados mediante el progreso técnico. Las cosas ocurren de un modo muy diferente. Las economías de la democracia burguesa son economías de un nivel de vida relativamente elevado, acaso de crecimiento menos rápido en la medida que el tanto por ciento de las inversiones con relación a la renta nacional es más débil. Pero Marx consideraba el ritmo rápido de

la acumulación como característico del capitalismo.

Si las dos especies de régimen, el del Este y el del Oeste, obedecen a los mismos imperativos, el filósofo no tiene motivo alguno para valorar por completo el uno y desvalorar por completo el otro. Ningún determinismo ordena por anticipado una lucha inexpiable entre ellos y la victoria total del uno o del otro ; ninguna reflexión moral autoriza a atribuir a uno todos los méritos y todos los deméritos al otro.

Es posible que la lucha entre esos dos regímenes vaya hasta el cabo (así como la lucha de Esparta con Atenas). No sería la primera ni la última vez que la violencia habría zanjado un debate. Todo lo que el filósofo debe y puede afirmar es que la historia, tomada globalmente, no está adscrita a una dialéctica que asegure por adelantado la victoria de un partido y nos autorice a prever el resultado.

La totalidad histórica no está consumada. No conocemos el término final de la aventura, la desembocadura del determinismo. No tenemos derecho a invocar lo porvenir inevitable para justificar un régimen actual, imperfecto como los otros (más o menos imperfecto, importa poco). En una época en que la humanidad posee el medio de destruirse a sí misma, de hacer imposible la vida sobre el planeta, es menester una singular confianza o una singular inconsciencia para ponerse en el puesto de un Dios (en el que no se cree) y mirar el « happy end » más allá de los siglos sombríos. Hasta si hacemos abstracción de los riesgos y peligros que proceden de la irracionalidad de los hombres, a despecho del carácter racional del hombre, la invocación del sentido de la historia (en la acepción de un porvenir predeterminado) sería aún legítima : los rasgos del régimen futuro que se puede legítimamente tener por inevitable, no definen ninguno de los campos contendientes. Se los imagina uno realizados lo mismo por la victoria de un campo que por la del otro. Fomento económico y universalidad de la ciudadanía, bienestar colectivo e igualdad de los individuos, son análogamente concebibles en el horizonte de las democracias occidentales como en el de las democracias populares.

La dimensión histórica da un sentido nuevo a la oposición del sofista, del ideólogo y del dialéctico ; pero no cambia su diálogo en lo esencial. Habría cambio esencial si el dialéctico estuviese autorizado a confundir un campo, un partido, un régimen, con el fin de la historia. Pero el dialéctico faltaría a la dialéctica si cayese en esta confusión, como el filósofo faltaría a la filosofía si atribuyese a un régimen la dignidad de la Idea. La aportación de la dimensión histórica es la proyección en la duración del diálogo de lo particular y de lo universal. Es a través del tiempo, en las luchas y en la violencia, y no tan sólo en la inmovilidad de un diálogo eterno, como se desenvuelve la búsqueda de la idea, y como se elabora la ciudad, cuyos ciudadanos llevarán una existencia ajustada a la moral y a las leyes positivas. No se deduce, pues, de estos análisis que lo que se debate en los conflictos históricos sea mediocre y que el filósofo pueda o deba desinteresarse de ello. Al contrario. Es de suma importancia para el filósofo que el Poder le permita el derecho de reflexionar, de criticar y no le inflija la obligación de alabar lo estatuido. Lo que queremos decir es que ni la Historia, como tampoco la Idea conceden al filósofo el derecho de transfigurar un régimen y de maldecir a todos los demás ; y es también que la condenación lanzada por el filósofo contra una institución se refiere a una norma formal, pero supone asimismo un juicio sobre los hechos y las relaciones causales, que depende de la sociología más que de la filosofía. El juicio que se formula sobre el régimen de partido único o sobre el régimen de partidos múltiples se funda en el estudio comparado y objetivo de las instituciones. El filósofo, como tal filósofo, no puede hacer otra cosa sino indicar lo que falta al uno y al otro regímenes para lograr plenamente su propugnado fin.

IV

El filósofo es ante todo responsable con respecto a la filosofía. Hasta el punto en que sirve a la filosofía y a la verdad sirve también a la ciudad. No por ello las cir-

cunstancias son menos susceptibles de crear contradicciones entre los diversos deberes que el filósofo, como tal filósofo, asume.

El filósofo, enamorado de las ideas, cuya mirada se tiende hacia la totalidad lejana del devenir, no puede conceder a las leyes particulares de su comunidad el valor incondicional que la irreflexión les otorga cándidamente y que el fanatismo quiere lograr que se le reconozcan. Y aun cuando el filósofo enseñe a obedecer a las leyes positivas, se inclina a fundar esta obediencia sobre argumentos que con facilidad se interpretan como irreverentes. A Sócrates le confunden sus adversarios con los sofistas, y se le acusa de debilitar la tradición, la autoridad de las costumbres.

Cabe imaginar sin gran trabajo coyunturas en que la obediencia sin respeto no ofrezca una solución. ¿Será menester enseñar a obedecer a las leyes cuando reina la arbitrariedad y cuando en cierto sentido esas mismas leyes (que implican una universalidad por lo menos formal) han desaparecido? La decisión por la sumisión o por la revuelta no puede, como tal decisión, ser impuesta únicamente por la filosofía. Fué heroico el filósofo que sobre la puerta de los verdugos escribió : *ultimi barbarorum*. Si hubiese continuado sus meditaciones solo, sordo al tumulto de los acontecimientos, no hubiera hecho traición a su deber.

En nuestra época, el filósofo siente mayor responsabilidad con relación a la ciudad que cualquier otro ciudadano, porque la organización equitativa de la comunidad pasa por ser el objetivo último desde el momento en que se pierde la fe en lo transcendente. También se considera técnico al mismo tiempo que filósofo ; a menudo inclinado a erigir en verdad universal consejos acaso oportunos, pero ciertamente discutibles ; llevado asimismo a veces a confundir medios y fines, particularidad y totalidad ; incapaz de mantener la discriminación y la relación justas entre lo histórico y lo universal, entre la institución ligada a un momento del tiempo y la sociedad final, concebible, pero no previsible concretamente.

La filosofía es, por decirlo así, el diálogo de los medios y del fin, del relativismo y

de la verdad. Reniega de sí propia si resuelve el diálogo a favor de uno u otro término. Es fiel a sí propia y a sus responsabilidades sociales hasta el punto en que se niega a sacrificar ninguno de los términos cuya solidaridad contradictoria caracteriza la condición del hombre que piensa.

Queda por saber si la sociedad misma tolerará al filósofo que jamás se somete enteramente. Y aún, una vez determinadas las responsabilidades que el filósofo puede y debe asumir con respecto a la colectividad, ¿cómo no interrogarse acerca de las responsabilidades que la colectividad quiere imponer al filósofo? En efecto, uno de los caracteres más perturbadores de nuestra época es la existencia de regímenes que no se satisfacen con la obediencia pasiva o indiferente de las masas. Esos regímenes quieren ser amados, admirados, adorados por todos, hasta por aquellos mismos que tienen poderosas razones para detestarlos. En el siglo pasado, cuando Alsacia y Lorena fueron anexadas por el Imperio alemán, los representantes de ambas provincias protestaron solemnemente contra la violencia que se les hacía. En nuestro siglo, las víctimas de análogas anexiones cantan acciones de gracias, y el noventa y nueve por ciento de los electores ratifican la violencia con su voto.

Como en el tiempo de las persecuciones religiosas, el filósofo busca refugio en el silencio o en la astucia. No siempre tiene el recurso de no decir nada o de despreciar a los poderosos. Condenado a hablar, reservará en cualquier parte recóndita de su conciencia el secreto de su libertad. ¿Se encuentra en peligro de perder su propia integridad por las concesiones verbales que ha hecho al Poder? Creo yo que, en fin

de cuentas, el espíritu escapa al tirano, aun armado éste con los instrumentos de la ciencia. Si el filósofo es por esencia aquel que busca la verdad y resiste a la coacción, hay que convenir que ha sido en nuestro siglo amenazado muchas veces, pero que jamás fué definitivamente vencido.

Ora medite sobre el mundo, ora se comprometa en la acción: ora enseñe a obedecer a las leyes, ora a respetar los valores auténticos: ya anime la revuelta o ya inspire el esfuerzo perseverante de reforma, el filósofo colma la función que a su condición corresponde, a la vez en la ciudad y fuera de la ciudad, participando en los riesgos pero no en las ilusiones, del partido que eligió. No cesará de merecer el nombre de filósofo sino el día en que asienta a la inquisición de los jueces teólogos. Nadie puede reprocharle que hable como los poderosos, si su supervivencia se paga a ese precio. Consejero del Príncipe, sinceramente convencido de que determinado régimen responde a la lógica de la Historia, se empeña en la lucha y asume su servidumbre. Pero si se desinteresa de la búsqueda de la verdad o incita a los insensatos a creer que poseen la verdad última, entonces reniega de sí mismo. Desde ese momento el filósofo no existe ya, sino solamente el técnico o el ideólogo. Rico de medios, ignorante de los fines, los hombres oscilarán entre el relativismo histórico y la adhesión irrazonada y frenética a una causa.

El filósofo es quien dialoga consigo mismo y con los demás, a fin de superar con actos esta oscilación. Tal es el deber de su condición, tal es su deber con respecto a la ciudad.

RAYMOND ARON

La antesala de Grecia

POR ALFONSO REYES

I

CONSECUENCIA de las invasiones y vicisitudes, los griegos habían olvidado su prehistoria y su protohistoria, y disimulaban su ignorancia tras el vistoso telón de la fábula y la mitología. Hoy sabemos mucho más que ellos sobre aquellos siglos penumbrosos, merced a los descubrimientos de la arqueología moderna: a Schliemann, a Evans, a quienes los acompañaron y a quienes los han sucedido. Antes de que Grecia apareciese en la historia, encontramos una Grecia de primera instancia, una cultura anterior, elaborada por pueblos de otra raza, derramada como talasocracia o federación marítima por las islas del mar Egeo. En esta cultura se distinguen muy claramente dos etapas: la cretense o « minoica » (por el legendario rey Minos), con centro en las ciudades de Creta (o Candía), y más tarde, la micénica con centro en las ciudades del nordeste peloponesio, singularmente en Micenas. Apenas comienzan a descifrarse sus enigmáticas inscripciones, gracias sobre todo a Ventris y a Chadwick. Esta cultura da ya señales desde hace unos cuatro mil años. Creta se extiende como puente entre la Grecia meridional (Peloponeso o Morea) y los vetustos pueblos del Nilo. Aunque recibe innegables influencias egipcias, la cultura egea (minoica y micénica) se destaca con carácter propio. En sus costumbres, sus instituciones, sus artes e industrias, la gracia, por primera vez, sonríe al mundo y va dejando

como en penumbra las solemnidades asiáticas. Aquel parece ser un reino encantado, hecho de agua, de luz, de primavera y de mujer. Pero veamos más de cerca este mundo de fantasía.

¿Qué gente discurría por aquellas plazas, calles y palacios? Se ha comparado el tipo cretense al japonés, porque en el arte de ambas naciones se nota el empeño de expresar la agilidad de la raza exagerando la estrechez de la cintura, y también por la pequeña talla predominante. Pero si, más tarde, los cretenses dispersos fueron a poblar la antigua Filistia y —como explicaba Renan— parecían, por su atlético desarrollo y su estatura, verdaderos gigantes a los ojos de los hebreos (de donde la historia de Goliat y David), ¿cómo explicar esta transformación? Ni el tiempo ni el espacio que median entre uno y otro estado, ni el cambio, tan leve, en las condiciones físicas del ambiente, explicarían este salto de la naturaleza. Parece mejor suspender el juicio. Limitémonos por ahora a admirar aquella población abigarrada de hombres-avispas.

Seguramente que el espectáculo humano era muy distinto del que, siglos más tarde, ha de ofrecernos Grecia. Tampoco la apariencia de la cretense recuerda en nada a la mujer griega. En vez de la famosa nariz recta que prolonga el rasgo de la frente, la nariz de la cretense no disimula ciertas audacias. A veces, como en la figura llamada « La parisiense de Cnoso », se ve la nariz de trompetilla. El ojo es el ojo de venado. La boca, atrevida y carnosa. El encanto de

la cretense está hecho de irregularidades. Nos figuramos que su trato mismo hubiese desconcertado grandemente a una dama griega.

Curioso advertir que aquella gente « cuidaba la silueta », como hoy se dice y se hace : entre los cretenses se usaba una yerba para adelgazar. Y a juzgar por los relieves egipcios que representan a los « Kef-tiú » cretenses, los torsos masculinos se distinguían por su atlético diseño en triángulo, anchos de hombros y estrechos de cintura. Aunque los cretenses se aficionaron desde el siglo XVI a.C. a usar los cabellos largos, no soportarán la barba sino más tarde, a partir de los tiempos de la influencia micénica. Abundan los depósitos de navajas y pinzas depilatorias. Los personajes barbados que, por excepción, aparecen en las representaciones artísticas —al contrario de lo que sucederá en Micenas— son generalmente guerreros enemigos. El tatuaje muy pronto desaparece, como en Grecia, y siempre fué cosa levísima.

En general, el parangón de la vestimenta cretense de la gran época no ha de buscarse en los tipos clásicos, sino —cosa singular— en ciertos modelos modernos. Por supuesto que en la época primitiva todo se reduce a taparrabos de piel, a los que se solía dejar la cola en su sitio, atavío que se conserva como por respeto a los abuelos en las ceremonias del culto. La desnudez completa no aparece aún : será cosa del pueblo griego, que considera como sentimiento bárbaro el pudor de los prehelénicos. Los tejidos lanares de los cretenses corresponden ya a los tiempos más adelantados. En Creta, los hombres vestían con extrema simplicidad —cinturón y calcillas— y están libres de aquel afeminamiento que darán a los grecorromanos los mantos de largos pliegues y las telas flotantes. El vestido femenino cambia mucho. Al torso desnudo del hombre responde el busto desnudo de la mujer. La falda femenina es también usada por el hombre para los actos palatinos o religiosos y equivale a nuestra toga y nuestra sotana. Por su parte, la mujer adopta el arreo sumario del hombre cuando figura en actos atléticos. Siempre es fácil distinguir las imágenes masculinas de las femeninas, y no sólo por la turgencia del busto, característico de éstas, sino tam-

bién porque la mujer es blanquecina y el hombre rojizo y atezado.

El taparrabo mediterráneo, suelto o atado en calzón, o una bolsa de cintura con bocas para las piernas, como en la Europa del Renacimiento, eran los adminículos generales del hombre. El verdadero calzón ajustado hasta medio muslo representa siempre extranjeros, demonios, seres raros o adversos. El cinturón más o menos ornamentado y enriquecido con rosetas y placas metálicas, aun de oro y plata, siempre se lleva muy ceñido. Los personajes muestran a veces cascos con esclavina, que parecen provistos de ciertas láminas metálicas. Y cuando las figuras masculinas no llevan el pelo largo, suelen aparecer con turbantes, boinas y aquel sombrero griego llamado « petaso ». Las pellizas o las chalinas de lana resguardan a los viandantes y carreros contra el sol y el calor. En los interiores, hombres y mujeres andan descalzos ; de puertas afuera, usan botas o sandalias de variada fábrica. (La palabra misma « sandalia » es de origen prehelénico). Esto explica que las escalinatas exteriores de los palacios aparezcan muy gastadas, y las escaleras y pavimentos interiores, aun los más delicados, en notable estado de conservación. Todavía los héroes homéricos sólo se calzaban para el combate, y mucho después, la « Victoria áptera » se descalza cuando acaba de pelear.

Pero donde es inevitable la evocación de las modas modernas, desde el Renacimiento hasta nuestros días, es en la caprichosísima indumentaria femenina. Los vestidos clásicos daban a las griegas y a las romanas una majestad estatuaria. Las cretenses nos parecen más bien muñecas. A la complicada confección ha contribuído sin duda el que, en vez de la « fíbula » griega —el molesto imperdible— en Creta se usaba la verdadera costura. Las damas — la curiosa tiara por sombrero ; la manga corta, justa o de globo ; enguantadas tal vez ; muy ceñido y « encorsetado » el corpiño de pasamanerías multicolores ; ya luciendo polonesa, bolero o delantal ornado ; ostentoso y aun abultado el cinturón, y la falda de galones en varios sentidos o de abigarrados volantes caída hasta los pies, cuando no rígidamente cónica, o en campana, o abombada como crinolina— apenas llamarían la aten-

ción entre los figurines de nuestras bisabuelas. Ni siquiera faltan el cuello Médicis, el nudo Watteau. Y aun el llevar los senos a la vista, desnudos o en transparente camiseta, fué costumbre, aunque no general, del Directorio, y es rasgo que acaso se relaciona con los cultos nutricios de la Diosa Madre: los cuales a su vez explican cierta dignidad, cierta igualdad concedida a la mujer en Creta, y que no encontramos después en las civilizaciones vecinas y cercanas.

La toga larga, talar o rozagante, como para los hombres, era más bien prenda ritual. La capa corta o la pelerina sin mangas eran sustituidas, para andar en coche, por un verdadero manto. Descalzas más a menudo que los hombres, a veces las mujeres llevan botines hasta provistos de tacones. Entre los muchos y fantásticos sombreros y tocados, ya civiles o sacros, aparecen el « polos » tanagrino, los bonetes de plumas, penachos, flores, turbantes, capiruchos de curioso dibujo.

Tanto en Creta como en Micenas es característico de hombres y mujeres el uso y abuso de anillos y pesadas alhajas, collares, brinquiños, brazaletes aun en el biceps, piedras preciosas, prendas de oro repujado. Las perlas blancas y azules se ensartan en cuatro y cinco hileras, alternando con el ágata, el ónix, cuarzo, cornalina y lapislázuli. Hay pendientes variados con unos motivos florales, aves, toros, leones. Abundan los adornos del pecho y del peinado, aunque nunca se llega a aquel extremo de opulencia oriental que se encontró en el Tesoro de Príamo: el aderezo troyano para la cabeza de sesenta y cuatro cadenillas con figuras de ídolos. Los personajes reales lucen flores de lis y verdaderas diademas. Los frescos en miniatura de Cnoso, donde se ven los palcos de los estadios cretenses, nos muestran a las señoras de palacio con el moño en la nuca, los rizos en la frente, los bucles por las sienes, las coronitas de oro: tales, observan los arqueólogos, como concurrían a la ópera las bellezas de la corte imperial en tiempos de Eugenia.

II

Cierto celebrado filósofo, al presentar a un nuevo poeta, confesaba en sustancia cierta disposición de ánimo que, aunque no

general, está mucho más difundida de lo que parece. Reducida su declaración a un descarnado esquema, ella viene a decir que es imposible vivir la vida cotidiana entre objetos bellos; que las cosas de uso diario han de ser algo rudas y neutras: que una copa labrada por Benvenuto quita de antemano la sed.

No han pensado así todas las razas. El cretense experimentaba sin duda la necesidad de rodearse de belleza y bellezas. El instinto estético obraba sobre los cretenses desde los días en que habitaban las chozas primitivas: ya entonces eran dados a conservar superfluidades a las que concedían singular atención: un colmillo de elefante, una vértebra de ballena. No bien aprenden a disponer del metal, cuando ya labran dagas de plata y, sin transición, ejecutan alhajas de incomparable variedad y finura. Para guardar sus vinos de calidad y su aceite, necesitan jarros preciosos. En la mesa, quieren ver cántaros y copas elegantes, brillantemente exornados y cincelados con finura.

Más aún, a diferencia del egipcio o del mesopotamio, en quienes siempre el esfuerzo artístico lleva un sobreentendido de orgullo, jactancia, adulación al monarca, halago a las divinidades, preocupación religiosa de ultratumba, necesidad de adormecerse en la contemplación de las moles y los espacios inmensos: anticípos de la eternidad — el cretense amaba la belleza por la belleza, el encanto de las formas, los colores, las luces, en sí mismos y por sí mismos, y a tal punto experimentaba esta necesidad, que lo mismo « estilizaba » y corregía su propio cuerpo, que se rodeaba de adornos, juguetes y fruslerías de delicada factura y valor artístico innegable, o revestía de frescos y pinturas sus muros, o complicaba los motivos de la decoración en mansiones, telas y vestiduras, o se amañaba para obtener en sus interiores las caricias de la iluminación oblicua, y encuadrar en sus balcones y terrazas los estupendos paisajes de su cielo, su montaña y su mar.

Los objetos artísticos, verdaderas obras maestras muchas veces, están al alcance de todos. La posible emulación entre los clanes de antaño no queda ahogada bajo la mano unificadora del Minos. Las distintas ciudades, en torno a Cnoso, conservan sus

riquezas, y por el Levante se derrama aquel hormiguero de museos vivientes. Arte e individualismo se juntan para producir la profusión de sellos, cada uno hermoso a su manera, con los que cada vecino (y no sólo el rey y los dignatarios) quiere bautizar y marcar sus propiedades, sus actos contractuales, todo lo que es parte de su persona corporal. Este amor para lo que contemplan los ojos y palpan las manos —reverso del ascetismo— es también una garantía moral de otro orden, una prenda de salud innegable, un don sin el cual el sujeto humano se precipita vertiginosamente hacia el salvajismo. En una sola generación puede un grupo social descender hasta el nivel zoológico, por sólo el descuido y el abandono del universo físico que lo rodea y cuya guarda ha sido confiada al ínclito « pulgar oponible ».

Escasos de metal, privados de mármol, los cretenses tallan o muelen, como en el estuco italiano de yeso duro, sus excelentes rocas calcáreas ; usan en policromía la piedra jaspeada que les brindan los litorales de Mirabello y Kakon Oros ; burilan la preciosa esteatita negra y verde, opaca o translúcida ; hornean sus arcillas amarillentas. Al fin aparece el metal. Las artes del fuego se multiplican. El torno de alfar se desarrolla sensiblemente entre los siglos XXI y XVIII a.C. La fibra mojada, la arena fina, el esmeril, ahuecan las piedras en vasos. Sin llegar al temple de bronce, poseen ya pequeñas sierras y seguetas para todo uso. Aplican el color al estuco blando y crean el fresco sin retoques. Las artes y las industrias se enlazan. El bronceista conocía los secretos del orfebre y proporcionaba modelos al alfarero ; la pintura mural iba poco a poco prestando sus motivos a los vasos, a la escultura, a la glíptica y, por combinación con la plástica, reemplazaba el fresco liso por el estuco de relieve pintado.

En el desenvolvimiento de las artes cretenses se perciben, por supuesto, las influencias de países vecinos. El Asia apenas ha dejado huellas en la imitación de algunos cilindros babilónicos y en la copa de dos asas que la Troya II difundió por las Cíclades hasta Creta. Pero el Egipto ha dado modelos de urnas y jarros, y ha enseñado el uso de los sellos y la fabricación de la

loza, amén de temas decorativos como el cinocéfalo, la diosa hipopótamo y los grifos, o la práctica de representar con la piel blanca a las mujeres, y con la piel rojiza a los hombres. Las Cíclades eran puente entre la Grecia septentrional y Creta, y por este camino parece haber llegado aquí el muy difundido motivo de la espiral. Pero éste como los demás asuntos y prácticas eran inmediatamente adaptados al gusto propio de la isla, al punto que aun las más rígidas y vetustas formas hieráticas parecen ahora rejuvenecidas, audaces y flexibles. El grifo de la Dinastía XVIII, león que no sabía usar sus alas, se arrebató y se lanza al vuelo y, cuando vuelve a las riberas del Nilo, ya nadie lo reconoce en su patria de origen. La pobre espiral de tierra firme, con sus círculos concéntricos ligados por una tangente, se enrosca ahora en ricas y soberbias revoluciones y se carga de brotes lineales y foliáceos, como una planta que reverdece.

Es característica la ausencia de convenciones o la facilidad para mudarlas. Antes de que se adoptara el principio de la piel roja y la piel blanca, y para evitar la confusión con estos tintes que hacían el fondo de los frescos, hay figuras de hombres con piel amarilla o azul. Tras tantear con verdadera volubilidad varias direcciones —efecto de la misma libertad que buscaba el arte por la belleza sin subordinarlo a otros principios—, el cretense parece especializar el dibujo y la policromía en los ornamentos florales y geométricos, mientras el escultor continúa imitando la vida. Pero, cuando la pintura se ha ejercitado ya lo bastante para juntar rectas y curvas en triglifos, entonces entra también triunfalmente en la representación cabal de la naturaleza con ingenio e ingenuidad dignos ya del aduanero Rousseau. Nada escapa entonces a la retina cretense, ni el balanceo del paso del pescador en la playa, ni la coquetería de la princesa en el palco real, ni el estremecimiento de las muchedumbres en fiesta, ni el galope del toro bravo, ni los saltos alacres de la gamuza montaraz, el desmayo del tulipán que empieza a doblarse, o la esbeltez altiva del lirio. Y —gran novedad traída por este pueblo de navegantes— el pez volador que abre sus alitas en el aire y las repliega en el agua, o las

alternancias del delfín que parece girar sobre la superficie marina como rueda de aspas, o los tentáculos y ventosas del pulpo y del argonauta, o esas mil formas indecisas y extrañas que dudan, en los fondos acuáticos, entre la semiconciencia de la planta y la naciente iniciativa animal. Esta marea creciente reclama por primera vez su sitio en las artes plásticas.

III

La cultura grecorromana nos ha dejado una profusión de figuras en pequeña escala —las decoraciones de los vasos— y escasas muestras de pintura mayor, entre las cuales no hay una sola obra magistral, de que sólo nos han llegado las referencias literarias. De los cretenses poseemos la pequeña y la gran pintura. Los muros embaldurnados de rojo, que aparecen desde el tercer milenio a.C., van progresando hacia el estuco pintado, y ya Festos y Cnoso están llenos de imágenes multicolores. Comienzan a asomar figuras humanas. El « cogedor de azafrán », azul entre flores pálidas, salta por las rocas con graciosa torpeza.

En cierto palacio cretense, es ya manifiesta la rutina o convención para representar la piel, la cara de perfil lleva el ojo de frente —a la egipcia—, no hay sombras; la perspectiva es aún la pobre perspectiva jineta. Pero la factura, la técnica, han progresado: se imitan las vetas del mármol, se trazan laberintos de grecas, se juega con las espirales, se alinean en festón ornamental los escudos bilobulares, se encuadran las rosáceas triples, se prepara el triglifo. Y, sobre todo, la pintura descuella en plantas, animales y aun personajes. Así las decoraciones de tamaño natural en ciertos palacios de Haguia Tríada: el paisaje, entre rocas revestidas de yedra, los matojos, los lirios encarnados y las singulares flores híbridas; el toro que se acerca pesadamente, la liebre que escapa; el gato, sigiloso y lento, pronto a saltar sobre el descuidado gallo silvestre; y en fin, en el sagrado edículo que rodean los mirtos, la danzadora mística de rozagantes vestiduras que gira como peonza, mientras la sacerdotisa arrodillada va recogiendo unas florecillas.

La alfarería policroma es exquisita. Sor-

prende la vivacidad de sus motivos florales. La figuración de la fauna terrestre y marítima alardea de libertad y de movimiento. Sólo en los ejemplares del último período se nota ya cierta influencia esterilizadora de Egipto. La jarra sin boca y con un pitón en el cuello da idea de un refinamiento elaborado durante varias generaciones. Las imágenes crisoelefantinas son encantadoras. Frescos que recuerdan el naturalismo de la pintura japonesa, relieves de colorido estuco, cuyo realismo no ha sido superado, pedrerías y gemas, marfiles y esteatitas cuya fina cinceladura sólo igualará el Renacimiento, cerámica para entusiasmar a nuestros devotos del asperón flameado y la loza más peregrina, « bisutería » de elementos florales, realzada de esmaltes y joyas, como apenas ha comenzado a fabricarla otra vez Lalique en nuestros días... Los pintores ceramistas y orfebres cretenses fueron « animalistas » de primer orden: toros galopantes o furiosos, revezos, gatos contraídos para el salto, y todas las bestias del mar tan familiares a aquellos isleños —delfines, peces voladores, pulpos— han sido representados con un dibujo sencillo y resuelto, que algunos comparan —sin que ello autorice conclusiones que serían prematuras— al de las grutas prehistóricas de Francia y de España, en Altamira y en Font-de-Gaume. Sólo faltó allí la gran escultura del cuerpo humano, lo que de paso nos deja sin verdaderas efigies religiosas, aunque abunden los muñequitos y amuletos.

Pero no hay que figurarse que el cretense es arte de minucioso realismo, sino más bien de estilización en los rasgos característicos o expresivos; de bella caricatura, pudiera decirse. Aun los movimientos y ademanes de las figuras femeninas han sido buscados con exquisitez y preciosismo. En verdad, la preocupación por captar el movimiento se diría que impulsó los pinceles cretenses antes de que el ojo madurase sus observaciones. De aquí la desproporción en la figura humana, la falsa estática del arabesco que contrasta con la dinámica acertada, como en ciertas exploraciones de los más audaces contemporáneos. Pero pronto los relieves musculares revelan ya una precisión anatómica; al paso que los movimientos más raudos se dejan asir como en

« instantánea ». Véanse, en el vaso de Vafio, los volatines del torero, increíbles de realidad. De aquí que algunos autores se hayan deslizado a hablar de « impresionismo », sin duda forzando un poco el término : expresión sentimental que comunica cierto patetismo y gesto intencionado a las cosas. El combate junto a las torres, la caza del león, los árboles invernales sacudidos al viento, la vaca que se vuelve a lamer al becerro mientras lo amamanta, la cabra que, mientras alimenta a un hijo, escucha los gemidos impacientes del otro, no son frisos equilibrados, sino pequeños dramas de furia, de destreza, de melancolía o de ternura.

Ahora bien, los más entusiastas tratadistas reconocen que el cretense peca de miniaturismo. Es epigramático y no épico. Ve con justeza, pero no con grandeza. Conforme los objetos —o sus figuraciones artísticas— aumentan de tamaño, la obra va perdiendo calidad. Excelente en lo pequeño, es más que objetable en lo mayor ; y pierde asimismo cuando pasa de la reducción al tamaño natural. Se mueve con comodidad en campos minúsculos. Sus salones mismos son saloncitos ; sus imágenes divinas, propios juguetes. ¡Y qué profusión de anillos y de marfiles, de sellos diminutos con figuras, paisajes, actos rituales! Y de aquí, también, que suela hablarse, a propósito de Creta, de los « japoneses mediterráneos ».

La ausencia de principios tectónicos o precisiones constructivas, la movilidad, la irregularidad, la simetría elástica, las formas que no empiezan ni acaban, el amontonamiento imitativo de los detalles, la falta de vigor (¿o deseo?) para sujetar los conjuntos, la inclinación hacia lo ilimitado, son características de este arte. En todo ello, se manifiesta del todo distinto a lo que será el arte griego. La libertad llega a la desorganización. Hay jarros que no pueden pararse. La pintura es un líquido que se deja chorrear por donde quiere, y la casualidad se acepta como una sorpresa más de la vida. Cierta desarticulación y viscosidad se notan sin duda en los motivos, que no en vano se complacen en imitar moluscos y

mucilaginosas formas submarinas. No se llegó al entendimiento de la anatomía humana, cuya interpretación caprichosa resulta atractiva en los juguetes y miniaturas de que hemos hablado, pero hubiera sido insoportable en la estatuaria, y es ya desagradable en ciertos contados relieves de tamaño mayor.

En todas estas circunstancias insiste Arnold von Salis para dictaminar sobre el primitivismo del arte cretense y corregir la ilusión de que haya sido un arte anacrónico o monstruosamente adelantado a su tiempo. A sus ojos, es una desgraciada ocurrencia el hablar aquí de « arte impresionista », pues falta la condición fundamental de éste, que es la totalidad óptica. Y después, en nombre de ciertos principios, se regocija cuando ve surgir, hacia el final del período creto-micénico, las rigideces del estilo geométrico, en cuya estilización ve un progreso de la abstracción mental y una liberación del naturalismo imitativo.

Cierto ; pero el arte no ha de juzgarse por principios, sino por resultados. Puede que fuera muy buena la intención del geométrico, pero sus artistas eran unos tristes señores. Haría falta no tener ojos en la cara, o sustituir la alegría de la visión por unas cuantas recetas, para no admirar la placidez poética de los antiguos objetos creto-micénicos, y para no sentir repulsión, en cambio, ante ese pretendido desfile de guerreros del vaso de Mitilene, infelices hormigas narigudas que mal resistirían la comparación con los cortejos de segadores que cantan en los flancos de los vasos cretenses.

Pero sigue vivo el misterio : el primitivo cretense, comparado con otros tipos de arte primitiva, muestra una fisonomía sorprendente y singularísima. Entre las siluetas famélicas o animales disecados que dibujó en los muros de sus cuevas el hombre de tierra adentro, y este paraíso irregular de tornasoles y movimientos, va la diferencia que media entre la roca y el mar. El cambiante espíritu de las aguas ha presidido al arte cretense.

ALFONSO REYES

La nueva situación argentina

POR JUAN ANTONIO SOLARI

EL GOBIERNO del general Aramburu ha cumplido su promesa. El país fué convocado para elegir sus autoridades constitucionales el 23 de febrero, votando con entera libertad. Mantuvo, asimismo, el compromiso contraído en el sentido de que ningún miembro del actual gobierno postularía ni aceptaría candidatura alguna. Tratándose de un poder surgido de una revolución y respaldado principalmente por las fuerzas armadas, ambos hechos deben ser señalados como ejemplares. No es común, sobre todo en Iberoamérica, que militares llegados al gobierno por medios revolucionarios, lejos de querer perpetuarse en él, como sucede con alarmante frecuencia, se empeñen en reintegrar la nación a sus cauces legales y empiencen por declinar toda ambición personal o política.

Una tarea difícil

No fué fácil la labor del gobierno de la Revolución. No lo fué por los graves problemas dejados en herencia por la dictadura y los que —en sus filas y fuera de ellas— debió afrontar la Revolución en el curso accidentado de estos últimos dos años y medio. No fué fácil su tarea, primordialmente, porque no contó con la franca, entusiasta y generosa colaboración de las fuerzas democráticas. Estas no dejaron de aplaudir, claro está, la determinación del gobierno de llevar la República a vías legales y, aún más cálidamente, su compromiso de no aceptar ni postular candidatu-

ras. Pero, en vez de imitar ese gesto de desprendimiento político y ponerse a trabajar para obtener soluciones que allanaran el camino y reforzaran la Revolución, se entregaron casi sin excepción a especulaciones electorales. ¿Cómo extrañarse que, ante un gobierno jaqueado por tantas trabas y que puede decirse debía ocupar buena parte de su tiempo en sortear escollos de toda índole, sin una base política democrática de limpio apoyo por parte de las agrupaciones cívicas que estaban moralmente obligadas a prestárselo sin reservas, no se sintieran estimulados a la conspiración los militares resentidos por haber perdido sus canonjías, y los elementos que respondían, en el campo político y gremial, a la dictadura? Un frente defensivo de la Revolución y de la obra de su gobierno, sin que esto fuera óbice para denunciar sus fallas, habría, no sólo investido de autoridad a los partidos para gravitar en el curso de su gestión, sino paralizado las intenciones y maquinaciones de sus enemigos.

A favor de tales circunstancias, obligado el gobierno a distribuir su atención investigadora y ejecutiva y a hallar siquiera fuese precarias soluciones a candentes problemas, el ex dictador, con la culpable tolerancia de los gobiernos que lo acogieron en su suelo, muy especialmente el del también derrocado y ya prófugo Pérez Jiménez, de Venezuela, puso en marcha su organización, apenas afectada en algunos de sus resortes más notorios, en el país y en naciones limítrofes, donde se habían refugia-

do y contaban con cuantiosos fondos sus secuaces de primera fila. Su plan era, y probablemente sigue siendo, perturbar la vida del país. No creemos que piense en regresar. Sabe de sobra que nunca han de faltar fuerzas, en el ejército y fuera de él, que no lo tolerarán. Su intención fué y es hacer fracasar la Revolución ; alentar, mediante huelgas, sabotajes y una prédica ponzoñosa a sus elementos dentro del país, entorpeciendo la recuperación nacional y tratando de crear situaciones de caos y descontento social.

No ha conseguido sus designios. Es evidente que su presencia en el continente americano constituye un factor de perturbación permanente. Ha gozado y goza de la amistad de algunos de sus iguales —en su forzado peregrinaje de prófugo ambulante—, pero confiamos en que no pasará mucho tiempo sin que tenga que abandonar las tierras de América. Quedará en pie parte de la máquina totalitaria de coacción y sometimiento que levantara en doce años de despotismo, y que el gobierno de la Revolución no ha sabido o no ha podido destruir, en buena medida como consecuencia de las vacilaciones y contemplaciones de los cinco primeros meses de su actuación. No obstante, tenemos la certidumbre de que los elementos que hoy le responden, si el futuro gobierno constitucional procede en defensa del país y se muestra capaz de hacerse cargo de sus grandes responsabilidades, irán adaptándose a las nuevas condiciones y pasarán a engrosar —bajo formas legales— corrientes políticas también legales.

Resultados electorales

Las urnas electorales corroboraron lo que se preveía después de este alineamiento de fuerzas. Los dos millones cien mil votos en blanco de julio 1957 no llegaron a 700 mil. El « Radicalismo intransigente » pasó de un millón 800 mil a cuatro millones de votos. Esto es : si se suma a su caudal anterior, el millón 400 mil votos que dejaron de ser blancos, los 230 mil de los comunistas, 159 mil de los clericales de « Unión Federal », los 93 mil de los « Laboristas » y otras fracciones menores que no concu- rrieron a la elección del 23 de febrero, más

los sufragios recogidos en distintos puntos del país, provenientes de ciudadanos que votaron la candidatura presidencial « intransigente » al margen de la de sus partidos, se tiene el total alcanzado. Cabe señalar que la « Unión Popular » —neoperonista— logró 183 mil votos. La fórmula del « Radicalismo del Pueblo » obtuvo algo más de dos millones y medio.

El vuelco de la casi totalidad de los elementos que responden al ex dictador Perón queda documentado a la luz de las cifras electorales, y a ello debe ante todo su éxito el candidato « intransigente », aparte los otros aportes antes indicados. Es esta una primera comprobación objetiva que debe dejarse establecida. Asimismo, estimamos de utilidad fijar estas otras a título de conclusiones generales :

Que mientras todas esas fuerzas coligaron sus efectivos electorales, llegando en los hechos a un frente político común, las democráticas solidarias con la Revolución no supieron ni quisieron hacerlo, facilitando la operación de las otras, no obstante presentar igual o mayor número de votos en conjunto, aun contando los que el ex dictador ordenó a favor del candidato Frondizi.

Que al abolir el sistema de representación proporcional, el gobierno ha favorecido el éxito de esa candidatura, con perjuicio de más de dos millones de votos que no ejercerán ninguna influencia directa en el futuro gobierno. Para comprender en todo su alcance este error, es ilustrativo saber que en la distribución de cargos en el Concejo deliberante (municipalidad) de la ciudad de Buenos Aires, para cuya designación se aplica un sistema de proporcionalidad, los radicales intransigentes tendrán 12 concejales, 8 los del Pueblo, 6 los socialistas, 2 los demócratas cristianos y 2 los comunistas.

Que si bien el ex dictador, con su egolatría y cinismo habituales, se atribuye todo el éxito de la candidatura Frondizi, oculta sin embargo un hecho que debería preocuparle : su capital electoral, que fué de casi cinco millones de votos en 1954, ha quedado reducido, en el mejor de los casos, a un millón y medio. ¿Cuál será la suerte de ese capital, entregado al azar de un proceso que él no podrá dirigir ni in-

poner, aun cuando pueda todavía lanzarse a nuevas tentativas perturbadoras si se siente desoiído en sus demandas y trata de movilizar sus huestes para crear conflictos en el campo gremial y obrero? Hemos dicho ya que, según nuestra opinión, sin ninguna esperanza de retorno del ex dictador al país, sus elementos buscarán otros rumbos y quizás constituyan, agitando las mentidas banderas de tiempos más felices para ellos, alguna otra formación política. El mito del ex dictador, sin posibilidades de mando directo, lejos del país, condenado a una tarea de simple agitación y desorden, que sus secuaces terminarán por convenirse que no les reportará ventajas inmediatas, no podrá mantenerse permanentemente.

Perspectivas actuales

El éxito electoral del Dr. Frondizi le asegura el gobierno legal del país a partir del 1° de mayo próximo. Los hombres que hoy lo ejercen en nombre de la Revolución, han reconocido su mayoría en las urnas comiciales y le entregarán el poder. Lo han reiterado solemnemente e incluso el candidato electo —aun antes de su proclamación oficial— ha participado en significativas ceremonias oficiales. Al presente se halla entregado a la labor de informarse sobre la situación real del país, a cuyo efecto las autoridades le abren las puertas de sus despachos y le ofrecen toda clase de colaboración. Es un signo de civilización política y, por parte del presidente electo, de prudente cautela, aunque no deje de llamar la atención que sea el mismo que en sus arengas electorales, con énfasis demoleedor, hablara de un programa ya finiquitado para ser puesto en ejecución y hacer la felicidad de 20 millones de argentinos...

¿Cuáles son las perspectivas del nuevo gobierno? Su origen, electoralmente inobjetable, deja empero margen a fundados recelos por quienes coincidieron en su apoyo. Tiene, por esto mismo, una inmensa responsabilidad; falta saber cómo orientará su gestión y cuáles son las posibilidades que le permitan sobrellevar tan pesada carga. ¿En qué medida podrá desligarse de los compromisos que para él supone el apoyo recibido y aceptado, precisamente de

grupos que nunca estuvieron con la Revolución de septiembre de 1955? ¿Podrá dejar de lado las exigencias de sus amigos y sostenedores electorales —todo un mundo abigarrado y contradictorio— para realizar, como lo asegura, una administración que sólo tenga en vista los intereses del país y de todos sus habitantes, más allá de banderías y camarillas de comité? Los que lo llevaron al poder, ¿facilitarán su gobierno? ¿Conseguirá normalizar la actividad de los sindicatos, que en gran parte responden a los que secundaron su candidatura y que han venido creando dificultades al gobierno actual? ¿Cómo lo logrará?

Son todos estos interrogantes sugeridos, no por el capricho del comentarista, sino por los hechos.

Admitimos sin reservas que las fuerzas armadas acatarán el resultado de la elección y no interferirán la acción del futuro gobierno. No habrá problemas insalvables en este aspecto. Los que se puedan plantear razonablemente, desde ahora, están relacionados con el origen y las vinculaciones electorales del Dr. Frondizi, con la cohesión que sepa mantener en las filas de su propio partido, y con las atribuciones que como presidente tendrá —por la Constitución actual— recayendo en una sola persona el acierto o el error de su gestión en su faz fundamental.

Aceptamos, por otra parte, que el presidente electo proceda sensatamente, hasta por motivos elementales de orden y seguridad, a no suscitar cuestiones que puedan ser, si no desafiantes, molestas para el gobierno de la Revolución y las fuerzas armadas que lo sostuvieron. Pero, indudablemente, lo que colocará al futuro gobierno en carriles de obligada prudencia, permitiéndole marchar, es la situación económica y financiera del país, que no dejará lugar a muchos devaneos teóricos ni a recetas milagrosas o demagógicas.

En efecto, los términos en que se presenta esa situación no difieren sustancialmente de los que heredó el gobierno de la Revolución. Este consiguió remover muchos obstáculos que se oponían a la recuperación del país; destruyó estructuras totalitarias que trababan su progreso; desbrozó el camino para facilitar la acción de los nuevos gobernantes, pero no podía, en el

corto plazo de su actuación, y frente a dificultades financieras, políticas y gremiales de todo orden, llevar a cabo la acción dinámica que hubiera sido necesaria.

Tendrá, pues, el futuro gobierno que afrontar como primeros y urgentes problemas, los siguientes :

a) La precaria situación de divisas, que se manifiesta en un déficit del balance de pagos que oscila alrededor de 200 millones de dólares anuales, debido a que nuestras exportaciones no alcanzan a cubrir las necesidades de materias primas, combustibles y equipos indispensables.

b) La deuda exterior de alrededor de 500 millones de dólares (era de 760 millones la dejada por la dictadura) ; cosechas reducidas y precios internacionales en baja no han permitido absorber en mayor medida ese déficit. El sistema multilateral de comercio y pagos concertado por el gobierno actual con diversos países europeos aliviará la pesada situación, pero se requerirán exportaciones en aumento para lograr el equilibrio.

c) Las reservas monetarias del país reducidas a menos de 200 millones de dólares, frente a una existencia de cerca de 1.700 millones de igual moneda en 1946.

d) El déficit de combustibles. El intenso incremento de las importaciones de petróleo durante los últimos años no podrá disminuir mientras el país no aproveche al máximo sus recursos. Nuestra producción total es de unos cinco millones y medio de metros cúbicos, frente a un consumo de más del doble. Según estimaciones de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, se podrá llegar al autoabastecimiento en 1965, pero para ello serán necesarias inversiones que, de acuerdo con sus propias cifras, excederán de 350 millones de dólares y más de 6.000 millones de pesos.

e) En materia de energía eléctrica, existe también un déficit estimado en más de 300.000 kw. solamente en la capital y pueblos vecinos. El gobierno actual ha trazado planes muy serios para remediar esta situación, pero su realización demandará tiempo e ingentes inversiones.

f) En los transportes ferroviarios se ha logrado atenuar en alguna medida la grave situación que presentaban a fines de 1955, mediante la importación de locomo-

toras y algunos vagones, pero dista mucho de acercarse a la normalidad. Será necesario continuar el plan de renovación del material y vías, que requerirá, según estimaciones de los técnicos, unos 1.400 millones de dólares solamente para importación de material a realizarse en los próximos doce años. Mas existe también el problema del déficit de explotación. Por este concepto el tesoro debe cubrir un importe que excedía de 3.500 millones de pesos en los últimos años, y que se incrementará con los recientes aumentos de salarios, sin que pueda esperarse en breve plazo compensarlo con la elevación de las tarifas.

g) No obstante la política de contención seguida por el gobierno revolucionario, el aumento « vegetativo » de los gastos fiscales y las mejoras en las remuneraciones de los agentes del Estado han exigido sumas cada vez mayores. Será necesario arbitrar medidas para que el desequilibrio presupuestario no dé un impulso al proceso inflacionista que padecemos.

h) La circulación monetaria ha venido elevándose en los últimos meses, debido a factores diversos. Alcanza una suma que excede los 50 mil millones de pesos, cifra que no había sido registrada hasta ahora en el país.

Tales son algunos de los problemas más urgentes y, desde luego, insoslayables, que esperan al nuevo gobierno. Hemos dicho y reiteramos : su gravedad y naturaleza no dejan lugar a muchos devaneos teóricos ni a recetas milagrosas y demagógicas. De cómo proceda el nuevo presidente dependerá el curso de su gestión al frente de los destinos de la República.

Los próximos meses nos lo dirán. Esperamos y deseamos que sea en sentido fecundo, progresista y pacificador para la democracia argentina y americana, pues así como el ejemplo de la Revolución de 1955 influyó en la redención de Perú, Colombia y Venezuela, y puede gravitar en la suerte de otros pueblos hermanos todavía sometidos a dictaduras, el curso feliz del gobierno que se inicia el 1° de mayo robustecerá la fe democrática en las naciones de nuestro continente y hará posible un claro y fructífero entendimiento entre todas ellas en esta etapa del mundo occidental.

JUAN ANTONIO SOLARI

La complejidad del problema argelino

POR GERMAINE TILLION

ARGELIA EN 1957 (folleto escrito en 1956), ha podido hacer pensar que algunas recetas exclusivamente económicas me parecen suficientes para curar la gran úlcera en carne viva en que se ha convertido Argelia. Me temo que este equívoco explique algunas de las aprobaciones que he recibido.

La eficacia de una droga exclusivamente política me parece también tan quimérica como aquéllas, y el complejo argelino se me ofrece como un fenómeno global si no se resuelve por completo, exigencia de doble aspecto que da a la situación su carácter aparentemente insoluble. El conjunto de los remedios económicos corresponde, en efecto, a Francia y *sólo a Francia*, con exclusión de cualquier otro pueblo —porque dichos remedios están ligados a la masa de los salarios (1) mucho más que a la de las inversiones—. Por el contrario, la medicación política ya se nos ha escapado por completo, y es cada vez más peligroso *para Francia* continuar ilusionándose sobre este punto.

Cada uno de los beligerantes dispone así de una mitad de la « droga-milagro » que podría salvar a ese país. Y gracias a eso la enfermedad es probablemente mortal, puesto que pasan los años sin que aparezca el esbozo de un acuerdo.

No es posible concebir dos poblaciones cuya dependencia recíproca sea más cierta que la de franceses y argelinos. Nosotros les « tenemos » y ellos nos « tienen », puesto que podemos privarles de todo lo que

desean, mientras que ellos pueden igualmente malbaratarnos todo aquello que ambicionamos. Ni por una parte ni por otra hay medio alguno de protegerse contra los golpes, pero hay en cambio mil medios de devolverse los golpes con usura. De cada

(1) Actualmente, los trabajadores argelinos reciben en la metrópoli de 350.000 a 400.000 salarios (que en Argelia hacen vivir, directa o indirectamente, a una tercera parte de la población musulmana de los campos). Los capitales franceses invertidos en el país dan, en Argelia misma, algo más de 100.000 salarios. Suponiendo que estos capitales no se evadan, sería preciso invertir además un billón y medio para poder repatriar a los argelinos que trabajan en Francia y asegurarles en su país los salarios correspondientes. No se trata sino de una quimera, porque ningún país quiere invertir en Argelia, en los próximos meses, el billón y medio mencionado. Al contrario, Francia que alberga actualmente en su suelo dos millones de extranjeros (de los cuales el 60 por ciento son población activa) puede, sin gastos especiales, aumentar considerablemente la masa de los asalariados argelinos. En cambio, debe proteger en Argelia alrededor de millón y medio de personas que tienen —o reivindican— la nacionalidad francesa.

Por consiguiente, estamos obligados a contar, por una y otra parte, con una doble corriente de dependencia, una « interdependencia objetiva » que no existe en nuestras relaciones con Marruecos y Túnez. Ella da a la guerra actual su encarnizamiento desesperado ; pero si se consiguiera superar la guerra, podría entonces desempeñar su papel normal, que es beneficioso para ambos países.

lado, en los puestos avanzados, hay mujeres y niños aterrorizados que reciben el fuego. No existe ningún límite a las imaginaciones atroces de los combatientes : ni escudos, ni fronteras, ni línea Maginot, ni tan siquiera una referencia a un derecho cualquiera, nacional o internacional, puesto que allí no se está ni en paz ni en guerra. ¿Qué tienen que perder, perdiendo nuestra amistad? Casi todo, y en primer lugar sus salarios, es decir, su pan, su vida, el porvenir de sus hijos e incluso esta libertad pagada tan cara, sin contar la amistad.

Y sacrificando su confianza ¿a qué hemos renunciado? A nuestra independencia económica —ligada a las perspectivas saharianas—, a la seguridad de nuestros compatriotas de Argelia, a todas nuestras esperanzas africanas, es decir, en suma, a todos nuestros objetivos. Sin citar la confianza.

Una quiebra ligada a una victoria

Una quiebra segura está así ligada, para cada uno de los dos pueblos, a la victoria que espera arrancar a su adversario. Pues bien, esas dos victorias mortales son más accesibles que la paz que todavía podría salvarlo todo.

La capitulación francesa, si bien es inverosímil en el plano militar, llega a ser muy plausible desde un punto de vista financiero. Representaría teóricamente un éxito increíble para los rebeldes argelinos, pero, a ese éxito, no hay la menor posibilidad de que sobrevivan ninguna de sus esperanzas, porque ninguna ayuda extranjera les permitirá, de la noche a la mañana, alimentar a la tercera parte de su población, actualmente alimentada con los salarios procedentes de Francia, y es completamente loco imaginar —en el caso de que nuestra opinión considerara que Francia ha fracasado en Argelia— que los obreros norteafricanos podrían seguir ganando su vida en nuestro suelo.

Cierto es que su negativa plantearía graves problemas a los patronos franceses ; pero esos problemas son solubles, ya que italianos, españoles, yugoeslavos, húngaros y polacos, sólo piden franquear nuestras fron-

teras con un contrato de trabajo (sin hablar de centenares de miles de parados de Túnez y de Marruecos). Por el contrario, los problemas planteados por la repatriación de los argelinos no tienen soluciones en su propio suelo. Allí sería el hambre inevitable, las matanzas recíprocas, la huída desesperada de los europeos e incluso la de los musulmanes suficientemente ricos o lo bastante instruídos para encontrar los medios de huír. Huída acompañada de la ineludible evasión de capitales. Para los argelinos que no pudieran evadirse, sería la quiebra económica, social, cultural y biológica. Por consiguiente, también *quiebra política*, quiebra de una independencia pagada demasiado cara.

La victoria militar, que es en apariencia nuestro objetivo actual, sigue siendo igualmente plausible a causa de la adaptación creciente de nuestro ejército y del extremo cansancio de las poblaciones rurales musulmanas. Pero no es menos catastrófica : catastrófica para nosotros y para nuestros aliados : catastrófica en lo inmediato y en lo porvenir, en Argelia y fuera de Argelia.

Derrumbamiento de las antiguas estructuras

Durante cerca de un siglo de gestión, algunos franceses habían elaborado e implantado estructuras administrativas sobre el territorio conquistado —municipios mixtos, caïdes, ouakkafs, etc.— : he asistido personalmente a su derrumbamiento, que fué total y definitivo en menos de seis meses. Sin embargo, aquellas estructuras habían sido concebidas por gentes que conocían bien el país, en un clima psicológico favorable, y —es lo menos que puede decirse— con tiempo. Desde 1955 fueron sustituidas por improvisaciones necesariamente apresuradas que los militares, no conociendo bien el país, se esfuerzan en hacer arraigar en el ambiente que conocemos y con las probabilidades de éxito que podemos imaginar.

Las antiguas estructuras originales de la sociedad autóctona han resistido mucho más tiempo, pero llevan a su vez el camino de desmoronarse. Separación de tribus,

autoridad de los antiguos, organización familiar, situación particular de la mujer, todo ello había ya sido menoscabado por algunas brechas, pero sin comparación alguna con el verdadero estallido al que asistimos hoy. Conozco personalmente numerosas familias musulmanas, austeras y tradicionalistas, en las que la joven de la casa ha pasado directamente del velo al traje europeo y del harén al « maquis », en tanto que el viejo padre se balancea entre la consternación y el orgullo patriótico. Hundimiento de los cuadros administrativos, estallido de la estructura social y familiar... ¿Qué queda? Las estructuras clandestinas nacionalistas y nuestra implantación militar. Cara a cara y finalmente solas.

Porque, en la noche insurreccional, todas las administraciones de un Estado moderno han comenzado a brotar repentinamente en todos los lugares de Argelia. E igual que nuestros oficiales —bien a pesar suyo— en cien años han arabizado Kabilia y Aurés —creando sencillamente caminos y realizando su seguridad—, los « fellagas », sin quererlo y sin saberlo, han « afrancesado » mucho más al país en tres años que lo que nosotros hemos conseguido a este respecto en el curso del siglo anterior. Entendámonos : aquéllos utilizan contra Francia las ideas francesas —libertad, democracia, laicismo, igualdad de los hombres, resistencia legítima de los oprimidos—, y copian contra Francia nuestras instituciones civiles y militares.

La armadura clandestina

Después de dos años de guerra (finales de 1956), la casi totalidad de la sociedad musulmana se ha encontrado así sólidamente encuadrada, de manera eficaz, por mandos clandestinos : magistrados ocultos, arbitrando por todas partes los conflictos privados, habían hecho bajar el número de asuntos juzgados por tribunales oficiales (30 % en Argel, 100 % en gran Kabilia) : encargados del Registro civil, desconocidos por nuestra administración, se habían puesto a registrar los nacimientos y las defunciones : recaudadores cobraban los impuestos, las tasas y las multas, pero también pagaban las pensiones y los subsidios familiares : la usura estaba proscrita, lo mismo

que la prostitución, las riñas y los robos : unas leyes suntuarias habían prohibido las fiestas, los gastos excesivos, los dotes demasiado elevados : y durante el duro bloqueo alimenticio de Kabilia —bloqueo que todavía se mantiene—, no se ha advertido el mercado negro en ninguna parte.

Podría pensarse que esta armadura invisible, poderosa arma de guerra, había sido preparada desde hace mucho tiempo : probablemente eso no es exacto y el proceso de evolución de la insurrección creo que ha sido el siguiente :

En una primera fase, hombres jóvenes —de 25 a 35 años de edad, por término medio—, resueltamente modernos, con gran experiencia de la clandestinidad, una educación política, una disciplina estricta y un conocimiento perfecto del medio, ponen en marcha la insurrección y constituyen su armadura jerárquica que durante unos quince meses ha sido únicamente militar. Durante este período inicial, las masas musulmanas siguen los acontecimientos con benevolencia, con curiosidad, con ansiedad, pero en cierto modo desde fuera. Tal vez era posible todavía disociarlas de la insurrección con la condición de haberles otorgado, sin trampas, concesiones en conjunto.

En una segunda fase —a partir de diciembre de 1955— las masas se dejan encuadrar por los circuitos nacionalistas y a partir de febrero de 1956 el movimiento se generaliza con velocidad increíble. A finales de ese mismo año (diciembre de 1956) la obra está terminada. Durante esta segunda fase, los hombres que dirigen, los hombres que actúan, no son ya tan sólo mandos revolucionarios —aislados de las masas por el secreto necesario de su acción—, representan, por el contrario, *al conjunto de los notables de la población argelina*. Desde este instante, es pura quimera imaginar que puede llegarse a sustraer a esa población de la influencia de aquéllos. Y cuando la represión comience a castigar, alcanzará fatalmente y con pleno látigo a una sociedad homogénea que es imposible destruir y a la que será imposible perdonar.

Los responsables políticos franceses cometieron entonces la falta —tal vez irreparable— de no comprender el carácter

irreversible del movimiento que se estaba llevando a cabo en las profundidades silenciosas de un pueblo que ya no tenía ni periódicos, ni representantes. Sin duda alguna, tampoco valoraron con exactitud la amplitud y la profundidad de la operación que tomaron la grave responsabilidad de desencadenar. En resumen, en los alrededores de septiembre de 1956, el ejército recibió la orden de aniquilar los mandos político-militares de la insurrección « por todos los medios ». En la práctica, los mandos político-militares eran todos los notables de las aldeas, todas las « élites » de las ciudades, toda la juventud instruída.

La «diáspora» argelina

En el continente africano —inmenso banco de hielo que deriva en aguas desconocidas— había ya mucho antes de 1954 una « diáspora » argelina muy eficaz, salida directamente de nuestras buenas obras y de nuestra maleficencia, siempre estrechamente combinadas. Entiendo por nuestras « buenas obras » el conjunto de instrucción y de experiencia modernas puestas a disposición de la población argelina por Francia —no hay que olvidar, en nuestro activo, que las masas argelinas son, con gran diferencia, las más adelantadas del mundo árabe—. Entiendo por maleficencia la barrera que nuestros compatriotas de Argelia han construído ante la invasión de jóvenes « élites » musulmanas, barrera que ha obligado a éstas a expatriarse en parte o a resignarse a ser exiladas en su propio país. La diáspora argelina aumentó considerablemente en número y en importancia desde el planteamiento del conflicto —es decir, desde la primavera de 1956—. A partir de ese momento, se ha incorporado progresivamente al F.L.N. y desempeña actualmente un papel inquietante en la política interior y exterior de Túnez y Marruecos, y hasta del Africa negra y Oriente Medio. Si obtenemos esa victoria militar que se nos ha prometido desde hace más de tres años, deberemos esperar a ver « la Argelia exterior » hincharse desmesuradamente y fijarse en una agresividad crónica. Que nos agrade o no, Argelia es *inexpugnable* allí donde está en condiciones de destruir toda posibilidad de prosperidad y de

paz en el continente africano y, seguramente, de arruinar nuestras esperanzas saharianas.

Los franceses de Argelia

Hasta ahora sólo hemos hablado de una « Argelia argelina », si así puede decirse. Frente a ésta existe otra igualmente viva y tan peligrosa, y tan expuesta : la Argelia francesa. Eclipsar a una en beneficio de la otra, además de ser imposible, resulta inhumano ; borrar a la otra en beneficio de la una es también feroz, pero igualmente impracticable. ¿Existe un término medio? Sí ; eclipsar a las dos, gracias a una repatriación de la minoría más rica en técnicos y en dinero ; desarraigar a los franceses de Argelia, abandonar a los demás argelinos a una miseria asfixiante. No es ésta, sin embargo, la peor solución. Y seguramente no es la más probable.

Si los musulmanes fueran menos numerosos se habría realizado ya la asimilación, que ha tenido entre ellos numerosos partidarios. Si la población no musulmana de Argelia hubiera sido menos compacta y estado menos agrupada, no presentaría una dificultad mayor una solución del tipo tunecino, porque las élites argelinas autóctonas son muy superiores a lo que generalmente se cree y han demostrado desde hace tres años que eran aptas para encuadrar una nación.

Pero la balanza numérica de los dos grupos —uno de un lado, por ocho del otro— no es más que una engañifa, porque si la fuerza consiste en el número, no reside en el número solamente ; las inversiones, los técnicos, las ciudades populosas y organizadas figuran también en el potencial de un pueblo. Nuestros compatriotas de Argelia están agrupados, organizados, armados, aterrados, son agresivos y, allí donde se han establecido —Argel, Orán, Bone— son por cierto los más fuertes. No podemos aceptar que se les asesine, ni garantizar que ellos tampoco matarán. En resumen, la guerra indefinida, trayendo muy de prisa catástrofes repetidas sobre el suelo africano, hacia repartos al estilo Mau-Mau, y el nuestro terminando con la expulsión progresiva de los argelinos, me parece la solución más odiosa, pero la más « fá-

cil », hacia la que en apariencia se encamina por ambas partes por falta de imaginación y de valor cívico.

En este momento, por pura casualidad, cae ante mis ojos un suelto del diario *Echo d'Alger*, con fecha 2 de octubre de 1951. En él se habla de un señor llamado Marcelo, domiciliado en El-Biar, del cual se nos dice : « El loco no quiso acceder a razones y arrojó por la ventana una granada sobre los agentes... El demente fué conducido al hospital de Mustafá. » No se advierte ninguna sorpresa en el periodista que relata el incidente : todo le parece natural cuando uno se llama Marcelo y habita en El-Biar, y no le extraña el hecho de poseer una granada guardada en el cajón de la cocina, para arrojarla, cuando la sangre se le sube a la cabeza o en un momento de malhumor, contra los representantes de la autoridad. No insistamos tampoco sobre las molestias gravísimas que este pobre loco habría atraído sobre sí si se hubiera llamado Alí o Mohamed —lo que, en definitiva, no es ninguna garantía contra la enajenación mental—, pero meditemos acerca de los problemas que plantean todos esos Marcelo, Juan o Roberto, recordando que, desde los 15 a los 75 años, todos están armados.

Es verdad que no son 1.200.000 como se nos dice. Y aún hace falta ponerse de acuerdo acerca de una definición sobre las gentes de que hablamos. ¿Qué es un francés? ¿Cuáles son los criterios que permiten definirle? ¿Grupo sanguíneo? ¿Patronímico? ¿Religión? ¿Colegio electoral? ¿Tarjeta de identidad? Reina la mayor fantasía para caracterizar a ese personaje. Por consiguiente, propongo una definición práctica (*pero que exige que se consulte a las gentes*) : Un francés, es alguien que se considera como francés.

¿Quién reivindica en Argelia este rótulo? Seguramente los no musulmanes (son 1.042.409 y de ellos 49.979 no naturalizados) ; tal vez los musulmanes disidentes —mozabitas—, cuyo número no se conoce exactamente (60.000) y sus opiniones son aún peor conocidas. (Se les hace figurar en las estadísticas con la minoría europea a pesar de que algunos se hayan incorporado al F.L.N.) En todo caso, y sin la menor duda, es preciso contar, al lado de los mi-

noritarios, cierto número de musulmanes mayoritarios. ¿Cuántos? Nadie lo sabe.

Es verdad que distinguir a este hombre —nuestro compatriota indiscutible— del « fellaga », que se les parece como un hermano, constituye un ejercicio arduo al que se consagran en vano desde hace tres años las fuerzas del orden. Su fracaso es disculpable porque los propios interesados no se orientan y se embrollan más cada día.

En las delegaciones municipales han consentido figurar 4.000 argelinos y otros 239 son funcionarios franceses de la categoría A, llamada de iniciativa y de dirección. Cuento numerosos amigos entre unos y otros y sé, a pesar de su espíritu de sacrificio, con cuánta amargura les abruma nuestra política. Tal vez existe en el seno de estas dos falanges seleccionadas un firme sostén a nuestro orden para que éste no resulte la víctima, pero, en cuanto a mí, jamás le he encontrado.

A la inversa, los representantes más calificados de nuestros adversarios están actualmente amontonados en las prisiones y en los campos, donde les visito cuando tengo la posibilidad. (Son, por otra parte, los hermanos o los primos de los anteriores, y a los que como a éstos conozco desde hace veinte años.) Es posible y aún probable que entre ellos figure el fanático feroz, odioso y limitado que se nos presenta con tanta asiduidad. En lo que me concierne, no dudo de su existencia, pero no le conozco. Los que conozco son hombres inquietos y doloridos, repartidos entre las opciones más contradictorias, repletos de desconfianza para todo cuanto viene de nosotros, y más desconfiados todavía para todo aquello que de nosotros no viene.

Por una fórmula de asociación

¿Y las atrocidades?

Son demasiado reales y las conozco demasiado bien : he visto Meluza, he revisado las publicaciones del Gobierno general, he interrogado a pobres gentes mutiladas. Todo esto es verdadero y horrible, pero no es más representativo del pueblo argelino de lo que otras atrocidades —de las que también se organiza su espantoso catálogo— pudieran estimarse erróneamente representativas de Francia. También de

aquéllas me he informado con minucia y agobiado de pesar y de vergüenza. Absteniéndonos de castigarlas —como ha ocurrido por desgracia— nos retiramos a nosotros mismos el derecho de juzgar a nuestros enemigos.

No hablo voluntariamente ni de nuestros crímenes, ni de los crímenes argelinos, porque es necesario que nos aceptemos recíprocamente, y si todos queremos « ganar » esta guerra, es preciso que hallemos —no dentro de doce años, como con Alemania, ni incluso mañana, sino inmediatamente— una fórmula de asociación que nos preserve de una parte y de la otra.

¿Cuál? Cualquiera, con tal que estemos de acuerdo con nuestros adversarios. Porque si Francia aceptase la independencia argelina, ésta perdería al mismo tiempo la mayor parte de sus inconvenientes. Por el contrario, si los rebeldes argelinos aceptaran la ley-cuadro, ésta es lo bastante flexible para satisfacer muy rápidamente sus exigencias. Entre la independencia absoluta y la ley de bases absoluta, existen una serie de soluciones intermedias que tan sólo nos obligan a concesiones que estamos plenamente dispuestos a aceptar, y que además no evitaremos en ningún caso. Entonces ¿por qué no tomarse el trabajo de estudiarlas? Porque esto sería reconocer a nuestros adversarios una existencia legal. Antes, pues, continuar la guerra indefinidamente ; antes, arruinar sin remedio a nuestro país ; antes sacrificar sin dudarlo la propia seguridad de nuestros compatriotas de Argelia y nuestras esperanzas saharianas.

El patrimonio más auténtico de una nación es el valor de los hombres que la habitan, pero a este valor ávido, es necesario darle el alimento que exige para desarrollarse. Es una cruel originalidad acumular, como la población argelina, los valores y las exigencias de un pueblo adulto, de un pueblo « desarrollado » con los medios naturales de una nación incipiente. Esta distorsión entre valores y medios, entre exigencias y posibilidades, es evidentemente uno de los elementos de la actual desesperación —tal vez será el resorte de las catástrofes de mañana—, pero podría ser también el motor de un progreso sorprendente y, con él, de una paz estable. Y, de la mis-

ma manera que la subversión argelina es un cáncer que devorará Africa, una verdadera paz argelina —fundada en el mutuo consentimiento y consolidada por ventajas considerables y recíprocas— podría regenerar gradualmente el gran cuerpo africano al que acechan actualmente tantos males.

Nuestros adversarios y nosotros tenemos cada uno la mitad del remedio que puede salvar a ese pueblo argelino, tan heroico y tan desgraciado. Si —por un odio ciego, por tontería o por impotencia— nos abandonamos los unos y los otros a la fácil solución que es la de la guerra a todo trance, proseguida indefinidamente, entonces, cuidado con ellos ; cuidado con nosotros mismos ; cuidado con los vecinos.

No es esto una imagen metafísica : la evolución del pueblo argelino es un hecho y la impulsión increíble que desde hace tres años lo proyecta hacia el porvenir, es sensible en toda la vida social de ese país e incluso en el vocabulario corriente de las mujeres todavía enclaustradas. En las aldeas de la montaña, los viejos —guías tradicionales de la opinión— os dicen ahora : « Somos viejos animales ; los jóvenes tienen más valor y más sabiduría que nosotros. » En cuanto a los jóvenes, no sueñan más que con modernismo, igualdad, democracia, laicismo. Y naturalmente con la independencia, palabra mágica que contiene a todas aquellas otras.

Por una coincidencia sorprendente —en la que las maquinaciones políticas han desempeñado un modesto papel—, al mismo tiempo que este pueblo, tanto tiempo engañado e ignorado, reivindicaba un nombre, un patrimonio y razones de vivir, esta tierra, que roe el desierto, revelaba las inmensas reservas de energía que contiene. Pero el valor de los hombres, igual que la energía del subsuelo, no bastan para existir : es un hecho que existen. Pero ahora les hace falta un mínimo de suerte para dar sus frutos. Ha arrancado de Argelia un llamamiento al porvenir, el más violento, el más apasionado, el más « calificado » de toda Africa. Según la respuesta que se dé a este llamamiento, se va a orientar todo un continente.

GERMAINE TILLION

Tira y afloja en la China comunista

POR THEODORE HSI-EN CHEN

LOS COMUNISTAS CHINOS han desconfiado siempre de los intelectuales de la vieja « sociedad burguesa », creyendo que los intereses de la revolución socialista podían estar mejor servidos por una « intelligentsia » proletaria, y desde que llegaron al poder en 1949 habían adoptado varias medidas para producir un nuevo tipo de « intelligentsia » sacado de las clases trabajadoras o campesinas y firmemente basado en la ideología proletaria. Este, sin embargo, es un proceso muy lento y la « intelligentsia » producida por las nuevas escuelas es totalmente insuficiente, no sólo por el número, sino porque los cortos cursos de estudios no proporcionan nada más que una enseñanza rudimentaria. Para las posiciones más elevadas, que requieren una larga enseñanza, los comunistas, hasta ahora, no tenían elección y sólo podían contar con los viejos intelectuales.

Mientras que la necesidad práctica obligaba a los comunistas a tratar de ganar y absorber a los intelectuales, las consideraciones ideológicas les dictaban la « reforma » y el « remodelado » antes de que estuvieran al servicio real de la revolución proletaria, y en esta política dualista han insistido siempre explícitamente.

La « reforma » significa que los intelectuales deben someterse a una intensa instrucción política que les haga fieles discípulos del marxismo-leninismo y del Partido Comunista. Significa que deben romper completamente con su pasado, no sólo en

la ideología política y en su aspecto exterior en general, sino, asimismo, en sus estudios académicos. Deben renunciar a la « sabiduría burguesa » y a las teorías que han aprendido en la China de la « preliberación » o en los países occidentales. Tienen que « aprender de la Unión Soviética ».

En las ciencias sociales los efectos fueron embrutecedores. Todo el campo de estudio fué reducido a una exposición superficial del marxismo-leninismo y a una recapitulación, sin críticas, de las opiniones expresadas por los dirigentes comunistas chinos y los teóricos soviéticos. Estudios económicos, de historia y de sociología fueron reescritos, mientras que otros, a los que se habían dedicado muchos años de paciente trabajo y esfuerzo fueron abandonados. La contrariedad y el desasosiego se extendieron grandemente aunque no fueron expresados.

* * *

Tal era la situación general con la que los comunistas chinos tuvieron que enfrentarse en 1956 y ella les hizo comprender que era necesario algún cambio de política, o a lo menos un cambio de táctica, en relación con los intelectuales. Si su ambicioso programa económico, que requería el servicio activo de todo el pueblo educado y el apoyo de todo corazón de todos los grandes intelectuales del país, había de triunfar, tenía que encontrarse alguna for-

ma para vencer la actitud negativa de los intelectuales y para atraerse sus servicios. La discusión del problema empezó a fines de 1956 y culminó en una conferencia especial de los representantes del Partido Comunista de todo el país, convocada por el Comité Central en enero de 1957 con el fin de examinar « la cuestión de los intelectuales ». Las altas luces de la conferencia brotaron de un discurso del primer ministro Chu En-lai manifestando oficialmente que los comunistas iban ahora a adoptar nuevas medidas para remover el hondo descontento de los intelectuales e inducirlos a identificarse ellos mismos con el nuevo Estado.

Entre los más altos intelectuales de China —dijo—, un cuarenta por ciento pueden ser considerados como sostenedores del gobierno y otro cuarenta por ciento « completan, generalmente, las tareas que les son asignadas, pero no son políticamente activos. » « Del resto —continuó—, más del diez por ciento son intelectuales retrógrados a quienes falta conciencia política y que ideológicamente son opuestos al socialismo, mientras que menos del diez por ciento son contrarrevolucionarios o, algunos otros, malos elementos. » Las cifras de Chou eran, probablemente, demasiado optimistas, pero, hasta si eran exactas demuestran que los comunistas cuentan con los servicios leales de sólo un cuarenta por ciento de los intelectuales de China.

Chou admitió que la situación era un resultado de « ciertos hechos irracionales en el empleo y tratamiento actual de los intelectuales » y prometió ciertas medidas para remediarlos. Medios materiales les fueron ofrecidos a los intelectuales ; mejores condiciones de alojamiento, mayores salarios, más material, menos actividades políticas a fin de concederles más tiempo para proseguir sus estudios. Por su parte, los comunistas iban a corregir sus actitudes oficiosas y desdeñosas respecto de los intelectuales y a demostrar más confianza en ellos. Era necesario un plan de doce años para que la China hiciera frente a las realizaciones más avanzadas de la ciencia y otros campos del conocimiento.

Los intelectuales, empero, no han quedado satisfechos sólo con las condiciones

materiales. Se han irritado por la « reforma del pensamiento » y por la rígida reglamentación de todas las actividades intelectuales. No se les ha permitido explorar en cualquier área del pensamiento más allá de los confines del marxismo-leninismo y de las enseñanzas soviéticas. Para poner de relieve este sentimiento de privación, los dirigentes comunistas lanzaron como consigna la clásica expresión : « Dejemos florecer cien flores, dejemos contender a cien escuelas ». La expresión « cien escuelas » ha sido usada para describir las escuelas del pensamiento que surgieron en la llamada « clásica edad de China », desde alrededor del siglo VI al III antes de J.C., el período de mayor creación en el pensamiento y la literatura china. La frase recuerda un legado que los intelectuales chinos proclaman con orgullo.

La política fué anunciada por primera vez cuando Mao Tse-tung se dirigió a la Conferencia del Estado Supremo el 2 de mayo de 1956. El texto de la alocución de Mao Tse-tung no fué publicado, pero una semana más tarde Ch'ien Chun-jui, director de la Segunda Oficina del Consejo de Estado, refiriéndose al discurso de Mao, dijo :

« Para elevar el nivel de nuestra ciencia y tecnología, debemos, en materia de enseñanza, realizar completamente la política de la libre discusión « dejando contender a cien escuelas ». No sólo debemos aprender las técnicas científicas avanzadas de la Unión Soviética y de las democracias del pueblo ; debemos igualmente aprender las técnicas científicas avanzadas de los países capitalistas, especialmente aquellas de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia... Bien entendido que como la Unión Soviética es nuestra hermana mayor, debemos, ante todo, aprender de la Unión Soviética. Esto debe ser una cuestión firme y cerrada. »

Una explicación más completa de la nueva política la hizo Lu Ting-yi, director del Departamento de Propaganda del Partido Comunista chino quince días más tarde. Él saludó la nueva política como la precursora de un « desarrollo exuberante de la literatura, del arte y de la ciencia » y una oportunidad para « la libertad del pensamiento independiente, libertad de debate,

libertad del trabajo creador, libertad de crítica para expresar y mantener las propias ideas de cada uno », pero añadió que la llamada libertad de los países capitalistas no sería permitida. « Sería inimaginable —dijo— conceder cualquier libertad a los contrarrevolucionarios y « enemigos del pueblo ». La nueva libertad será concedida sólo « al pueblo » y a aquellos que sostienen el socialismo y aman la patria.

Se ve claro que la nueva política no significa cambio en los fines, sino solamente un cambio en los métodos de llegar a ellos. Son éstos y no los fines en sí lo que se permite ahora discutir a los intelectuales.

* * *

La declaración de la nueva política no despertó un gran entusiasmo entre los intelectuales. Ellos no estaban seguros de que les fuera concedida mucha libertad y sabían por experiencia que era más prudente actuar sobre seguro. Nadie intentó ninguna « florecencia » ni ninguna « contienda ». Los comunistas se afanaron en tranquilizarles y les invitaron a asistir a las asambleas para expresar sus opiniones. En lugar de ello, los intelectuales les hicieron preguntas. ¿Cuál era el objeto de las « contiendas » permisibles? ¿Hay que pertenecer a una « escuela » para tener libertad para contender? ¿El marxismo-leninismo sería tratado como una de las escuelas en contienda o era ésta la escuela superior a todas las escuelas contendientes? ¿La intención de la « contienda » sería siempre exponer las insuficiencias de todas las escuelas del pensamiento diferentes del marxismo-leninismo? ¿Sería permitido criticar el marxismo-leninismo? ¿Cuáles eran los asuntos que no eran libres para la discusión?



Tales cuestiones indicaron las prudentes reacciones en 1956. Hasta entonces algunos de los elementos más intransigentes del Partido Comunista habían hecho objeciones a la política de prudencia y de conciliación contra la infiltración de las peligrosas ideas antisocialistas en la práctica de la contienda de las escuelas. Esto hizo que los intelectuales vacilaran más en responder a la llamada al servicio. Mientras tanto su inquietud se había extendido a los estudiantes, entre los cuales estallaron huelgas y disturbios.

Fué en este momento crítico cuando Mao Tse-tung salió a la escena para defender una leve liberalización. En su famoso discurso sobre « las contradicciones entre el pueblo », del 27 de febrero de 1957, reafirmó la política de las cien flores ; admitió, francamente, que existían tensiones entre el pueblo —« contradicciones », dijo— pero declaró que éstas debían ser resueltas por métodos pacíficos de « educación y de persuasión » más bien que por los crudos métodos de la supresión y la coerción. Mientras que los elementos contrarrevolucionarios deben ser separados sin misericordia por el « pueblo » y por aquellos que no son opuestos a la revolución proletario-socialista, él sostenía el uso « de métodos democráticos de discusión, de crítica, de persuasión y de educación ». En cuanto a los intelectuales, « debían continuar remoldeándose ellos mismos... y tratar de adquirir el aspecto exterior del mundo comunista » ; pero esto será realizado sólo por « métodos de discusión, de crítica y de razonamiento » (1).

Aún después del discurso de Mao, los intelectuales se mostraban escépticos, temerosos de las represalias si realmente aceptaban la invitación a discutir y criticar libremente. Para apaciguar tales temores, los comunistas organizaron asambleas para estimular « la libre discusión ». El Partido Comunista declaró que estaban ansiosos de oír las críticas de los no comunistas, por el beneficio que aportan sus « campañas de

(1) El discurso de Mao fué publicado en *Jen Min Jih Pao* el 19 de junio de 1957. La traducción inglesa fué publicada en el *New York Times*, el 19 de junio de 1957.

rectificación » y, gradualmente, los intelectuales se animaron a expresar lo que habían ocultado en sus corazones y en sus espíritus durante siete años.

Toda la historia del breve pero resplandeciente mes de la « floración », mayo-junio de 1957, no puede ser reflejada aquí. Los intelectuales arrojaron valientes e incisivas críticas contra el partido comunista. Los comunistas habían pedido a los intelectuales que criticaran los métodos de la dirección comunista de modo que ellos pudieran ser capaces de rectificar sus equivocaciones y, por ese medio, ejercer su dirección más eficazmente. Con gran consternación para ellos, los intelectuales no se limitaron a una discusión de los métodos. Fueron más allá en sus críticas y atacaron al partido comunista y repudiaron su dirección. Pidieron un aflojamiento del control comunista. Preguntaron cuáles eran los fines de la revolución socialista. Después de un mes de « floración » y « contienda », los comunistas decidieron que las cosas iban demasiado lejos. Y lanzaron su contraataque a los que ahora llamaban los « derechistas ».

Para comprender la frustración revelada en la corta temporada de la floración y en la campaña antiderechista que la siguió, debemos dejar de lado las críticas dirigidas contra el sistema político y el monopolio comunista del poder del Estado y resumir las críticas no políticas de los intelectuales.

* * *

Una de las más frecuentes quejas de los intelectuales es la de que los jefes comunistas les tratan con desdén. Ha sido suprimido el respeto de que tradicionalmente gozaban los profesores en la sociedad china. Los jefes dan órdenes a los intelectuales que están a su alrededor y les asignan tareas rutinarias, las cuales les dejan poco tiempo para sus actividades profesionales. Al formular estas quejas, muchos intelectuales usaron la clásica expresión de que un profesor aceptará más bien la muerte que la humillación. En los colegios y en las universidades, en las oficinas del gobierno y en la industria, los intelectuales de gran experiencia y altamente califica-

dos, que no pertenecen al partido comunista, tienen que recibir órdenes de jóvenes sin educación y con menos experiencia, que son miembros del partido comunista. En su trabajo profesional, hasta en materias de investigación científica y de perfeccionamiento tecnológico, los intelectuales están constantemente sojuzgados por jefes cuyo pensamiento está dominado por dogmas y « clisés » marxistas y que sostienen que la política debe ser el guía en todas las materias.

Los intelectuales criticaron extremadamente el sistema de los delegados del partido en las escuelas y colegios. En cada institución educativa, dichos delegados están revestidos de una autoridad suprema que representa la « dirección del Partido Comunista », y tratan de que cada fase del programa de educación esté conforme con las directivas del mismo. Ellos toman las decisiones referentes a los nombramientos y promociones de la facultad, así como a la admisión y graduación de los estudiantes. Escogen a los estudiantes o a los miembros de la facultad a quienes se darán oportunidades para ulteriores estudios en el interior o en el exterior. Puesto que son el símbolo de la « dirección del partido », van más lejos en sus críticas. Inquirir sobre cualquiera de sus acciones es ser acusado de insubordinación u oposición a la dirección del Partido Comunista.

Cierto número de intelectuales afirmó audazmente que el marxismo-leninismo no era el guía infalible para el desarrollo de la China. Criticaron el doctrinarismo que aplica sus dogmas sin un estudio afanoso de las actuales condiciones de China. Un profesor de historia fué más allá. La interpretación de las ciencias sociales por Marx y Engels —dijo— estaba en el nivel a que habían llegado a la muerte de éste último, en 1895 y, consecuentemente, la escuela marxista no podía tener una acabada comprensión de la historia humana o de las nuevas teorías de las ciencias sociales después de 1895. De este análisis, concluyó el intrépido profesor, resulta que el marxismo no puede ser aceptado como la última palabra en las ciencias sociales (2).

(2) Informe de Lei Hai-tsung en *Jen Min Jih Pao*, 22 abril de 1957.

Los economistas solicitaron una mayor atención en el estudio de los problemas económicos de China y expusieron los peligros de seguir dogmas divorciados de las actuales condiciones del país. Los historiadores abogaron por un examen más amplio de la historia. Aun después de la proclamación de la política de las cien flores, la investigación histórica estaba limitada a cinco tópicos designados por la dirección del partido, y todos ellos se referían a la demarcación de los períodos históricos de acuerdo con el punto de vista marxista.

Los científicos sociales demostraron que había mucho en las ciencias sociales de los países capitalistas que merece un cuidadoso estudio. Se lamentaron de que la exaltación exclusiva del marxismo-leninismo en años recientes hubiera, prácticamente, matado las ciencias sociales y que muchos científicos sociales hubieran sido forzados a abandonar las ramas de su especialización. Las lecciones que ellos habían enseñado se habían expuesto fuera del « curriculum », porque éste no es compatible con la nueva ideología o no lo presentaron las autoridades soviéticas. Uno de ellos informó que quedaban pocos profesores en los campos de la sociología, ciencias políticas y derecho y que ningún profesor estaba actualmente ocupado en investigaciones sobre problemas de población, de pensamiento social u otros aspectos importantes de significación sociológica. El abogó por la restauración del curriculum académico en las ciencias sociales y por un estudio del « pensamiento avanzado » de los países capitalistas en la sociología, en la política, relaciones internacionales, derecho internacional y otras disciplinas. Otros mostraron el error de tratar la política contemporánea y los decretos del gobierno como leyes objetivas y de confundir la interpretación y exposición de la política del gobierno con el estudio de la ciencia social. Al mismo tiempo, propusieron que se diera oportunidad a los científicos sociales para el estudio y la investigación de los problemas corrientes y para hacer recomendaciones al gobierno para orientar su política.

* * *

En el discurso de febrero de 1957, Mao Tse-tung hizo una distinción entre las « flores fragantes » y las « hierbas venenosas ». Las flores fragantes son ideas puestas delante para apoyar la causa de la revolución proletario-socialista. Las ideas que destruyen el progreso del socialismo y perjudican a la dirección del partido comunista, deben ser consideradas como hierbas venenosas, y destrozadas tan pronto como sean descubiertas. Ahora los críticos que han dirigido ataques severos contra el régimen comunista son denunciados como derechistas que propagan hierbas venenosas, y ha sido lanzada una campaña contra ellos por toda la nación.

Las autoridades comprendieron que la actitud de los miembros y jefes del partido hacia los intelectuales les había indisputado con ellos y causado hondo resentimiento y por ello se prepararon a hacerles algunas concesiones. Estaban ansiosos de conseguir los servicios de los intelectuales y estaban dispuestos a concederles un tratamiento mejor, con tal de que estuvieran seguros de que apoyarían el programa del partido y del Estado. Pero a las críticas contra el poder del Estado y la supremacía del partido, no querían hacer ninguna concesión. No querían aminorar el control de la educación, porque la dirección del partido comunista era esencial a todas las fases de la revolución, y la educación era, ciertamente, una de sus fases más importantes.

La crítica de que el marxismo-leninismo era poco conveniente para China, fué, por supuesto, inaceptable para los comunistas. Ellos habían insistido especialmente en su informe en que la escuela marxista no había desarrollado nuevas ideas después de la muerte de Engels. Habían glorificado siempre a Lenin como el hombre que supo adaptar el marxismo a la edad del imperialismo y saludaban la revolución de octubre en Rusia como el momento culminante de la historia moderna. Habían aprendido el marxismo de Lenin y otros dirigentes soviéticos y creían que una gran parte del marxismo-leninismo que ellos adoptaban consistía en las nuevas manifestaciones y nuevas interpretaciones del siglo XX.

Finalmente, los comunistas se declararon

inalterablemente opuestos a cualquier intento para restaurar las « ciencias sociales capitalistas », comprendieron que era necesario hacer frente a esta pretensión inmediatamente. Entre los derechistas que los comunistas señalaron para castigar estaban algunos de los científicos sociales más prominentes de China. Los comunistas acusaron a los derechistas de haber tratado de derribar el socialismo y de restablecer el sistema capitalista. Aquellos que solicitaban el estudio de las ciencias sociales capitalistas fueron atacados como derechistas comprometidos en la intriga política, puesto que su proposición de restaurar las ciencias sociales capitalistas era, realmente, un intento de resucitar la ideología capitalista en su conjunto. Su sugestión de confiar la investigación de los problemas sociales a los científicos sociales para servir como base a la política del gobierno, fué considerada extremadamente peligrosa porque la política del Estado hubiera sido guiada por reaccionarios ligados a la ideología capitalista.

Los escritores comunistas y procomunistas se afanaron en demostrar que las ciencias sociales no eran ni objetivas ni científicas. Hicieron ver que las ciencias sociales no escapaban a su « carácter de partido » y a su « carácter de clase ». Lo mismo que las ciencias sociales capitalistas servían los intereses de la clase capitalista, así las ciencias sociales proletarias debían servir la clase proletaria. Ninguna interpretación de los asuntos humanos podía ser considerada válida sino desde el punto de vista de la lucha de clases. Las ciencias sociales capitalistas no pueden ser científicas, porque ignoran las leyes del desarrollo social tan claramente expuestas en el marxismo.

* * *

¿Cuáles han sido los resultados concretos de la política de las « cien flores » y las « cien escuelas » ? Los intelectuales chinos han obtenido un progreso definitivo en las

condiciones de trabajo y de vida. No se les requiere para encargarse de muchas tareas políticas y pueden ahora dedicar más tiempo a sus actividades profesionales.

A los científicos les han dado laboratorios más amplios y facilidades para sus bibliotecas. Tienen acceso a periódicos científicos y al material de los países capitalistas. Deben aceptar la dirección del partido, naturalmente, pero quedan parcialmente libres de la constante interferencia de los jefes ignorantes en materias puramente técnicas.

Los científicos sociales, por otra parte, gozan ahora de menos libertad. Los comunistas son hoy más explícitos en su insistente opinión de que las ciencias sociales deben ser purgadas de su carácter burgués y se han lanzado de una forma especial a extirpar a los derechistas de entre los científicos sociales. Los trabajos de Fei Hsiao-tung, Ch'en Ta, Wu Ching ch'ao y otros han sido denunciados como anticientíficos y reaccionarios. En una conferencia contra los derechistas en filosofía y ciencias sociales, Kuo Mo-jo, presidente de la Academia de Ciencias, anunció que los intelectuales tenían que enfrentarse con cuatro tareas mayores : la defensa del marxismo-leninismo, un decidido apoyo al partido comunista chino, el progreso de la enseñanza y la reforma del pensamiento de los intelectuales, « especialmente los filósofos y los científicos sociales ».

Los intelectuales deberán someterse a la reforma del pensamiento. Han de continuar demostrando que han sido purificados de todas las ideologías antiproletarias y que aceptan y apoyan el programa del partido comunista. En lo que se refiere a la libertad de separarse del marxismo-leninismo más allá de los límites prescritos, son menos libres que antes, porque la campaña antiderechista ha matado toda esperanza de tal libertad.

THEODORE HSI-EN-CHEN

La República Árabe Unida o el final del complejo de inferioridad

POR LOUIS MERCIER

EN BEYRUT, de donde nos llegan la mayor parte de las informaciones publicadas en la prensa occidental sobre los acontecimientos de Siria, se prodigan recomendaciones y advertencias al imprudente viajero que va a Damasco : el terror policiaco reina en las grandes ciudades, se vigila con mucho cuidado los desplazamientos de los viajeros, y nadie habla francamente al visitante. Provisto de este viático, el periodista se mete en el taxi que le tiene que llevar a la capital siria, con la sensación de dirigirse a una aventura peligrosa.

Después de sesenta kilómetros de carretera, el puesto fronterizo de la recién nacida República Árabe Unida, surge ante el imprudente —doblemente temerario, ya que ni tan sólo lleva un visado. Un cuarto de hora después, habiendo cumplido con todas las formalidades de la aduana, y obtenido el visado provisional otorgado con unas palabras de bienvenida del oficial de seguridad, el mismo taxi le lleva al gran oasis damasceno.

En Damasco, en los ministerios, en su domicilio o en el hotel, los altos funcionarios, los líderes del antiguo Baath, los dirigentes sindicales reciben al extranjero sin dificultad, sin plantón de guardia, de secretarios o de policías. Y hablan mucho, dicen y a veces se contradicen, sin dar jamás la impresión de recitar una cosa aprendida de memoria. Prolijos o reflexivos, vehementes o fríos, expresan una común vo-

luntad de dejar de actuar como súbditos de un país dependiente y destinado a una dependencia eterna, sino de ser ciudadanos de una nación libre y con todos sus derechos.

— « Rodeados por vecinos infinitamente mejor armados que nosotros y que gozaban del apoyo y de los consejos de las potencias occidentales interesadas en el destino del Oriente Medio, sometidos a fuertes presiones económicas por parte de esas mismas potencias, hemos tenido la tentación de pasar al lado soviético. Y si no hemos dado este paso es porque, finalmente, para nosotros, árabes modernistas, esta solución no ofrecía ninguna perspectiva interesante. Hemos elegido un camino más difícil, lleno de obstáculos, con más problemas que soluciones, pero que podemos controlar y que progresivamente nos podrá llevar a un mayor poder material, a mayor bienestar, dignidad y humanidad. » He aquí los términos con los que Miguel Aflak, jefe de doctrina del antiguo Partido Socialista del Renacimiento Árabe (Baath) e indiscutible guía de la juventud siria, ya estudiante ya campesina, caracteriza la posición de los sirios que pareció tan desconcertante a la mayor parte de los observadores europeos.

La fusión entre Damasco y El Cairo, considerada como una hipótesis para lo porvenir, como el elemento de una agrupación más extensa en lo futuro, se ha realizado bruscamente bajo la presión repentina y a veces angustiada de los sirios, y no sólo co-

mo una réplica a la presión occidental o como una medida destinada a librarse de las apremiantes solicitaciones soviéticas, sino más bien como un acto de libre elección exclusivamente árabe.

— « Durante mucho tiempo hemos vivido con el sentimiento de una total impotencia ; durante mucho tiempo nos hemos conducido como « hombres-objetos », porque así se nos trataba, y todavía no hemos podido deshacernos de este complejo. Lo que buscamos y encontraremos en el mismo movimiento, es una manera de pensar, de actuar y de intervenir que sea fiel a nuestra voluntad de emancipación, o si se quiere, a nuestra mística árabe ; pero esta norma nos llevará diariamente a los problemas concretos. Esto puede parecer una paradoja. En realidad, esa mezcla de misticismo y de realismo es complementaria. »

« La unión con Egipto nos da un ejemplo inmediato de esta concepción. No ignoramos, como tampoco las ignoran los egipcios, las dificultades prácticas que supone la fusión. Así, por ejemplo, la unidad económica, complementaria en alguno de sus aspectos, puede ocasionar disturbios peligrosos en cada una de las provincias. Y he aquí el motivo de que, por ahora, limitemos las consecuencias de la unidad a la dirección de la defensa nacional y de las relaciones exteriores, reservando a comisiones de estudio el examen de las formas, instituciones y ritmo que podrán realizar la armonización entre nuestras dos economías. Quede bien establecido que estos estudios se realizarán y nos llevarán a medidas prácticas, únicamente en la perspectiva de una unión de las fuerzas árabes. »

« Aparte el principio político que hemos elegido y que es la creación de una potencia árabe cuya fuerza, organización y nivel de vida harán que podamos negociar con las potencias del mundo moderno sin que se nos trate como meros objetos, no nos ata ninguna doctrina y estamos dispuestos a hacer experiencias de toda clase. Esto puede parecer insuficiente para lanzarse a la creación de un mundo árabe decidido y capaz de entrar, directamente y con derechos iguales, en el mundo moderno. Pueden estar seguros además de que el mundo, tal como es y tal como va, no

tiene nada que perder en el nacimiento y el desarrollo de una confederación árabe que se libre del feudalismo, del estancamiento, de la Edad Media. La emancipación árabe no puede ser sino benéfica a la salud del mundo, de un mundo que va unificándose. Pero que no esperen tampoco que elijamos un campo, que participemos en sus luchas, hasta el día en que, en el terreno sólido de los pueblos árabes, hayamos organizado ese conjunto panarábigo sin el que no seríamos, vuelvo a decirlo, sino una baza o un mero objeto de tráfico. »

« Se nos ha reprochado el habernos convertido en un nuevo satélite del bloque soviético. Creo que los acontecimientos de estos últimos tiempos han demostrado con bastante elocuencia que no hay nada de eso. Hoy día se nos reprocha haber manifestado ciertas tendencias fascistas. Sepan que nuestra mística árabe no tiene nada que se pueda comparar con unas manifestaciones totalitarias y permítanme recordarles que el Occidente, en una época todavía muy próxima, ha puesto empeño en abultar lo que era verdaderamente totalitario y teocrático : las corrientes más reaccionarias y feudales de la Arabia atrasada. Declaramos sin ningún circunloquio que el esfuerzo que hemos emprendido y que proseguiremos contra viento y marea, es ante todo un esfuerzo social y socialista. Cuanto más podamos actuar socialmente y dar a los países árabes un sistema socialista, menos probabilidades tendrá de presentarse la tentación de una aventura militar que algunos, en épocas de desesperación, pueden desear. »

¿ Cuáles son nuestros organismos de base, nuestras instituciones y nuestros objetivos inmediatos? Difícil nos sería contestar con toda claridad. La escasa industrialización de nuestras comarcas, el estado atrasado de nuestra agricultura, los defectos de nuestras administraciones, exigen respuestas y medios condicionados unos a otros. Lo que sí sabemos es que nos estimula nuestra población de campesinos pobres, que son sin duda los más lúcidos, comprensivos y decididos de nuestras diferentes capas sociales y para los que los problemas de la reforma agraria no son cuestiones de ideología o de programa político,

sino cuestiones de vida cotidiana y de porvenir inmediato. Hacen ustedes unas preguntas empleando los términos de partido, de sindicato, de gobierno, de métodos occidentales. Nosotros no tenemos nada de eso y sin embargo tenemos más : las condiciones reales, apremiantes, de una revolución y la urgente necesidad de medidas revolucionarias. La adhesión al Baath, hoy disuelto, así como todos los otros partidos, pero cuyos militantes quedan en su sitio en todos los grados de los nuevos organismos, no significa, como puede ser el caso en Francia o en Inglaterra, la elección de un programa concreto. Esa adhesión no era sino un deseo de emancipación y una voluntad de participación. La forma que tomará esta participación, la rapidez con la que se realizará la emancipación, se definirán y medirán en la propia acción. »

« Las experiencias laboristas, así como las normas yugoeslavas pueden sernos útiles, como experiencias intentadas en otras coyunturas y bajo otros cielos. En el mundo, a través de una larga historia, las experiencias de una humanidad en busca de su liberación son numerosas. Déjennos elegir y ensayar las que parecen ofrecernos algunas perspectivas de aplicación feliz en nuestras provincias. »

« A ustedes que vuelven a Europa donde tantas tonterías y tantas mentiras se han dicho y publicado sobre nosotros, sólo les pedimos una cosa : que hagan que se acoja por fin nuestra empresa sin prejuicios desfavorables. Con ello nos ayudarán también a deshacernos de ese sentimiento de inferioridad contra el que luchamos, así como luchamos contra los problemas que nos acosan y a los que hacemos frente. »

Durante esta conversación, que se verificó en el vestíbulo de un gran hotel, unos

militantes, algunos bastante jóvenes y otros algo menos, llegados varios de ellos de lugares muy lejanos, se acercaban hasta una distancia respetuosa, esperando que Miguel Aflak los llamase. Formulaban una pregunta, solicitaban un consejo y se marchaban pensativos y radiantes.

Al día siguiente de una fusión

Al día siguiente de una fusión que deja provisionalmente intactas la legislación y las instituciones económicas de los países de la R.A.U. —según la ley internacional, cada uno conserva en vigor los acuerdos firmados de Estado a Estado antes de la unificación—, la situación de la provincia siria no se halla muy modificada.

Es cierto que el mando único para la defensa y las relaciones exteriores, puede, para la garantía de las fronteras sirias y para las relaciones diplomáticas, dar más peso al Cairo. El viaje de Nasser a Moscú, donde el Bikbachi va rodeado de un equipo en el que se hallan varios líderes del antiguo Baath, debe permitir esencialmente revisar los diferentes contratos consentidos anteriormente por la Unión Soviética a uno u otro de los dos países hoy confederados, y obtener condiciones mejores.

Examinados fuera de su contexto político, los acuerdos firmados entre Moscú por una parte, El Cairo y Damasco por otra, y que tratan principalmente de la compra por los soviéticos de trigo y de algodón, han permitido a Siria no estar exclusivamente a merced de las fluctuaciones registradas en el mercado occidental. Pero el examen de las estadísticas de las exportaciones e importaciones sirias revela todavía una fuerte superioridad del comercio con Occidente.

El desarrollo de las relaciones comerciales con el bloque soviético puede, pues, por lo menos por ahora, ser considerado como el medio que le permitirá a Siria quedarse fuera de los imperativos de un mercado cuyos dueños pueden plantear, cuando quieran, ciertas dificultades para la venta de los productos sirios exportables, pero no puede ser considerado como un cambio



profundo y definitivo de su comercio exterior.

Las relaciones con la provincia egipcia plantean gran número de problemas que las comisiones mixtas estudian detenidamente antes de tomar cualquier decisión, y teniendo en cuenta, como declaró el ministro sirio de Economía, « las ventajas logradas por cada parte y que deben ser conservadas ». Como lo subraya el Boletín financiero y monetario, se mantiene el « statu quo », como resulta de la Constitución provisional de la Unión y de las declaraciones oficiales de los responsables de los dos países.

Tanta prudencia tiene su explicación. La ausencia de fronteras comunes y la insuficiente interdependencia de las dos economías incitan a buscar las medidas de acercamiento y de coordinación en las que la voluntad tendrá mayor expresión que las reacciones naturales. Se puede pensar desde luego en el desarrollo de los transportes marítimos y aéreos, la intensificación de los intercambios, una coordinación en el desarrollo de las actividades económicas de los dos países ; pero si estas medidas establecen cierta solidaridad de hecho entre las dos economías, no pueden, en lo inmediato, hacerlas complementarias ni unificarlas en un grado suficiente. Si Siria puede proporcionar trigo, legumbres y frutas secas, tabaco y lana a Egipto ; si Egipto puede dar arroz, abonos, algunos productos industriales (películas, material de imprenta, etc.), hilados de algodón y tejidos, no cabe la menor duda que las grandes tendencias de las dos economías se orientan en direcciones diferentes.

Pero, por otra parte, las consecuencias inmediatas de una fusión más completa —o sea la libertad de tránsito de las personas y la libre circulación de los capitales y de las mercancías— provocaría graves disturbos. La tradicional libertad de los cambios, en Siria, chocaría con la política dirigista del Cairo en materia monetaria. El aflujo de una mano de obra egipcia provocaría la disminución de los salarios en los centros sirios.

Estas consideraciones incitan, pues, a los expertos de las dos provincias a una prudente lentitud en lo que se refiere a la

elección de una política definitiva. Sin embargo, la escasez de la capacidad industrial en los dos países (11 % de la producción global en Egipto — y de 20 a 22 % después de la realización del plan quinquenal ; 10 a 12 % en Siria) puede ofrecer un indicio sobre las posibilidades de un desarrollo coordinado de la industrialización de ambos países. Las consecuencias de la fusión se calcularían sobre la base de la armonización de lo que va a nacer y no de la modificación de lo que ya existe.

Cualesquiera que sean las decisiones que tomen los economistas y los consejeros sirios en el plan de su provincia, parece seguro que darán una gran importancia a la intervención de un sector público, a la orientación de la economía, aun respetando ciertos principios del liberalismo, conservando un sector privado e insistiendo menos que lo que se hace en Egipto sobre la importancia que hay que dar al dirigismo. Las primeras informaciones obtenidas sobre este tema parecen indicar que es por medio de una política fiscal más bien que por la supresión de los mecanismos del mercado como Damasco intentará modernizar la economía siria.

Libano entre la tentación y el temor

La prosperidad insolente que se manifiesta en Beirut por una subida en flecha del precio de los terrenos para construcción, por una circulación constantemente obstruída por los coches de lujo, y por una febril construcción de fincas ultramodernas, no es suficiente para calmar los temores de los mismos hombres que se benefician de la euforia económica : los comerciantes, los corredores y las clientelas políticas. Si las inversiones importantísimas de capitales seuditas, sirios o de Koweit, han dado a Libano el sentimiento de representar un puerto de paz y de seguridad en el Oriente Medio en plena crisis, ocurre que los gerentes de ese puerto sienten pasar el viento de tempestad que sopla por los países vecinos.

Algunas crisis anteriores pudieron ser resueltas. Los refugiados de Palestina fueron

poco a poco asimilados y compartimentados en las comarcas de poca agitación ; los refugiados cristianos de Egipto se naturalizaron muy rápidamente, aumentando así el cuerpo electoral de la comunidad no musulmana ; la mano de obra libanesa encontró, aparte de sus habituales emigraciones al Africa Negra y América Latina, un nuevo terreno en los emigrados de Koweit y en Iraq. A pesar de los escasos cambios en las estructuras sociales libanesas y a pesar del pequeño aumento del número de obreros de la industria (19.550 en 1953 y 37.088 en 1957) los agios, las operaciones de tránsito, las entradas invisibles, el turismo, la abundancia de los capitales y también ciertas formas de contrabando mejoraron el nivel de vida de todos : la fortuna para unos, la facilidad para otros, el pan y el queso para los más miserables.

Pero las transformaciones políticas y sociales de la península arábiga ya no se detienen en la frontera libanesa. Si la política interior no provoca todavía las polémicas, las riñas y los combates armados, unos factores causados por movimientos más importantes, como la presión árabe, empiezan a manifestarse. La frontera de las oposiciones ya no pasa entre las comunidades étnicas o religiosas, sino por el seno mismo de esas comunidades. El patriarca maronita aclama la iniciativa de Nasser, y entre los intelectuales cristianos se encuentran los defensores más apasionados de la unificación árabe, mientras los jefes de las tribus musulmanas del norte del país, siguen siendo muy fervorosos partidarios de la independencia libanesa.

Y por ejemplo, la batalla entablada hoy en torno a la reelección del presidente Chamoun, no adquiere su verdadero sentido si no se la considera en relación con la corriente panárabe. Una modificación de los textos constitucionales que exige una mayoría de las dos terceras partes, permitiría al actual presidente el intento de conseguir una nueva reelección, mientras toda la oposición, sea la que no prosigue más que las tradicionales venganzas y que se contentaría únicamente con un cambio del

personal que está hoy en el poder, sea la que siente confusamente o concientemente la evolución de la coyuntura en el Oriente Medio, se lanza a una serie de operaciones contra la actual mayoría.

Los mismos que defendieron la alianza con una u otra de las potencias europeas —unos con Francia, otros con Inglaterra— o sencillamente con Occidente, manifiestan un violento despecho al no poder obtener de los Estados Unidos una garantía que protegería la independencia libanesa no sólo contra toda clase de intervención extranjera, sino también contra una « subversión » interior.

Después del fracaso y de la casi desaparición del Partido Popular Sirio —confinado en algunas comarcas del sur de Líbano— cuya única originalidad no es más que un anticomunismo violento, el Baath empieza a tomar el aspecto de un partido nacional, ya que intenta pasar las fronteras comunitarias para hacerse el portavoz de un movimiento más extenso y la prolongación de un influjo victorioso ya en Siria.

Sus grupos no son todavía muy numerosos, pero puede esperar penetrar en las capas más pobres de la población, a las que precisamente el juego tradicional de las familias, de las tribus y de las comunidades no afecta sino en el plan étnico religioso o de clan y no en el plan social. Al mismo tiempo, puede aparecer ante los ojos de muchos intelectuales como la que, a lo largo, ofrece una perspectiva más sólida que los mitos comunistas, asociados a menudo a sorprendentes maniobras tácticas.

Se puede prever que esta tendencia no alcanzará éxitos rápidos. Pero se puede pensar que será un factor permanente del juego político y social libanés y que representa el prelude, como fué el caso en Siria hace unos años, del nacimiento de un partido social, que construye su fuerza e impone su autoridad no sobre las tradicionales bases del mosaico político libanés, sino sobre el terreno de las reivindicaciones campesinas y obreras.

LOUIS MERCIER

Las artes plásticas en Norteamérica

POR LUIS QUINTANILLA

AL IR A CELEBRARSE una exposición de mis pinturas el pasado año en la Avenida Matignon de París, un servicial amigo mío, el organizador de ella, visitó al famoso crítico M. Franck Elgar para invitarle a juzgar mi obra. M. Elgar contestó que iría con gusto a verla, pero al leer el encabezamiento del catálogo, « Peintures d'Amérique », parece ser que dijo con ligera ironía : « No hay pintura en América ». Mi servicial amigo le informó que yo había nacido en España y formado artísticamente en Europa, encontrándome en los Estados Unidos como refugiado a consecuencia de la catástrofe española confirmada en 1939 ; a lo cual el famoso crítico replicó que a los artistas europeos les idiotizan en este Continente. A pesar de su predisposición de ánimo, publicó en *Carrefour* una crítica muy elogiosa de lo poco que pudo ver de mi obra —sólo veinticinco cuadros—, y que yo le agradezco, claro que sin dejar de decir: « Si l'on en juge d'après les œuvres qu'il expose, l'Amérique n'a exercé sur lui aucune influence. »

Los dos comentarios que cito de la conversación de mi amigo con el distinguido crítico francés, de quien he leído algunas acertadas críticas en el *New York Times*, me incitan ahora a comentar a mi vez, basándome en la experiencia de mi vida americana, cual es la situación artística en este país y lo que la tradición y el ambiente influyen sobre el artista.

Si miramos el arte racialmente es indis-

cutible que no existe una pintura definida en los Estados Unidos ; como tampoco hay una escultura, ni grabados, ni tan siquiera arte decorativo, al igual que los que caracterizan a otros múltiples países. Antes de la época colombiana, es este inmenso Continente Norte quizá el más pobre de la humanidad en sus manifestaciones artísticas. Los indios algonquines y apaches, de las regiones septentrionales, desconocían hasta los rudimentos de la arquitectura, viviendo en tiendas hechas con pieles de búfalos, y la única decoración de ellas fueron simples triángulos de tonos rojos y negros y algunas plumas como vistoso remate. En sus telas, cacharros y conatos de muebles sucedía lo mismo. Los seminolas del Sur construían sus casas con adobe sin ninguna preocupación ornamental o elemental sentido estético. La figura humana o las de los animales no les inspiraron el deseo de interpretarlas con imágenes pintadas, esculpidas o grabadas. Visitando la sección etnográfica del Museo de Historia Natural de Nueva York, resulta desolador observar la absoluta indiferencia del indio norteamericano por cualquier cosa que suponga intención artística. Y esto parece incomprensible cuando unos paralelos más al Sur existía la singular civilización del antiguo México, tan rica en construcciones, esculturas y retorcidas decoraciones, donde la flora, la fauna y el hombre sirvieron de modelo a los artistas.

Con el descubrimiento por los españoles de este Nuevo Mundo, empieza la archi-

ectura racional y en materiales nobles y perdurables. La más antigua vivienda del Continente que hoy se ofrece a la curiosidad de los turistas, es una humilde y graciosa casa en la Florida, del siglo XVI, de estilo andaluz. Por el lado Oeste se extendió desde México, subiendo a la alta California, la arquitectura española, y en sus iglesias y conventos, también inspirados en las formas de Andalucía, llegaron a crear un estilo preciso, conocido con el nombre de Misión, que hoy es admirado y copiado, pero sin pasar más allá de San Francisco. Al mismo tiempo las primeras pinturas y esculturas, en forma de imágenes sagradas del gusto católico, hicieron su aparición en Norteamérica. Sin embargo, ninguna de estas tres manifestaciones del arte tuvo consecuencias en la futura estética del conjunto del país.

Por lo contrario, con la llegada al moderno Plymouth del británico Mayflower, entró la austeridad de los lectores de la Biblia protestante, y sus gustos ingleses de rancio puritanismo se extendieron, perdurando de manera dominante hasta el siglo XIX. Es la casita de madera de dos pisos, tres como máximo ; los muebles ligeros, oscuros, torneados en el mejor de los casos ; las telas elaboradas caseramente por la mujer, también muy pobres de decoración ; la cerámica de un solo tono y algún ligero adorno ; las flores de trapo y mica, y como tema artístico más corriente, que yo he visto múltiples veces en los llamados museos coloniales, gatos disecados y rellenos de paja sobre una mantita de variados colores junto a la chimenea.

La escultura se olvida. La pintura en forma de cuadro sólo se encuentra en retratos familiares y de algunos personajes distinguidos cuyos nombres cataloga la historia de la localidad, pero ejecutados por tan mediocres pintores que ni tan siquiera tienen el encanto del primitivismo o su inocencia, y la técnica es elemental. Incluso los marcos de los más presuntuosos son de una pobreza casi rústica, pues el arte suntuario fué desdeñado por los descendientes de los Padres Peregrinos que originaron la primera colonia angloamericana.

Si de este período de estética colonial, desde el 1620 a mediados del siglo XVIII, se destaca algo que forzándonos pueda

atraer nuestra atención por su relación con el momento actual, son esas mantas, análogas a la citada del gato, hechas con retazos de diferentes telas, las más heterogéneas, cosidas unas a otras al parecer al buen tuntún, pues pueden ser precursoras del « collage » presentado como novedad artística en París hace más de treinta años, y que deben suscitar la delicia del moderno amante del arte abstracto.

No hay duda que aquellos infatigables trabajadores que iniciaron la riqueza, fuerza y poderío de Norteamérica, se distanciaron del arte considerándole superfluo, tal vez desconociendo que es valor eterno y moneda asegurada en el cambio.

Avanzando el siglo XVIII, el lujo enriquece las viviendas y aparecen retratistas muy estimables, como John S. Copley, Stuart, Trumbull, pero guiados por el arte inglés de Reynolds, Gainsborough y Hoppner, y, cosa curiosa, hasta los modelos de los retratados por los norteamericanos se asemejan a los retratados por los ingleses. Más tarde, hacia el 1830, preocupó a algunos retratistas de la nueva Unión la genialidad de Goya, intentando imitarle en la plasticidad de sus colores.

Los cuadros de composición y los paisajes están ya, desde principios del siglo XIX, influenciados por el arte francés, a veces con ideas bastante retrasadas ; el arte de Claude Lorrain, y otras contemporáneas del momento como las de Louis David en sus convencionales figurasseudomitológicas, y el neoclasicismo divulgado por Francia tuvo aquí sus adeptos.

De la frialdad del neoclasicismo se separó un grupo de pintores buscando modernizarse, y sus resultados fueron aún más decadentes. Entre ellos el más famoso o el más reproducido y presentado en los museos, es Winslow Homer —1836 a 1910—. Su pintura es inconsistente, forzada y espectacular, de barata literatura, lo cual no impide que figure en los tratados de Arte de este país como el pintor típico americano.

Un artista hoy tontamente postergado, y para mí el más personal pintor del siglo XIX nacido en Norteamérica, es James Whistler. A los veinte años, el año 1864, fué a París, trasladándose después a Inglaterra, donde pasó el resto de su vida. Con

visión propia supo aislarse de buenas y malas influencias, y ni las tendencias estéticas dominantes en Francia e Inglaterra le desviaron de su camino. Claro está que mucho menos influyó en él su país natal. Lo mismo en sus retratos, el de Carlyle, el de su madre —éste último cedido noblemente por el Gobierno francés al « Metropolitan Museum »—, que en sus cuadros de composición y paisajes, consiguió una atmósfera peculiar suya y el valor plástico de los grises, en tono menor, si se quiere. Whistler no es un pintor de pretensión genial, es sólo un buen pintor, y ya es bastante.

Como caso aislado de la pintura norteamericana está Albert Pinkham Ryder. Hombre pobre de bienes y modesto, que nació y vivió su no larga existencia en Nueva York, casi sin moverse del Village de Manhattan, donde en autodidacta y descubriendo el arte de la pintura fué paciente realizando su obra de cuadros pequeños, llenos de encanto y de valor pictórico. Sus contemporáneos no le comprendieron ni adquirieron ningún cuadro, considerándole un pobre diablo que mataba el tiempo gastando colores. Hará unos seis años se presentó por primera vez un conjunto de su obra en el Whitney Museum, resultando una revelación y haciendo llorar su triste historia.

Mientras tanto John Sargent, picando de flor en flor, desde el inglés Lawrence hasta la teatral estética de la gran pincelada, fué considerado el figurón internacional de los artistas de Norteamérica, ganó gran fortuna y llenó los Museos con sus cuadros.

Es corriente oír a los norteamericanos en sus tertulias intelectuales, que las cosas del espíritu y el arte llegan aquí de Europa con bastantes años de retraso, y lo dicen con justo conocimiento de los hechos. Lo curioso es que las que suelen precipitarse en el arte son las que sólo traen ruido y bambolla. Así llegó a su debido tiempo el rabioso impresionismo español con el pintor Sorolla, alcanzando estrepitosa boga y dejando imitadores. Por fortuna el hado protector del arte barrió aquellas consecuencias, quedando sólo la muestra en el Museo de Huntington de esta ciudad.

Más despacio y con menos furia se fué descubriendo en este país el delicado y magnífico impresionismo francés. De él y

de los sabios consejos de Degas surgió Mary Cassatt, la pintora nacida en Norteamérica que residió casi toda su vida en París, y necesitó morir el año 1926, cuando el impresionismo francés era ya admirado en el mundo, para que sus compatriotas apreciaran su obra, y aún hoy es raro ver sus cuadros en los museos.

El proceso de la escultura, dibujo, grabado y otras manifestaciones del arte en los Estados Unidos, es parecido al que rápidamente he dicho de la pintura : son los vientos de Europa los que aquí traen más o menos lentamente las ideas.

Terminada la primera guerra mundial, se lanzaron los americanos a París dispuestos a recibir el chaparrón de los « ismos », y con el « ismo » de anteayer, ayer y hoy metido en la maleta, regresaron a su hogar materno. También se entablaron las disputas « ísmicas », también se hicieron con ellos camarillas, y también el « ismo » de ayer despreciaba y empujaba al « ismo » de anteayer, y el de hoy al de ayer o al de la madrugada, si otro nuevo « ismo » había llegado por la tarde : igual que en la Ville Lumière.

He procurado presentar a saltos y objetivamente, si es que objetivamente se puede hablar del arte —yo no lo creo—, el desarrollo artístico en Norteamérica principalmente de la pintura. Aquí se ha pintado mucho, y actualmente hasta la exageración, pues con la virtud mágica de los nuevos « ismos », cualquiera dice a la vuelta de la esquina, « Anch'io son pittore » : desgraciadamente la mayoría de los que lo dicen sólo imitan del Corregio su famosa frase. Y hemos visto, según mi entender y el de M. Franck Elgar, que, en verdad, no existe The American School en arte, y al paso que esto lleva quizá no exista nunca. Primero la falta de tradición para encontrar el punto de partida, y después el temperamento consustancial a la raza, son dos rémoras difíciles de desprenderse para poder correr con pies seguros ; aparte que eso de crear un gran concepto racial de arte ni es fácil ni se improvisa. Fijémonos en la formación de una escuela consagrada, citaré la española por ser para mí la más conocida, y en el Museo del Prado, el que yo ví la última vez en agosto de 1936, encontraremos su más clara explicación de có-

mo se desarrolló. Entrando en el Prado por la rotonda del piso principal hay tres amplias distribuciones que llamaremos galerías ; la de la derecha es una selección numerosa y de las mejores del mundo de la pintura flamenca ; la de la izquierda comprende el arte italiano con cuadros extraordinarios, no en vano comprados muchos de ellos por Velázquez, y en la galería central se expone la obra de los españoles. Esas dos tendencias artísticas, la flamenca y la italiana, fueron las principales fuentes que formaron el río del arte serio español. Pero ya en los primeros pasos hacia la galería central, ante las tablas de pintores castellanos, vemos que habiendo éstos aprendido principalmente de los maestros flamencos la técnica, y, a veces, la entonación, dan un verdadero salto y surge el temperamento racial : la sobriedad, la violencia, la españolísima manera de procurar independizarse, cierto gusto de pintar embelleciendo lo que por su naturaleza no es bello, y una espontánea soltura huyendo de la paciente disciplina. Pasos más adelante, en la misma galería, empiezan a fundirse con el arte español las tendencias flamencas e italianas, acentuándose las características citadas. A continuación es la tendencia italiana la que domina ; pero enseguida se nos presenta el ejemplo de la idiosincrasia española, de ese algo especial en el arte que suena como el idioma, contemplando los cuadros de Ribera, que residió en Nápoles y le llamaron « El Españolito », formado con el Caravaggio, y que la fuerza plástica de su obra le desprende de Italia y de su maestro, le reespañoliza. Y así seguiremos allí viendo Al Mayno, Tristán, Zurbarán, Velázquez, Mazo, Murillo, que aparte de sus tontas vírgenes pintó cosas magníficas, vistas y aprovechadas por Goya, hasta llegar a éste, cuya labor no puede ser más característica de una raza y el compendio de una escuela. Claro que el diapason que suenan en el Prado los pintores flamencos e italianos es tan elevado —los mejores Ticianos, Tintoretos, Brueghels, Bosgos— que los ojos de los artistas españoles fueron educados a saborear exquisiteces, y para igualarles y a veces superarles se necesitó el desbordamiento de la personalidad. Ya hemos dicho que en el arte el robo es permitido si va acompañado del

asesinato, y eso vemos en diferentes casos de artistas españoles, principalmente en Goya, que asesinó, después de robarles un poquito, a Mengs y a Tiépolo.

Por otro medio se forma una escuela definida de arte cuando un conjunto de artistas coinciden en un momento determinado en la técnica, disciplina, orientación e ideas estéticas : la escuela de Aviñón, la Veneciana, el impresionismo francés. Lo que me parece la más perfecta tontería es pretender un grupo, de buenas a primeras, creer que ha dado forma colectiva a un concepto estético de segura valía, a no ser que se intente conseguirlo por el arte de birlibirloque, y esto es lo que viene sucediendo en París desde hace cuarenta años y en los Estados Unidos con el retraso consabido.

Comprendo que los historiadores y críticos de arte necesitan una nomenclatura, igual a la empleada en los específicos farmacéuticos, para comunicar rápidamente sus ideas. Así abunda el juego de los « ismos » catalogadores, algunos tan pintorescos como el dado al grupo alemán de la primera pos gran guerra, actualmente muerto, llamado « neoexpresionismo », sin conocerse claro qué es su neo y lo que expresa. Por la misma razón se habrá encontrado el ampuloso título de Escuela de París, encuentro muy reciente aplicado al arte que en París se contempla, a pesar de tener allí Notre Dame y la Sainte Chapelle desde hace muchos años respetadas como escuela gótica y no parisiense. Lo de menos es que los artistas encasillados en la llamada Escuela de París no sean la mayoría parisienses ni tan siquiera franceses, y llegasen ya a la Ville Lumière con su equipaje artístico de otros países. El gran movimiento impresionista del siglo pasado se formó en Francia, y por francés justificadamente se conoce, aunque intervienen brillantemente en él Van Gogh y algunos ingleses ; el pasaporte consular en esta ocasión no hace al caso. Lo que nos interesa aclarar es en qué se fundamenta esa llamada Escuela, y repasando estos últimos cuarenta años vemos que la característica del arte expuesto en París ha sido el baile de los « ismos » con la pretensión a priori de la violenta personalidad, cosa, a mi parecer, demasiado forzada para ser buena. No olvidemos que Goya, hasta acercarse a los sesenta

años, fué sólo un buen pintor, y después, cuando estaba completamente formado, surgió su genialidad sorprendente. Todo verdadero temperamento artístico encuentra su verdadera expresión temprano o tarde, y el « ismo » colectivo es lo que más anula. ¿A qué « ismo », como no fuese el de ellos mismos, perteneció Giotto, Piero de la Francesca, Masaccio, Bruegel, El Greco, Velázquez, Zubarán, Delacroix, Corot y el modesto Daumier?. No, los modernos « ismos » de la Escuela de París nos van demostrando que son modalidades pasajeras metidas en callejones sin salida, que pronto van muriendo. El más sólido de ellos, el cubismo, con el cual yo también tuve en mi mocedad afinidades, fué enterrado dejando pequeños recuerdos, los cuales proyectados en la Historia del Arte resultan montoncitos de arena en una extensa playa. Pero si admitimos lo que algunos críticos del arte contemporáneo insisten calificando de Escuela de París a un conjunto caótico que desprecia la tradición y la representación de la naturaleza en su aspecto realístico, ya este aspecto llamado por la pasión del mote « socialista », entonces Nueva York tiene en la actualidad una escuela de ese género, y más numerosa que la de París, pues aquí se pueden contar por miles los artistas pintando los mismos abstractos o antifigurativos, y con el heráldico precedente racial de las mantitas para los gatos de la época colonial.

Nunca se ha empleado tanta literatura hablando del arte como la que hoy se emplea para justificar el arte de nuestro siglo: siento la sospecha de que hará reír con grandes carcajadas a las generaciones futuras. Se ha dicho de él que es un simple juguete. Yo no encuentro el juguete en « El entierro del Conde de Orgaz », ni en « La ronda de noche » de Rembrandt o « Las mujeres de Argel » de Delacroix. Claro que suprimiendo lo que más ha dignificado y elevado el arte de la pintura, el retrato, paisaje, la bella interpretación de unas simples cebollas, pasa el arte a ser algo así como hacer graciosas muñecas de trapos. Bien es verdad que la frivolidad se califica hoy de genialidad.

También yo creo, como ha dicho M. Franck Elgar, que América no ha ejercido en mí ninguna influencia. ¿Pero en

qué forma y hasta dónde puede influir un nuevo ambiente en un artista que lleva más de veinte años pintando? Hay dos aspectos: el primero lo que ven como novedad sus ojos, y el segundo el criterio social. Los ojos del Greco descubren en Toledo una España extraordinaria que no había sido interpretada con los pinceles, y él la pinta y crea un mundo español al mismo tiempo que marca pautas al arte; España le transforma hasta en la técnica, dejando a un lado la que aprendió en Venecia. La distinguida sociedad toledana de jerarquías eclesiásticas, le comprende, le admira, le paga múltiples importantes encargos y le tolera sus excentricidades, incluso la gravísima de vivir maritalmente sin la bendición sacramental de la Iglesia Católica. Gauguin desembarca en Taiti y el exotismo de la exuberante isla le hace olvidar el camino que le enseñó Pissarro; no creo tuviese discusiones estéticas ni que los taitianos dudasen del valor de su arte, como le ocurrió en París. Estos dos artistas son los únicos, que yo recuerdo, en cambiar por completo el ambiente en que se formaron y conseguir superarse. Llegué aquí en 1939, como he dicho, después de estar pintando más de veinte años y conocer artísticamente la mitad de Europa. América está muy lejos de ser para un artista el Toledo del siglo XVI y el Taiti del XIX. La monotonía abunda en las ciudades y el campo. Ni un Utrillo ni un Vlaminck encontrarían aquí incitantes para su arte. Y de las figuras, sólo diré que las americanas son muy bonitas y con cuerpos espléndidos. ¿Qué podían enseñarme en los Estados Unidos para mejorar mi arte? ¿La Escuela de París? Hacía muchos años que yo la conocía desde el fondo, desde su íntimo secreto, desde que oí divagar a Apollinaire antes de la otra gran guerra, y sabía que eso de sustituir la figura humana por un « signo » que quiere parecersele, renegar del mundo que a diario vemos para *crear el universo en un lenguaje original*, sólo son subterfugios y frases presuntuosas que intentan enmascarar la impotencia. Lo mismo que el pretender originar una nueva técnica mezclando arena al color y pegando al cuadro crepé, botones o restos de periódicos. El « ¿a dónde va el demente?, adonde va la gente », es de lo más antagónico a mi temperamento.

y, claro está, continué con la modernidad artística despreciando los « ismos », las llamadas escuelas y demás zarandajas que han arruinado el arte desde París. Para mí no hay más « ismo » en el arte que el individualismo. Los grupitos me parecen aburridos rebaños, y si de ellos me había distanciado en Europa, no iba a meterme en un redil de Norteamérica. Dicho esto, bien se deduce que el ambiente de aquí no es un gran estimulante para el espíritu artístico. Además, el americano, aun acompañándole la fama contraria, es de lo más perezoso ; si toma una postura espiritual, cuesta trabajo cambiársela ; fuera de lo concerniente al « money » no se molesta en meditar o discutir : busca o lee quien le diga lo que es bueno o malo, lo repite y queda contento. Por eso un éxito artístico en Norteamérica está asegurado si le acompaña la publicidad, cuanto más, mejor. Si pasada la decantación del tiempo le demuestran al americano que el arte que admiró, por haber oído que debía admirarlo, ni es arte ni cosa parecida —el caso de Sorolla—, se resigna a perder su dinero sin protestar, pero tomando en lo futuro grandes precauciones. Y sucede que muchos museos norteamericanos, uno la « Nelson Gallery » de Kansas City, prohíben en su reglamento adquirir la obra de un artista que no haya sido enterrado por lo menos sesenta años antes. O sea : en América —igual sucede en otros países— las artes plásticas no se ven, se oyen.

Sin embargo, Nueva York, para quien sepa aprovecharlo, es un magnífico laboratorio incluso en arte. Yo he visto aquí exposiciones, como no se pueden ver en Europa, de conjuntos de los mejores maestros, una de Goya admirable ; es la fuerza del dólar. Por esa misma fuerza se encuentran en este país las mejores colecciones del impresionismo francés, menospreciadas en París cuando su Escuela la formaban académicos como Bonnat o Meissonier —los tiempos no han cambiado, sólo los collares—, contándose por cientos los excelentes Renoirs, Cezannes, Gauguins, Van Goghs, Toulouse-Lautrecs. De los artistas que a principios del siglo hicieron su fama en París, los que se quiera. Y los museos son muy estimables, trabajando afanosos en organizar nuevas exposiciones.

De la vida corriente relacionada con el arte diré que diariamente se inauguran en las galerías de Nueva York docenas de exposiciones personales, visitadas el día de la inauguración por los amigos del artista, y después no va nadie. En los museos y grandes exposiciones, por cada hombre que se ve hay veinte « ladies ». Es más fácil vender un cuadro cuyo precio pase de veinte mil dólares, que otro que no llegue a mil : el cuadro de alta cotización lleva la garantía del tiempo y la fama ; el de mil dólares, si es bueno, debe esperar a ganar esas garantías. Los que más se preocupan por el arte y mejor le comprenden son los judíos, compradores discretos, que arriesgan sus mil quinientos o dos mil dólares adquiriendo un cuadro, como colocación de capital. Todavía no se ha descubierto ni valorado en Norteamérica a un artista digno de este nombre. El snobismo juega un extraordinario papel en el movimiento artístico del mundo, y aquí en forma exagerada. Un curioso amigo mío, norteamericano sutil e inteligente, lector de estadísticas, me dijo que el pasado año se habían gastado en los Estados Unidos doscientos cuarenta millones de dólares sólo en material para artistas y en su enseñanza, y añadió mi amigo, « sin que veamos algo de arte que pueda valer cien dólares ». Los cuadros corrientes de los « ismos » suelen venderse entre cien y doscientos dólares. En la última gran subasta de pinturas en Nueva York, divulgada por la televisión, radio y cine, se pagó por un pequeño cuadro de Renoir doscientos cincuenta mil dólares.

« Honest », como suelen decir las alegres muchachas americanas para anunciar que van a hablar con absoluta sinceridad, y « honest » digo yo, aquí el arte que actualmente se practica en masa, el antifigurativo, no está mejor ni peor que en otras partes ; está sólo asfixiándose por su aplastante falta de originalidad y monotonía ; el público sensato y preparado y el que compra, el mismo que hace años condescendió a admitir como curiosidad esta modalidad, ya protesta, y se oye decir y se lee : ¿Es qué con tanta genialidad de nuestra época no puede surgir un artista modesto que, con verdadera personalidad, pinte como Vermeer?

LUIS QUINTANILLA

Raymond Aron : "El opio de los intelectuales"

RECIENTEMENTE ha visto la luz en lengua española, editado por Ediciones Leviatán de Buenos Aires, uno de los libros de máximo interés del escritor francés Raymond Aron, libro que cuando hace tres años se publicó en París, en su versión original, provocó innumerables polémicas : nos referimos al titulado *El opio de los intelectuales*. No en vano se trata de una de las más penetrantes y lúcidas requisitorias sobre la misión y destino auténtico de « esa categoría social a la cual los sociólogos no han acordado aún la atención que merece : la *intelligentzia* ».

La obra en cuestión se divide en tres partes —« Mitos políticos », « Idolatría de la historia » y « La alienación de los intelectuales »— y una conclusión —« ¿Fin de la edad ideológica? »—, o sea un total de trescientas páginas que resultan otras tantas pruebas del brillante espíritu de análisis y del agudo sentido polémico del autor, el cual se esfuerza en todo momento en aportar la mayor claridad posible a problemas que a fuerza de discutirlos han caído en la más lamentable confusión. Para lograrlo, Raymond Aron comienza por recusar esas dos distinciones políticas del pasado que se han venido denominando, de forma más o menos convencional, derecha e izquierda ; sentado este principio, Aron se halla más libre para poder juzgar los problemas capitales de nuestro tiempo con la máxima objetividad, sin verse obligado a examinarlo todo a través de las gafas oscuras del dogmatismo político.

El autor de *El opio de los intelectuales* confiesa haberse esforzado en explicar la sorprendente y paradójica actitud de esos intelectuales que en todo instante se muestran públicamente

despiadados para con las debilidades o errores de las democracias occidentales, al propio tiempo que son de una indulgencia total respecto a los crímenes cometidos por las mal llamadas democracias populares. ¿Cómo y porqué es posible tal aberración en gente cuya primera obligación es disponer de una mente despejada y clara? Tales intelectuales son las más de las veces víctimas de especulaciones puramente librescas, de un doctrinarismo sin contacto alguno con la realidad y de un revolucionarismo verbal. Raymond Aron señala haber tropezado con una serie de mitos que son los que guían, de modo constante y a la par desesperante, las actitudes políticas de esos intelectuales empeñados en ser fieles a doctrinas seudorrevolucionarias.

Entre esos mitos, más que consagrados y que muy pocos osan tocar, hallamos tres : la izquierda, la revolución social y el proletariado. Sobre todo el primero. Aron comienza así el capítulo primero de su libro *El opio de los intelectuales* : « ¿Tiene todavía sentido la alternativa entre la derecha y la izquierda? » Su respuesta es negativa, no obstante pasar Francia por ser la patria del antagonismo entre izquierdas y derechas. Antaño, el hombre de izquierda era el que se mostraba contrario a todas las ortodoxias y constante defensor de los oprimidos ; ahora, puede que el lenguaje sea el mismo en los que se intitulan izquierdistas, mas forzoso es reconocer que el espíritu ha cambiado radicalmente. En una revista parisiense, cuyo título no viene al caso, se definió al hombre de izquierda como aquel que no siempre otorga razón a la política de su país. Entonces, ¿es de izquierda el militante o simple simpatizante comunista, para quien la Unión Soviética tiene siempre razón?

¿Lo es, acaso, el que critica la política gubernamental por estimar que peca de revolucionaria? Me parece que estos dos ejemplos demuestran el equívoco que encierra, no sólo la definición mencionada, sino asimismo toda catalogación en tal sentido.

¿Cómo esos intelectuales, descendientes espirituales de los enciclopedistas que hace un par de siglos quisieron prescindir de toda religión, han podido caer en esa idolatría de la historia y en ese culto religioso hacia una doctrina política que en nombre del porvenir cierra al hombre las puertas de la libertad y le somete a la esclavitud económica? Raymond Aron advierte que, cuando se observan las actitudes de los intelectuales en política, la primera impresión es que se asemejan a las de los no intelectuales, o sea, la misma mezcla de saber a medias, prejuicios tradicionales, etc. Así se explica esa alienación de la *intelligentsia*, que Aron estudia y explica en la tercera parte de su libro, merced a la cual llegan a confundir la filosofía de la historia con el marxismo, el marxismo con el comunismo, el comunismo con el partido comunista y, finalmente, éste con un Stalin o Kruschef cualquiera.

Raymond Aron, pues, pasa revista, con su estilo incisivo y brillante, a los mitos políticos, a la idolatría de la historia, a la alienación de ciertos intelectuales y al destino de los mismos, para terminar preguntándose y preguntando si actualmente nos hallamos ante el fin de la era ideológica. Tal vez, pero sólo ante el comienzo de ese fin, puesto que si bien los ideólogos han terminado, continúan aún imperando los burócratas, sus sucesores. En todo caso, el autor de *El opio de los intelectuales* desea ardientemente el fin del fanatismo, « pues el hombre que no aguarda cambios milagrosos ni de una revolución ni de un plan, no está obligado a resignarse a lo injustificable », siendo lo injustificable el entregar su alma a una humanidad abstracta, a un partido único y tiránico, a una escolástica absurda. Aron prefiere el advenimiento de los escépticos, si ellos han de extinguir el fanatismo.

El opio de los intelectuales aportó en su tiempo no poca claridad a la confusión provocada en los medios intelectuales franceses a causa de los mitos ya mencionados. No dudo de que acontecerá igual en algunos países de Hispanoamérica, donde todavía parecen imperar bastantes de esos mismos mitos políticos que en Europa van desapareciendo lenta e inexorablemente. Agradecemos a Raymond Aron haber ayudado a ello con su justificada crítica; y a Ediciones Leviatán haber ofrecido la edición española a los lectores hispanoamericanos.

I. IGLESIAS

J. Ferrater Mora :

“La filosofía de Ortega”

PARACE EMPRESA IMPOSIBLE sistematizar ordenadamente la filosofía de Ortega y Gasset, ofrecerla de manera escueta, únicamente en su esqueleto esencial, desprovista de su bello lenguaje retórico y de su diversidad de pretextos, cuántas veces, aparentemente, menos exigentes de rigor que los propiamente filosóficos. Sin embargo, esto es lo que ha llevado a cabo José Ferrater Mora en un libro, breve de páginas, pero nutrido de contenido, que acaba de publicar la Editorial Sur de Buenos Aires : *La filosofía de Ortega y Gasset*.

Las preocupaciones de Ortega y Gasset fueron muy diversas. No hay tema, al parecer, que toque a los problemas de nuestro tiempo que no haya sido tentación para su pluma. Y a veces, hasta frivolidades parecía que le preocupaban, o al menos que le ocupaban; frivolidades que habían de hacerse factores de importancia cuando él les tocaba, como si su inteligencia hubiera sido mágica. Pero este mismo poder suyo es lo que le llevaba, sin duda, de una a otra cosa, lo que no permitía que nos entregara un tratado riguroso con su idea global de todas ellas. Un tratado que muchas veces hemos echado en falta. Y esto es lo que Ferrater Mora nos ofrece.

Para conseguirlo, parece haber hecho paralelamente el joven filósofo catalán una doble biografía : la de la obra de Ortega y la de Ortega a través de su obra. Toma ésta desde sus primeras páginas —que son las de los años más jóvenes del maestro en ejercicio—, y la va exponiendo sin apartarse ni un ápice de su esencialidad, de su motivo profundo, de la raíz de Ortega. Su obra, a lo largo de su vida, surge así limpia, neta. Ambas —obra y vida del autor— se acompañan, ambas se desarrollan juntas. Las vivencias, las ideas del uno se espejean sin transición en la otra.

Ferrater ha dividido su libro en una breve introducción y tres partes. Estas corresponden a las tres grandes etapas, las tres grandes concepciones filosóficas de Ortega, y sus títulos y subtítulos dicen ya bastante de por sí como para que insistamos demasiado en su comentario.

La primera, que titula « El objetivismo », es la que va de 1902 a 1913. Es una etapa de publicación de artículos en periódicos y revistas, de comunicación poco menos que cotidiana y directa con el público, al que Ortega trata de introducir, « no sólo puntos de vista ideológicos e informaciones de orden cultural, sino también cierta medida de claridad filosófica académica, si bien sumamente pulida ». Necesidad, sin du-

da, de la época, según afirmó Julián Marías y ahora corrobora Ferrater.

La segunda etapa es la comprendida entre 1914 y 1923. Ferrater la titula « El perspectivismo ». Publica en ella Ortega varios libros importantes, unos formados por selecciones de artículos anteriores y otros « que tratan sobre un tema, o al menos que tienen un tema central ». Al primer grupo pertenecen los primeros volúmenes de *El espectador*, y al segundo, *Meditaciones del Quijote*, *España invertebrada* y *El tema de nuestro tiempo*.

Y la tercera etapa, la más larga cronológicamente y también sobre la que más se extiende Ferrater, es la posterior a 1923, titulada en este libro « El recio vitalismo ». Época de plenitud, que el autor divide para su estudio en cuatro apartados: « El concepto de razón vital », « La doctrina del hombre », « La doctrina de la sociedad » y « La idea de la filosofía », que corona al libro.

Toda la filosofía de Ortega queda, pues, expuesta en esta forma con una claridad meridiana, faltando, lógicamente, el análisis de la obra póstuma, que aún se está dando a conocer.

La filosofía de Ortega y Gasset es un libro escrito en inglés para público de esa lengua. Ha sido traducido al español, con conocimiento y conciencia, por Raquel Bengolea. De todas formas, pese a la pulcritud y al cuidado de la traductora, es de desear la versión original del propio Ferrater Mora.

MANUEL LAMANA

Dos libros sobre Galicia

DOS LIBROS SOBRE GALICIA, aparecidos casi simultáneamente: *Galicia*, de Carlos Martínez Barbeito, y *Poesía y restauración cultural de Galicia en el siglo XIX*, de José Luis Varela, vienen a dar actualidad literaria a esta región de España, tierra celta y nostálgica que avanza su Finisterre en el Atlántico, « proa de Europa preñadamente en punta », como ha dicho en verso terrible Blas de Otero.

El libro de Carlos Martínez Barbeito es una hermosa guía ilustrada del país gallego, un itinerario sentimental y artístico por los caminos, las rías y los pazos de la tierra galaica. Martínez Barbeito, fino poeta y escritor, es el guía ideal, por su conocimiento profundo de la que es su nativa tierra, para mostrarnos las bellezas y secretos de Galicia. No sólo nos describe ciudades y aldeas, campos y casonas, pazos y rías, sino que nos refiere, con cabal conocimiento del

tema, aspectos diversos del ser de Galicia, tales como su música y su arquitectura, su cerámica o su cocina, pues no en balde los mejores tradistas españoles del arte culinario son gallegos, como el famoso cocinero del rey Felipe IV, Francisco Martínez Montiño, autor de un *Arte de cocina, Pastelería, Bizcochería y Conservería*, aparecido en Madrid en 1611. Y es sabido cómo gustaban de hablar de cocina en sus libros otros ilustres gallegos, tal el padre Feijóo o doña Emilia Pardo Bazán. Pero si el texto literario del libro de Barbeito es muy atractivo, no lo son menos las hermosas fotografías que lo ilustran, en número de medio millar. Para quien conozca Galicia, son un reencuentro lleno de remembranzas y también de sorpresas.

El otro libro al que nos hemos referido al comienzo de esta crónica es de un joven investigador gallego, José Luis Varela, ya conocido por su dedicación a los estudios sobre el romanticismo hispánico. Su propósito en este libro ha sido historiar el fenómeno regionalista gallego, paralelamente al de la restauración cultural de Galicia en el siglo XIX. Poesía y política van a veces parejas en un movimiento muy rico de sentimiento y de gestos románticos, y en el que no faltan, en uno y otro campo, nombres ilustres. El regionalismo gallego, que coincide en sus orígenes con el renacimiento cultural de Galicia, aparece a mediados del siglo XIX, y arriba tardío a la historia, sobre todo con respecto a otros regionalismos célticos, tales como los de Irlanda, Gales o Bretaña. La fecha del despertar bretón, nos recuerda Varela, es la de 1815, y uno de sus apóstoles había de ser Ernesto Renán, que desde 1878 hasta el día de su muerte presidiría el *Diner Celtique*.

Un héroe celta, el legendario Breogán, fué el fundador de Galicia. El poeta Eduardo Pondal, autor del texto del himno gallego, nos dirá en un verso refiriéndose a Galicia:

Cando te vexo, oh filla de Breogán

Pero el preludio del Renacimiento cultural gallego no comienza sino hacia 1842, y es fruto tierno del romanticismo. La lengua gallega, que se abre en flor en los bellos cancioneros medievales, duerme luego durante tres siglos para despertar, como una bella princesa durmiente, en los versos románticos de un poeta, Nicomedes Pastor Díaz, al que luego seguirán los tres grandes de la poesía gallega del ochocientos: Rosalía de Castro, Curros Enríquez y Eduardo Pondal. Pero no hay que olvidar que el movimiento renacentista de Galicia era bifronte: de un lado, el renacimiento cultural, con el amor a la lengua gallega y el florecimiento de la poesía; de otro, la autonomía política de la región: la Galicia libre, libertad que no implicaba separatismo. La historia de este regionalismo gallego, que José Luis Varela nos describe documentada-

mente en su interesante libro, es inseparable, pues, de aquel renacimiento cultural que se cifra principalmente en la poesía, con Rosalía, Curros y Pondal, tres nombres egregios, a los que Varela dedica sendos y admirables estudios en la segunda parte de su obra. La personalidad de Rosalía es, sin duda, la más cautivadora. Rosalía o la *saudade*, la define acertadamente el autor, al estudiar su profunda y dolorida intimidad, reflejada melancólicamente en sus versos. Intimidad tenebrosa, vista a través de algunos temas graves que dominan en la lírica de Rosalía, como el de la *sombra*. Al relacionar a Rosalía con Bécquer y con Campoamor, no olvida Varela señalar la influencia germánica en la lírica rosaliana, concretamente la de Heine, Uhland, Hoffmann y Goethe.

El libro de José Luis Varela, en suma, arroja mucha luz sobre el tenebroso intimismo de Rosalía, y nos ofrece una imagen nueva y convincente de su lirismo apasionado, imagen que contrasta con la más tópica de *cantora de Galicia*, con que gustaban de saludarla los gallegos de Galicia y de América, lo cual no favorecía mucho, ciertamente, a la fortuna póstuma de Rosalía. Sólo a la luz de una nueva visión de su obra poética, tal como la que nos brinda este libro, puede ya situarse a Rosalía en la cima de la lírica española del ochocientos, junto al hondo y trágico Gustavo Adolfo Bécquer.

J. L. C.

Luis Cernuda :

“Poesía española contemporánea”

QUE UN GRAN POETA sea a la vez crítico literario es cosa no infrecuente en la historia de la literatura. Para limitarnos a la escrita en castellano, bastará recordar que Bécquer, Rubén Darío, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, a más de ser grandes poetas, cultivaron, aunque fuese esporádicamente, la crítica literaria, y en general lo hicieron con altura, sin que se resintiera por ello su condición de creadores de poesía. Es natural que el poeta, al alcanzar la madurez, quiera explicarse los fenómenos poéticos, y guste de comentar la poesía de los otros, ya que la modestia suele impedirle comentar la suya. A los nombres citados habría que añadir el de Unamuno, quien gastó mucha tinta comentando la obra de los demás, aunque pienso que la única que le interesaba profundamente era la suya, cosa que, por otra parte, les suele ocurrir a todos los grandes creadores.

No creo que nadie niegue a Luis Cernuda su

condición de gran poeta. Para mí es una de las grandes figuras de la generación poética española de 1925, junto a Lorca y Aleixandre, Guillén y Alberti. Es más, a veces le creo el lírico más fatal de la generación, y desde luego el más solitario e insatisfecho. Poeta de la España peregrina, exilado a partir de la guerra civil, primero en Londres, luego en los Estados Unidos como profesor de literatura española, y actualmente en México, Cernuda nos acaba de sorprender con un libro de crítica literaria, cuyo título, *Estudios sobre poesía española contemporánea*, ya anuncia al lector el vivo interés de su contenido. Quienes han seguido la obra creadora de Luis Cernuda, no ignoran, claro es, que este gran poeta andaluz es también un finísimo artista de la prosa. Libros suyos como *Ocnos* —el más bello libro de poemas en prosa que conozco—, o *Variaciones sobre tema mexicano* o *Tres narraciones*, revelan al exquisito prosista que es Cernuda.

Pero el libro que ahora nos ofrece, publicado en Madrid por la Editorial Guadarrama, no es un libro de creación como aquéllos, sino un libro de crítica literaria. Se trata, en efecto, de una serie de estudios sobre la poesía española contemporánea, desde Campoamor (1817-1901) hasta Miguel Hernández, muerto en 1942. No ha intentado Cernuda un panorama completo de la materia que aborda, y en nota preliminar nos explica las razones que le han movido a prescindir en su libro de ciertas figuras importantes, que aún viven, como asimismo a no estudiar la joven poesía española revelada después de la guerra civil, es decir, a partir de 1939. Aun así, con estas graves limitaciones —echamos de menos, sobre todo, páginas críticas sobre Manuel Machado, Dámaso Alonso, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre y Rafael Alberti—, el libro tiene un vivo interés, y si a veces sus tajantes juicios nos sorprenden y aun nos indignan, otras el acierto crítico es tan seguro y el enfoque tan personal, que no podemos menos de admirarlos.

Quizá es en la primera parte del libro, en la que estudia a los poetas nacidos dentro del siglo XIX —Bécquer, por ejemplo, o Campoamor, o Rosalía de Castro—, donde el autor alcance, acaso por la distancia temporal que le separa de esas figuras, una mayor finura crítica, y una percepción más honda y segura de sus valores líricos. El capítulo sobre Campoamor, uno de los más interesantes del volumen, nos depara una sorpresa : se intenta en él una revaloración de la hoy tan olvidada y desdeñada figura del autor de las *Doloras*. Pero esta revaloración —en la que Cernuda coincide, por cierto, en lo fundamental, con otro libro reciente, *La Poética de Campoamor*, del poeta y crítico Vicente Gaos—, no pretende convertir de pronto

a Campoamor en un gran poeta, puesto que nunca lo fué, sino que se refiere más bien a Campoamor como teórico de la poesía y reformador del lenguaje poético. Opina Cernuda que el valor histórico de Campoamor reside en que se dió perfecta cuenta de que el lenguaje preconcebidamente poético de los últimos románticos, en las postrimerías del siglo XIX, era ya sólo retórica muerta, y que por tanto había que crear otro lenguaje para la poesía, menos gastado y falso. Y en efecto, lo cambió. Fué el primero acaso en llevar a la poesía de su tiempo un lenguaje deliberadamente prosaico y vulgar. Y no sólo eso. También puede verse en Campoamor, según cree Cernuda, cierto antecedente de Bécquer y de Antonio Machado. Sólo le faltó ser gran poeta, por lo cual la revolución que llevó a cabo en el lenguaje de la poesía, si fué eficaz en cuanto despejó el camino de los que venfan detrás, no logró dar a su propia obra la necesaria consistencia.

No deja tampoco de sorprendernos el capítulo sobre Unamuno, que es igualmente un intento de revaloración de la poesía de don Miguel, si bien aquí Cernuda sigue a otros propósitos semejantes realizados en España en los últimos quince años. Y no es que Cernuda no señale los defectos evidentes en la poesía de Unamuno—su rudeza, a veces, su falta de gusto o de oído—, pero, pese a ello, Cernuda le juzga—como ya le juzgó, el primero, Rubén Darío— un gran poeta, probablemente el mayor poeta que España ha tenido en lo que va de siglo, juicio con el que acaso estaríamos de acuerdo si no hubiese existido Antonio Machado.

Otros capítulos del libro muestran una severidad crítica hacia la obra de Juan Ramón Jiménez y de Pedro Salinas, que suscitará sin duda, que está suscitando ya, fuertes polémicas. Pero si a veces Cernuda nos parece injusto al enjuiciar la obra de tal o cual poeta, debemos agradecerle, en cambio, su rabiosa sinceridad, tan poco frecuente hoy en la crítica literaria. Por injustos o exagerados que nos parezcan ciertos juicios, no podemos negarle a Cernuda la valentía con que expresa su pensamiento crítico, aunque éste choque violentamente con lo generalmente admitido por críticos y lectores.

J. L. C.

De los poetas a la poesía

NO FALTAN por tierras de América manos piadosas que editan o reeditan los versos de poetas estimables muertos años atrás. Así sucede en San Salvador, con la reedición de *Poesía Pura* de José Valdés, por

el Ministerio de Cultura, y en Asunción, con la publicación por los « Cuadernos de la Piririta » de los *Sonetos a la Hermana* de Heriberto Fernández.

La poesía de José Valdés es más sencilla que pura. El propio autor nos ha dejado unas líneas en las que explica: « Versos sentidos y escritos al margen de las preocupaciones cotidianas, en los suaves recodos del ocio, cuando concluida la faena se tiene tiempo de contemplar el verde de los árboles, el vuelo de los pájaros... ». Tal vez por ello sus estrofas se hallan como acariciadas por una luz crepuscular finamente tamizada. Aunque a veces aparezca en ellas la presencia majestuosa de Darío, su humildad recuerda la de Machado, su ambiente el de un Francis Jammes.

José Valdés canta el amor a la virtud de lo pequeño, el silencio, los estados de ánimo teñidos de melancolía. El modernismo añade una nota marchita a un conjunto de poesía de la de siempre, escrita con honradez.

Abundan en *Poesía Pura* los versos bellos. José Valdés iguala o supera a algunos de sus coetáneos más conocidos del público y de la crítica.

Heriberto Fernández, autor de los *Sonetos a la Hermana*, murió en París en 1927. En 1923 había fundado, en unión de Raúl Battilana de Gásperi y Pedro Herrero Céspedes, la revista *Juventud*, que fué el bastión del post-modernismo paraguayo.

En los *Sonetos a la Hermana*, por reflejar tal vez el estado premonitorio de su muerte temprana, Heriberto Fernández muestra, con seriedad sorprendente para sus pocos años, la preocupación por el misterio de la muerte y del más allá.

LA MERITORIA colección de « Cuadernos Julio Herrera y Reissig » le ha publicado en Montevideo a Juvenal Ortiz Saralegui su *Torre de Otoño*.

Se advierte en la obra de Saralegui una predominancia de valores plásticos que dan a su poesía cierto carácter objetivo. Diríase que el poeta ve las cosas más que las siente. Visión la suya de lo que ha sido, es, será, hubiera podido ser y desearía que fuese. La imagen es fresca y acertada. El tono general está impregnado de un ligero énfasis que no es sino conciencia que el poeta tiene de su unicidad.

Apunta en *Torre de Otoño* un esfuerzo de desdoblamiento de la personalidad: *Uno se busca y ya no es uno, / es el que va delante o no me conoce nadie, ni yo mismo / aunque he visto mi sombra enamorada*. El poeta persigue su propia sombra o el reflejo de su imagen. Sabe que el otro yo, que marcha delante, guarda la clave de su destino y por ello le busca en su

desamparo : *Todo se entorna, todo, en la noche que dejo / y vuelvo a no encontrarme.*

Preferimos los poemas de *Torre de Otoño* escritos en verso libre o blanco, que aquellos en que emplea la rima rigurosa. El verso blanco o libre le obliga a una búsqueda conceptual de la que parece prescindir al abandonarse al balanceo adormecedor de la rima. Señalemos, no obstante, su buen oficio poético que culmina en un soneto de gran belleza : *Amor que umbral apenas tocar pudo...*

EL ESPAÑOL Eulogio Muñoa ha publicado en Buenos Aires sus *Sonetos de Viva Voz*. Como reza el título, son los sonetos de Muñoa más para ser dichos, con voz viva y sonora, que para ser leídos.

Eulogio Muñoa se coloca bajo el padrinoazgo de Gonzalo de Berceo. Tal vez por ello sus versos se pegan al paladar como un buen vino de Rioja.

El libro de Eulogio Muñoa revela un temperamento reciamente ibérico. Los poemas tienen empaque de obra de soldado poeta. Planea sobre ellos la sombra de Machado y Unamuno. Los tres romances que cierran el libro están teñidos de una fuerte presencia lorquiana.

L. I. A.

José Blanco Amor :

“Antes que el tiempo muera”

EN UNA NOTA bibliográfica que dedicamos, tiempo ha, en estas mismas páginas, a comentar otra novela de José Blanco Amor (*La vida que nos dan*) señalábamos, conjuntamente con ciertas objeciones y reparos que nuestra sinceridad crítica nos inspiró entonces, la feliz aptitud del autor para la descripción de caracteres y costumbres. Esta misma idoneidad, esencial en un novelista, se patentiza también en la nueva obra que ahora nos ofrece (*Antes que el tiempo muera*, Editorial Losada, Buenos Aires), en la que se advierte además un sensible progreso, que camina hacia la maestría, en el arte de novelar. La acción está conducida con seguridad y vigor y desemboca en un final que tiende a justificar el título, a primera vista un poco extraño, de la novela, tomado de la « Epístola Moral » atribuida a Fernández de Andrada : « Ven y verás el alto fin que aspiro, antes que el tiempo muera en nuestros brazos. » Y el estilo, si le indultamos de tal cual deslizo, debido a la influencia americanista, es más cuidado, de sazón y madurez mejor logradas.

El desacuerdo espiritual de dos generaciones, encarnadas en un padre y una hija es, sintéticamente enunciado, el eje de esta narración. No es un tema nuevo —no hay nada nuevo bajo el sol, dice el Eclesiastés—, porque de la incompreensión de los padres hacia los hijos, y de los hijos hacia los padres, se han tejido bastantes historias ; pero está tratado con original novedad —y ya es mucho— y sobre todo en un escenario campesino y provinciano, del campo y la provincia argentinos, que nos ha interesado e interesará a la mayoría de los lectores más que el ambiente cosmopolita y mundano, ya un poco gastado, de la capital.

El padre absorbente, que impone su voluntad arbitraria y ahoga las vocaciones naturales y los ímpetus espirituales de la hija, y la rebeldía de la hija, que reacciona contra esa opresión de manera violenta, hasta rozar luego en algún momento de su vida la tragedia de la degradación, son el núcleo central de *Antes que el tiempo muera*. En torno a estas dos figuras, bien observadas en la vida misma, se agrupan otros personajes ; y así los que juegan un papel importante en la acción novelesca como los meramente accidentales o episódicos, están dotados de un fuerte y convincente realismo. En él abundan también ciertos pasajes pintorescos de la obra, encajados en el relato novelesco, pero con un valor independiente de cuadros de costumbres —y aun de malas costumbres— muy bien logrado. Tal la estampa del casino o círculo pueblerino— indolentes caballeros incubando su aburrimiento y su vacío mental en los sillones de mimbre—, trasunto del clásico casino español que en ninguna parte falta, ni aun allí donde se echa de menos la más elemental biblioteca o casa municipal de duchas : tal las pinceladas del liceo o instituto de segunda enseñanza provinciano, la librería de viejo con « bouquiniste » culto e insoportable y, particularmente, la « reunión política », vistoso escaparate de la pobreza mental de los presuntos salvadores del país, en la que el jurista « suficiente » y huero, el escéptico, el hombre de realidades, etc., se codean con el cacique grosero, pero con fuerza electoral, y con otros tipos igualmente repulsivos de la fauna política, en un medio casi rural, en el que la democracia, la verdadera, no pasa de ser una palabra y, si acaso, una aspiración, remota aún. Muy bien vistos y descritos estos episodios, documentos de valor informativo muy apreciable, en los que el lector se solaza, apartando su atención unos momentos de las pasiones —odios, rencores, angustias, inquietudes— que se agitan en la fábula, sobre la que campea, a través de las casi trescientas páginas del libro, como una negra sombra de pesimismo.

Al doblar la última de esas páginas nos afirmamos en la creencia de que hay en José Blan-

co Amor un buen novelista en potencia, que a cada nueva obra acerca más su tiro a la diana, queremos decir a la novela de fondo trascendente y de acabada forma que, de perseverar en el cultivo de este género, estamos seguros de que ha de escribir algún día. De ello nos felicitaremos cuantos seguimos con atención y simpatía el desarrollo ascendente de la producción de este escritor gallego-americano.

C. A.

Carmen de Silva :

“Setiembre”

CON LA NOVELA *Setiembre*, de Carmen da Silva (Editorial Goyanarte, Buenos Aires, 1957), ocurre un fenómeno curioso.

Y con su autora también. El pretexto, digamos, de la novela, es la revolución argentina de setiembre de 1955 ; el mes en que se desencadenó da el título al libro. A todo lo largo de la novela encontramos el entretejido de un mundo popular, barriobajero, de Buenos Aires, y a grandes pinceladas, en una descripción menos sostenida y más elemental, el mundo distinguido, la espuma, que vive contemporáneamente los mismos hechos históricos. El lenguaje del libro es el vulgar de la gente de Buenos Aires (que precisamente hace a *Setiembre* de lectura difícil para quien no esté familiarizado con él). Es decir, que al leer esta novela, nos encontramos en un ambiente netamente porteño por su circunstancia histórica, por los personajes, por el modo de vida que éstos manifiestan, y lo más importante en literatura, por el lenguaje empleado. Sin embargo —aquí está el fenómeno—, la autora es brasileña.

Puede parecer extraño. Sabemos muy bien, no obstante, que a todo lo largo y todo lo ancho de la literatura universal, los ejemplos de autores que han elegido otras lenguas que la propia para expresarse son numerosos. Lo han sido siempre y lo siguen siendo. En París, un premio literario está establecido para los autores que, siendo extranjeros, se expresan en francés. Además, en estos tiempos modernos en que para tantos países parece ley la expatriación, para poder hablar, no causa extrañeza que los escritores expatriados adopten la lengua de quienes los acogen, como mejor forma para dar a conocer la verdad llevada de su país de origen. Pero no es éste el caso de Carmen da Silva. Además, lo que esta autora ha expresado, no lo llevaba de ningún país a remolque, sino que lo ha encontrado en Buenos Aires, donde estaba, donde ha vivido, donde aún vive, y es esa circunstancia suya, porteña, la que en *Setiembre*

nos ofrece, plenamente identificada la autora con la ciudad, con sus habitantes y hasta con su manera de hablar.

El libro es un coro a dos voces. Con cambios en los telones del decorado, el ambiente de la escena —la vida de Buenos Aires— es fundamentalmente el mismo. Las dos voces del libro son las de los habitantes de una pensión barata con pretensiones de hotel, y las más mesuradas de quienes se encuentran, sin ninguna intimididad, en el más lujoso hotel de Buenos Aires. En la pensión conviven honestamente, mezclando sus vidas, prostitutas, profesionales desplazados por la política, inmigrantes, obreros, empleados y otras gentes de condición humilde. En el hotel se encuentran algunos ejemplares de la sociedad distinguida de la capital argentina, algún provinciano confundido por los acontecimientos, un extranjero dedicado a negocios poco claros, una familia enriquecida por la política (desplazados a la inversa). Y hay también, fuera del hotel y de la pensión, alguna nota solitaria, la presencia del luchador callado, fiel en su puesto, en continua tensión, que es quien con más precisión nos indica el momento que el libro vive. La vida, para él, es en esos instantes nada más que la situación revolucionaria. El resto, cuanto parece fundamental para los demás personajes del libro, preocupados con sus problemas personales, para él no existe.

La autora conjuga las voces, anda por los distintos lugares y mezcla voz y decorados, palabra hablada y pensamiento, descripción y discurso, haciendo un Buenos Aires vivo, dramático, el Buenos Aires de todos los días, que una vez se encontró con aquel setiembre de 1955...

M. L.

Susana Speratti :

“La elaboración artística en Tirano Banderas”

BAJO EL PATROCINIO del Colegio de México, Emma Susana Speratti Piñeiro ha dado a la luz pública una obra de erudición y crítica en la que estudia de manera rigurosa y meticulosa la elaboración de *Tirano Banderas*, de don Ramón del Valle Inclán.

El minucioso examen que de esta novela hace la señora Speratti, aparte su valor como análisis literario de la génesis de *Tirano Banderas*, tiene una finalidad, que la autora declara en el epílogo : la de demostrar que esta novela de Valle Inclán no es, como un lector superficial pudiera creer, una « americanada », sino que entraña

mayor transcendencia, pues aspira —y lo consigue— a dar una interpretación, en América, de un problema español ya endémico : la intromisión militar en la vida civil, o, con palabras de la señora Speratti, « la presencia repetida e insistente del *Espadón*, que se opone al buen deseo democrático ».

Algunos capítulos o partes de la obra se leen con interés hasta por los no aficionados a esta clase de trabajos, como todo aquello que atañe a los elementos de las viejas crónicas de la conquista, que evidentemente sirvieron a Valle Inclán de fuente de inspiración para algunas de las más expresivas páginas de su famosa novela de Tierra Caliente. Otros, como los que se refieren a las refundiciones —a que tan dado era Valle—, en que se registran las variantes introducidas en *Tirano Banderas* con respecto a algunos pasajes o antecedentes de la obra publicados muchos años antes en ciertas revistas ya un tanto olvidadas, pertenecen a un género de erudición que confesamos que no es el que más nos agrada ; pero dentro de ese género, que ahora no vamos a discutir, no cabe duda que la señora Speratti ha realizado un esfuerzo considerable y laudable.

Con más complacida atención leímos los otros capítulos, de mayor amplitud crítica de la obra, y las cartas documentales incluidas en los apéndices, donde se ve claro que Valle Inclán puso mucho empeño en informarse de la verdad histórica de ciertos hechos, para fundar y dar apoyo a sus fantasías en una base de auténtica realidad. De gran provecho son el glosario explicativo de términos americanos de *Tirano Banderas* que se incluye al final y la bibliografía con que se cierra la obra.

La señora Speratti Piñeiro ha hecho sobre la que algunos consideran la mejor novela de Valle Inclán —juicio del que particularmente disentimos— un estudio acabado, prolijo, concienzudo, que acredita su sentido crítico y su paciente erudición.

C. A.

Antoniorrobes :

“El maestro y el cuento infantil”

LA COPIOSA y variada producción de cuentos infantiles que constituye la obra literaria de Antoniorrobes, le ha granjeado, merecidamente, primero en España y más tarde en el extranjero, una sólida reputación como cultivador de ese género difícil que es el

cuento, y sobre todo el cuento para niños. No hay, pues, en este aspecto, que añadir una sola palabra a los juicios laudatorios que de sus narraciones infantilistas han formulado muy autorizados críticos.

Cree Antoniorrobes, y no anda errado, que la alegría de los niños es una cosa muy seria, que el cuento tiene un valor educativo de primer orden, como que es « uno de los puentecillos por los que se pasa de la vida desnuda a la educación, y viceversa » ; y sobre este medio educativo tan importante sustenta ideas personales, muchas de las cuales pugnan con lo que hasta ahora se ha creído que debía ser el cuento infantil. Ha imperado tal desorientación en esta materia, que puede señalarse, entre otros ejemplos de yerro pedagógico, la inclusión de un angustioso y admirable cuento de Chekov (*La Tristeza* —admirable, pero inadecuado en este caso— en una colección infantil, y la moda, un día imperante, de la lectura del *Quijote* en las escuelas primarias, lectura tan poco a propósito, para niños de 6 a 10 años, sobre todo en algunos pasajes, que contra ella se alzaron distinguidos cervantistas y hasta un quijotista de la talla excepcional de Unamuno.

Antoniorrobes tiene ideas muy claras y concretas de lo que debe ser el cuento para niños. Y además de predicar con obras, ha expuesto esas ideas aquí y allá, en diversos artículos y conferencias. Pero andaban un tanto diseminadas y se echaba de menos una exposición completa y sistemática del concepto del cuento infantil tal como lo entiende Antoniorrobes, para que, utilizado cotidianamente en el hogar y en la escuela, cumpla su misión educadora del buen gusto, ejercite el discernimiento y adiestre el naciente espíritu crítico del auditorio infantil a la par que crea en él una riqueza imaginativa lozana y útil.

Esa exposición completa que faltaba sobre el concepto del cuento infantil, nos la ofrece ahora Antoniorrobes en el nuevo libro cuyo título rotula esta nota bibliográfica, editado en Méjico por las « Publicaciones Cultural S.A. ». Comprende « 55 lecciones para la reflexión », en las que el autor desenvuelve sus ideas sobre este asunto de tanto interés pedagógico y social y las entrega al examen y discusión de los educadores y maestros, que sin duda encontrarán en ellas algún pormenor en que discrepar, pero que les serán en general de positivo provecho por lo mucho que dicen y sugieren.

Libro de innegable valor pedagógico, *El Maestro y el Cuento infantil* es una acabada teoría acerca del cuento para niños, fundada y apoyada en la práctica que Antoniorrobes, avezado e ingenioso cuentista, viene desarrollando con fortuna desde hace ya largo tiempo.

C. A.

Juan Goytisolo :

“El circo”

ME PARECE que nos vamos hallando ya en condiciones de poder establecer un balance de la producción novelística española de estos últimos quince años. Y ese balance tiene que ser positivo, máxime teniendo en cuenta las condiciones poco propicias en que se verificó esa producción y también las saludables perspectivas que nos ofrece.

El renacer de la novela española, que indiscutiblemente comienza con Camilo José Cela —*La familia de Pascual Duarte* es el punto de partida—, encuentra ahora su máxima expresión en la nueva generación de escritores que por motivos de edad no participó en la guerra civil. Esta nueva generación evidencia menor entusiasmo por las preocupaciones formales que sus antecesores inmediatos y mayor desdén por los tópicos temáticos puestos en curso en los años que siguieron a 1939 ; menos esteticismo, pues, y más interés por los problemas sociales. La nota que nos ofrecen la mayor parte de esos jóvenes novelistas es su afán de ensamblar lo que pudiéramos denominar tradición novelística española con las preocupaciones estéticas y hasta temáticas procedentes de la actual novela occidental.

Creo que la expresión más sobresaliente de esta nueva generación de novelistas españoles es Juan Goytisolo, del que ya nos hemos ocupado aquí en más de una ocasión. Las tres novelas que hasta la fecha ha dado a la luz —*Juegos de manos*, *Duelo en El Paraíso* y *El circo*— representan un meritorio esfuerzo para dar vigor a la novelística española y tratar de incorporarla a la gran corriente de la novela universal. No obstante innegables influencias foráneas, muestra Goytisolo un estilo propio, al que junta realismo e imaginación creadora, con aprovechamiento consciente de los recursos ofrecidos por las transposiciones poéticas. Muy particularmente en *Duelo en El Paraíso*, nos deja entrever un mundo de fantasmagoría y de cruel realidad que hacen de él un buen novelista.

El circo (Ediciones Destino, Barcelona, diciembre 1957), una de sus últimas novelas, nos muestra ese aspecto irónico y a la par trágico que Goytisolo había puesto ya de manifiesto en *Juegos de manos*, su primera novela. Se trata, según sus propias palabras, de « una farsa que acaba mal ». La acción se desarrolla en un pueblecito de Cataluña, el día de la festividad de su santo patrón, desde el momento de la lectura matinal del pregón hasta el nocturno baile de gala del Casino. Tal vez el deseo del autor fué

mostrarnos, a través de la inevitable trama novelesca, el esbozo de una sociedad, con lo cual satisface una vez más la ambición de su generación, que es poner al descubierto realidades sociales y nacionales.

Quizás *El circo* no añada gran cosa al arte novelesco de Juan Goytisolo, puesto que en esta novela nos encontramos ante las mismas cualidades que el autor puso de manifiesto en las dos anteriores : solidez de composición, no obstante los múltiples matices, fuerza satírica con acentuación deliberada de los perfiles al modo de los esperpentos valleinclinascos, técnica viva mediante alternativos cambios de tono en el relato, etc., etc. Y, asimismo, ante ese defecto común a la casi totalidad de los jóvenes novelistas españoles, que no es otro que el de ofrecer una prosa poco cuidada, tal vez por abandono inconsciente o posiblemente por deliberado desprecio hacia la forma literaria. Pero, con todo, la conclusión que se impone es esta : Goytisolo es uno de los novelistas de su generación de más sólido porvenir.

I. I.

Jorge C. Trulock :

“Blanquito, peón de brega”

EL JOVEN NOVELISTA español Jorge C. Trulock dió recientemente a la luz una novela corta —más bien relato largo— que lleva por título *Blanquito, peón de brega*, cuya edición, a la par pulcra y bella, corrió a cargo de la Editorial Gerper, de Valladolid.

Por sorprendente que pueda parecer, no abunda en España una literatura que ofrezca como tema principal la llamada fiesta de los toros, tal vez porque los novelistas españoles han temido caer en el tópico más gastado. Actitud ésta har-to comprensible, pero que acarrea como consecuencia ineluctable el abandono *motu proprio* de las múltiples posibilidades que el tema en cuestión ofrece, como nos lo han demostrado novelistas de otros países. Hemingway entre ellos. Habrá que deducir que la timidez y el miedo a las dificultades continúan siendo notas características de la novelística española contemporánea.

Ese tema, pues, ha sido ahora abordado por Jorge C. Trulock —más audaz o menos temeroso que sus mayores— de manera original y profundamente humana. Como el título lo indica, el personaje principal, junto con el toro, es Blanquito, uno de esos múltiples peones de brega cuya misión en el ruedo es la de jugarse la

vida, sin pena ni gloria, para mejor preparar el triunfo ajeno, es decir el del matador. La patética existencia de esos subalternos nos es trazada en toda su intimidad a lo largo del centenar de páginas de la novela, en las que son de admirar la sencillez y claridad de estilo del autor.

La técnica adoptada por Jorge C. Trulock corresponde a la hoy tan en uso del monólogo interior, en este caso largo soliloquio del peón Blanquito, que trata de ahogar en vino tinto la obsesión que los toros le producen. El autor salva airoosamente los peligros que esa técnica acarrea, entre otros el de una cierta frialdad fruto de la monotonía, si bien en ocasiones abusa un poco de la reiteración de la expresión, defecto éste que hallamos con bastante frecuencia en no pocos jóvenes escritores españoles, empeñados en imitar estilos ajenos. Mas, en su conjunto, repetimos, *Blanquito, peón de brega* es un relato bien logrado, que pone de manifiesto las calidades narrativas de Jorge C. Trulock y también las posibilidades temáticas que, como hemos dicho anteriormente, ofrece todo cuanto se relaciona con la fiesta de los toros.

I. I.

Waldo Frank :

“La pasión de Israel”

COMIENZAN A ABUNDAR los libros sobre Israel —sobre sus experiencias económicas, sus problemas con el mundo árabe, sus relaciones políticas en el tablero internacional, etc.—, mas no por ello deja de interesar todo cuanto se relaciona con el nuevo Estado israelí, pequeño por su extensión y el número de sus habitantes, pero grande en su intrínseco significado. El interés es mayor, cual ocurre en este caso, si se trata de la crónica viva de un viaje debida a una pluma tan perspicaz e inteligente como la de Waldo Frank, autor de varias obras sobre España y América, del que se ha dicho que es un insuperable especialista en psicología comparada de los pueblos.

La pasión de Israel (Editorial Losada, Buenos Aires, 1957) es un retrato de la nueva nación israelí. « El drama de un pueblo es su retrato », afirma Waldo Frank. Y ese drama, la conciencia de que Israel se halla en peligro a causa de la amenaza cercadora de la oligarquía árabe y de las grandes potencias mundiales, es lo que ha movido al celebrado autor de *España Virgen* a trazar ese retrato. Ahora bien, Waldo Frank arranca de la premisa de que los israelitas son miembros sobresalientes de la cultura europea

y por tanto de la civilización occidental, con lo cual se opone abiertamente a la ideología sionista, según la cual los judíos no pertenecen a Europa, no obstante haber participado en la formación de la cultura europea. No es ésta la única divergencia, puesto que el autor de *La pasión de Israel* considera que la consanguinidad de árabes e israelíes está muy dentro de la sangre, negada por el sionismo, el cual estima que los árabes son y serán siempre extraños.

Waldo Frank nos muestra en las páginas de su libro la organización sindicalista de Israel —« Histadrut »—, las granjas e industrias colectivas —« kvutza » y « kibbutz »—, las aldeas cooperativas con tierras y casas de propiedad individual —« moshav »—, los campos de inmigrantes —« mahabara »—, y, en fin, todo cuanto es necesario para mostrar al lector el verdadero cuerpo social del pueblo israelí. El libro se termina con una exposición de los elementos en conflicto, que son los que constituyen el problema político de Israel, en el cual, como es harto sabido, la ortodoxia y el nacionalismo judíos chocan con el nacionalismo y la ortodoxia árabes. Estima Waldo Frank que ese antagonismo puede y debe finalizar, para dar paso a una colaboración entre ambos pueblos. Los obstáculos son muchos, pero se allanarían si el Occidente se decidiera a ser consecuente y a propiciar en todas partes soluciones realmente democráticas.

I. I.

José M. Estrugo :

“Los sefardíes”

EDITADO por la Editorial Lex, de La Habana, acaba de publicar José M. Estrugo un erudito libro que compendia los numerosos trabajos que, a través de muchos años, ha realizado sobre el tema de los sefardíes. En las páginas de *Los Sefardíes* se muestra claramente el estudio a fondo de la historia, de la vida cultural, literaria y filosófica de los judíos españoles desde siglos antes de su expulsión, así como la posterior que llevaron a cabo en los distintos países en que se establecieron.

Es curioso y atrayente el relato que hace de la influencia de aquéllos en la vida de España y en el descubrimiento de América. Se leen con el mayor interés las tradiciones ibéricas que han conservado después de su éxodo, así como las costumbres, adagios, consejas, guisos, cantares, etc., que mantienen a través de los siglos que han transcurrido. También resulta interesante el estudio que hace sobre el castellano an-

tiguo que siguen hablando en los distintos lugares del mundo donde se establecieron. Hace atinadas observaciones respecto del habla que se emplea en las distintas juderías, de sus refranes, modismos, y hasta del folklore hispanohebreo que se sigue empleando en el Próximo Oriente europeo y se ha perdido ya hace tiempo en España.

El libro del señor Estrugo reviste una gran importancia porque reseña tradiciones que se conservan y, al recordarlas, evita que caigan en el olvido sin poder ser utilizadas por los eruditos que se dedican a las investigaciones históricas, así como por los propios sefardíes, los españoles, los hispanoamericanos, los intelectuales, etc. Además de la importancia apuntada, es de toda justicia decir que los datos recogidos están expuestos ordenadamente, para facilitar su estudio ; que la obra está bien escrita, con estilo muy claro ; y, por último, que se lee con curiosidad, con gusto y sin cansancio.

Es al propio tiempo una obra de estricta justicia que trata de borrar prejuicios antisemitas, si bien en España éstos desaparecieron hace ya muchísimos años, hasta el punto de que, en tiempos modernos, los gobiernos españoles de todos los matices políticos se han ocupado de la situación de los sefardíes, tanto en el orden nacional como en el internacional. La República Española abrió, en su Constitución, el camino para concederles la nacionalidad española sin pérdida de la que tuvieren por razón de su domicilio. Y el actual Gobierno español, a pesar de su exacerbado nacionalismo, va a otorgarles la doble nacionalidad, conforme al Proyecto de modificación del Código Civil que tiene presentado, o va a presentar en breve, a las llamadas Cortes de Procuradores.

La concesión de la nacionalidad española a los sefardíes es una justa y merecida satisfacción para todos esos « españoles de Oriente » que han conservado muchas de sus tradiciones netamente españolas, así como el idioma castellano que hablan, a través de los siglos, con igual pureza que se hablaba en los tiempos de la expulsión.

CARLOS DE JUAN

Silviano Santander :

“Yo acusé a la dictadura“

EN EL NUEVO LIBRO de Silviano Santander *Yo acusé a la dictadura*, publicado por « Ediciones Gure », de Buenos Aires, se reproducen algunos de los discursos pronunciados por el autor, en el ejercicio de su car-

go de diputado, en el Congreso de la República Argentina, en los cuales se formulaban acusaciones concretas, con aportaciones de datos, nombre de personas y documentos también irrefutables, contra algunos de los muchos abusos, negocios sucios, cohechos y prevaricaciones cometidos por altos funcionarios del régimen peronista, en su propio beneficio y en perjuicio notorio de los intereses de la nación, prevaleciendo, para cometerlos, de la autoridad que les confería el ejercicio de sus altas funciones.

Ocioso es decir que las acusaciones formuladas por Santander ante el Congreso cayeron como en saco roto y no dieron lugar a que ni siquiera se iniciasen los procedimientos correspondientes para aclararlas y, en su caso, sancionar los actos denunciados. Era de esperar que así ocurriese y no sorprende, ni sorprendió al autor del libro que comentamos, esta actitud del Congreso, porque los diputados de la mayoría parlamentaria eran serviles adictos al régimen peronista y, por consiguiente, netamente hostiles al diputado de la oposición.

Aunque los hechos relatados en el libro de Silviano Santander se refieren a hechos retrospectivos, es evidente que revisten plena actualidad, porque cuando éstos se realizaron el pueblo argentino lo ignoró, ya que el Poder público tomó todas las medidas necesarias para que fueran silenciados. Por esta razón, hoy son actuales, puesto que han de servir al pueblo para que pueda formar juicio acerca de lo que, en el orden administrativo y económico, fué el régimen depuesto.

Pero además de ser actual constituye una lección de democracia porque, al poner de manifiesto todas las lacras que se produjeron en la época dictatorial, se exalta, aunque no se diga, la gran superioridad que tienen los regímenes democráticos sobre todo esos otros que se han instaurado en algunos países por megalómanos ambiciosos que se creen hombre providenciales, que asaltan el poder con el pretexto de salvar a su país —muchas veces de peligros inexistentes— para acabar sumiéndole inexorablemente en la ruina.

Yo acusé a la dictadura es un libro que ha de interesar grandemente a los argentinos, pero ofrece también un vivo interés para todos los demócratas que viven en regímenes donde se disfruta de libertad y más interesante aún para aquellos que habitan países dominados por dictaduras, porque los abusos, prevaricaciones y cohechos abundan en ellos, siempre cometidos por los altos jerarcas, y los balances económicos son tan desastrosos, si no más, como el que cerró el período peronista argentino.

C. DE J.

NOTAS CULTURALES

D. AMERICO CASTRO PREMIADO

El diario *New York Times* correspondiente al 6 de abril último comunicó a sus lectores que el « American Council of Learned Societies », patrocinado por las Fundaciones Ford y Carnegie, había otorgado un premio a diez profesores por su distinguida labor en el campo humanístico.

Cabe señalar que entre esos diez eminentes profesores figura nuestro colaborador don Américo Castro, al cual le expresamos nuestras más sinceras felicitaciones.

EL CONCURSO DE LA EDITORIAL LOSADA

En nuestro último número hemos dado cuenta de la decisión de la Editorial Losada, de Buenos Aires, de convocar a un concurso de novela con un premio único de 25.000 pesos argentinos, con objeto de celebrar el vigésimo aniversario de su fundación.

La Editorial Losada nos comunica que a causa de las numerosas sugerencias recibidas ha resuelto modificar las fechas de dicho concurso ampliando los plazos establecidos.

Por lo tanto, los originales habrán de ser presentados —en las condiciones especificadas en el n° 30 de *Cuadernos*— antes del 30 de agosto de 1958, fecha en que su admisión será cerrada de manera absoluta.

LA JIRA DE JULIAN GORKIN

Muy cerca de dos meses ha durado la jira de Julián Gorkin por los países suramericanos : del 13 de marzo al 11 de mayo exactamente. Durante este tiempo ha participado en numerosas y diversas actividades.

Además de una conferencia de prensa celebrada en Buenos Aires, ha sustentado tres conferencias en dicha ciudad, dos en Córdoba y una en Mar del Plata en locales abarrotados de público. Le han acompañado en todos estos actos Juan Antonio Solari, secretario de la Asociación argentina del Congreso, y Carlos P. Carranza, delegado del Comité Ejecutivo Mundial en la Argentina.

El general Pedro Eugenio Aramburu, Presidente de la República Argentina, ofreció a Gorkin un almuerzo en la Casa Rosada. Fué recibido asimismo por el Dr. Alejandro Ceballos, ministro de Relaciones Exteriores. En Mar del Plata presidió una comida don Teodoro Bronzini, Intendente (alcalde) de la importante ciudad. En Villa Carlos Paz asistió con sus acompañantes

a otra comida, ofrecida por el Intendente don Juan García y por el Presidente del Concejo Dr. Jesús Armesto. Asimismo fué agasajado con una cena en el Círculo Italiano, organizada por la Asociación Pro-Unión Europea, y con otra en el Ateneo Pi y Margall. La prensa y la radio se han hecho amplísimo eco de todos estos agasajos y actividades.

No han sido menores las actividades en Chile, donde se ha visto magníficamente asistido por los delegados del Comité Ejecutivo Mundial Carlos de Baráibar y Andrés Germain. Presentado por el Dr. Galdames, le ha cabido el honor de inaugurar el recién creado Departamento de Extensión Cultural con dos conferencias : una en la nueva y bellísima Universidad de Valparaíso y otra en el Salón de Honor de la Universidad de Santiago. Explicó también conferencias en la Sala Valentín Letelier y en la Sala de la Libertad, así como en los Centros Españoles de Valparaíso y de Santiago. Además de una conferencia de prensa, ha asegurado nueve programas radiofónicos en diversas emisoras de la capital chilena.

No obstante las festividades de Semana Santa, Gorkin dió dos conferencias —extraordinariamente concurridas— en Montevideo : una en el Ateneo y otra en el Centro Republicano Español. Presidió la primera el Dr. Emilio Frugoni e hizo su presentación F. Ferrándiz Alborz. Celebró, además, una conferencia de prensa y respondió a una interviú radiofónica.

En Río de Janeiro, activamente asistido por el profesor e historiador literario Afranio Cofinho y por el poeta y periodista Stefan Baciu, tuvo Gorkin una conferencia de prensa y la reunión constitutiva del Comité brasileño del Congreso, esta última ante la televisión. Explicó asimismo dos conferencias : una en el Palacio de la Prensa (ABI), sobre los grandes escritores españoles, y otra en el Centro Académico Filadelfio de Acevedo sobre la evolución biológico-social de la juventud.

Asistido por el profesor Luis Alberto Sánchez, presidente de la Asociación peruana del Congreso, dió Gorkin tres conferencias en Lima : una en la Sala de la Libertad, otra en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos y la tercera en el salón de la Radio Mundial. Las tres conferencias fueron radiadas, así como la conferencia de prensa que celebró.

En compañía de Luis Alberto Sánchez, Gorkin fué recibido por el Dr. Manuel Prado, Presidente de la República del Perú. Asimismo fué

recibido por el Dr. Porras, ministro de Negocios Extranjeros, en compañía de las escritoras Rosa Arciniega y Melba Luna.

Presentado por el Dr. Diego Uribe, Gorkin hizo dos conferencias en la Universidad de América, de Bogotá. Le cupo la suerte de asistir a la elección del nuevo Presidente de la República de Colombia, Dr. Alberto Lleras Camargo. El Dr. Roberto García-Peña, director de *El Tiempo*, y el cuerpo de redacción de este gran diario liberal le ofrecieron un almuerzo.

LAS PROVOCACIONES COMUNISTAS

El día en que Gorkin debía dar su conferencia en el Salón de Honor de la Universidad de Santiago, el diario comunista *El Siglo* publicó un violento artículo de Pablo Neruda contra él. Exigía el poeta staliniano, en medio de las más vulgares calumnias, que se le arrojara de la Universidad. Era una incitación a la violencia. Reaccionó Gorkin inmediatamente y, por medio de la radio y de la prensa, invitó a Neruda a una controversia pública. Se abarrotó el Salón de Honor de la Universidad. Los comunistas parecían dispuestos a crear incidentes. Pero al observar la adhesión del numeroso auditorio a las palabras del orador, optaron por retirarse. Unánime ha sido la reacción en Chile contra el proceder de Pablo Neruda. Retado insistentemente por Gorkin, él y el partido comunista chileno se han negado a aceptar la controversia.

En vista del rotundo fracaso, quisieron tomar la revancha en Lima. Los comunistas peruanos, en su órgano y por medio de hojas sueltas, difundieron el artículo de Neruda. Apenas empezada la conferencia de Gorkin en la Universidad de San Marcos, iniciaron los comunistas sus denuestos, destrozaron una puerta y una ventana, arrojaron toda suerte de inmundicias en la Facultad de Letras y manifestaron el firme propósito de agredir al conferenciante. La actitud decidida de un grupo de auditores impidió que llevaran a efecto este propósito. Al tenerse conocimiento de estos bochornosos hechos en las otras Facultades, acudieron en grupo numerosos estudiantes, y al grito de « ¡libertad! », permitieron hablar al orador y le acompañaron después a su hotel. Los grandes rotativos peruanos han publicado el relato de los hechos y editoriales condenando estos procedimientos totalitarios. La Radio Mundial dió la grabación íntegra de lo sucedido en San Marcos. La Federación de Estudiantes del Perú protestó públicamente e invitó a Gorkin a hacer otra conferencia bajo sus auspicios en la Universidad. Y el Sr. Presidente de la República, recibiendo a Gorkin y manifestándole su simpatía, se hizo el máximo intérprete de los sentimientos democráticos de la hidalga nación peruana.

COLABORADORES

- DIONISIO RIDRUEJO, escritor y poeta, desempeñó diversos altos cargos oficiales de 1939 a 1942. Poco a poco se fué separando del actual régimen hasta entrar en franca oposición al mismo, viéndose confinado y encarcelado. Pesa sobre él un proceso por unas declaraciones hechas a la revista cubana *Bohemia*.
- X. X. X. es la firma de un escritor católico español que desea guardar el anónimo por razones harto comprensibles.
- J. CASTELLANO es el seudónimo tras el que se oculta un joven universitario español.
- JOSÉ ANGEL VALENTE, joven poeta español, obtuvo en 1954 el Premio « Adonais » de Poesía con su libro *A modo de esperanza*.
- JUAN ANTONIO SOLARI, escritor argentino, director de la Editorial Bases, de Buenos Aires, publicó recientemente *Prédica democrática*, selección de artículos periodísticos y ensayos.
- GERMAINE TILLION, licenciada en etnología, profesora en la Escuela de Altos Estudios, de París. Recientemente publicó un libro, *L'Algérie en 1957*, que resultó uno de los exámenes más lúcidos e imparciales del problema argelino.
- THEODORE HSI-EN-CHEN es jefe de la sección de estudios asiáticos de la Universidad Southern California. Es autor de una obra titulada *Chinese Communism and the Proletarian Socialist Revolution*.

Acaba de publicarse :

RAYMOND ARON

“El opio de los intelectuales”

EDICIONES LEVIATAN

—0—

Distribuidor exclusivo :

EDICIONES SIGLO XX

Juncal 1131, Buenos Aires

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

(REVISTA BIMESTRAL)

SUMARIO DEL NUMERO 30

Guillermo de TORRE	Unamuno y la literatura hispanoamericana.
Luis Alberto SANCHEZ	Vallejo, hombre y poeta libre.
Alberto MORAVIA	Entrevista con Pasternak.
Salvador de MADARIAGA	Lo español y lo europeo.
Jorge CARRERA ANDRADE	Dos poemas.
Gilbert CHASE	Problemática de la música americana.
Alain BOSQUET	Los premios literarios en Francia.
Dora Isella RUSSELL	Historia (Poema).
Arturo TORRES RIOSECO	Neruda y sus detractores.
Ricardo PASEYRO	Neruda : vuelta y fin.
Juan Ramón JIMENEZ	Un gran mal poeta.
Germán ARCINIEGAS	Lo lógico y lo absurdo en Venezuela.
Jorge MANACH	El drama de Cuba.
Victor ALBA	En América Latina sobran generales.
Louis FISCHER	Tito contra el titoísmo.
Charles Gordian TROELLER	El mundo árabe partido en dos.

Los libros. Notas culturales.

« CUADERNOS »

23, rue de la Pépinière
Paris (VIII^e) - France

BOLETIN
DE SUSCRIPCION

PRECIO ANUAL
Francia : 1.100 F.
Otros países de Europa :
1.300 Fr.
Países de América :
4 dólar. USA

Ruégole me suscriba a la revista Cuadernos por un año, a partir del n°

a cuyo efecto le envío la cantidad de

Fecha Firma

NOMBRE COMPLETO :

DOMICILIO :

LOCALIDAD :

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

PRECIOS

Francia y Unión Francesa : 1.100 francos

Otros países de Europa : 1.300 francos

Países de América : 4 dólares USA.

Toda la correspondencia deberá ser dirigida a

CUADERNOS

23. rue de la Pépinière, Paris (VIII^e), France.

Corresponsales :

ARGENTINA.

BUENOS AIRES : Librería Madrid, Bmc Mitre 950. **SAN MIGUEL DE TUCUMAN** : Cervantes Centro del Libro, Crisóstomo Alvarez 580 ; Librería Editoria Ylerba Buena, Avenida Sarmiento 925. **ROSARIO** : Librería Ruiz, Calle Córdoba n° 1281 ; Librería Ledesma, Calle Alem 1642. **CORDOBA** : Librería Assandri, Calle Dean Funes 61 ; Librería Miravet, Obispo Trejo 28-32 ; Librería Paideia, San Martín 41, Pasaje Central ; Librería Molina, Pasaje Muñoz. **MENDOZA** : Librería « La Argentina ». San Martín 1122.

BOLIVIA.

COCHABAMBA : Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España. **LA PAZ** : Gisbert y Cía, Casilla Correo 195 ; Sr. A. Tejerina, Casilla 834 ; Universal Bookstore, Casilla 1548 ; Librería Selecciones, Avenida Camacho 369.

CHILE.

SANTIAGO : Editorial del Pacífico, Ahumada 57 ; **VALPARAISO** : Sr. M. Parera, Condell 1202.

COLOMBIA.

BOGOTA : Librería Central Bogotá, Apartado nacional 2765 ; **BARRANQUILLA** : Librería Nacional Limitada, Carrera 43. N° 36-30. **CUCUTA** : Librería Zig-Zag, Calle 11, N° 4-20 ; **POPAYAN** : Instituto del Libro, Calle 5A, N° 5-08.

COSTA RICA.

SAN JOSE : Librería García Monge Limitada, Apartado 2610.

CUBA.

LA HABANA : Librería Económica, Pte. Zayas 505-7.

ECUADOR.

QUITO : Agencia General de Publicaciones, Mejía 446.

ESTADOS UNIDOS.

NUEVA YORK : Las Américas Publishing Company, 249 West 13th Street, New York 11.

MEXICO.

MEXICO D.F. : Librería Ariel, Donceles 91 ; Fundación Editorial « Beatriz de Silva », Calle Leandro Valle 20 D. **VERACRUZ** : Librería Cimex, Arista 89.

PANAMA.

PANAMA : Librería Ibero-Americana, Avenida B. N° 32.

PARAGUAY.

ASUNCION : Mares e hijos, S. en C., Calle Estrella 430-438.

PERU.

LIMA : Distribuidora de Revistas Inca, Puno 264 (Bejarano) ; The University Society Peruana S.A., Unión 860.

URUGUAY.

MONTEVIDEO : Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Ciudadela 1424 ; Feria del Libro, Avenida 18 de Julio, 1308 ; Oficina de Representación de Editoriales, Avenida 18 de Julio, 1333.

VENEZUELA.

CARACAS : Librería Suma S.A., Calle Real de Sabana Grande 102.

QUADERNI IBERO-AMERICANI

Direttore responsabile : G. M. Bertini
Segretario di Redazione : R. Radicati di Marmorito.
Redazione e Amministrazione : Via Po, n. 19. Torino.

SOMMARIO N. 21

MARIO PINNA : Motivi della Lirica di Rosalia de Castro.
G. B. M. : Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica.
P. BOHIGAS : Homenatge a Carles Riba.
HOMERO CASTILLO : La modalidad criollista de Mariano Latorre.
CARLO CORDIE : Due schede per la storia della fortuna del Quijote.
JOSEPH G. FUCILLA : Intorno ad alcune poesie attribuite a Quevedo.
J. F. : Testi di poesia contemporanea spagnola.
Recensioni e segnalazioni. Notiziario.

Questo fascicolo è il primo del VI ciclo di abbonamento (nn. 21-24). Abbiamo dovuto aumentare leggermente, dato il rincaro, l'abbonamento del sesto ciclo, portandolo a L. 2250 per i soci dell'ARCSAL e a L. 2500 per i non soci (ESTERO + dollari). Si prega di rinnovare la quota d'associazione con sollecitudine.

LA TORRE

Publicación trimestral
REVISTA GENERAL DE LA UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
Dos números extraordinarios

15-16 : Homenaje a José Ortega y Gasset

Sobre este número extraordinario ha dicho la Revista *Insula* de Madrid :
« De entre los importantes homenajes impresos consagrados a Ortega a partir de su muerte, este que nos llega de la isla de Puerto Rico es acaso el más impresionante por el rigor con que está proyectado y la cantidad y calidad de los trabajos en él reunidos. Felicitemos a LA TORRE por este espléndido número-homenaje que honra a la cultura de Puerto Rico... ».
Precio \$ 1.00 U.S.

19-20 : Homenaje a Juan Ramón Jiménez

En este número doble figuran los más destacados críticos de la poesía española de nuestro tiempo. Entre otros : Alfonso Reyes, Angel del Río, Guillermo de Torre, Jorge Luis Borges, Jean Cassou, Julián Marías y Wladimir Weidlé.
Precio \$ 1.00 U.S.

Dirija su pedido a :
EDITORIAL UNIVERSITARIA
Universidad de Puerto Rico

Ibérica

Revista mensual dedicada a España

Presidentes de Honor :
SALVADOR DE MADARIAGA
NORMAN THOMAS

Editor : VICTORIA KENT

Nº 5 (15 de mayo, 1958)

JOSÉ MA. DE SEMPRUN GURREA : ¡Todos a una!

XAVIER FLORES : La tradición católica y el futuro político de España.

JUAN ANTONIO ANSALDO : Lo provisional y lo definitivo.

EDITORIAL : Veinte años perdidos.

Sin permiso de la censura. Resumen de noticias.

IBERICA PUBLISHING CO., INC.
112 East 19 Street — New York 3, N. Y. (U. S. A.)

S U R

Revista bimestral

Dirigida por VICTORIA OCAMPO

Marzo y Abril de 1958

JORGE LUIS BORGES : Sonetos.

T. S. ELIOT : Las fronteras de la crítica.

VIRGILIO PIÑERA : La gran escalera del Palacio Legislativo.

DYLAN THOMAS : Poemas.

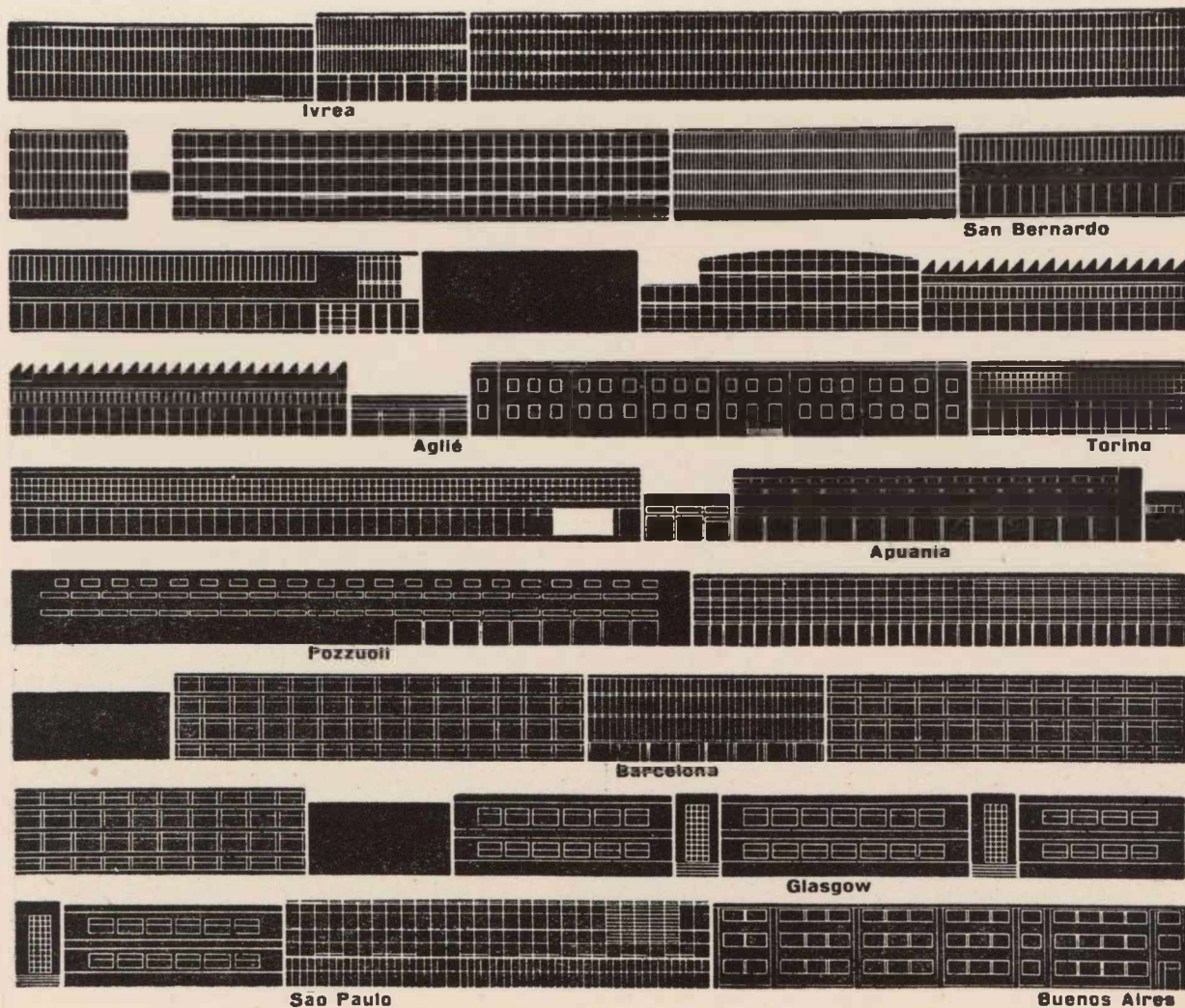
LUIS DE ELIZALDE : Lenin y el momento actual argentino.

Crónicas y notas.

Redacción y Administración : San Martín 689
BUENOS AIRES

10 fabricas Olivetti:

Idénticos métodos, máquinas idénticas



olivetti

Ing. C. Olivetti & C., S.p.A., Ivrea (Italia)
Austro Olivetti Büromaschinen A. G., Wien
British Olivetti Ltd., London
Deutsche Olivetti Bürom. A. G., Frankfurt a.M.
Hispano Olivetti S. A., Barcelona
Olivetti Africa Pty Ltd., Johannesburg
Olivetti Argentina S. A., Buenos Aires
Olivetti Australia Pty. Ltd., Sydney
Olivetti (Canada) Ltd., Toronto
Olivetti de Centro América S. A., La Habana
Olivetti Colombiana S. A., Bogotá
Olivetti Corporation of America, New York
Olivetti Industrial S. A., São Paulo
Olivetti Mexicana S. A., México 1. D. F.
Olivetti de Venezuela C. A., Caracas
S. A. Belge Olivetti, Bruxelles
S. A. M. P. O. Olivetti, Paris

38 f

LIBRO BLANCO
DE LA
REVOLUCION HUNGARA

Preparado bajo los auspicios
del
Congreso por la Libertad de la Cultura
por

MELVIN J. LASKI

Introducción de
SALVADOR DE MADARIAGA

Un apasionante relato del levantamiento de un pueblo contra la opresión. Completo, justo y vivo, este libro es un trozo de historia contemporánea. Cuantos quieran llegar a comprender la Revolución húngara, tienen que leerlo. Es una obra de documentación escrupulosa, inspirada por la verdad.

EDITORIAL GUILLERMO KRAFT, LTDA.

Reconquista 319

BUENOS AIRES